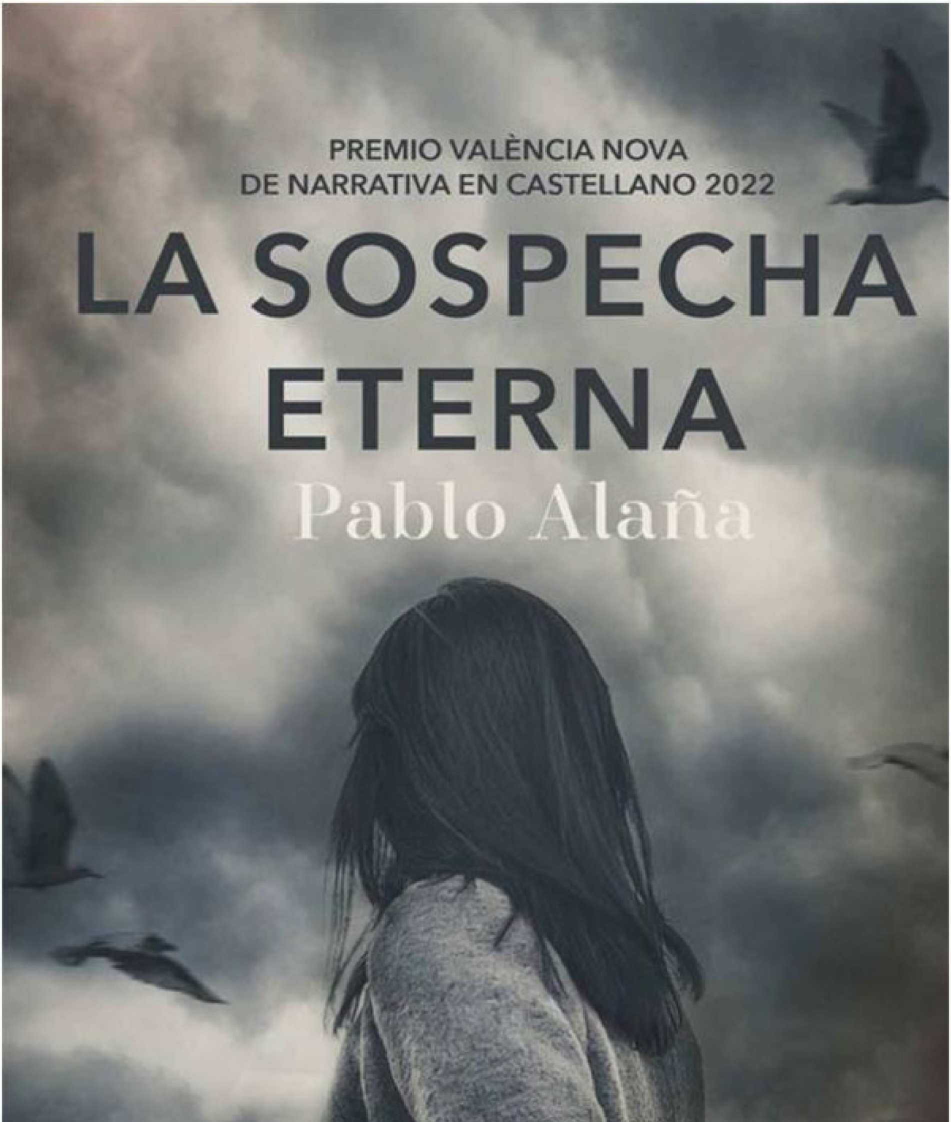
PREMIO VALÈNCIA NOVA
DE NARRATIVA EN CASTELLANO 2022
LA SOSPECHA
ETERNA
Pablo Alaña
13

Santander, 13 de noviembre de 2019.

Nada más iniciar su jornada laboral, la abogada penalista Clara Caballero recibe una noticia perturbadora: su amiga Irene, una dulce profesora universitaria, ha sido detenida en el pueblo cántabro de Comillas. Es la única sospechosa del asesinato de un hombre al que nadie parece conocer.

Convencida de que se trata de un error, Clara asume su defensa. Sin embargo, su confianza no tarda en desvanecerse cuando descubre que el marido de Irene la sorprendió en el jardín del domicilio familiar arrodillada junto al cadáver y empuñando el arma del crimen. La situación se complica todavía más cuando advierte que el asunto podría estar relacionado con la muerte violenta de la anterior pareja de Irene hace casi seis años, un caso que no se consiguió resolver.

A partir de ese momento, Clara no podrá evitar preguntarse quién es realmente Irene. Atenazada por las circunstancias, deberá investigar por su cuenta para averiguar la verdad. Ya no se trata de defender a su amiga, sino de encontrar al responsable de los asesinatos. Una novela ambientada en un entorno en el que las apariencias son, a menudo, más importantes que la realidad.

Pablo Alaña

LA SOSPECHA ETERNA

Premio València Nova
de narrativa en castellano 2022

INSURGENTES

Título original: *La sospecha eterna*

Pablo Alaña, 2022

Diseño de cubierta: Eva Olaya

-

Revisión: 1.0

30/11/2022

A mi familia

1

13 de noviembre de 2019, miércoles

Esa tarde de noviembre todo el mundo hablaba del caso Pedro Ortega. Habían transcurrido varias horas desde la detención de mi amiga y, pese a ello, las especulaciones no dejaban de sucederse. Eran pocos los que creían en la inocencia de Irene Arias, y, en realidad, ni siquiera yo sabía qué pensar al respecto.

Faltaban tres minutos para las cinco, la hora a la que habíamos quedado con Diego Hermosilla. Nerviosa, acucié a mi compañero Tomás para que apretara el paso. Él asintió y avanzó deprisa mientras sujetaba con la mano derecha el paraguas bajo el cual nos refugiábamos de la lluvia que se derramaba sobre la ciudad de Santander.

Entre chapoteos, enfilamos la calle Castelar en dirección al portal número 33. Diego Hermosilla se había mudado a ese bloque la madrugada anterior. Allí lo habían acogido sus padres, en la cuarta planta de un edificio de tonos blancos y anaranjados que se levantaba frente a la bahía de Santander. El arresto de su esposa y el acordonamiento de la vivienda conyugal, en Comillas, para su registro por la policía judicial, no le habían dejado alternativa. Se había llevado al hijo de ambos, Mario, que aún no había cumplido su primer año.

Al aproximarnos al lugar, sorteamos a dos hombres que fumaban a la entrada de una chocolatería, arrebujados en un saliente que goteaba jirones de la tormenta. Uno tenía a sus pies una cámara de vídeo profesional y el otro portaba un micrófono. Era evidente que

su presencia allí no obedecía a una casualidad.

Al principio, ninguno pareció identificarnos como los abogados de la detenida. Sin embargo, en cuanto llamamos al interfono del portal y el sonido atrajo su atención, arrojaron el cigarro al suelo y se lanzaron hacia nosotros. En ese momento, una voz femenina y quejumbrosa brotó del altavoz.

—¿Diga?

—Somos Clara Caballero y Tomás Herrero, los abogados —anuncié apresuradamente—. ¿Podemos subir?

Se oyó un resoplido.

—Sí, mi hijo los está esperando —respondió la voz al tiempo que se activaba el mecanismo de apertura.

Justo cuando nos disponíamos a empujar la puerta, los periodistas nos dieron alcance y nos preguntaron con respiración entrecortada si íbamos a vernos con Diego Hermosilla. No estábamos de humor para declaraciones ni exclusivas, así que les dimos la espalda y nos metimos en el portal con rapidez. Durante una fracción de segundo, temí que nos persiguieran por el edificio y nos acosaran con sus interrogatorios, pero nada de eso ocurrió; se limitaron a observar con resignación cómo nos perdíamos en el interior. Tomás, a mi lado, relajó el rostro y se apartó un mechón de pelo castaño que le caía por la frente. En las últimas semanas se había dejado crecer su media melena, y lucía una barba de tres o cuatro días que le ensombrecía las mejillas y le confería un aspecto más adulto que el propio de los veintiocho años que tenía, cinco menos que yo. Sus ojos, de color arena, me cedían el paso y me invitaban a entrar en el ascensor.

Nada más salir del habitáculo, en el cuarto piso, una puerta se abrió a nuestra izquierda. Al umbral se asomaron dos ancianos. Uno era un hombre calvo y de nariz aguileña, y la otra, una mujer rolliza, con el cabello gris y de rictus intimidante. Nos escudriñaron de arriba abajo, musitaron una bienvenida cortante y se hicieron a un lado sin disimular su desagrado.

Justo entonces emergió entre las piernas de la señora, con paso inseguro, un niño rubio y de piel clara. No correteó, gateó ni jugó; en su lugar, me sostuvo la mirada con expresión de gravedad, como si, a pesar de su edad, pudiera comprender la naturaleza del mal que motivaba nuestra visita. Me agaché y lo saludé con tono

cariñoso, pero no dio muestras de oírme. Se limitó a mantener las pupilas clavadas en las mías con un magnetismo insoportable. Su abuela apartó al pequeño con un impulso suave hacia dentro y chasqueó la lengua. De alguna manera, parecía amonestarme por la insolencia de emanar una dosis de cordialidad en aquel ambiente funesto.

No teníamos por qué tolerar ese frío recibimiento, de modo que carraspeé y les recordé asépticamente nuestra pretensión de ver a su hijo. Sin mediar palabra, los ancianos giraron sobre sus talones y nos guiaron por una casa sumida en las sombras, iluminada tan solo por los tímidos haces de luz que se filtraban desde la calle.

Hicimos el recorrido en silencio, envueltos en la tensión que agarrotaba el aire. Atravesamos un recibidor engalanado con una alfombra gruesa de color vino hasta llegar a un pasillo con dos puertas a cada lado. Tras avanzar unos pasos, la madre de Diego accionó la manecilla de una de ellas, empujó unos centímetros y se quedó quieta. Como la mujer no se decidía a cruzar el umbral, me aproximé a ella con impaciencia y miré por encima de su hombro. Se trataba del salón de la casa. Una parte estaba dedicada a comedor, con una gran mesa de madera y seis sillas dispuestas a su alrededor, y la otra tenía la función de sala de estar. Destacaban un sofá de piel negra, un televisor de amplias dimensiones, una lámpara que pendía del techo y no había sido encendida y, un poco más apartado, junto a la ventana, un pequeño sillón granate que ocupaba la persona a la que buscábamos.

Diego se acariciaba el mentón con gesto ausente. Parecían haberle caído de golpe quince años sobre los treinta y nueve que tenía. Su rostro hinchado y sin afeitar, y el desaliño de su pelo oscuro daban buena cuenta de las horas que había pasado llorando y lamentando lo ocurrido. Tenía la vista fija en las cortinas de la ventana y parecía buscar explicaciones en el horizonte. Sus ojos, que habían perdido todo su brillo, se me antojaban de un tono más apagado que el gris claro que siempre había percibido, como si la pesadumbre los hubiera velado. Ni siquiera se había molestado en quitarse el pijama, y por encima se había colocado un albornoz marrón que caía holgado sobre su cuerpo.

Cansada de tanta delicadeza y de los ademanes de cortejo fúnebre de los ancianos, imposté una tos estruendosa que sacó a

Diego de su ensimismamiento. Sacudió la cabeza, como si lo hubieran despertado de un sueño profundo o de un trance, y recompuso su postura en el sillón. A continuación, miró hacia el lugar del que provenía la molestia. La dureza de su semblante se rebajó cuando me reconoció, pero no se levantó a recibirnos, como si le faltaran fuerzas o como si entendiera que la desgracia lo exoneraba de la liturgia de los buenos modales. Parecía un enfermo postrado en su lecho de muerte. Siendo justos, las circunstancias que nos habían conducido hasta aquel piso no invitaban a una reacción diferente.

Hizo un ademán con la mano y con un hilo de voz nos ofreció acomodo en el sofá. Acto seguido, les pidió a sus padres que se retiraran. Los ancianos, que habían permanecido inmóviles junto a la puerta, obedecieron y se llevaron al niño, aunque no se me escapó el gesto de reproche que la mujer le hizo a su hijo mientras se alejaba, quizá por el tono de irritación empleado por Diego, quizá por la exclusión que comportaban sus palabras. O quizá por algún otro motivo que no acertaba a adivinar.

Tan pronto como nos dejaron solos, le presenté a mi compañero.

—¿Cómo estás, Diego? —me interesé a continuación, tomándole la mano.

Diego se encogió de hombros, retiró el brazo para soltarse y desvió la vista hacia la ventana.

—¿Crees que Irene es culpable? —me preguntó después de unos segundos de silencio con voz temblorosa y con las pupilas aún prendidas de la cortina.

Su reacción me cogió por sorpresa, pues no me esperaba que fuera tan directo. No sabía qué contestar y, además, no debía entrar en el juego que proponía.

—Eso no me corresponde decidirlo a mí —me excusé.

Diego apretó la mandíbula, molesto.

—Algo te habrá dicho, ¿no? Tú eres su amiga, y ahora su abogada —murmuró con cierto retintín.

Exhalé un suspiro. Podía comprender que se sintiera dolido.

—Diego, tengo deber de secreto profesional, ya lo sabes. No puedo decirte nada, y mucho menos especular sobre la inocencia o culpabilidad de mi clienta.

Advertí que Tomás asistía al intercambio verbal callado y sin

perder detalle de las expresiones de nuestro interlocutor, que respiró hondo. De repente, el rostro de Diego perdió firmeza y algunas lágrimas afloraron de sus ojos amoratados.

—¡Sé lo que vi, Clara! Sé lo que vi… —gimió, mordiéndose los nudillos con rabia.

—No pongo en duda lo que viste, sino la interpretación que le estás dando. Tal vez haya una explicación para todo esto…

El hombre compuso una mueca de desdén.

—Si creéis que voy a ayudar a Irene, estáis muy equivocados.

—Diego, necesito que me cuentes lo que pasó. Por favor —le supliqué, y junté las palmas de las manos—. Hazlo por Mario. Su madre se merece una defensa justa. Si es culpable, pagará por ello.

Diego esbozó una sonrisa cáustica.

—Ya, para que consigas que no entre en la cárcel, ¿no?

—Para saber la verdad. Solo quiero la verdad.

Aspiró aire y comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás, frenético. Finalmente, tras frotarse los ojos con fuerza, aceptó contarnos lo que había presenciado, pero con una condición: debía prometerle que, si descubría que su esposa era culpable, renunciaría a defenderla en el acto. Si no accedía a lo que me proponía, no nos diría una sola palabra. Eso o podíamos volver por donde habíamos venido, me amenazó. Tuve que aceptar a regañadientes. De ese modo, e insistiéndole un poco más, conseguí que compartiera sus recuerdos con nosotros.

Lo primero que hizo Diego fue asegurarnos que la tarde anterior no había estado en Comillas, donde había aparecido el cadáver del hombre.

Se había desplazado a Santander a primera hora de la mañana, a la sede de Hermosilla Hoteles, la cadena fundada hacía varias décadas por su abuelo, y no había regresado a casa hasta bien entrada la noche. La empresa iba a abrir su primer hotel en Portugal, y él debía leer cientos de informes. Por eso, alrededor de las seis de la tarde, había llamado a Irene para avisarla de que se retrasaría más de lo previsto; era mejor que no lo esperara y diera de cenar al niño a la hora habitual. Sin embargo, la ausencia de interrupciones y la concentración que le brindó la quinta taza de café lograron que acabara con todo aquel papeleo antes de lo que había calculado, y a las diez ya estaba de vuelta. No se tomó la

molestia de comentarle a Irene que recortaría la hora de llegada, pues a esas alturas el anuncio carecía de trascendencia.

En ese punto, Diego tragó saliva.

—Cuando volví a Comillas, aparqué en la carretera paralela a nuestra casa. Te sitúas, ¿no?

Asentí. Había estado allí en más de una ocasión. Diego e Irene vivían en el primer chalé pareado de una hilera de viviendas que constituía la urbanización La Moría. Un alto muro de piedra separaba la propiedad de una estrecha carretera por los lados sur y oeste, y era habitual estacionar ahí el vehículo, en un costado de la calzada.

Diego se pasó la mano por el rostro, alterado.

—Me bajé del coche y caminé hasta la plaza que hay frente a la casa. Después, abrí la cancela y seguí el sendero.

Diego se refería al camino empedrado que surcaba el jardín describiendo una curva y llegaba hasta la puerta de entrada al hogar, ubicada en el lateral izquierdo de la fachada.

—Iba distraído, la verdad, repasando mentalmente los documentos que había estado leyendo. Pero entonces, al doblar la esquina…, la vi —murmuró con tono sombrío—. Estaba agachada junto a un arbusto. La iluminaba de perfil uno de los farolillos. Al principio, creí que estaba inclinada sobre un saco de tierra, pero, en cuanto se dio cuenta de que había llegado, soltó un grito y lanzó un objeto al seto.

Tomás intercambió conmigo una mirada de preocupación.

—En aquel momento, no me podía imaginar de qué se trataba —prosiguió Diego—. Lo averigüé más tarde, cuando la Guardia Civil revisó el lugar que les señalé. Era un cuchillo de cocina, y tenía restos de sangre.

Diego se mordisqueó los labios durante unos instantes y soltó un suspiro.

—¿Qué ocurrió entonces? —intervino Tomás, sin darle tregua.

El marido de Irene se frotó la frente y se limpió el sudor.

—Me acerqué. Me acerqué y descubrí que, en realidad… En realidad, el saco de tierra era el cadáver de un hombre tumbado boca abajo. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Lo que pasó después lo recuerdo vagamente, como si estuviera cubierto de una neblina…

Traté de buscar la verdad en su expresión. ¿Nos estaba mintiendo?

—Bueno, sí recuerdo algo —añadió—. Irene gritaba sin parar que no lo había matado, una y otra vez. —Se hundió en el sillón y negó con la cabeza—. No la creí, obviamente, y terminé llamando a la Guardia Civil. Hace años yo confié en ella, ¿sabes, Clara? ¿Qué quería que hiciera: que escondiéramos el cadáver juntos? Al cabo de unos minutos, llegaron varios agentes y nos interrogaron. Ella no dejaba de llorar. Les dije que había visto cómo tiraba algo. Buscaron en la oscuridad y dieron con el cuchillo. Se la llevaron detenida, claro, y a mí me condujeron al cuartel a tomarme declaración. Según tengo entendido, la jueza de San Vicente de la Barquera y otras personas fueron después a levantar el cadáver y a sacar fotos. Ya de madrugada, me trasladé aquí con Mario. La Guardia Civil no me dejó volver a mi casa…

—¿Te cruzaste con alguien cuando aparcaste el coche al llegar a Comillas? —inquirí.

Diego torció los labios.

—Sí, con el asesino, ¿no? Qué oportuno —exclamó con tono histérico—. No, no me crucé con nadie.

—¿La puerta del jardín estaba abierta?

—Estaba cerrada, pero no con llave. Nunca la cerramos con llave porque solo da acceso al jardín, y no al interior de la casa.

—Y decías que esto sucedió alrededor de las diez, ¿no?

Asintió con desgana.

—Sin embargo —deslicé con lentitud y suavidad deliberadas—, hemos tenido conocimiento de que la muerte debió de producirse entre las seis y media y las nueve. Resulta curioso que, según tu tesis, descubrieras a tu mujer asesinando a un hombre que llevaba muerto como mínimo una hora.

En ese momento, Diego dio un respingo y me escrutó. Quizá fuera una impresión mía, pero habría jurado que su mirada traslucía cierto temor.

—No sabía nada de eso… —confesó, titubeante. De repente, sacudió la cabeza—. Mira, no tengo ni idea de a qué hora murió ese hombre ni de cómo ocurrió. Lo que sí sé es que a las diez de la noche descubrí a mi mujer agachada junto a un cadáver y con el arma del crimen, y que la escondió nada más verme. Ojalá sea

inocente. ¡Qué más quisiera yo! Pero entre esto y lo que pasó hace seis años…

—¿Quién es el fallecido? —le pregunté, obviando su referencia al pasado.

El hombre levantó las palmas de las manos de forma elocuente.

—¿Sabes si Irene lo conocía? —insistí.

—Eso podrá decírtelo mejor ella, ¿no?

—Pero el cadáver terminó en vuestra casa… —murmuré, reflexionando en voz alta—. Tiene que existir algún motivo para ello.

—Yo tampoco me lo explico. Y las excusas de Irene no hay quien se las trague.

—Podrían ser ciertas, ¿no? —lo tanteé.

Posó sus ojos en los míos y entrelazó los dedos, desafiante.

—Pues ya serían dos coincidencias, y bien extrañas: esta y la de hace seis años.

A continuación, se inclinó hacia mí. De pronto, su rostro parecía el de un perturbado. Me hizo una seña para que me acercara. Obedecí y entonces, con voz siniestra, me susurró al oído unas palabras que me hicieron estremecer:

—Dime, Clara: ¿Irene te había hablado alguna vez de nuestro «querido» Rubén? Espantada, me aparté de él y miré a Tomás.

2

7:30 h. Diez horas antes

El día 13 de noviembre había amanecido encapotado y con un frío que perforaba la carne como un estilete. Lo comprobé mientras corría cinco kilómetros por el parque de Las Llamas a primera hora de la mañana, en ayunas y en solitario.

Cuando concluí mi rutina, regresé al piso que tenía alquilado en el barrio de Valdenoja de Santander. Al adentrarme en el recibidor, olisqueé el aire de manera inconsciente. No hallé ni rastro de ese aroma fresco e intenso que antes me rodeaba cada mañana. Su fragancia masculina ya no flotaba por el pasillo. ¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de él?

Parpadeé, consciente de que comenzaba a perderme en los recuerdos. Estaba añorándolo de nuevo, y no podía permitírmelo. Además, carecía de sentido que lo hiciera; nunca habíamos sido felices. ¿Qué era lo que extrañaba? Me metí en la ducha convencida de que solo había sido una recaída fugaz. No era para tanto.

Vivía sola desde el fracaso de mi última relación. Ricardo había sido incapaz de superar mis ausencias, mi supuesta falta de compromiso como pareja y mi presunta obsesión por el trabajo. Según decía, mi prioridad, por encima de todo, era el ejercicio de la abogacía, lo que demostraba una escasa implicación en la construcción de nuestro proyecto común. Así resultaba imposible, me había reprochado. No le faltaba razón: mi profesión me estimulaba bastante más que él. Aunque habíamos comenzado con buen pie, unos meses de convivencia me habían bastado para

entender que no dilapidaría el resto de mis días a su lado. No pasaba de ser un entretenimiento. No era el hombre de mi vida, y tal vez ni siquiera estuviera hecha para necesitar a alguien así. El trabajo se me antojaba un mejor compañero de viaje. La decisión llevaba tiempo tomada. No obstante, por problemas de agenda o falta de ganas, no había reunido el valor ni las agallas para decírselo, y se me había adelantado. Mejor así. La ruptura, consumada hacía ya tres meses, había sido un auténtico bálsamo para mí: desde ese día no tenía que rendir cuentas a nadie sobre mis horarios ni mis apetencias. Quizá me conviniera más comprarme un gato; son menos sentidos. Desde entonces, no había vuelto a saber de él y, sin embargo, en ocasiones no podía evitar echarlo de menos.

Cuando terminé de desayunar, me coloqué la gabardina beis sobre los hombros, salí de casa y me monté en el coche, un Volkswagen Golf blanco que me había comprado en Madrid, cuando trabajaba allí. Después de unos minutos de conducción y espera —el atasco en el túnel de Tetuán era monumental—, conseguí llegar a la plaza de Pombo, donde tenía contratado el servicio de aparcamiento subterráneo. Dejé el coche en el primer hueco que encontré, atravesé la plaza y penetré en el portal número 21 de la calle Hernán Cortés, que formaba parte de un señorial edificio de piedra que se levantaba sobre una sucesión de nueve arcos de medio punto. En la entrada resplandecía una placa dorada que rezaba: «Robledo Abogados, 3.º A».

La firma había sido fundada hacía quince años por Antonio Robledo, quien en aquella época apenas superaba la treintena. Según él mismo me había explicado en varias ocasiones, tras realizar unas prácticas con un abogado veterano y aprender las nociones básicas del oficio, se decidió a emprender su propia aventura empresarial y dar el paso de abrir su bufete, especializado en derecho civil y mercantil. Afortunadamente, en sus inicios contó con la ayuda de varios familiares vinculados a los ámbitos judicial y notarial que se afanaron en difundir la noticia de su talento. Esa publicidad y el buen hacer del letrado contribuyeron a que, en poco tiempo, el despacho floreciera y consiguiera alcanzar la fama y el predicamento de los que actualmente gozaba.

Fruto de su éxito precoz, Antonio pronto se vio obligado a

formar un equipo que lo complementara y le permitiera ampliar los servicios de asesoramiento jurídico y asistencia letrada que ofrecía. La primera en incorporarse fue María López, una mujer de mediana edad cuya actividad se concentraba en el derecho laboral y administrativo. Unos meses después, en abril de 2014, Antonio sondeó a su buen amigo Fernando Álvarez, con quien había coincidido en la universidad. Fernando nunca había ejercido de abogado; tras licenciarse, había superado la oposición a judicaturas y en ese momento impartía justicia en una localidad del País Vasco. El juez, experto en derecho penal, siempre había anhelado su regreso a Santander, la ciudad de la que era oriundo, pero su posición en el escalafón de la carrera judicial le impedía obtener el traslado. Aprovechando esa circunstancia y explotando sus notables dotes de persuasión, Antonio se lanzó a convencer a su amigo de las bondades de la abogacía y le presentó una oferta que no solo incluía la integración en un despacho ya consolidado a nivel provincial, sino también la adquisición inmediata del rango de socio, con participación directa en los beneficios. Fernando terminó aceptando.

Como cabía imaginar, tras el fichaje de Fernando el número de clientes que demandaban asistencia letrada en litigios penales creció rápidamente, tanto que en enero del año 2018 los dos socios decidieron contratar a una persona con experiencia en esa materia. Más adelante, supe que Fernando pensó enseguida en mí. En aquella época yo trabajaba en un gran despacho de Madrid. A pesar de haber nacido en Santander, me había tenido que desplazar a la capital española en busca de oportunidades y, al igual que Fernando, ansiaba el retorno a Cantabria. Lo había conocido dos años antes, con ocasión de un procedimiento penal complejo y enrevesado que se había incoado en un juzgado de instrucción de Madrid y en el que ambos habíamos intervenido en defensa de intereses contrapuestos. La dificultad del asunto y la asiduidad con la que se habían celebrado las comparecencias judiciales hicieron que mantuviéramos un contacto fluido e incluso llegáramos a forjar una relación de amistad. Tal vez eso y mi acertada llevanza del asunto ayudaron a que se acordase de mí cuando se vio desbordado por la cantidad de trabajo.

La última persona en unirse al bufete había sido Tomás Herrero,

un estudiante excepcional que, a sus veintiocho años, había cambiado de rumbo después de suspender los exámenes de acceso a la Abogacía General del Estado. Era pariente lejano de Antonio, lo que, unido a un expediente académico intachable, le había abierto las puertas del despacho de par en par. Como los conocimientos de Tomás en derecho civil y administrativo ya eran abrumadores, los socios me habían pedido que, durante unos meses, lo formara en la práctica del derecho penal para que abarcara un mayor elenco de asuntos.

La plantilla la completaba una eficaz secretaria de cincuenta y cuatro años, rechoncha, con el rostro repleto de pecas y los labios siempre pintados de rojo:

Virginia Ruiz. Fue la primera persona a la que me encontré aquella mañana, sentada al otro lado del mostrador.

—Fernando y Tomás ya han llegado —me informó sonriendo—. Ayer Fernando estuvo reunido con Elena Martínez en su empresa. Por eso no te cogía el teléfono. Algo de un accidente de un trabajador. Ya te contará.

—Vale, ahora me paso a verlo. Gracias, Virginia.

Inicié la jornada haciendo una visita a Tomás. Me asomé y lo hallé absorto en la lectura de un expediente que le había cedido el día anterior para que se fogueara.

Vestía una camisa azul claro, una corbata rayada de tonos oscuros y un traje gris de espiga.

—Estaba calculando la pena que voy a pedir para estos desgraciados —dijo, jovial.

—Sea lo que sea, me parecerá poco. Has madrugado, ¿no?

—Ayer terminé pronto el libro que estaba leyendo y Eva no podía más, así que nos acostamos temprano. Hoy, a las siete y media, ya no sabía qué hacer.

—Se me ocurren unas cuantas cosas que puedes hacer en casa recién levantado, pero me voy a callar —bromeé, guiñándole un ojo —. ¿Recomendable el libro?

—Muy bueno —respondió con regocijo.

La literatura era una de las mayores pasiones de Tomás. Según me había dicho en más de una ocasión, aprovechaba para leer siempre que podía. Solía hacerlo por las noches, al igual que su novia, con quien se había trasladado a vivir tras percibir sus

primeras nóminas en el despacho.

Fernando también compartía con Tomás el amor incondicional por los libros, aunque desde la posición de escritor. Tras sufrir varios rechazos editoriales con sus primeras novelas —lo que le había llevado incluso a plantearse el abandono de su vocación—, en el año 2012 había sentido un golpe de inspiración y había escrito febrilmente, en cuestión de unos meses, la novela titulada *El espía de Bruselas*. La historia sedujo desde el principio a los editores y en octubre de 2013 salió al mercado. No tardó ni dos semanas en ascender al primer puesto de los más vendidos y en ganarse el aplauso de la crítica. La historia giraba en torno a Ricardo Carmona, un espía del Centro Nacional de Inteligencia que en octubre de 2008 era destinado a Bruselas para infiltrarse en las altas esferas de la Unión Europea y destapar una trama en la que participaban varios Estados que intentaban sacar tajada de la situación de caos que se acababa de desatar con la caída del banco de inversiones Lehman Brothers.

Actualmente, Fernando hacía malabarismos para compaginar las labores de abogado y escritor reputado, y dedicaba su tiempo libre a terminar su nueva novela, que esperaba entregar en los próximos meses. Tomás lo admiraba tanto que en su primer día de trabajo no había dudado en pedirle que le firmara un ejemplar de *El espía de Bruselas*. Fernando, por supuesto, había aceptado, y, a partir de entonces, habían forjado una estrecha relación que trascendía lo profesional.

—Estaba recordando el día en que empezaste a trabajar aquí y Fernando te firmó su libro —dije.

Mi compañero me señaló con un movimiento de cabeza la estantería que se apoyaba en la pared opuesta.

—Ahí lo tengo, como una pieza de museo.

Me estiré, alcancé el volumen y lo abrí por la primera página, donde figuraba la dedicatoria original:

«Para M., por inspirarme».

Justo debajo había un párrafo manuscrito con la caligrafía inconfundible de Fernando, de trazo largo y elegante:

«Para mi querido Tomás. Es un placer tenerte con nosotros. Bienvenido».

Sonreí. Todos estábamos encantados con su incorporación al

bufete. Devolví el libro a su estante y me retiré a ver a Fernando. Estaba tecleando en su ordenador a toda velocidad. Era un hombre de complexión delgada, con la piel casi nívea y de cabellos cortos y prematuramente encanecidos. Se quitó las gafas de lectura y me dirigió un gesto burlón.

—¿Qué tal estamos, penalista? Tengo un par de asuntillos que pasarte, para que no te relajes. Siéntate —me invitó, al tiempo que se levantaba de su butaca para acomodarse conmigo junto a una mesa redonda de cristal en uno de los extremos de la sala.

—Te agradezco que te preocupes tanto por mi bienestar —respondí, e hice una mueca.

—No se merecen, mujer —se carcajeó mientras introducía la mano en el interior de la chaqueta y sacaba un caramelo de menta, que me tendió con una sonrisa irónica dibujada en el rostro—. ¿Quieres?

—Ya sabes que detesto su sabor, y todavía más su olor.

Fernando soltó una risotada, lo abrió haciendo crujir el envoltorio y se lo llevó a los labios. Pocas veces se lo veía sin uno en la boca.

—¿Qué tal se encuentra Marina? —le pregunté.

Fernando se había casado con Marina Hernández hacía un año y medio. Se habían conocido a finales de 2014 en los pasillos de los juzgados de Santander, donde ella trabajaba como letrada de la Administración de Justicia. Era una mujer risueña, locuaz y muy diligente en su trabajo, al cual había faltado en los últimos días a causa de un episodio intenso de gripe.

—Hoy se ha reincorporado y ya está de mejor humor, que al fin y al cabo es lo que importa —dijo con sorna—. En fin, te comento los dos asuntos que quería encargarte.

Asintiendo, saqué del bolso mi estilográfica y un cuaderno pequeño de tapas verdes que me acompañaba a todas partes y me dispuse a tomar notas.

Justo entonces, Virginia irrumpió en el lugar.

—Perdona, Clara. Está al teléfono un sargento de la Guardia Civil. Necesita hablar contigo de manera urgente.

Fernando chasqueó la lengua y me excusó con un ademán. Sin perder tiempo, fui hasta mi despacho, ubicado casi al fondo del pasillo, y descolgué el teléfono.

—Buenos días. Soy Clara Caballero.

—Buenos días —me saludó una voz masculina, áspera y de cadencia oficial—. Le llamo del Equipo de Delitos contra las Personas de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Le informo de que doña Irene Arias Abad fue detenida la pasada noche en su domicilio y la ha designado a usted para que la asista. Se encuentra en las dependencias del puesto de Comillas, a la espera de ser interrogada, por lo que le ruego que se persone lo antes posible y dentro del plazo legal.

Esas palabras, recitadas mecánicamente, me dolieron tanto como un puñetazo descargado en la boca del estómago. De repente, me quedé sin habla, boqueando como un pez fuera del agua. ¿Se refería a mi amiga, la dulce profesora de Filología Hispánica?

—¿Hola? ¿Está ahí? —preguntó la voz.

—Sí, sí, perdone —farfullé—. ¿Está seguro de que se trata de Irene Arias?

—Claro.

—¿Puede decirme por qué la han detenido?

—Parece estar implicada en la muerte de un hombre —contestó el sargento de forma neutra, sin revelar ninguna emoción.

Esta vez no pude reprimir un gemido. ¿Un homicidio? ¿Irene? La cabeza me daba vueltas.

—Necesitamos que se persone aquí cuanto antes —me insistió.

—Pero si Irene Arias… A ver, Irene es profesora de literatura. Es amiga mía…

—Muy bien, letrada, pero ¿cuánto tardará?

Resoplé.

—Estaré en unos cuarenta minutos.

—La esperamos.

3

Permanecí sentada por espacio de cinco minutos, inmóvil frente a la pantalla negra del ordenador. Aquello no tenía sentido. Debía de tratarse de un error, un error de bulto. ¿Cómo iba a estar Irene implicada en algo así? Aún sobrecogida, cogí mi gabardina, salí al pasillo y le pedí a Virginia que abriera un nuevo expediente. Cuando me entregó la carpeta amarilla, la llené de folios en blanco. Con estupor, en el primero de ellos registré a Irene como «detenida» y la guardé en el bolso. En ese momento, pasó por mi lado Tomás, en dirección a la impresora. Lo detuve agarrándolo del brazo, alterada.

—Tomás, tengo que asistir a una amiga en Comillas. Es sospechosa de haber matado a alguien —balbuceé. Las palabras que brotaron de mi boca me sonaron como si las hubiera proferido un tercero—. Necesito que me acompañes, por favor. Debemos irnos ahora mismo.

Tomás palideció y me miró con preocupación.

—Rápido, coge el abrigo —dije, sin entrar en detalles.

Mi compañero no se lo pensó y salió de allí precipitadamente. Mientras tanto, informé a Fernando de la situación. Estupefacto, dejó de teclear y de chupetear su caramelo.

—Es la amiga de la que te hablé alguna vez, cuando yo aún vivía en Madrid —le expliqué—. La filóloga que trabaja en Comillas.

—Sí, sí, lo recuerdo. Madre mía, Clara… ¿Crees posible que…?

Fernando dejó la frase en el aire, como si no se atreviera a terminarla.

—No sé, todo esto me parece una locura —respondí, sacudiendo la cabeza.

—Tómate todo el tiempo que necesites y olvídate del asunto que te iba a pasar. Venga, ve a sacar a tu amiga del calabozo. Estará muy nerviosa.

Disponía de un plazo de hasta tres horas para comparecer en el cuartel, pero los interrogantes que planeaban sobre aquel caso y la evocación de Irene encerrada me impelían a presentarme en Comillas cuanto antes. Debía aclarar aquel malentendido ya.

Dediqué el viaje a resumirle a Tomás cuanto sabía sobre la vida de Irene. La había conocido a principios de 2016, en una comida de amigas. Por aquel entonces yo residía en Madrid y me había escapado a Santander a pasar unos días. Alicia, que era de la pandilla histórica, nos pidió permiso para que se uniera. Irene tenía solo cuatro años más que nosotras y no desentonaba ni por edad ni por aficiones. Desde ese momento, pasamos a considerarla una más del grupo. Su novio, Diego Hermosilla, era un prominente empresario del sector hotelero y trabajaba muchas horas en el negocio que había fundado su abuelo, por lo que ella solía disfrutar de bastante tiempo libre y lo aprovechaba apuntándose a todos los planes que organizábamos. En abril de 2017 se casaron y un año y medio después, a finales de noviembre, tuvieron un niño llamado Mario.

Irene no había nacido en Comillas, pero residía allí desde septiembre de 2010. Ese año había comenzado a impartir docencia en el Máster de Enseñanza del Español en el Extranjero organizado por el Centro de Estudios Superiores del Español (CIESE). Posteriormente, en 2013, se había incorporado al Grado en Estudios Hispánicos. No me constaba que hubiera tenido problemas. No quería incurrir en estereotipos, pero le confesé a Tomás que, a mi juicio, Irene era la típica profesora de literatura enamorada de los libros: soñadora, paciente e inofensiva. Era cierto que en los últimos meses apenas la había visto, pues su maternidad y mis compromisos profesionales copaban todo nuestro tiempo, pero me parecía improbable que de pronto se hubiera transformado en una homicida.

El puesto de la Guardia Civil se encontraba junto al paseo marítimo, en un alargado edificio de piedra construido al pie de una colina. Algunos vecinos se habían animado a pasear por la zona bajo el vuelo de las gaviotas, sin prestar atención a las nubes

cárdenas que vestían el firmamento y que amenazaban con descargar toda su furia sobre aquella población idílica.

Siempre me había gustado Comillas. Había veraneado allí en varias ocasiones, cuando el lugar bullía de actividad, con las playas atestadas de turistas y aquellas colas interminables para acceder al Capricho de Gaudí y al Palacio de Sobrellano. Recordaba el delicioso aroma de las cocinas de los restaurantes fundiéndose con la brisa, las tiendas y los mercados palpitantes, el tráfago de curiosos recorriendo las callejuelas mientras daban cuenta de un helado desbordado… En realidad, el pueblo no perdía todo su atractivo fuera del período estival. No obstante, aquella mañana todo se me antojaba distante y melancólico, como si estuviera cubierto por una capa de rocío.

Aparcamos el coche al lado del cuartel y pasamos al interior. En la recepción mostramos nuestros carnés de letrado a un guardia y le explicamos el motivo que nos había conducido hasta allí. Tras ausentarse unos segundos, regresó acompañado de un hombre fornido, alto, de barba poblada y ribeteada de blanco, con cejas frondosas y mirada calculadora. No vestía uniforme y caminaba con aplomo. Le calculé más de cincuenta años.

—Soy el sargento José Antonio Hermida —dijo mientras nos estrechaba la mano. Su voz era la que había escuchado por teléfono —. Y aquí mi compañero, el cabo Juan Ruiz —agregó, y señaló a un varón más o menos de mi edad, pelirrojo y de aspecto enclenque—. Su clienta los está esperando. Si lo desean, pueden entrevistarse con ella antes de que comencemos.

—Necesitaríamos tener acceso a las actuaciones con carácter previo —repliqué.

El sargento frunció los labios con disgusto. Ambos sabíamos que solo podía negarse a exhibirme el expediente en caso de que el juez de instrucción hubiese declarado la investigación secreta, circunstancia que, por la expresión del hombre, deduje que no se había producido. Aun así, era habitual que las fuerzas y cuerpos de seguridad opusieran resistencia, y aquella vez no iba a ser una excepción.

—Verá, letrada, ahora mismo estamos practicando diligencias.

—Seguro que algo tendrá a mano. Si no me dejan ver las actuaciones, mi clienta no declarará nada, ya se lo aviso. No dirá ni

una sola palabra.

—Hágase cargo de la situación —protestó el sargento—. Casi no hemos tenido tiempo para recoger los vestigios de la escena del crimen.

—Algo habrán descubierto para haberla detenido, ¿no?

El sargento murmuró un exabrupto y ordenó a su subordinado que fuera a buscar los papeles.

—Si quiere agilizarlo, podría ir adelantándome lo ocurrido —añadí.

El guardia civil me examinó, calibrándome. Seguramente no estaba acostumbrado a que los abogados demostrásemos tanto atrevimiento; solemos ser más apocados.

—La detuvimos ayer por la noche, sobre las diez —dijo, acompañando sus palabras de un bufido—. Su marido la sorprendió junto al cuerpo sin vida de un hombre que aún no hemos identificado. El cadáver carecía de documentación y de efectos personales. Todo apunta a que fue degollado allí mismo, por la espalda. El arma del crimen podría ser un cuchillo ensangrentado que sostenía su clienta y del que se quiso deshacer tan pronto como se vio descubierta. El resto lo podrá encontrar ahí —atajó, señalando la carpeta que portaba el cabo, que ya estaba de vuelta —. Y, si no consta, es que estamos en ello.

Respiré hondo en un intento por calmarme y absorber toda esa información que me resultaba tan inverosímil y que el sargento me arrojaba sin paliativos. No podía creer lo que oía. Si aquello era cierto, la Guardia Civil no había incurrido en ningún error. Al contrario, la detención de mi amiga estaba más que justificada.

—¿Tienen idea de a qué hora se produjo la muerte?

El hombre contrajo el rostro en señal de reprobación. Ya había mostrado suficiente consideración conmigo. Ciertamente, no podía negarle que especular con la abogada defensora sobre ese extremo habría supuesto rebasar el límite de la deferencia, máxime cuando, por el escaso tiempo transcurrido, resultaba imposible que se hubiera practicado la autopsia. A lo sumo, existiría un informe meramente preliminar, unas observaciones orientativas del forense.

—Me refería al periodo de tiempo por el cual van a interrogar a mi clienta —me apresuré a matizar, exhibiendo una sonrisa inocente—. Si no me dan alguna pista, no podré hacer mi trabajo.

Se oyó un suspiro de transigencia.

—Mire, tendrá que preguntarle qué hizo ayer desde las seis de la tarde hasta las nueve, aproximadamente.

Con eso me bastaba. Fui a abrir la boca, pero el sargento se marchó de inmediato, sin esperar a recibir mis muestras de agradecimiento. A continuación, el cabo Ruiz nos condujo a una sala con cuatro sillas y una mesa rectangular donde nos aguardaba Irene.

En cuanto entramos, mi amiga saltó del asiento y se abalanzó sobre mí con el rostro repleto de lágrimas.

—¡Dios mío, Clara!

Intentó abrazarme, pero las esposas le impedían abrir los brazos, así que se conformó con pegar su cuerpo al mío mientras yo le acariciaba la nuca. Las puntas de su cabello rubio estaban empapadas, y su cuerpo, ataviado con una camisa de rayas azules arrugada y unos vaqueros manchados de tierra, parecía haber encogido un par de tallas. Era delgada y de mi altura, pero en aquel momento se la veía encorvada y reducida, como si le hubieran propinado una paliza y apenas pudiera erguirse. La herida era interna, y se localizaba en el alma.

El cabo Ruiz se aclaró la garganta y anunció que se retiraba.

—¿Cómo estás, Irene? —le pregunté al tiempo que me separaba de ella y me dirigía a la mesa.

Tomás y yo nos sentamos a un lado y ella, al otro. A pesar de la situación en la que estaba envuelta y la tensión que soportaba, seguía pareciendo atractiva, y sus ojos almendrados despedían un halo de candidez y bondad que no casaba con el motivo que la había arrastrado hasta allí. Me sonrió con amargura.

—Siento meterte en esto, Clara. Te agradezco tanto que estés aquí…

Le devolví una sonrisa compasiva y le presenté a Tomás, a quien saludó ofreciéndole unas manos temblorosas.

—¿Has hablado con la Guardia Civil? —inquirí.

Irene negó con la cabeza y se pasó los dedos por las mejillas para contener las lágrimas.

—No. Han venido a verme varias veces de madrugada y también esta mañana, pero no les he dicho nada. Querían que confesara algo que no he hecho. Sospechan de mí, Clara.

—Tranquila, lo vamos a solucionar. Necesito unos minutos para leerme esto —repuse, y blandí los folios.

Irene asintió con docilidad.

Con desaliento, comprobé que los hechos que reflejaba el atestado coincidían con el resumen del sargento Hermida. La Guardia Civil no se había arriesgado a reconocer la escena en la oscuridad, pero sí se había dejado constancia del hallazgo del cuchillo, que habían enviado para su análisis al laboratorio del Equipo de Criminalística de la Comandancia, en Logroño. Todo lo que leía, que no era precisamente prolijo por lo apresurado de su elaboración, resultaba confuso y no añadía mucho más a lo referido por el sargento.

Cuando acabé con el examen de las diligencias, me dispuse a preguntar a Irene por su versión de los hechos. Si su explicación reunía una mínima dosis de coherencia, quizá pudiera conseguir su puesta en libertad.

—Irene, cuéntanos qué ocurrió ayer por la tarde.

Bajó los ojos y se entretuvo unos segundos rizándose los extremos del pelo todo lo que le permitían las muñecas esposadas. Después, comenzó a hablar con voz trémula.

—Estuve trabajando en mi despacho del CIESE. Tenía que corregir algunos exámenes. A esas horas no hay clase y los estudiantes vuelven a casa.

—¿Alguien te vio?

—Sí. Me vio el profesor Roberto Crespo. Conversé con él nada más llegar. Ah, y también me crucé con Yolanda, la recepcionista.

—¿Hay cámaras?

Irene asintió.

—Bien. Entonces, ese punto lo tenemos cubierto —celebré, e intercambié una mirada de alivio con Tomás—. ¿Hasta qué hora permaneciste allí?

Irene se rascó la frente.

—Pues creo que recogí a Mario a eso de las seis y media, así que supongo que me iría a las seis y veinte, más o menos.

—¿De dónde lo recogiste?

—De la guardería Arcoíris. Está al lado del ayuntamiento, en la plaza Joaquín del Piélago. Quien me entregó al niño fue Elvira Martínez, la propietaria.

Apunté los datos en el bloc verde que saqué del bolso. La estilográfica relampagueaba bajo la luz de los fluorescentes.

—Después fui con Mario a dar un paseo por los alrededores de la playa, junto al muelle. Como está un poco lejos y una parte del trayecto tiene el suelo irregular, lo llevé con un porteo. Hacía frío y había anochecido, pero me apetecía caminar por esa zona, y él lo agradece. Se le nota alegría en la mirada cuando vamos por allí. Le encanta contemplar el oleaje.

—¿Qué ocurrió luego?

—No sé durante cuánto tiempo paseamos, sinceramente. Recuerdo que Diego me llamó por teléfono para comentarme que volvería tarde del trabajo. No creo que regresase a casa más tarde de las siete.

—Pero no estás segura —observé.

Irene negó con la cabeza.

—¿Qué hiciste después?

—Hay un camino pavimentado que va desde el paseo marítimo hasta la placita que está justo delante de nuestra casa. Subimos por ahí. Luego lo duché, le di de cenar a las nueve y lo acosté. Cuando terminé, me puse a ver la televisión y, alrededor de las diez, salí al jardín a regar el césped. Fue entonces cuando lo vi.

La voz se le apagó y rompió a llorar.

—De modo que, cuando volviste del paseo, ¿no había ningún cuerpo? —quise asegurarme.

Irene, hecha un amasijo de lágrimas, trató de serenarse cerrando la mandíbula y los puños.

—No lo sé, Clara, no lo sé… —gimoteó—. Ya era de noche. Y después lo encontré detrás de un arbusto, en un extremo del jardín… Era difícil de ver. No sabría decir si ya estaba allí cuando llegamos…

—¿Había algún charco de sangre?

Irene se encogió de hombros con nerviosismo.

—Soy una estúpida, Clara.

—No digas eso, Irene.

—¡Lo soy! Creí que se encontraba herido y me agaché a socorrerlo. Tenía que haberme quedado quieta, haber salido corriendo…

—Hiciste lo que tenías que hacer. Dime: ¿qué fue lo que pasó

después?

Irene resopló angustiada.

—El hombre estaba boca abajo. Por eso fui a darle la vuelta, para tratar de ayudarlo. Fue entonces cuando vi el corte que tenía en la garganta. Me quedé paralizada, Clara. ¡Muerta de miedo! Y, cuando quise alejarme, toqué algo duro a mi lado. Era un cuchillo.

Escuché sus palabras con atención y en silencio, esforzándome por disimular mi asombro. La historia, desde luego, no sonaba muy convincente. Comenzaba a entender al sargento Hermida.

—¡Clara, tienes que creerme! ¡Sé que parece increíble, pero es la verdad!

Forcé un gesto conciliador y asentí.

—Te creo, Irene.

Pronuncié aquella frase con firmeza, pero en mi fuero interno era toda dudas. ¿Cómo podía haber sucedido algo así? La versión de mi amiga me recordaba a los pretextos extraordinarios que algunos de mis clientes urdían en su fantasía de que trataban con imbéciles, categoría en la que incluían no solo al juez, sino también a su propio abogado. No sería sencillo hacer pasar por ciertas aquellas casualidades insólitas. Para empezar, la Guardia Civil ya disponía de las huellas de Irene estampadas en el cadáver y en el arma del crimen.

—Y fue entonces cuando llegó Diego, ¿no? —dijo Tomás.

—Sí, justo cuando había entrado en pánico.

—¿Te cruzaste con alguien de camino a casa?

Irene ladeó la cabeza y maldijo en voz alta su infortunio mientras se clavaba las yemas de los dedos en las mejillas.

—No lo sé —añadió—. No estoy segura. Era de noche y hacía frío. No estaba pendiente de la gente. Estaba centrada en mi hijo.

—¿Por qué no llamaste a la Guardia Civil? —intervine, escudriñándola.

Irene bajó los hombros y clavó la mirada en la mesa.

—No lo sé, Clara. Soy tonta, ya te lo he dicho. Había encontrado un cadáver en mi jardín, lo había tocado y también había cogido el arma del crimen. No sabía qué hacer, si esconderlo todo, llamar a la policía… Me entró miedo. Pensé que me echarían la culpa.

—Irene, el haber tocado el cuerpo y el cuchillo no implica que seas la asesina. Lo sabes, ¿no? —dije, torciendo los labios.

No lo exterioricé, pero no podía evitar coincidir con mi amiga en la apreciación de su estupidez supina. Las razones que proporcionaba no me convencían. Su conducta no obedecía a la lógica, y la propia Irene era consciente de ello. ¿Estaba siendo sincera?

—Estaba aterrorizada —insistió, moviendo los dedos con desesperación—. No podía pensar. Y, de pronto, apareció Diego. Casi me dio un ataque. Tiré el cuchillo en cuanto lo vi, como si fuese la asesina. Entonces, se acercó, descubrió el cuerpo y empezó a gritarme como un energúmeno. No me concedió ni siquiera el beneficio de la duda… Soy su mujer. Y la madre de su hijo…

Irene perdió el control y estalló de nuevo en sollozos. Conmovida, me levanté y la abracé con fuerza hasta que se tranquilizó.

—No he vuelto a saber nada de él desde entonces, y tampoco de Mario.

—Hablaré con Diego, no te preocupes —le prometí. A continuación, la besé en la mejilla, la aparté unos centímetros de mí y la miré a los ojos—. ¿Estás segura de que nos lo has contado todo?

Irene se sorbió los mocos y asintió. Quería creer que aquella historia era cierta, pero me costaba hacerlo. Quizá la mejor estrategia pasara por tacharla públicamente de imbécil y definirla con semejante atributo ante la Guardia Civil. Al fin y al cabo, nadie acaba entre rejas por ser tonto.

Como partía de la premisa de que mi clienta era inocente y decía la verdad, le recomendé que declarara y contestara a todas las preguntas que le formulara el sargento. Supuestamente, no teníamos nada que esconder.

—¿Me meterán en la cárcel? —me preguntó Irene con la desolación pintada en las facciones.

—Todo irá bien, ya verás. Tú limítate a exponerlo como una concatenación de sucesos desafortunados y fortuitos. Pueden retenerte hasta un máximo de setenta y dos horas a contar desde la detención. Cumplido ese plazo, deberá ser la jueza de San Vicente de la Barquera quien decida qué hacer contigo. ¿Lo entiendes?

Mi amiga exhaló un suspiro.

4

El cabo Ruiz nos escoltó hasta una sala de interrogatorios al final del pasillo principal. Había cinco sillas dispuestas alrededor de una mesa metálica, tres para nosotros, una para el sargento y otra para el cabo. Irene ocupó la posición central, flanqueada por Tomás y por mí. Enfrente se colocó el sargento Hermida y, a su vera, el cabo, que desplegó un ordenador portátil para levantar acta de la declaración. Podía oír los latidos del corazón de mi amiga.

—Buenos días, Irene —la saludó el sargento con fingida cordialidad—. Tenemos que hacerle unas preguntas.

Irene tartamudeó un «vale» y se encogió en su asiento, como si se preparara para recibir un disparo en el pecho. Los labios le bailaban como un barco mecido por el oleaje.

—¿Desea declarar?

Irene musitó un asentimiento casi imperceptible, ante lo cual el sargento se permitió una sonrisa maliciosa. A continuación, dio inicio al interrogatorio, que se extendió por espacio de una media hora. Mi amiga, tensa y en ocasiones un tanto titubeante, reprodujo ante aquellos hombres el discurso que habíamos preparado. El sargento Hermida escuchó las explicaciones con visible escepticismo y con el mentón apoyado en una mano. Mientras tanto, el cabo tecleaba a toda velocidad, afanándose en no dejar ningún detalle sin transcribir.

Cuando Irene concluyó su exposición de los hechos, el sargento se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos. Lo miré con extrañeza; algo no marchaba bien. Mi amiga debió de experimentar la misma sensación, pues de pronto su pecho comenzó a oscilar a un ritmo frenético.

—Dígame: ¿su hijo sabe hablar? —le preguntó el sargento entrecerrando los ojos—. ¿Puede confirmar su versión de los hechos?

Irene respondió con voz queda que Mario apenas pronunciaba palabras sueltas y no podría aportar nada, y bajó la vista.

—No se preocupe, existen otras vías para comprobar dónde estuvo —apuntó el sargento con una mueca sarcástica—. ¿Tiene activada la señal GPS en su teléfono?

Ella sacudió la cabeza y se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Vaya, una lástima. Triangular su teléfono con los repetidores a los que se conectó ayer no nos va a servir de nada. La franja del paseo y la de su casa es la misma, así que, salvo que tuviera activada la geolocalización del terminal, no hay modo de verificar su posición concreta. ¿Tiene algún testigo?

Una vez más, Irene dio una respuesta negativa.

—Ah, por cierto, ¿qué hacía ese hombre en su casa? Coincidirá conmigo en que su presencia resulta sorprendente.

—¡Ya le he dicho que no tengo la menor idea! —masculló Irene, temblando de los pies a la cabeza.

—Sí, perdone —fingió azorarse el sargento—. Y decía que se chocó con el cadáver cuando se puso a regar la zona, ¿verdad?

Se me escapó un resoplido de impaciencia y le hice notar que la detenida ya había declarado sobre ese extremo sin incurrir en vaguedades ni contradicciones. El sargento, en lugar de reprocharme la descortesía, recibió la demostración de exasperación con una sonrisa lobuna que me erizó el vello de la nuca.

—Bien, señora Arias, aclárenme una cosa —prosiguió con altivez—: ¿qué sentido tenía regar si los meteorólogos habían pronosticado chubascos para la tarde siguiente? ¿Qué sentido tenía regar si todos los días anteriores también había estado lloviendo?

Un silencio espeso y doloroso se desplomó en el espacio que nos separaba de los guardias. A mi lado, Irene movía ligeramente los labios, pero no articulaba palabra, y Tomás me observaba con la boca entreabierta. Maldije para mis adentros. ¿Cómo no había reparado en ese detalle?

A la vista de la parálisis que se había adueñado de mi amiga, y siendo consciente del efecto devastador que implicaba su silencio,

coloqué una mano detrás de su hombro y, bajo la atenta mirada del sargento, le empujé la espalda hacia delante. Irene captó el mensaje. Tras carraspear, farfulló que, para ella, regar era una actividad relajante e independiente por completo de la climatología. Ni siquiera se había molestado en consultar las predicciones, añadió. Lo hacía porque le gustaba, lisa y llanamente. Además, tenía algunas plantas que requerían agua en abundancia. Tomás y yo nos esforzamos por exhibir un semblante neutro, pero el sargento y el cabo intercambiaron un gesto de incredulidad.

—Ruiz, hágame el favor de recoger palabra por palabra las explicaciones de la detenida —le ordenó el superior—. Tengo otra pregunta para usted, señora Arias. Ustedes tienen dos timbres en su casa, uno situado junto al acceso al jardín y otro junto a la puerta que da entrada a la casa. ¿Oyó alguno de los dos?

Irene negó con la cabeza y explicó que, aunque alguien hubiera llamado, el ruido de la ducha podría haberse superpuesto a la señal acústica durante el tiempo que estuvo bañando a su hijo.

—De todos modos, no me termina de encajar una cosa —observó el sargento—. Las huellas dactilares que hemos recogido revelan que alguien (presumiblemente la víctima, aunque estamos pendientes de obtener los resultados) pulsó el timbre del jardín. Si ustedes no eran conocidos de ese hombre y no obtuvo respuesta, ¿no resulta un poco extraño que decidiese abrir la puerta del jardín y acceder al interior?

Maldije de nuevo por lo bajo. Aquel sargento demostraba una perspicacia inusitada, digna de Hércules Poirot y, por supuesto, fuera de mi alcance. No se me había pasado por la cabeza cuestionarme ese tipo de cosas. Aguardé con temor la reacción de mi amiga. Para mi sorpresa, en esta ocasión no acusó el golpe, a juzgar por su expresión calmada.

—Quizás eso tenga una explicación sencilla —dijo—: el interfono del jardín no emite ningún ruido para la persona que lo pulsa, aunque sí suena en el interior de la casa. Es posible que creyera que estaba estropeado. Nos ha pasado con otra gente. De hecho, teníamos pensado cambiarlo.

El sargento asintió, en apariencia satisfecho con la respuesta.

—¿Por qué no llamó a la Guardia Civil en cuanto se dio cuenta de que el hombre estaba muerto?

Irene me lanzó una ojeada de soslayo.

—Mire, ya se lo he dicho a mi abogada: el pánico me dominó. Puede parecerle absurdo, pero temí que me acusaran del crimen por haber tocado el cadáver y el cuchillo. No supe tomar una decisión. Estaba tan aterrada que incluso me planteé esconderlo todo.

El sargento Hermida arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario. A continuación, se levantó.

—De acuerdo, señora Arias. Esto es todo. Ahora imprimiremos el acta para que la firmen usted y su letrada. Lamento comunicarle que, de momento, permanecerá aquí detenida. Tenemos que seguir investigando.

Irene asintió desconsolada. El sonido ahogado de la impresora vació el silencio desgarrador que siguió al anuncio que oficializaba la retención de mi amiga en los calabozos. De perfil, Irene se asemejaba a un cuerpo amortajado que hubieran colocado en posición sedente y con el cuello echado hacia atrás, buscando el cielo como escapatoria al infierno que la engullía.

Después de unos instantes, el sargento cogió varios folios de la bandeja y nos los tendió para que verificásemos que su contenido se ajustaba a lo manifestado. Lo repasé con Irene y, cuando comprobé que no había ningún error, procedí a rubricar la última página. El trámite había finalizado, pero no saldría de allí con ella.

Antes de abandonar la sala y dejarnos a solas con nuestra clienta, el sargento nos pidió que estuviéramos pendientes del teléfono las próximas horas, por si fuera precisa una ulterior declaración de la sospechosa. No podía descartarse nada, añadió con un deje de misterio en la voz.

En cuanto la puerta se cerró, Irene se tapó el rostro con las manos y se echó a llorar sobre la mesa. Me acerqué a ella y, agachándome, la estreché entre los brazos. Mientras tanto, Tomás nos contemplaba sin saber bien cómo actuar. Me invadía un sentimiento de impotencia y desazón que se entrelazaba con las dudas que habían comenzado a arañar la coraza de certidumbre que portaba a mi entrada al cuartel. Por más que la conociera y la considerara inofensiva, algo me chirriaba. ¿Había dicho toda la verdad?

Cuando se redujeron el ritmo de las convulsiones y la intensidad del llanto, Irene se evadió de mi abrazo y, con el rostro inflamado,

sondeó mi opinión sobre la dinámica y el resultado del interrogatorio, proponiéndome un juego de especulación en el que normalmente rehusaba participar. Su semblante demandaba una respuesta tierna, voluntariosa, a pesar de que saltaba a la vista que aquel hombre no se había tomado en serio las explicaciones que ella le había ofrecido. Haciendo acopio de mis limitadas dotes como actriz, endulcé mi expresión y le pronostiqué un futuro esperanzador. No era aconsejable preocuparla más de lo que ya estaba.

Irene torció el gesto al escucharme.

—Clara, los tres sabemos que ese hombre no me ha creído. No finjas —replicó, y buscó con la mirada la aprobación de Tomás, que no se produjo. A continuación, clavó los ojos en los míos—. Me gustaría pedirte un favor. No tengo otra opción.

Ahogué un suspiro. La seriedad que había imprimido a sus palabras y su semblante suplicante no auguraban algo que fuera fácil aceptar.

—Dime.

—He visto la cara que ponía ese sargento y tú también, por mucho que intentes engañarme. Si está en su mano, tengo claro dónde acabaré. Necesito pruebas, Clara.

—Aparecerán, ten paciencia.

—¡No, no aparecerán si no las buscamos! Necesito que lo hagas por mí. Necesito que encuentres al culpable —gimoteó, agarrándome la mano—. La Guardia Civil está muy perdida. ¡No puedo ir a la cárcel! ¿Qué será de Mario? ¿Quién cuidará de él? No puedo dejarlo en manos de Diego. Por favor, ayúdame, Clara.

El pavor que desprendían sus ojos me encogió el corazón. ¿Qué podía hacer? El impulso de ayudarla y la sombra de la sospecha batallaban en mi interior. ¿Y si en realidad tenía ante mí a una asesina que trataba de manejarme? Me asomé al abismo de oscuridad que se abría bajo sus pupilas. ¿Habitaba allí una asesina o se escondía una víctima cuya vida había sido barrida por un arrebato injusto del destino? Miré el conjunto de su rostro. Reconocí a mi amiga, la angelical y modélica Irene, la profesora de letras. No podía darle la espalda. Sí, debía asumir los menesteres detectivescos que me imploraba, aunque me agobiaba el exceso de confianza que estaba depositando en mí. ¿Acaso creía que yo

disponía de capacidad para descubrir algo que le pasara inadvertido a la Benemérita? Su fe me abrumaba. Actuar movida por la salvaguarda de los intereses de mi amiga no me convertía en mejor investigadora que los profesionales de la caza del delincuente. Además, no podía desatender mis obligaciones laborales. Mi vida se consumía entre papeles, reuniones y juicios. Aceptar un encargo como aquel privaría a otros expedientes de horas imprescindibles para su buen fin y me bloquearía durante semanas, quizá meses. Fernando y Antonio no lo celebrarían, desde luego. No estaba segura de poder multiplicarme del modo que aquel requerimiento exigía. Por suerte, al regresar a casa en mitad de la noche ya no me encontraría a Ricardo con sus reproches sobre mi falta de atención y cariño, y me consolaba contar con la ayuda de Tomás.

Suspiré. Irene no apartaba su vista de mí y, a medida que transcurrían los segundos, ejercía más presión sobre mi mano. Se agarraba a mi cuerpo para no caer al vacío.

—Está bien —murmuré, vencida por las emociones.

Tomás me sonrió e Irene se me echó al cuello, como si mi aceptación garantizara su absolución.

—Clara, tienes que encontrarlo —me susurró al oído—. Si no lo consigues, todo el mundo creerá que fui yo.

Irene tenía razón: era cuestión de horas que acaparara las portadas de los medios de comunicación. Pronto estaría en boca del pueblo entero, en el mejor de los escenarios. En el peor, toda España se solazaría con el espectáculo de su maldad. Aun en el caso de lograr el archivo de la causa penal por falta de pruebas, subsistiría la incertidumbre de su inocencia, un veneno que lastraría su imagen para siempre y la convertiría en un fantasma que se arrastraría por las calles de Comillas en busca de un consuelo imposible. Le juré entonces que lucharía con todas mis fuerzas para dar con el asesino.

5

Nos despedimos con la promesa de reunirnos con ella tan pronto como recabáramos nueva información. Por el momento, nuestra permanencia allí no aportaba nada, más allá de apoyo moral. No obstante, al alejarnos del cuartel y echar a andar hacia el interior del pueblo, se apoderó de mí una insoportable sensación de traición, de abandono. No conseguía apartar de mi mente la silueta de mi amiga derrumbada sobre la mesa de aquella sala de interrogatorios, aguardando a que el cabo Ruiz la devolviera al calabozo. Se trataba de un pensamiento irracional, pero algo me empujaba a dar la vuelta y a permanecer a su lado, velándola.

Mientras caminábamos sin rumbo fijo, con el único fin de poner tierra de por medio con el puesto de la Guardia Civil, intercambié impresiones con mi compañero, que había abandonado el edificio meditabundo y con las manos en los bolsillos. Aunque escogió las palabras con esmero para minimizar su carga inculpatoria, me reconoció que albergaba reservas notables sobre la credibilidad de nuestra clienta. No intenté formular una réplica, pues, en mi fuero interno, compartía sus apreciaciones. En cualquier caso, dijo Tomás, esperaba que la investigación que habíamos asumido nos sacara de dudas. A su juicio, mi compromiso resultaba loable. Le resté importancia un tanto sonrojada y, a continuación, le expuse mi mayor motivo de preocupación: si el médico forense fijaba la hora de la muerte a partir de las siete de la tarde, la defensa se nos complicaría sobremanera, dado que Irene había admitido que carecía de coartada. Si lo hacía en un momento previo, al menos podíamos mantener la esperanza de hallar a alguien que la hubiera visto paseando con su pequeño.

Le propuse recorrer el paseo marítimo y sus inmediaciones de principio a fin y detenernos a preguntar a todo aquel con quien nos cruzáramos. Tomás se encogió de hombros, dejando entrever su escasa fe en nuestras posibilidades de toparnos con un testigo ocular. Además, adujo, debíamos tener en cuenta que no éramos más que unos meros abogados. Todas las personas a las que el sargento Hermida interrogara tenían el deber legal de atenderlo y decirle la verdad. Todos los establecimientos cuyas cámaras de seguridad hubieran captado cualquier imagen relevante para la causa estarían obligados a permitirle su visionado y entregarle una copia, si así lo disponía un juez. También podía detener a sospechosos, practicar registros… Nosotros no disfrutábamos de una sola de esas prerrogativas, y bastaba con que cualquier viandante al que abordáramos nos bufara para que nuestras esperanzas y buenas intenciones se desvanecieran. En resumen, el espacio al que podíamos asomar nuestras narices se antojaba bastante reducido.

—Tendremos que apañárnoslas como sea —rezongué.

El paseo se extendía a lo largo de unos cuantos kilómetros en paralelo a la playa. Contemplé abstraída los rizos del mar que se dibujaban y se tejían en la arena. En el aire viajaba la sal que arrancaba el aliento de la tormenta. El cielo, de momento, se mantenía seco, impasible, aunque cada vez se advertía más encapotado. A los lejos, mecidas por las olas, se vislumbraban varias barcazas cuyos tripulantes se apresuraban a concluir la faena. Permití que aquellos efluvios me embriagasen los sentidos durante unos instantes. Quizá colgar la toga y hacerme a la mar no fuera tan descabellado. Estiré los brazos y cerré los ojos. Necesitaba relajarme después de aquel inicio de mañana trepidante.

Pero el alto en el camino fue efímero. De repente, oí las voces de Tomás y otro hombre a unos metros. Miré en derredor. Mi compañero se había adelantado un trecho y había emprendido una conversación con un pescador de rostro rubicundo que venía en dirección contraria. Me acerqué y, con desilusión, alcancé a oír que el señor le explicaba que la tarde anterior había estado en Suances.

Interrogamos a unas cuantas personas más, sin resultado. Muchos aceleraban el paso en cuanto nos veían. Otros aguardaban y escuchaban, pero se resistían a facilitar información. Había quien ya conocía el caso, pues las noticias volaban, y había quien aseguraba

no saber nada, pero el denominador común era la desconfianza. Aquellos forasteros trajeados que no justificaban la finalidad de sus preguntas y que eludían aclarar sus intenciones no podían traer nada bueno.

Cuando estábamos a punto de darnos por vencidos, una mujer joven nos contó que había charlado con Irene en la plaza del pueblo a mitad de la tarde.

—Me comentó que había tenido un día duro e iría con el niño a dar una vuelta por el muelle. Para relajarse, ya saben. No me puedo creer que la hayan detenido —susurró, abriendo exageradamente los ojos—. No éramos íntimas, pero jamás me hubiera esperado algo así. Dios mío. ¿Son ustedes sus abogados o algo por el estilo?

Dado que su testimonio podía sernos de utilidad, confirmamos sus sospechas y le rogamos discreción. Aceptó sin reparos, dominada por una emoción que se exteriorizaba por la forma en que se retorcía las manos.

—¿No la volvió a ver? —inquirió Tomás, ajustándose la corbata.

—No, pero sí les puedo decir que se marchó en dirección al paseo marítimo. Yo fui a la carnicería.

Celebré en silencio lo que constituía el primer indicio a nuestro favor. Al menos una persona podía confirmar que Irene tenía pensado seguir la ruta que había referido en el interrogatorio. Sin embargo, mientras cavilaba, el rostro torvo del sargento Hermida se solapó a la realidad que tenía a la vista, y me imaginé su mirada cargada de sorna. ¿Acaso no era lógico esperar que la asesina hubiera intentado fabricarse una cortada? ¿Acaso no era lógico suponer que ella misma hubiera provocado el encuentro con esa mujer?

La chica no tenía mucho más que contar. Cuando le pedimos sus datos, rebuscó en su bolso, abrió la cartera y nos tendió una tarjeta de visita. Trabajaba en una inmobiliaria de la zona.

—Al pie tienen mi móvil. Cualquier cosa, ya saben.

Tras despedirnos, mi compañero me sugirió que nos acercáramos al lugar del crimen. La visita lo ayudaría a formarse una idea sobre el emplazamiento y la distribución de la casa, dado que él nunca la había visto.

Rehicimos nuestros pasos por el paseo marítimo y ascendimos el camino pavimentado que, serpenteando, surcaba la colina, primero

en forma de escalones y después de rampa, hasta coronar la cumbre. Ese era el camino que en teoría había seguido Irene en su regreso a casa.

Tras el último repecho, llegamos a una pequeña plaza que precedía a la urbanización. A nuestra espalda quedaban la pléyade de viviendas que habían germinado sin orden ni concierto a lo largo de la pendiente, y, más abajo, la playa y el mar. De frente se alzaba el chalé adosado de mi amiga, un edificio de tres plantas y fachada blanca en la que se intercalaban revestimientos de madera. Una figura metálica tallada con el dibujo del número uno brillaba en un punto del muro de piedra que rodeaba el perímetro. A unos centímetros se veía la puerta de madera maciza que guardaba la entrada al jardín donde había yacido el cadáver. Una cinta con el logo de la Guardia Civil la cruzaba de lado a lado y ordenaba «no pasar». Delante de ella, un guardia joven y de aspecto huraño custodiaba el acceso.

Desde allí resultaba imposible apreciar nada de lo que sucedía en el interior. El sendero que había tras la puerta apenas se adivinaba y se perdía en el trazado de una curva. El resto estaba protegido de miradas indiscretas por el muro y por un seto frondoso que se levantaba justo detrás de la piedra y la rebasaba en altura. Ni siquiera un vecino asomado a la ventana de un piso próximo y más elevado gozaría de una buena panorámica del jardín. Aquello suponía, casi con total seguridad, descartar la existencia de testigos directos del crimen. La expresión de desánimo que se dibujó en el rostro de mi compañero al cabo de unos segundos me confirmó que estaba pensando lo mismo que yo.

Aunque podía predecir el desenlace, me aproximé a la cinta policial con determinación, como si contara con autorización para adentrarme en la casa. El guardia, que ya nos había lanzado miradas de desconfianza, pasó a escrutarme con severidad.

—No pueden pasar, lo siento.

—Buenos días, agente. Somos los abogados de Irene Arias, la detenida.

—Ya. Me temo que tampoco pueden pasar. Retírese unos metros, por favor.

—Le prometo que no desvirtuaremos nada.

—Estamos trabajando, señora. Haga el favor de marcharse.

El tono empleado no admitía réplica, así que regresé al centro de la placita, donde me esperaba Tomás con los labios fruncidos. Observé los aledaños e intenté representarme el derramamiento de sangre de la noche anterior.

—Vale —le dije a mi compañero, girándome trescientos sesenta grados, lo que hizo que el bajo de mi gabardina se hinchara y planeara—. No hay otra forma de acceder a la casa. La víctima tuvo que detenerse ahí y llamar al timbre, que supuestamente no emite ningún sonido —añadí, y señalé el botón que se distinguía junto al guardia—. Ante la falta de respuesta, decidió abrir la puerta. Avanzó y entonces alguien lo degolló por la espalda. Ese alguien debía de haberlo seguido. Si hubiese estado oculto dentro, no lo habría atacado por detrás.

—También podría haberse escondido detrás del seto, ¿no? —apuntó Tomás—. Y salir de su escondite cuando la víctima se metió en el jardín. Recuerda que ya era de noche.

—Sí, es otra posibilidad. Trabajaremos con ambas hipótesis. Si alguien los hubiera visto…

—Va a ser como buscar una aguja en un pajar —dijo mi compañero, que puso los brazos en jarras—. Tendremos que ir puerta por puerta, y probablemente no sirva de nada.

—Lo haremos poco a poco. Por ahora, creo que lo mejor es comenzar por el principio y visitar la guardería —contesté, al tiempo que echaba a andar en dirección al interior del pueblo.

La guardería Arcoíris se encontraba en uno de los extremos de la plaza del ayuntamiento. Ocupaba el bajo de un edificio clásico de cuatro alturas provisto de una larga balaustrada. Cinco niños correteaban alrededor de una fuente bajo la mirada atenta de dos chicas de unos veinticinco años que vestían batas de cuadros blancos y rosas manchadas de acuarela. Nos acercamos a hablar con ellas y les preguntamos por la propietaria del negocio. Según nos dijeron, doña Elvira había salido a arreglar unos asuntos bancarios y regresaría al cabo de unos minutos. Aprovechamos la ocasión para deslizar una mención sobre la noticia del día. Ambas se encontraban al corriente y se acaloraron en cuanto oyeron el nombre de la detenida. La más menuda, de nombre Inés, fue quien asumió la iniciativa.

—Un vecino nos lo ha contado hace un rato —susurró, fascinada

—. La detuvieron anoche. Al parecer, la zona se puso hasta la bandera de guardias civiles.

—¿Son policías? —La interrumpió su compañera, más prudente.

—No, abogados —respondí, sin aclarar de quién—. ¿Recuerdan si ayer Irene pasó a recoger a Mario a eso de las seis y media de la tarde?

Inés asintió de inmediato, sin reparar en la mirada de precaución que la otra le había dirigido de manera discreta.

—Llegó justo a las seis y media.

—¿Está segura? —intervino Tomás.

—Claro. Recuerdo la hora exacta porque, justo antes, el niño se hizo sus necesidades encima y tuve que cambiarlo a todo correr.

Miré a la otra chica.

—¿Usted también se acuerda?

—Ah, no, Mamen ayer libró —se apresuró a responder Inés—. Estuvimos solas la jefa y yo.

—¿Parecía nerviosa o afectada por algo?

—¿Elvira? De un humor de perros, como siempre.

—Me refería a Irene Arias —precisé.

—Ah, perdona. No tengo ni idea. Yo no la vi.

—Pero ¿no dice que recogió a Mario a las seis y media?

—Sí, pero yo no se lo entregué. Yo estaba en una de las salitas. Fue Elvira quien le llevó al niño a la puerta. —Hizo una mueca desdeñosa y negó con la cabeza—. De cara al público, ella es la importante, ¿sabes? Tendrás que preguntarle a ella.

Durante los siguientes cinco minutos, aquella jovencita con ínfulas descargó toda su frustración ante nosotros. Pasó por alto los ademanes apaciguadores de su compañera y se recreó en la invectiva contra su jefa. De pronto, hizo un mohín y se calló. Seguí la dirección de su vista, que se perdía por encima de mi hombro, y vislumbré al otro lado de la carretera a una mujer de unos sesenta años, enjuta, con el pelo corto y gris, y unos ojos saltones. No me equivoqué al imaginarme que se trataba del objeto de tan airadas críticas.

—Buenos días, Elvira. Nos gustaría hablar con usted unos minutos sobre Irene Arias —la abordé cuando llegó a nuestra altura.

La señora dio un saltito hacia atrás y se santiguó de forma histriónica.

—Dios mío, ¡qué tragedia! —chilló con evidente regocijo. Su voz era áspera y estridente.

—Sí, terrible —coincidí.

—¿Quiénes son ustedes?

Contesté que éramos abogados, pero aquella vaguedad no le sirvió y nos exigió mayor concreción.

—Somos los abogados de Irene —reconocí al fin.

—¡Ay, madre!

—Usted estuvo con ella ayer, ¿no es cierto?

—Sí, sí, vino aquí a las seis y media a llevarse al niño —musitó, tapándose parcialmente la boca con una mano, como si estuviese compartiendo un secreto inconfesable.

—¿Es habitual que Irene se lo traiga algunas tardes? —inquirió Tomás.

—Sí, una costumbre, les diría. No era la primera vez, ni mucho menos.

—Cuando regresó a buscar a Mario, ¿tuvo Irene la oportunidad de comentarle qué planes tenía?

—Pues, hombre, no me comentó lo de ir a cargarse a un hombre, si es a lo que se refiere. —Elvira sonrió con malicia.

El placer que parecían suscitarle las penurias de mi amiga me producía náuseas.

—Mi compañero le está preguntando si Irene le dijo a dónde iba. Nada más —le espeté.

La mujer entornó los ojos.

—Ya le había entendido. No necesito una traductora.

—Pues, para haberle entendido, no ha respondido correctamente —repliqué, sin arredrarme.

—Ni obligación que tengo.

—Es cierto —contesté, al tiempo que me giraba para marcharme de allí. No iba a tolerar esas faltas de respeto a Irene ni a ser cómplice con mi silencio.

Que Elvira no se esperaba perder nuestra atención quedó patente de forma inmediata, en cuanto me puso una mano sobre el hombro y me impidió darle la espalda.

—Mira, hija. Ir así por la vida no te va a beneficiar, pero como soy una señora educada y, a diferencia de otras, no voy dando lecciones, te voy a contar lo que sé.

—Le agradezco su bondad, pero no necesito su condescendencia —dije, retirándole la mano.

—No te hagas la digna. Dijo que iría a pasear con su hijo por el muelle y yo le contesté que me parecía una idea estupenda porque el niño había estado bastante inquieto.

—Se la ve muy afectada por el suceso —ironicé—. ¿A que lo está disfrutando?

La mujer, en lugar de ofenderse, soltó una carcajada amarga.

—Aquí cada palo que aguante su vela. Yo no voy a sufrir por cosas que no he hecho. Además, en este pueblo nunca pasa nada. Todos los que ya lo saben están igual que yo, y los que lo niegan mienten. El mundo está plagado de mentirosos.

Agarré a Tomás del brazo y, sin despedirnos, lo arrastré en la otra dirección; no estaba dispuesta a concederle más minutos a aquella arpía.

A pesar de que en cuestión de segundos cubrimos varios metros, distinguimos su voz estentórea, que ya torturaba a la pobre empleada:

—¡Inés, mete a los niños dentro! ¿A qué demonios estás esperando? ¡Qué inutilidad, válgame Dios!

6

El café La Gaviota hervía de actividad a esas horas de la mañana. Apenas cabía un alfiler en la barra, en la que los clientes se agolpaban demandando su almuerzo. Habíamos conseguido sentarnos en una mesa alejada del gentío, en uno de los extremos del local.

Levanté mi taza humeante y me mojé los labios con prudencia. Pensé en Irene. Analizándolo con perspectiva, era posible que no hubiésemos alcanzado el grado de amistad e intimidad que yo creía. O tal vez sí. Tal vez no nos conociéramos lo suficiente. Pero ¿cuándo se conoce a una persona lo suficiente? ¿La amistad y la intimidad son conceptos ligados, interdependientes?

Sorbí el café ensimismada, y noté cómo su calor encendía mis venas. Tomás regresó del servicio justo entonces. Mientras mi compañero rasgaba un sobre de azúcar moreno y lo vertía, compartí con él mis tribulaciones. Mi relación con Irene no se remontaba a muchos años atrás, y estar confiando en una farsante me atormentaba. ¿Aquella piel delicada podía esconder las trazas feroces de un criminal? ¿De veras me había pasado desapercibido algo así? ¿Estábamos dando la cara por una asesina?

—¿Cambiaría algo el hecho de que supieras que es una asesina? ¿La dejarías de defender por ello? —me preguntó Tomás al tiempo que removía con la cucharilla.

—No, claro que la defendería. Pero sabría a qué atenerme y qué pensar.

Tomás dio un pequeño trago y ladeó la cabeza.

—Hasta que se demuestre lo contrario, es inocente —dijo con seriedad.

—Ya, pero una cosa es la verdad formal y otra, la material. Yo también he leído el artículo 24 de la Constitución.

Tomás suspiró y me miró con compasión.

—Clara, no quería molestarte. Entiendo lo que quieres decir, pero si tu amiga te ha asegurado que es inocente, debes creerla. Y, en cualquier circunstancia, debes darlo todo por defenderla. A eso me refiero.

Bajé los ojos, avergonzada. Mi compañero tenía razón: lo mínimo que podía ofrecerle y garantizarle a mi amiga y clienta era mi confianza y mi profesionalidad. Me disculpé y apuré el café, dejando que el ardor y su olor profundo me envolvieran.

Recuperada la compostura, miré de soslayo la taza que Tomás sujetaba meditabundo. Entonces formuló una pregunta que yo también me había hecho en el pasado:

—Oye, ¿Irene no tenía más amigas?

—Pues no —dije, encogiéndome de hombros.

Tomás enarcó las cejas con incredulidad.

—Pero ¿os conoció y, sin más, pasó a formar parte de vuestro grupo de toda la vida? ¿No quedaba antes con otra gente?

—Bueno, Alicia comentó un día que Irene había tenido una discusión grave con otras chicas, pero no sé mucho más —respondí, inclinándome hacia la silla que había a mi derecha para recoger mi bolso y pagar la cuenta—. Vete tú a saber. ¿Te parece bien que echemos un vistazo en el CIESE? Quizá allí podamos averiguar algo. Y por la tarde ya veremos qué hacemos. Eva te espera para comer, ¿no?

Tomás asintió y consultó la hora en su reloj de pulsera metálica: aún eran las doce de la mañana. Dio un último sorbo y pusimos rumbo al edificio que albergaba el CIESE. Descollaba a lo lejos, sobre la cima de una de las tres colinas que cercan la villa de Comillas. Construido con ladrillo, piedra y mampostería de reminiscencias góticas, su fachada me recordaba por su diseño y distinción a la de una catedral. Según explicaba un cartel colocado al pie de la colina, en sus inicios se había destinado a seminario, por lo que no iba del todo desencaminada en mis apreciaciones. En la actualidad pertenecía a la Fundación Comillas y estaba dedicado tanto a la enseñanza universitaria como a servir de sede de jornadas culturales relacionadas con la lengua castellana.

Tras un ascenso de unos dos minutos, alcanzamos la cúspide. Las vistas resultaban espectaculares: en el centro, el antiguo seminario, majestuoso, con sus muros rojizos y los pináculos de las torres hendiendo el cielo encapotado; al norte, el mar Cantábrico abatiéndose sobre la costa; al sur, el Palacio de Sobrellano; y al este, el resto del pueblo de Comillas.

Empujamos la puerta principal, que daba a una sala austera de paredes blancas y suelo gris. Su mobiliario se reducía a un mostrador tras el que se sentaba una mujer, un par de armarios que servían de archivo y unos fluorescentes alargados pegados al techo. Al vernos, abandonó la posición que ocupaba, sentada delante de un ordenador, y se acodó sobre el mostrador. La placa que llevaba prendida del jersey beis que vestía indicaba su nombre y su cargo: Yolanda Prieto, recepcionista del CIESE. Tenía el pelo encrespado y de color pajizo, y una nariz prominente sobre la que descansaban unas gafas rectangulares de montura morada. Por las arrugas que le recorrían el rostro, supuse que rondaría los sesenta años. Nos saludó y se nos quedó mirando.

—Ustedes dirán —dijo examinando la corbata de mi compañero.

Reconocí la misma desconfianza que había advertido en todos los paseantes a los que habíamos abordado junto a la playa.

—Somos los abogados de Irene Arias —dije—. Ayer por la tarde estuvo aquí, ¿verdad?

—Sí, la Guardia Civil también ha venido hace un rato para preguntar por ella —respondió—. Todavía no me creo lo que ha sucedido.

A diferencia de Elvira, a Yolanda se la percibía afectada.

—¿Es usted amiga de Irene?

La mujer se atusó los rizos que se desplomaban sobre sus hombros.

—No diría tanto. Somos buenas compañeras de trabajo, pero no nos vamos a tomar una caña cuando cierra la universidad.

—La entendemos perfectamente.

Yolanda nos confirmó que Irene había estado en su despacho un par de horas. No la había notado alterada ni había advertido nada fuera de lo normal; una profesora que acudía a su centro de trabajo en horario de tarde para terminar la corrección de unos exámenes. Eso era todo. Su salida del edificio se había producido a las seis y

veintiún minutos. La Guardia Civil había mostrado interés por el mismo dato y, a petición de un sargento de barba frondosa, había verificado la hora en los registros de las cámaras de seguridad. Intercambié con Tomás una mirada elocuente: Hermida seguía el mismo rastro.

—¿Podríamos ver esas grabaciones? —Probé suerte.

Yolanda se negó de inmediato escandalizada, como si le hubiera pedido que cometiera un delito.

—Me metería en un lío si se las mostrase. Ya saben cómo están las cosas con la protección de datos.

Asentí y le dediqué una sonrisa beatífica.

—En el momento de irse, ¿Irene le comentó algo? —preguntó Tomás.

—Sí, que iba a recoger a Mario a la guardería. Tiene un niño de un año. Muy mono. Pobre chiquillo. No hablamos de nada más, y mucho menos de lo que parece haber ocurrido.

Le agradecimos su colaboración y, abusando de su amabilidad, le deslicé nuestro deseo de mantener una reunión breve con el profesor Roberto Crespo, en el caso de que se hallara disponible. No le robaríamos más de cinco minutos. Yolanda no puso objeciones y descolgó el teléfono. Tras un cordial cruce de palabras con quien estaba al otro lado de la línea, que debía de ser el propio Crespo, Yolanda cortó la comunicación y nos hizo un gesto de asentimiento.

La seguimos a través del enorme edificio del Seminario Mayor. Desde la recepción pasamos a un vestíbulo de arcos apuntados y techos altos que se apoyaban en columnas estilizadas. Desembocaba en una escalera con artesones que, debido a su lustre, reflejaba la luz mortecina que respiraban los ventanales. La subimos y nos adentramos en una retícula de pasillos que me hizo perder el sentido de la orientación, hasta que nuestra guía se detuvo frente a una puerta. Extendió el brazo y llamó con los nudillos. Segundos después, el pomo giró y en el umbral apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, de tez morena, cabellos cortos y rizados, y ojos pardos. Llevaba unas gafas de montura roja y vestía un jersey naranja de cuello redondo que le marcaba un torso musculado, unos vaqueros de corte recto y unos zapatos náuticos. Antes de saludarnos, nos observó con los brazos en jarras y el mentón ligeramente levantado. Yolanda hizo las presentaciones y,

acto seguido, se dio la vuelta para regresar a su puesto.

Con una inclinación de cabeza, Roberto Crespo nos invitó a pasar a su despacho. Nos acomodamos en dos sillas de tapicería granate mientras él tomaba asiento tras un escritorio de madera que estaba colocado de espaldas a la única ventana con la que contaba el despacho. La estancia no era muy grande y las estanterías que la rodeaban, pobladas de innumerables libros, reducían aún más el espacio, confiriéndole un aspecto claustrofóbico con el que el profesor parecía encantado. La mesa la llenaban cientos de papeles desparramados.

—Soy todo oídos —dijo el profesor Crespo mientras se quitaba las gafas, sacaba un estuche de un cajón y cogía del interior una gamuza con la que limpiar las lentes. En sus labios se insinuaba un asomo de sonrisa sardónica que me recordó a Elvira, la propietaria de la guardería Arcoíris.

—¿Son suyos? —pregunté, señalándole los libros.

—No, pertenecen al CIESE. La mayoría ya estaban aquí cuando llegué. Los había ordenado comprar mi predecesor en el cargo. Aunque me imagino que no han venido a hablar de literatura, ¿no?

Estaba claro que a aquel hombre no le gustaba andarse con rodeos.

—Verá, como le ha adelantado su compañera, somos los abogados de Irene Arias. Hemos repasado con ella los hechos sucedidos ayer y le agradeceríamos que nos permitiese contrastar algunos datos con usted —expuse.

Roberto Crespo levantó la vista y me escudriñó. A continuación, reemprendió la tarea de saneamiento de sus gafas, las cuales no mostraban el menor signo de suciedad.

—No veo por qué habría de cooperar con los abogados de Irene —replicó con sequedad.

—Porque una inocente podría acabar en la cárcel —aduje.

—Permítame, señorita Caballero, que mantenga mis reservas respecto a esa supuesta inocencia, por favor —contravino con un deje de mordacidad en la voz.

Su sarcasmo me enervó, pero guardé la compostura; no nos convenía enemistarnos con un testigo que podía sernos de utilidad para la causa.

—¿Puedo preguntarle por el motivo de sus reservas?

El profesor Crespo depositó las gafas encima de la mesa y se rascó los ojos, como si mi interrogación le produjera hastío y la respuesta fuera evidente.

—Según he oído, Irene ha negado conocer la identidad de la víctima —apuntó, y dejó el resto de la frase en el aire.

Contuve el aliento, intuyendo el significado de su comentario.

—¿Quiere decir que Irene lo conocía? —inquirí.

—Por supuesto.

—¿Y cómo está tan seguro de ello? —insistí, irritada por la actitud displicente del profesor.

El hombre se colocó las gafas, cruzó los dedos con ceremonia excesiva y me miró como supuse que miraría a los alumnos menos avezados de la clase.

—Porque Irene y él habían quedado. Habían concertado una reunión.

Aquellas palabras me golpearon como un torrente de agua helada y desataron un escalofrío en mi cuerpo. ¿Irene nos había mentido en algo tan elemental como su relación con la víctima?

—Entonces usted sabe quién es el fallecido —dedujo Tomás.

Crespo asintió con parsimonia, acariciando con la lentitud de sus gestos el creciente interés que despertaba.

—¿Podría compartir ese dato con nosotros, por favor? —le pedí con el tono más amable que conseguí emplear.

—Mire, señorita Caballero, Irene les ha ocultado la verdad. ¿No cree que es ella quien les debe una explicación? Yo he cumplido con mi deber al informar a la Guardia Civil.

Guardé unos segundos de silencio y busqué un argumento con el que rebatir al profesor.

Tomás aprovechó mi silencio para tomar la iniciativa.

—Me hago cargo de su situación, profesor Crespo, pero nuestra defendida sostiene que es inocente y la creemos, a menos que usted nos convenza de lo contrario. ¿Habló ayer con ella? Necesitamos su ayuda —le rogó mi compañero, que, sin duda, se había dado cuenta de que a aquel hombre petulante le encantaban las súplicas.

El profesor simuló un suspiro de paciencia. Sí, la había visto llegar a primera hora de la tarde y debió de irse sobre las seis y veinte, respondió.

—¿Dónde estaba usted cuando se marchó? —preguntó Tomás.

—En mi despacho.

—Y entonces, ¿cómo pudo saber la hora a la que Irene abandonó el CIESE?

Crespo sonrió.

—Muy agudo, chico. Yo no sé la hora a la que se marchó porque la viera irse, sino porque, cuando fuimos a buscarla, ya no estaba.

—¿Fuimos?

—Claro. Yo fui a su despacho con el hombre al que unas horas después encontraron muerto en su jardín. La Guardia Civil me ha enseñado esta mañana una fotografía del cadáver y no tengo ninguna duda: es él. Así se lo he dicho.

La respuesta de Crespo desbocó mi pulso y desencajó la mandíbula de Tomás.

—¿Usted estuvo con la víctima ayer por la tarde? —exclamé, estupefacta.

Había lástima y burla en la sonrisa de Crespo.

—Están ustedes totalmente a oscuras —concluyó, y soltó una carcajada histriónica—. Tantas mentiras no auguran nada esperanzador, ¿no creen?

Proferí un improperio que reveló mi debate interno entre la credibilidad que me merecían las palabras de aquel hombre y la confianza que me inspiraba mi amiga. Irene no le despertaba ninguna simpatía; de eso no cabía duda, pero carecía de sentido que nos estuviera mintiendo porque todo era fácilmente cotejable. ¿Qué había ocurrido el día anterior en Comillas? Además de dificultarme mi trabajo, Irene estaba consiguiendo que hiciera un ridículo estrepitoso. No iba a tolerarlo más.

—Profesor Crespo, no solo soy la abogada de Irene; también soy su amiga. Necesito que nos eche una mano. Es solo cuestión de tiempo que nos enteremos de la identidad de la víctima, y estos primeros momentos pueden resultar cruciales. Se lo pido como favor personal, para poder hablar con ella con franqueza y saber si he de renunciar a su defensa: díganos quién es el fallecido y por qué Irene tenía que conocerlo.

Crespo me contempló con curiosidad, como si no terminara de creerse mi candidez.

—Irene era, quiero decir, es una buena compañera —murmuró despacio, masticando las palabras—. Un tanto ególatra, he de

admitirlo, pero una amante de la literatura y una entusiasta de la enseñanza. No nos tenemos excesivo aprecio, no se lo niego, pero no le deseo ningún mal. Ahora bien, lo que ha sucedido en las últimas horas me obliga a actuar con cautela. No me gustaría ayudar a una asesina a lograr la impunidad, ¿sabe? Imagínense que consiguiera librarse de los dos crímenes.

Un temor inesperado brotó en mi interior. Que yo supiera, solo había aparecido un cadáver.

—¿Cómo que dos crímenes? No entiendo a qué se refiere.

El rostro de Crespo volvió a adoptar una expresión de incredulidad y nos miró a Tomás y a mí de hito en hito.

—Pero ¿es que no conocen *lo otro*? —exclamó.

La garganta se me secó y comencé a sudar. ¿Estaba el profesor Crespo insinuando que Irene había matado a otra persona?

—¿Se puede saber qué es *lo otro*? —mascullé, con una mezcla de pavor y furia.

Esta vez no se hizo de rogar. Juntó las yemas de los dedos y con sus palabras materializó mis miedos.

—El asesinato de Rubén de la Vega.

Tomás dio un respingo y se retorció las manos, como si de pronto lo entendiera todo, lo que acentuó mi nerviosismo. Observé al profesor sin comprender nada; el nombre no me resultaba familiar.

—¿Quién es ese señor? ¿Ha muerto hoy? ¡Vamos, Crespo, hable! —grité, abalanzándome sobre él y zarandeándolo.

El hombre se zafó de mí de un manotazo y se impulsó con su silla hacia atrás para tomar distancia.

—Mire, señorita Caballero, le voy a contar lo que sé, pero solo porque creo que tiene derecho a saber quiénes son sus amigos.

7

El mediodía del 13 de noviembre de 2019, el profesor Crespo me abrió los ojos. En aquel diminuto despacho asistí a varias revelaciones sobre mi amiga que a duras penas pude digerir. Reconozco que se me pasó por la cabeza renunciar a su defensa más de una vez. ¿Qué puede hacer una abogada cuando su propia clienta no es sincera y cubre de niebla un camino angosto?

Antes de reanudar el relato, Roberto Crespo puso en marcha la cafetera doméstica colocada en un extremo del escritorio, junto al ordenador de sobremesa, e insistió, ante mi actitud renuente, en que un café me vendría bien para conservar la entereza cuando me hablara de «lo otro».

—Y una valeriana tampoco le haría daño.

Contuve la rabia que me provocaban sus chanzas.

¿Qué clase de ser frivoliza con un asesinato e incluso degusta el pesar ajeno? Se había arrogado el papel de protagonista de una suerte de función ominosa y nos había atribuido la condición de espectadores que asistían boquiabiertos a las revelaciones y giros que iba desgranando con cuentagotas. Ignoraba si desde el principio había tenido previsto ceder a nuestras preguntas, una vez que nos hubiéramos arrastrado lo suficiente, o si mi desconcierto y la lividez que se había apoderado de mi rostro lo habían conmovido. Sea como fuere, había conseguido su propósito.

El despacho quedó inundado del aroma penetrante y característico del café. El profesor tomó asiento y extendió los brazos sobre el escritorio para reducir el espacio que nos separaba, como si fuera a hacer algún tipo de confesión. Por la grandilocuencia de su expresión y el dramatismo de su postura,

daba la impresión de que fuese a contarnos dónde se hallaba escondido el tesoro de los templarios. ¿Se habría atrevido a adoptar la misma pose ante la Guardia Civil? El sargento Hermida no parecía esconder una paciencia infinita.

—El muerto que encontraron anoche se llamaba Pedro Ortega. Era periodista de investigación de *El Norte*. Ayer por la tarde recibí su visita en este mismo despacho.

No me sonaba el nombre de aquel tipo, y Tomás me confirmó con una mueca que a él tampoco le decía nada. En cambio, sí reconocí el periódico. Se trataba de un rotativo de nuevo cuño y de ámbito regional. Desde hacía unos años pugnaba por hacerle sombra a *El Diario Montañés*, el medio local que copaba las repisas y barras de todas las cafeterías cántabras.

—¿Un periodista? —repetí, confusa—. ¿Era amigo de Irene?

—No. Estaba trabajando en un reportaje que esperaba publicar en los próximos días. Según él, iba a ser todo un bombazo.

—Entonces, ¿usted silo conocía?

—No, yo lo vi ayer por primera vez. Se puso en contacto conmigo al mediodía porque quería comentar algo relacionado con la muerte de Rubén de la Vega, y lo cité por la tarde, a las cinco. Llamó al teléfono de la centralita y me lo pasaron, así de simple. Saben quién fue Rubén de la Vega, ¿verdad?

Tomás asintió, lo que me produjo una punzada de envidia. Ambos debieron de notar mi enfurruñamiento, porque el profesor se apresuró a cederle la palabra a mi compañero y él hizo una señal de entendimiento. Fue Tomás quien asumió la tarea de ponerme en antecedentes.

Rubén de la Vega había nacido en la localidad vasca de Bergara hacía cuarenta y un años, aunque pasó la mayor parte de su vida en San Sebastián. Era uno de esos talentos excepcionales que destacan por su éxito precoz. Con una juventud insultante, ya experimentaba con sus primeras creaciones novelescas. Alcanzó la fama a los veinticinco años, con una historia rompedora ambientada en la Guerra Civil que se dividía en tres volúmenes. La serie se titulaba *La vendimia* y le valió un reconocimiento notable tanto de la crítica especializada como de los lectores. Después publicó alguna novela de temática distinta que pasó desapercibida, y se hallaba inmerso en la escritura de sus siguientes lanzamientos cuando le sobrevino

la muerte. Aunque residía lejos de allí, su cadáver se descubrió en un monte de Bergara. Tomás comentó que había leído algunos de sus libros y que, por eso, cuando trascendió el fallecimiento, se interesó por el suceso y estuvo atento a las distintas crónicas.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Irene y con usted? —dije.

El profesor Crespo se arremangó el jersey.

—El próximo 11 de diciembre se cumplen seis años del asesinato no resuelto de Rubén de la Vega. Pedro Ortega fue uno de los periodistas que en su día cubrió el caso.

—Sigo sin comprenderlo.

—Pedro Ortega estaba trabajando en un reportaje conmemorativo. Por eso quería hablar conmigo.

—Pero ¿usted era amigo de Rubén o algo por el estilo?

—No. Yo jamás lo conocí. Rubén de la Vega fue mi predecesor en este cargo. Fue el que ocupó este despacho y el que ordenó comprar todos esos libros.

Procesé aquel dato con lentitud: aquello significaba que Rubén de la Vega había sido profesor en el CIESE. ¿Era su muerte lo que Crespo denominaba «lo otro»?

—Unos días después de su asesinato, el director del CIESE contactó conmigo y me contrató —prosiguió—. Yo estaba trabajando en Oviedo en aquellas fechas, en una empresa de traducción. Acepté la plaza en cuanto me la ofrecieron.

—¿Sabe cuándo empezó Rubén a trabajar para el CIESE?

—En 2011, para impartir docencia como colaborador en un máster sobre enseñanza del español en el extranjero. No tenía formación como profesor, ni en esa ni en otras materias. Era un literato hecho a sí mismo. Pero, ya saben, por aquello de la notoriedad… —comentó, dejando en sus palabras un rastro de celos.

—Es decir, que cuando falleció llevaba ya un tiempo prestando servicios aquí —recapitulé.

Crespo tomó el relevo a Tomás y nos relató las vivencias del escritor en Comillas, vivencias que, aunque no había presenciado, conocía al dedillo de tanto escucharlas. Según nos dijo, la primera vez que el director le ofreció el puesto a Rubén, este lo rechazó, pues había mucha distancia entre San Sebastián, donde vivía con su mujer, y el CIESE. Pero el director no se dio por vencido e hizo una

segunda intentona. En esta ocasión le planteó acumular las clases en jornadas concretas, con el fin de evitar que se pasara los días viajando. Aquella reformulación, unida al incremento del salario, logró convencerlo. El acuerdo consistía en que el escritor mantuviera su lugar de residencia en San Sebastián y solo acudiese al CIESE uno o dos días a la semana. Sin embargo, los hechos no tardaron en discurrir de forma distinta a la prevista.

En este punto de la narración, los labios de Crespo se retiraron unos centímetros y cedieron su lugar a unos dientes blancos que se exhibieron en una mueca perversa.

—El famoso escritor no tardó en sentirse atraído por una dama que también suspiraba por los libros y con quien compartía infinidad de aficiones y hasta profesión. Era otra profesora del CIESE, y no importó que él estuviera casado.

Me llevé las manos a la cabeza, intuyendo el nombre de la mujer. Relamiéndose, Crespo confirmó mis sospechas.

—Sí, señorita Caballero, aquella chica era Irene Arias.

No podía creerlo. Mi amiga jamás había aludido a un tal Rubén de la Vega, ni había mencionado su asesinato. Para mí, su única pareja había sido Diego. Mi escepticismo se derrumbó cuando Tomás intervino para corroborar el relato que habíamos escuchado.

—Me temo que es cierto, Clara. El nombre de nuestra clienta me resultaba familiar, pero no acertaba a ubicarlo en mi memoria. Cuando el profesor ha mencionado la muerte de Rubén de la Vega, todo ha cobrado sentido.

Crespo prosiguió y nos contó que los amantes mantuvieron su aventura en secreto durante unos meses. En 2012, el escritor le pidió el divorcio a su esposa y se trasladó a Comillas, a la casa de Irene. Según decían las malas lenguas, la exmujer no se tomó bien la ruptura, aunque al final tuvo que resignarse y aceptar la realidad.

—Los tortolitos se recrearon en su amor hasta que dio comienzo el curso universitario 2013 —2014 y todo se torció.

Hizo una pausa dramática y entornó los ojos.

—¿Qué pasó? —Lo espoleé.

Aspiró con ceremonia una bocanada de aire y continuó hablando. A mi lado, Tomás asistía a la narración sin perder detalle, a pesar de que estaba familiarizado con una parte de la historia.

—Unos meses antes del verano de 2013, el director les ofreció

formar parte del profesorado que impartiría el novedoso Grado de Estudios Hispánicos. Aceptaron, claro. —Crespo se detuvo unos segundos y soltó una risita malévola—. Me figuro que, como el número de matriculados en un grado es superior al de un máster, se incrementaron exponencialmente las posibilidades de tener a una chica guapa en clase…

—¡Dios! ¡Rubén se fue con una estudiante! —mascullé, asqueada por la promiscuidad de aquel hombre.

—Digamos que se la benefició. Les ruego que perdonen mi falta de decoro, pero quería ser claro —dijo, riendo como un niño que disfruta de una travesura.

—Y los descubrieron…

—Ha dado usted en el clavo. De todos modos, no entiendo cómo ese pánfilo pudo creer que algo así no saldría a la luz tarde o temprano; era una chiquilla, iba a ser incapaz de guardar el secreto. Se lo contó a sus amigas, naturalmente. Toda una gesta… Hasta que la gesta se le volvió en contra.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, intrigada.

—En diciembre de 2013, el profesor de la Vega hizo un examen. Una de las integrantes del grupo de amigas de la chica en cuestión suspendió. En cambio, la amante (vamos a llamarla así por simplificar, si les parece bien) consiguió una calificación brillante. La alumna que había suspendido, al sentirse perjudicada, tomó la decisión de hacer pública la aventura entre su compañera y el profesor, y no halló un mejor modo de hacerlo que destapándole el escándalo a la pareja de Rubén: Irene.

—Dios mío, antes ha dicho que Rubén de la Vega fue asesinado —murmuré, tapándome la boca—. Eso implica…

—Que Irene está envuelta de una manera u otra en dos asesinatos —completó Tomás.

Descargué un puñetazo sobre la mesa, que vibró con el impacto. El profesor no consideró oportuno concederme una tregua y profundizó aún más en la historia, que por momentos parecía inspirada en una tragedia griega.

—Cuando la estudiante le reveló la verdad con todo lujo de detalles, Irene abandonó su despacho e irrumpió en una de las clases de su pareja profiriendo insultos y amenazas. Por lo que me han contado, le estampó una sucesión de bofetadas en la cara y le

gritó que tenía dos horas para hacer la mudanza y largarse de casa para siempre. Ese día Rubén presentó su dimisión y durmió en el Hotel Hermosilla.

—Un momento —lo interrumpí.

—Ah, sí. Es curioso, ¿verdad? —Sonrió—. Hermosilla. La cadena de hoteles de la que es propietario Diego Hermosilla, el actual marido de Irene. Una casualidad interesante…

Me quedé perpleja y sin habla. Me sentía a merced de un vendaval incontrolable, arrastrada por la voracidad de un relato que empeoraba a medida que se consumían los segundos y que auguraba un desenlace fatal.

Lo demás, según el profesor, era terreno fértil para la especulación. Lo único irrefutable era que la mañana siguiente Rubén había desayunado en el hotel y había permanecido recluido en su habitación hasta la tarde. Posteriormente, se subió en su coche, sin equipaje ni nada que sugiriera que fuera a pasar la noche fuera, y nunca regresó. Un día después, el 12 de diciembre de 2013, a primera hora de la mañana, su cuerpo fue encontrado inerte y cubierto de sangre junto a la ermita San Martzial, en la localidad guipuzcoana de Bergara, escondido tras unos matorrales que lindaban con una carretera comarcal. Un lugareño que había ido a caminar por el monte bajo la luz del crepúsculo lo descubrió por accidente.

Tomás chasqueó la lengua.

—Encontraron su coche en un aparcamiento del centro urbano de Bergara, y no en esa zona campestre —continuó Crespo—. Aunque todo forma parte del mismo municipio, hay unos cuantos kilómetros de distancia. El forense del juzgado determinó que la muerte se había producido el día anterior a las nueve y media de la noche. Se pudo fijar la hora con precisión porque el reloj de pulsera que llevaba sufrió un golpe y se detuvo en ese instante. El cadáver tenía signos de violencia y un fuerte impacto en la cabeza. Alguien lo golpeó con un objeto contundente. La Ertzaintza sospechó enseguida de Irene por las amenazas de muerte del día de la ruptura. Además, nadie la vio por Comillas el día del asesinato. Ella alegó que había estado encerrada en su casa, llorando y con el teléfono móvil apagado. La Ertzaintza no consiguió ninguna prueba concluyente, así que el asunto se archivó.

—¿No investigaron a otras personas? —inquirí.

—Interrogaron a los padres de Rubén, a su hermano y a la exmujer, entre otros, pero no dieron con nada relevante. Les resultará interesante saber que los padres viven allí, en Bergara, y su hermano en Eibar, a poca distancia. Podría pensarse que viajó hasta allí para estar con ellos, pero lo negaron.

De repente, recordé el misterio sobre la ruptura de Irene con sus anteriores amigas, el desencadenante que Alicia nunca me había aclarado. Las fechas, con el margen de tiempo necesario para la recuperación mental, cuadraban. Era una presunta asesina que no había podido sacudirse el polvo de la sospecha, y quien tratara con ella corría el riesgo de ensuciarse. Seguramente le habrían dado la espalda y Alicia había intervenido para presentarle a otras personas que merecieran la pena.

—En Cantabria el caso tampoco fue demasiado mediático —precisó Tomás—. Como el asesinato se había producido en el País Vasco y el escritor había nacido allí, la prensa perdió pronto el interés, sobre todo cuando el asunto se archivó.

—¿Y Pedro Ortega quería publicar un reportaje sobre su muerte? —le pregunté al profesor.

—No versaba exactamente sobre su muerte. Pretendía redactar unas páginas glosando su trayectoria literaria y, ya de paso, su final. Obviamente, el testimonio de Irene podía resultar más atractivo y minucioso que el mío. Supongo que por eso concertó la reunión con ella. Habían quedado a las seis y cuarto, pero nos entretuvimos un poco y se nos pasó la hora. A las seis y veinte lo acompañé hasta el despacho de Irene y vimos que su silla estaba vacía. Tal vez se le olvidó, o tal vez se lo pensó mejor y decidió cancelar la cita sin comunicárselo al periodista. Yo, en su lugar, no habría tenido muchas ganas de revivir esa tragedia y colocarme de nuevo en el foco del escrutinio público, sinceramente.

Crespo resumió a continuación su conversación con la víctima. Como nunca había coincidido con el escritor, poco conocía de primera mano. No obstante, sí le pudo hablar del legado que Rubén había dejado como docente y describir el montón de papeles que se había encontrado al incorporarse a su nuevo puesto de trabajo. Rubén, que creía que dispondría de tiempo para recoger sus cosas tras su dimisión, había dejado en el despacho un sinfín de libros y

los cajones repletos de folios con apuntes para las clases, esquemas del temario, trabajos de alumnos, recordatorios de recados e incluso ideas, esbozos, sinopsis y fichas de personajes para futuras novelas.

—Imagínense, ¡las anotaciones de historias inéditas de un escritor asesinado! No sabía qué hacer con ello, así que hablé con el director y, tras obtener la autorización de la Guardia Civil, les enviamos todo a sus padres, salvo los libros que eran propiedad del CIESE. Básicamente hablé de esto con el periodista. Ah, y de Diego Hermosilla también, claro.

—¿Por qué emplea ese tono?

—Porque, como les he dejado caer antes, Rubén se alojó en el hotel de Diego Hermosilla, que actualmente es esposo de Irene. ¿No les parece una deliciosa coincidencia que…?

—¿Deliciosa? —lo corté, furiosa—. ¡Vamos a ver! Hace unos segundos daba a entender que Irene había matado a Rubén por despecho, ¿y ahora desliza la posibilidad de un asesinato pasional cometido por Diego? ¿Y encima habla de delicias? ¿Me está tomando el pelo? —No iba a consentir que aquel personaje se regocijase con hipótesis criminales.

El hombre se mostró ligeramente azorado por mi vehemencia y se disculpó, quizá consciente de que había rebasado la frontera del respeto y la consideración.

—Pese a lo que haya podido aparentar, este asunto me tiene muy preocupado —aseveró, componiendo un gesto de pretendida contrición—. No voy a negar que esto supone toda una fuente de entretenimiento, pero me hago cargo de la situación.

—Cuando se refiere a fuente de entretenimiento, quiere usted decir morbo, ¿verdad?

El profesor se ruborizó y no contestó.

—Bien, retomando lo que nos ocupa: ¿qué sucedió cuando se dieron cuenta de que Irene se había marchado? —interrogué.

—Pues no mucho más —respondió el profesor con voz lánguida —. Pedro Ortega se sorprendió y me preguntó si sabía dónde vivía Irene.

—¿Y usted le proporcionó la dirección? —pregunté, indignada.

—Mire, en aquel momento no me figuré que pudiera suceder algo así. Le di las indicaciones oportunas, sí.

—Hombre, si Irene no lo había esperado, sería por algo, ¿no?

Además, ¿no sabía que Irene tenía prisa porque debía recoger a su hijo de la guardería?

Crespo arrugó la frente.

—La verdad es que desconocía ese dato. Ya les he dicho que no teníamos un trato excesivamente cercano. No tengo ni la más remota idea de cómo se concilia el trabajo y la familia en su casa. Ni me interesa.

—De acuerdo —murmuré, dándome por vencida—. ¿Qué hora sería cuando Pedro Ortega fue en busca de Irene?

El profesor se acarició el mentón.

—Pues diría que las seis y veinticinco. Entre que fuimos a su despacho, descubrimos que no estaba, le expliqué cómo llegar hasta la casa de Irene, charlamos un poco y nos despedimos… Sí, las seis y veinticinco.

—¿Notó alterada a Irene cuando coincidieron al inicio de la tarde? —intervino Tomás.

—No, no observé en ella nada fuera de lo normal.

—¿Y sabe si Pedro Ortega se entrevistó aquella tarde con alguna otra persona del CIESE?

—Justo antes se había reunido con Eduardo Bolaño, el director.

Tomás me lanzó una mirada elocuente: debíamos hablar con él.

Nos despedimos de Crespo con frialdad. Aunque apreciaba el gesto de haber aceptado compartir información sensible sobre su encuentro con la víctima, albergaba la seguridad de que había actuado motivado por su afán de protagonismo, y no para ayudarnos.

—Espero que esto le haya hecho ver que su amiga ha faltado a la verdad —me susurró Crespo.

Estuve a punto de insultarle, pero Tomás, que había aprendido a interpretarme, me colocó una mano en el hombro y me impulsó hacia la salida. No me resistí. Además, no podíamos descartar que en el futuro precisáramos recurrir de nuevo a aquel fantoche.

8

La conversación con Crespo había construido un nuevo escenario, un terreno de juego más estrecho en el que desenvolvernos para demostrar la inocencia de mi amiga. Me urgía hablar con Tomás para calibrar la situación, pero, de camino a la recepción, apenas pudimos intercambiar un par de palabras. Nos cruzábamos constantemente con alumnos y profesores. A mi juicio, ahora estábamos mucho más cerca de la verdad. Porque, sin duda, Irene nos había mentido, o, cuando menos, había olvidado deliberadamente mencionar algunos pasajes esenciales de su biografía.

Repasé las explicaciones de Crespo y traté de traducirlas a términos temporales y espaciales. Si el periodista Pedro Ortega había abandonado el CIESE a las seis y veinticinco de la tarde y se había dirigido directamente al domicilio de Irene, tenía que haber llegado a su destino alrededor de las siete menos veinte. En ese momento, Irene paseaba con su hijo frente al mar. Por tanto, no podía haber ejecutado el crimen, a no ser que todo aquello del paseo no fuera más que una invención, una patraña construida para soterrar la realidad: que, al salir de la guardería, Irene había puesto rumbo a su casa y, al toparse con Pedro Ortega en el jardín, lo había degollado por la espalda. No podía haber llegado antes que él y menos cargando con un niño, salvo que el periodista se hubiese entretenido conversando con alguien. Pero ¿contaba ella con los arrestos suficientes para matar a sangre fría a una persona en presencia de su hijo? Esa no era la Irene que yo conocía. Sea como fuere, si conseguíamos dar con alguien que testificase haberla visto en el paseo marítimo entre las seis y media y las siete de la tarde,

ningún jurado en su sano juicio la condenaría, siempre que la autopsia fijase el fallecimiento dentro de esa franja horaria, claro.

La entrevista con Crespo nos había servido no solo para descubrir la identidad del muerto, sino también para aventurar el móvil del crimen. Todo apuntaba a que alguien había parado los pies a aquel periodista de forma preventiva, con el propósito de evitar que removiera el pasado. O quizá se tratase de una reacción desesperada a una noticia inquietante. ¿Y si Pedro Ortega sabía demasiado? ¿Y si Pedro Ortega había desentrañado la verdad sobre el caso Rubén de la Vega casi seis años después? ¿Acaso el periodista tenía en mente chantajear al asesino?

En la recepción le pedimos a Yolanda hablar con Eduardo Bolaño.

—Lleva un día muy ajetreado y está bastante alterado. ¿No lo podrían dejar para otro momento? —sugirió mientras se ajustaba a la nariz la montura de las gafas.

—Lo siento, Yolanda, pero las primeras horas son importantes —repliqué.

—Lo voy a consultar. Creo que está con los del Departamento de Informática.

Aguardamos a que descolgara el teléfono fijo.

—Buenos días otra vez, Eduardo. Están aquí los abogados de Irene Arias. Quieren hablar contigo.

La expresión de sosiego con la que Yolanda había iniciado la llamada se desvaneció enseguida. La voz que se oía al otro lado de la línea no parecía alegre. En un momento dado, Yolanda cogió un bolígrafo y empezó a extraer y colocar el capuchón compulsivamente.

—Sí, el profesor Crespo ha estado hablando con ellos hace un rato… —admitió agitada—. De acuerdo. Lo siento mucho, Eduardo…

Nada más colgar, se levantó de la silla y nos pidió que nos marcháramos de allí. No debía habernos ayudado, se lamentó. Nos escoltó un par de metros hasta la puerta sin añadir palabra alguna y regresó a su puesto.

Cuando salimos, me detuve a contemplar en la lejanía a los grupos de turistas que se arremolinaban en torno al Palacio de Sobrellano y al Capricho de Gaudí, y envidié su estado de placidez,

tan ajenos ellos a los problemas que nos asediaban.

Aproveché el descenso de la colina para compartir con Tomás mis conclusiones de la charla con Crespo. Me agradó comprobar que nuestros puntos de vista eran coincidentes. Tomás también consideraba imprescindible reunirnos de nuevo con Irene.

Aún no daba crédito al modo en que mi amiga me había manejado. En realidad, me habría gustado retrasar aquel encuentro todo lo posible. No quería discutir con ella ni lanzarme a un intercambio de reprimendas, pero la coyuntura requería ajustar cuentas cuanto antes. En ese momento, navegábamos a la deriva. ¿Cómo íbamos a defenderla con solvencia si nos privaba del grueso de la información? ¿Acaso no le había insistido antes de declarar en que debía sernos franca? La simple hipótesis de que Irene hubiese asesinado a ese periodista para borrar las huellas de otro crimen se me seguía antojando inasumible, quimérica y, al mismo tiempo, sencillamente plausible. Sumida en aquel extenuante vaivén de conjeturas, me abandoné a lo que el destino y el avance del día me depararan, no sin antes proponerle a mi compañero detenernos a tomar otro café en un bar que vi a unos metros.

Al acercarnos al local, no me importó descubrir que estaba destartalado y que apenas se vislumbraban clientes en el interior. El desorden reinante no era sino una extensión de mi caos mental.

Tomás se ofreció a pedir los cafés mientras yo me desplomaba de forma poco decorosa sobre una de las sillas frente a la barra. El vigor que me había acompañado desde primera hora del día se había diluido y, de pronto, estaba abatida, devastada por la sucesión de sobresaltos.

—Parece que la mañana se nos complica —dije, malhumorada.

Tomás inclinó la cabeza, constató que la temperatura del café lo convertía en indigerible y cogió su móvil.

—Voy a avisar a Eva de que llegaré tarde a comer.

Asentí y lo seguí con la mirada mientras salía a la calle. Yo no tenía que cancelar ni aplazar ninguna cita. Mejor, sin compromisos ni ataduras.

Mi compañero regresó un par de minutos después. Justo en ese momento uno de los clientes dio un grito que me asustó:

—¡Ángel, que no se oye nada!

El camarero obedeció y la voz exaltada de un reportero inundó

la estancia:

> Nos encontramos enfrente del puesto de la Guardia Civil de Comillas. Ayer, alrededor de las diez de la noche, Irene Arias, una profesora del Centro Universitario CIESE, fue detenida como sospechosa del asesinato del periodista Pedro Ortega Blanco.
>
> Fuentes de *El Norte* han confirmado a este medio que la víctima, residente en Santander, había viajado a Comillas para entrevistarse con algunos miembros del Centro. Al parecer, el fallecido preparaba un reportaje sobre el asesinato sin resolver del escritor Rubén de la Vega, que ejerció durante años como profesor aquí. Su cadáver fue descubierto con varios golpes en la nuca la mañana del día 12 de diciembre de 2013 en un bosque de la localidad guipuzcoana de Bergara. El caso fue archivado, aunque todas las sospechas recayeron en quien por entonces era su pareja: Irene Arias. Tras su detención por el asesinato del periodista Pedro Ortega, surge el interrogante de si los dos casos están vinculados y si Irene Arias podría ser la autora de ambos crímenes.

—Voy a tener que hablar seriamente con Irene —gruñí—. Ahora que lo sabe todo el mundo, nos podemos ir preparando…

El periodista continuó su crónica con un tono morboso que me revolvía el estómago:

> Diego Hermosilla, el marido de la detenida, se ha negado a hacer cualquier tipo de declaración. Desde *El Norte* reclaman que se haga justicia. El asesinato de nuestro compañero, sostienen, no puede quedar impune.

—Vámonos —le ordené a Tomás, a pesar de que no nos habíamos tomado el café.

En la calle se palpaba la conmoción. Las expresiones de estupor de la gente denotaban que muchos ya se encontraban al corriente de las últimas novedades. El caso Pedro Ortega iba a convertirse en el alimento de todas las conversaciones, en la fuente de

entretenimiento a la que se había referido el profesor Crespo.

Cuando enfilábamos la carretera que llevaba al cuartel de la Guardia Civil, mi teléfono comenzó a sonar. Era Fernando.

—Penalista, veo en la tele que te has metido en un buen lío. ¿Qué tal vas?

—Sobreviviendo.

—En el despacho nos hemos quedado de piedra. No pensábamos que fuera algo tan gordo. ¿Has leído los periódicos?

—No, solo he visto a un periodista dominado por la emoción.

—Pues el asunto tiene tela…

Desvié mis pasos hacia el extremo de la acera, donde había visto un banco desocupado. Tomé asiento y, cuando Tomás me imitó y me cercioré de que no había nadie cerca, activé el altavoz para que mi compañero pudiera participar en la conversación.

—Quizá pueda serte de ayuda —dijo Fernando—. Por lo que he leído, están relacionando tu caso con uno que quedó sin resolver en Bergara.

De súbito, comprendí el motivo de su llamada.

—¡Claro! ¡Tú viviste allí antes de incorporarte al despacho!

—Efectivamente —dijo, alegrando el tono—. Fui el titular del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 1 durante un par de años, hasta 2014, y el asesinato de Rubén de la Vega me pilló en medio.

—No me digas que instruiste tú la causa.

—No, y menos mal, porque menudo marrón. Lo llevó mi compañera del Juzgado número 2, que pasó bastante agobio, por cierto.

—Entonces tal vez puedas ayudarnos, sí —corroboró Tomás—. Nos faltan unas cuantas piezas para resolver este rompecabezas.

—No sabía que fuese tarea del abogado resolver rompecabezas —se extrañó Fernando—. ¿Ahora hacemos de policías?

—Mi amiga me ha pedido que hagamos todo lo posible para descubrir al asesino. No se fía de la Guardia Civil —aclaré, alicaída—. Soy consciente de que esto me va a robar demasiado tiempo, Fernando…

—Bueno, ya lo hablaremos cuando volváis, pero obviamente no puedes dedicarte a ir puerta por puerta interrogando a la gente. Tenemos bastantes más clientes de los que ocuparnos.

—Vale, luego lo comentamos —atajé, sin acertar a imaginarme cómo iba a cohonestar el compromiso adquirido con Irene con la exigencia y las expectativas de mi jefe—. ¿Qué puedes contarnos del caso Rubén de la Vega?

Permanecimos durante cinco minutos sentados en aquel banco, con la mirada y los oídos fijos en el teléfono.

Fernando recordaba algunos detalles que confirmaron lo que Crespo nos había dicho. La jueza había archivado la causa por falta de indicios suficientes sobre la autoría del crimen. Todo se había reducido a meros datos circunstanciales que solo servían para construir hipótesis frágiles y sospechas infundadas. No había tenido otro remedio que sobreseerlo. Procesar a Irene, a los padres de Rubén o a su hermano no habría traído otra consecuencia que una absolución, con el efecto de cosa juzgada, es decir, con la imposibilidad de volver a someter a enjuiciamiento a esa persona. Fue prudente; en caso de duda, siempre resulta preferible suspender el curso del procedimiento, a la espera de que surjan nuevas líneas de investigación.

Aunque la jueza se había trasladado hacía dos años a León, Fernando conservaba su contacto y, si era necesario, podía organizamos un encuentro. No obstante, remarcó, no debíamos confundir nuestra labor como letrados con la suplantación de las actividades policiales. Robledo Abogados no apoyaba el intrusismo, sentenció, tanto por cuestiones formales como materiales, entre las que se incluía la falta de tiempo.

Pasé por alto esa última advertencia y le pregunté por la posible implicación de los familiares de Rubén en su muerte. Según Fernando, los padres y el hermano llegaron a declarar en calidad de testigos y negaron con rotundidad haber visto al escritor la tarde de autos. Es más, dejaron claro que las relaciones no pasaban por su mejor momento. De hecho, llevaban años sin dirigirse la palabra. Fernando no conocía el motivo de aquel distanciamiento, aunque podía averiguarlo llamando a la jueza, si lo creíamos conveniente. Rechacé su ofrecimiento, o, mejor dicho, lo condicioné a que no fuéramos capaces de enterarnos por otras vías, como nuestra inminente visita a Irene, que nos debía más de una explicación.

Tampoco se había conseguido vincular a ningún antiguo amigo del pueblo con el crimen. Rubén había abandonado Bergara en la

adolescencia y no conservaba ningún lazo afectivo con vecinos o compañeros de colegio. Nadie había vuelto a saber de él. A pesar de que su coche había aparecido en un aparcamiento municipal ubicado en pleno centro, la Ertzaintza no logró arrancar a nadie una confesión de haberlo visto o haberse parado a charlar con él. Era como si el coche hubiera llegado hasta allí sin conductor, como si el asiento lo hubiera ocupado un fantasma.

Inspiré profundamente y le agradecí a Fernando su ayuda.

—En todo caso, Clara, no pierdas de vista que nadie, absolutamente nadie, pudo probar que tu clienta pusiera un pie en Bergara ni que matara a Rubén de la Vega. Por eso no se la procesó, y, por lo que he escuchado, tampoco están nada claras las circunstancias del caso que ahora llevas. Ya ha comenzado la lapidación mediática, pero puedes salvarla. Y sin necesidad de ejercer de Sherlock Holmes —precisó—. Cuando vengáis al despacho, hablamos.

—Fernando tiene razón —convino Tomás cuando colgué el teléfono—. Que oculte información o mienta no ayuda, pero es cierto que la Guardia Civil no ha conseguido nada sólido.

Meneé la cabeza sin excesiva convicción y continuamos intercambiando impresiones hasta llegar de nuevo al cuartel de la Benemérita.

9

Nuestro retorno debió de ser interpretado por el sargento Hermida como una evidencia de que sus pesquisas iban bien encaminadas, a juzgar por el triunfalismo que desprendía cuando salió a nuestro encuentro en mitad del pasillo. No se molestó en rebajar la amplitud de la sonrisa de depredador que se dibujaba en sus labios. La presa estaba al caer. Obviamente, no le di el gusto de regodearse en mi desasosiego. Con tono aséptico y eludiendo sus provocaciones, le comuniqué que necesitábamos mantener una reunión con Irene para aclarar algunos aspectos de su defensa. Obviamente, Hermida podía figurarse cuáles eran.

—Parece que su clienta se dejó unas cuantas cosas en el tintero… —murmuró mientras se hacía a un lado y nos señalaba la sala en la que nos esperaba Irene.

No contesté, y lo rebasamos sin miramientos.

—No se preocupen. Tendrá otra oportunidad con la jueza —nos anunció en la distancia.

No me giré hacia él, pero encajé el golpe. Aquello era la confirmación de lo que ya intuía: mi amiga sería puesta a disposición judicial. Con tantos indicios en su contra, la Guardia Civil no iba a dejarla en libertad.

Abrí la puerta y encontré a Irene sentada junto a una mesa metálica. Le habían retirado las esposas, y tenía la cabeza gacha y una palidez cadavérica. Hasta que la llamé por su nombre no reparó en nuestra llegada, o eso aparentó, con la vista extraviada en la pared de enfrente y los pensamientos volando lejos de allí. El ruido la sobresaltó y le provocó una sacudida. Cuando nos reconoció, sus facciones se endulzaron, y se levantó para abrazarme. El cariño que

le profesaba no me impidió dar un paso atrás y rehuir sus brazos. Necesitaba aclaraciones, muchas aclaraciones. No iba a andarme con rodeos y sentimentalismos.

Irene frunció el ceño y me miró inquisitivamente mientras nos sentábamos.

—¿Qué pasa, Clara?

—Nos aseguraste que no conocías a la víctima —dije con voz fría.

—Porque así es. No entiendo a qué viene esto.

Decidí ser directa.

—¿Te suena un tal Pedro Ortega?

Esa vez Irene sí que se alteró.

—¡Oh, Dios mío, Clara! ¿Era él?

Asentí y guardé silencio. Quería concederle la oportunidad de explicarse.

—No lo conocía, pero sé quién es. Ay, Dios mío…

Se estrujó los cabellos con nerviosismo. De pronto, parecía aterrada. No dejaba de moverse y su respiración se había acelerado.

—Roberto Crespo nos ha dicho que habías quedado con Pedro Ortega ayer por la tarde.

Irene echó la cabeza hacia atrás e hizo un aspaviento.

—¡Eso no es cierto!

La escruté. No parecía mentir. No le fluctuaba la voz ni esquivaba mi mirada.

—¿Cómo puede ser? —inquirí.

—Hace unos días ese hombre me envió un correo electrónico a mi dirección del CIESE. Me proponía una entrevista. Podéis comprobarlo, si queréis. Os puedo dar mi contraseña —dijo con actitud retadora, visiblemente decepcionada por mis reservas—. No le contesté, así que llamó a la centralita. Me negué a recibirlo y le pedí que dejara de molestarme.

—Pues a Roberto Crespo le aseguró que había concertado una reunión contigo a las seis y cuarto de la tarde.

—Una artimaña para pillarme por sorpresa, supongo.

—Entonces, ¿nunca has estado con él? ¿Nunca lo has visto?

—¡Que no! Es evidente que se inventó que había quedado conmigo para que Roberto lo condujera hasta mi despacho. Es así de simple: sé quién es porque contactó conmigo, pero no lo

conozco. Me duele que dudes de mí, Clara.

Su réplica me formó un nudo en la garganta. Con ella desbarataba por completo la tesis de Roberto Crespo. ¿Cómo no me había imaginado algo así? No había asomo de falsedad en la expresión de Irene.

—Entonces, nunca lo llegaste a ver en persona… —concluí.

—No, fue todo por correo electrónico y por teléfono.

—¿Y no buscaste una foto en Google o en Facebook? —dijo Tomás.

—Pues no. No perdí el tiempo en eso.

Suspiré, aliviada. Irene no había faltado a la verdad y su versión inicial se sostenía. Aquello nos proporcionaba un soplo de esperanza en su defensa y, además, restituía mi confianza en ella, una fe que quizá no debería haber perdido con tanta premura.

Pero aún restaba un aspecto fundamental por abordar.

Tras una breve pausa, formulé con aire inocente la pregunta que intuía que mi amiga no quería afrontar:

—¿Por qué crees que ese periodista tenía tanto interés en hablar contigo?

Irene se ruborizó y demoró su respuesta.

—Clara, no sé qué decirte… ¿Qué vas a pensar de mí?

Profirió un alarido y me asió la mano con desesperación. No me miraba a la cara; sus ojos parecían atrapados en la bruma de un pasado olvidado.

A pesar de la lástima que me inspiraba, no pensaba anticiparle que conocíamos el caso Rubén de la Vega. Obligarla a hablar me permitiría medir su sinceridad.

Saqué un pañuelo del bolso (iba preparada) y se lo extendí al advertir las primeras lágrimas. Debía enfrentarse a sus miedos. Si no superaba el temor al prejuicio y al vilipendio, no podríamos erigir una relación sincera entre abogada y clienta, y toda posibilidad de defenderla con éxito se iría al traste. Resultaba esencial hacerle comprender que la omisión de información solo podía perjudicarla.

—No sé por dónde empezar —gimió secándose el sudor de la frente.

—Prueba por el principio. ¿De qué quería hablar contigo ese periodista?

Irene se tiró del pelo nerviosa y contempló con indiferencia los

cabellos que, uno tras otro, caían sobre la mesa.

—Del asesinato de Rubén de la Vega —dijo, al fin, con un suspiro.

—¿Quién?

—Mi antiguo novio… Pero ¡te juro que yo no lo maté! —chilló despavorida—. No tenía ni idea de que el cuerpo que había en el jardín estaba relacionado con lo que ocurrió hace seis años… Por eso no os hablé de él.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

Irene se retorció las manos y, tras unos segundos, asintió con la gravedad de quien se dispone a revivir un calvario. Conmovida y convencida de su franqueza, cambié de opinión y le dejé entrever que ya sabíamos algo. Si le iba a exigir sinceridad, debía predicar con el ejemplo.

—Las televisiones no paran de especular sobre la conexión entre ambos crímenes, pero necesitamos más detalles —añadí.

Al escucharme, sus labios flamearon como una vela agitada por la brisa, y el llanto se le desbocó. Le tendí más pañuelos, que caló en cuestión de segundos.

—O sea, que ya lo sabéis todo…

Asentí y esperé a que recuperara la compostura.

—Clara, siento muchísimo no haberte dicho nada en todo este tiempo. Lo siento tanto… Pero todos me abandonaron, todos, salvo Alicia —murmuró entre hipos.

Aquello confirmaba mi teoría: el detonante de la ruptura con sus amigas de toda la vida había sido su presunta implicación en el asesinato del escritor.

—Yo no soy como los demás, Irene. Voy a ayudarte.

Irene se enjugó las lágrimas y asintió de nuevo.

—En el 2011 yo ya daba clase aquí, en Comillas —dijo con voz tenue—. Aquel año el CIESE le ofreció a Rubén de la Vega trabajo como profesor. Era un escritor que comenzaba a despuntar y que se había ganado la admiración del director. Aceptó. Venía a dar algunas charlas de vez en cuando. Yo, para qué negarlo, era fan de sus novelas y me apresuré a presentarme, sin ninguna pretensión inicial. Congeniamos y, al menos yo, me enamoré enseguida.

—Pero él estaba casado —observó Tomás.

—Sí…, estaba casado con una chica, Carmen Aramburu, una

enfermera. Los dos vivían en San Sebastián.

—¿Venía a dar una clase y se marchaba inmediatamente, o dormía en Comillas? —me interesé, intuyendo cómo se había fraguado el enamoramiento.

—Dependía un poco del horario. Algunas veces, por ejemplo, tenía clases los lunes y los martes, así que llegaba a Comillas el domingo por la noche y se iba el martes o el miércoles.

—¿Y dónde se quedaba?

Irene se aclaró la garganta con incomodidad.

—Al principio se hospedaba en el Hotel Hermosilla. Luego, pues…, conmigo.

—El Hotel Hermosilla pertenece a la cadena de tu actual marido, ¿no? —subrayó Tomás.

—Sí, pero no vayáis a pensar que Diego… —Irene se interrumpió, dejando patente que elucubrar sobre la implicación de su esposo en el asesinato de su anterior pareja le parecía un ejercicio de fantasía—. Por aquel entonces Diego y yo apenas nos tratábamos. Hola y adiós, como cualquier vecino del pueblo.

—Podría haber estado secretamente enamorado de ti —razonó mi compañero.

—No, es absurdo. ¿Y qué habría pretendido: dejar el camino libre matando a Rubén? No, no tiene sentido.

—¿Disponía de coartada? —insistió Tomás.

—No lo recuerdo, pero no veo qué importancia puede tener todo esto ahora.

—Lo cierto es que sí puede tenerla, Irene —contesté, ratificando a mi compañero—. Todo apunta a que ambos casos están íntimamente ligados. Pedro Ortega podría haber sido silenciado para evitar que la identidad del asesino saliera a la luz.

—¿De verdad lo creéis? —Irene no parecía convencida.

—Se trata de una mera hipótesis, pero de momento es lo más plausible, y los medios de comunicación están abogando por ello. Roberto Crespo nos informó de que Rubén se trasladó definitivamente a Comillas. ¿Es correcto?

—Sí, lo es. Lo hizo en enero de 2012. Decidió dejar oficialmente a su mujer y venirse conmigo. Además, aquí podía compaginar sus clases con la escritura.

Advertí que a Irene se le había escapado una sonrisa débil de

añoranza al evocar aquellos días, el tibio recuerdo de una felicidad efímera pero intensa.

—¿Se divorció de ella? —pregunté.

—No, no llegó a formalizarlo.

—¿Qué ocurrió después? ¿Por qué rompisteis?

Un destello de cólera centelleó en sus ojos hinchados.

—Apareció esa puta —contestó, apretando los dientes—. Lo sedujo, y él tampoco puso pegas.

—Una alumna, según tenemos entendido —dijo Tomás.

Irene se pasó la mano por el cuero cabelludo y se llevó entre los dedos más cabellos que se unieron al montón que ya reposaba sobre la mesa.

—Isabel Velasco. Recuerdo bien su nombre. De Madrid. De primer curso. Muy guapa, exuberante, delicada. Estupenda. Aquel curso empezó en septiembre de 2013. Para diciembre, Rubén ya se estaba acostando con ella. Se chivó una amiga de la chica.

—¿Cómo se llamaba la amiga? —quiso saber Tomás.

—Teresa Bedia. Vino a verme a mi despacho y lo largó todo, con pelos y señales. Me invadió una furia como nunca he vuelto a sentir. Sabía que Rubén estaba con los de segundo, así que salí como una loca y me fui directa al aula. Abrí la puerta de un golpe y me lancé sobre él. Le grité delante de todos los alumnos que era un hijo de puta y otras muchas cosas que no hace falta repetir. Intentó apartarse, pero aun así conseguí golpearle en la cara. Se llevó varios tortazos. No se atrevió a negar que se estuviera acostando con ella. Esa misma mañana dimitió y lo eché de casa.

—Y pasó la noche en el Hotel Hermosilla, ¿no? Como en los viejos tiempos —apuntó Tomás con cierta flema.

—Sí. Me llamó de madrugada para suplicarme que lo perdonara, pero le colgué en cuanto se puso a lloriquear. El día siguiente lo pasó encerrado en su habitación y solo salió para comer en el restaurante del hotel, según me dijo Diego más adelante. Por la tarde, sobre las cinco, se marchó en su coche. Llevaba únicamente un maletín de cuero marrón.

—Y no regresó… —murmuré.

—No, no volví a saber nada de él hasta la mañana siguiente. Era 12 de diciembre. Me llamó la Ertzaintza para hacerme unas preguntas.

—¿Qué les dijiste?

Hizo mueca de resignación.

—Pues la verdad, pero no me creyeron…

Irene se revolvió el pelo, abstraída, y comenzó a relatarnos la visita que había recibido esa tarde. Dos agentes de la Ertzaintza se plantaron en la puerta de su domicilio. Se trataba, en teoría, de una reunión informal, una toma de contacto. Se sentaron con ella en el salón y le formularon preguntas protocolarias, de mero trámite, desprovistas de carga incriminatoria. Que el cadáver hubiera sido hallado a un montón de kilómetros de Comillas disminuía las probabilidades de que ella estuviera involucrada en la muerte, obviamente. Las cámaras de una gasolinera a medio camino entre Bilbao y San Sebastián habían captado a Rubén repostando, lo que descartaba la hipótesis de que hubiera sido asesinado en otro lugar y después hubieran trasladado su cuerpo al País Vasco. Los padres del escritor vivían en el pueblo en el que había aparecido el cuerpo y su hermano, en la localidad vecina de Eibar, así que las primeras hipótesis criminales apuntaban hacia ellos.

Irene, en su ingenuidad, reveló a lo largo de la conversación todos los detalles de la ruptura sentimental que se acababa de producir entre el fallecido y ella. Lo hizo maquinalmente, sin pensar. En cuanto salieron de allí, los agentes pusieron rumbo al CIESE, donde varios alumnos describieron una discusión de proporciones épicas, agresiones físicas y amenazas de muerte incluidas. A raíz de aquello, la investigación dio un vuelco y la novia destrozada pasó a ocupar el puesto de sospechosa número uno. La Ertzaintza comenzó a tratarla de un modo diferente, y enseguida llegó la citación del juzgado para tomarle declaración en calidad de imputada.

Todo el mundo creía que era la asesina. De la noche a la mañana, sus amigos y conocidos le retiraron la palabra, y los vecinos, cuando se cruzaba con ellos, fingían caminar distraídos, ajenos a su presencia. Solo Alicia permaneció a su lado, incansable. Y Diego. Aunque hasta entonces apenas habían hablado, tuvo la amabilidad de presentarse en casa de Irene y trasladarle su preocupación. No estaba de acuerdo con el juicio precipitado y encarnizado al que la estaban sometiendo. Además, se sentía concernido por el hecho de que el muerto hubiera pasado la noche

en su hotel, según le dijo. Sus cosas todavía seguían allí.

—¿Y sabes qué, Clara? —me espetó con un extraño brillo en los ojos—. Él me creyó.

Me limité a asentir, encajando el reproche de mi amiga. Era cierto que había dudado de ella. No había razón para tratar de enmascarar lo obvio.

Irene no disponía de coartada. Según ella misma reconocía, se recluyó en casa y se negó a recibir a todos los que aporrearon su timbre. La noticia de la perfidia corrió como la pólvora por Comillas y algunos conocidos se dejaron caer por allí para consolarla y cotillear. ¿Para qué iba a atenderlos? ¿Para ver cómo se compadecían de ella? ¿Para alimentar su morbo? Además, sus verdaderas amigas no vivían en Comillas. Días después, cuando se la relacionó con el crimen, constató que sus amigas no vivían en ningún lugar, porque carecía de ellas, a excepción de Alicia. Algunos periodistas hasta tuvieron el atrevimiento de asomarse a las ventanas y tratar de otear lo que se escondía tras las cortinas corridas.

Solo abandonó su encierro para cumplir con sus obligaciones laborales. No dejó de impartir las clases que tenía asignadas. Tampoco solicitó la baja que le sugirió el director y se fustigó soportando los cuchicheos de los alumnos y las palabras huecas de sus colegas. Cogerse la baja habría sido tanto como reconocer que Rubén le importaba, y había dejado de hacerlo, o eso se decía ella. Se pasó horas llorando, con el rostro hundido en una almohada empapada, pero nadie lo supo. No volvió a verlo, y tampoco a Isabel Velasco. Por más que la buscó, no consiguió dar con ella. La chica fue lista: no volvió a pisar el CIESE. Irene oyó que se había trasladado a Madrid, con su familia, pero no eran más que rumores. No tenía la menor idea. No creía que la tarde del asesinato hubiese estado con él.

A la hora en la que se había fijado el fallecimiento, Irene se encontraba sola en su domicilio, flagelándose con la contemplación de fotografías y ensañándose con los recuerdos que le traían. Cenó y se acostó, aunque apenas pudo pegar ojo.

A la mañana siguiente, acudió al CIESE y recibió la llamada de la Ertzaintza. Un vecino que había madrugado para pasear por el monte se había encontrado por casualidad con el cuerpo de un

hombre sin vida y sin identificación, y los había alertado inmediatamente. Al fallecido le habían robado la cartera, las llaves y el teléfono, si es que los llevaba en el momento de la muerte. A uno de los agentes el rostro del fallecido le resultó familiar. Tras un par de comprobaciones, averiguaron que se trataba del escritor Rubén de la Vega, extremo que poco después ratificaron los padres al reconocer el cadáver. La noticia llegó enseguida a Comillas. Después vinieron la visita de la Ertzaintza y la declaración en el juzgado.

Nadie había visto el coche de Irene saliendo de Comillas ni atravesando alguno de los peajes de la autopista guipuzcoana, pero dio igual; había un móvil y una sospechosa sin coartada. A fin de cuentas, podía haber viajado en transporte público o en un coche de alquiler. Pero no se logró dar con ninguna prueba que evidenciara su culpabilidad. Por tanto, el caso se terminó archivando. Nadie la declaró culpable, pero tampoco inocente. Aunque el daño ya estaba hecho, y era irreparable.

—Es triste. Llegué a la conclusión de que solo tenía una amiga —dijo con voz ronca. Alzó la vista—. ¿Y tú, Clara? ¿Tú estás conmigo?

Sus palabras, cargadas de recelo, me perforaron el alma.

—Te creo, Irene. De verdad. Te sacaremos de aquí —contesté con firmeza.

Mi amiga entornó los ojos, denotando que el modo en que la había cuestionado había minado mi credibilidad y resquebrajado la solidez de nuestra confianza.

—Cuando salgamos, voy a llamar a Diego —repuse al cabo de unos segundos, incómoda—. Quiero verlo esta tarde.

Irene vaciló. Tenía la mirada vidriosa.

—Dile… dile que soy inocente. Y dile que sigo queriéndolo. Y que cuide mucho de Mario.

10

A la salida del cuartel, el cabo Ruiz se nos aproximó para informarnos de que nuestra clienta sería trasladada a la comandancia de Santander a primera hora de la tarde. A partir de entonces, quien asumiría el caso personalmente sería la teniente Victoria Arranz. Parecía evidente que, conocidas la identidad de la víctima, las ramificaciones del crimen y su vocación periodística, la Guardia Civil había tomado la decisión de dedicarle toda la atención del mundo y poner al mando a aquella mujer de hierro.

No estaba segura de si eso nos beneficiaba. Sin duda, garantizaba que el sargento Hermida, que tenía enfilada a Irene, perdería protagonismo. Además, Victoria Arranz, con quien había coincidido en más de una ocasión, era sagaz y tenaz, lo que auguraba una investigación diligente y eficaz. Aunque eso, precisamente, era lo que podía abocar a nuestra clienta a una condena irremediable en el caso de que fuera culpable. En resumen, dependiendo de la verdad, la intervención de la teniente podía favorecernos o perjudicarnos. Si creía a Irene, si creía en su inocencia, aquella era una noticia estupenda.

Subimos al coche y nos tomamos unos minutos para cavilar sobre nuestros siguientes movimientos. Aunque la mañana había resultado prolífica, restaba mucho por averiguar y contrastar. Tenía la impresión de que avanzábamos en la dirección correcta, pero, al mismo tiempo, no podía aparcar la desazón y la incertidumbre propias de quien camina a ciegas, y temía darme de bruces con una realidad inesperada.

Había llegado el momento de llamar a Diego. Encendí el motor, conecté el sistema de manos libres y marqué el número de teléfono

con el corazón martilleándome el pecho. Me esperaba una reacción airada al otro lado de la línea. Sonaron tres tonos, cuatro…

Alguien descolgó. Oí una respiración entrecortada.

—¿Diego? ¿Hola?

El silencio reinó durante unos segundos.

—Hola, Clara —dijo al fin una voz quebrada y cortante.

—Diego, siento muchísimo molestarte. ¿Qué tal estás?

El marido de Irene no respondió enseguida. Quizá era incapaz de resumir en una frase la oleada de sentimientos que lo sacudía.

—Muy mal. ¿Has hablado con Irene?

Su pregunta demostraba que desconocía el encargo que había asumido como abogada, lo cual, seguramente, no sería de su agrado. No tenía sentido ocultárselo.

—Irene me ha pedido que le lleve el caso.

Como había supuesto, Diego profirió una exclamación de indignación.

—¿Te has prestado a defenderla? ¡No me lo puedo creer!

—Ella me ha escogido. Además, dice que es inocente.

Se quedó callado unos instantes.

—¿Qué es lo que quieres?

—Lo primero, interesarme por tu estado. Y, lo segundo, hablar de lo que sucedió. No pretendo importunarte, de verdad.

Se oyó un resoplido de exasperación.

—Mira, hablaré contigo porque te tengo aprecio, pero no pienso ayudarla.

—¿Te viene bien que nos veamos a las cinco de la tarde?

—De acuerdo, pero que quede claro que no lo hago por Irene. Os espero en la casa de mis padres. Me he tenido que mudar allí de madrugada… Es el cuarto A del portal 33 de la calle Castelar.

Tomás me guiñó el ojo. Diego no tenía ninguna obligación de atendernos. Como testigo, solo respondía ante la Guardia Civil y el juzgado. Fuera cual fuera la causa de su asentimiento, debíamos aprovechar el encuentro. Era la persona que había descubierto a Irene en una situación comprometida, así que su declaración podía resultar clave para inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

Colgué y pisé el acelerador. Justo entonces mi compañero verbalizó el mismo pensamiento que yo había arrinconado en mi mente, decidida a no prestarle demasiada atención. ¿Podía estar

Diego implicado de alguna forma en el asesinato de ese periodista y haber tendido una trampa a su esposa para incriminarla? ¿Obedecía a una mera casualidad que Rubén de la Vega, horas antes de morir, se hubiese hospedado en el Hotel Hermosilla y que, tras el fallecimiento del escritor, su propietario hubiese intimado con Irene?

Aquellas preguntas sin respuesta me provocaron dolor de cabeza. A la vez, sentí que mi estómago protestaba. Consulté el reloj del coche. Llevábamos horas sumidos en aquella sucesión imparable de acontecimientos, sin probar bocado. Acordé con Tomás detenernos a comer en un restaurante de las afueras. Mi compañero no puso objeciones. Llamó a Eva y le pidió disculpas. Como el domicilio de los padres de Diego no estaba muy lejos de nuestro despacho, después de la comida y del viaje de vuelta podríamos aprovechar unos minutos para pasar por la oficina y ponernos al día. Por prudencia, y con el fin de evitar sufrir un ataque de estrés, en las últimas horas había evitado consultar la bandeja de entrada de mi correo electrónico a través del teléfono móvil, pero podía anticipar lo que me encontraría.

Durante la comida repasamos de nuevo lo que habíamos ido averiguando a lo largo de la mañana, sin sacar nada en claro. Lo único que concluimos era que estábamos perdidos.

Tras dar cuenta del menú del día, reanudamos el camino a Santander. A la salida de Comillas nos recibió un manto de lluvia que se desparramaba sobre la carretera. Puse en marcha el limpiaparabrisas y encendí la radio. La voz de una locutora estaba dando paso a la crónica de sucesos. No tardó demasiado en abordar el que ya había sido bautizado como el caso Pedro Ortega. No añadía ninguna novedad, pero, por el tono sensacionalista que empleaba, daba la impresión de que estaba difundiendo la exclusiva del año. Cambié de emisora. Una tertulia sobre el crimen. Nada relevante. Probé con una tercera. Otro debate sobre el mismo asunto. No cabía duda de que los medios estaban dispuestos a volcarse en el esclarecimiento de aquel misterio que se había llevado la vida de uno de los suyos. Las referencias al suceso eran constantes y la indignación, el patrón que guiaba todos los comentarios.

—Tal vez deberíamos dejarnos caer por la sede de *El Norte*, ¿no

crees? —sugirió Tomás.

—Sí, aunque no estoy segura de que nos vaya a dar tiempo. Quizá mañana.

Llegamos al despacho alrededor de las cuatro de la tarde. María y Virginia salieron a nuestro encuentro en cuanto pusimos un pie y nos acribillaron a preguntas. La lectura de la prensa digital y el informativo de televisión del mediodía les habían bastado para estar al tanto de todo. Alguien había filtrado el contenido del atestado, y los detalles del crimen ya eran de dominio público.

Me deshice de ellas como pude y me dirigí a mi despacho para descubrir lo que me esperaba. Tal y como me había figurado, la bandeja de entrada de mi correo electrónico estaba a punto de estallar: decenas de comunicaciones de procuradores, alguna notificación judicial, clientes que se interesaban por duodécima vez por el estado de sus casos, compañeros que pretendían renegociar los términos de algún acuerdo… Atendí los correos más apremiantes sin perder de vista el avance de las manecillas del reloj. Entretanto, Tomás concluyó a toda prisa el escrito de acusación que tenía pendiente.

A las cinco menos cuarto, justo cuando Fernando y Antonio franqueaban la entrada del bufete, nos colocamos los abrigos sobre los hombros, cogimos un paraguas y murmuramos un atropellado adiós. Diego Hermosilla nos aguardaba hundido en el sillón de la casa de sus padres, a solas con sus pensamientos.

11

El sol había ido cayendo en la lontananza mientras Diego desgranaba ante nosotros sus recuerdos de la noche anterior. Llevábamos ya al menos veinte minutos en aquel salón oscuro de la calle Castelar y poco a poco íbamos conociendo su versión de los hechos. Nuestra primera toma de contacto con el esposo de Irene no estaba siendo agradable, y fuera no dejaba de llover.

—Dime, Clara, ¿Irene te lo había contado todo? ¿Te había hablado de nuestro «querido» Rubén? —me había preguntado Diego con un tono envenenado de rencor.

No se apreciaba un ápice de cariño por quien todavía era su mujer. ¿Se podía mudar de una forma tan rápida del amor a la aversión? Quizá, más que aversión, fuese la animosidad del recelo, o el dolor del desengaño.

—No, nunca lo había mencionado hasta esta mañana en el cuartel, pero puedo comprender la causa —le respondí con frialdad.

Diego puso los ojos en blanco.

Decidí aprovechar aquella tregua para recuperar la iniciativa de la conversación.

—Por cierto, ¿Irene no te había dicho nada de un periodista que pretendía entrevistarse con ella? —lo interrogué—. Supongo que habrás visto las noticias…

El esposo de mi amiga comprimió los labios.

—No, no me comentó nada de ese periodista. No tenía ni idea de que *El Norte* quería publicar un reportaje sobre Rubén.

—¿Irene lo había superado?

—¡Yo qué sé, Clara! Como comprenderás, es un tema que siempre ha querido evitar y en el que yo tampoco tengo demasiado

interés. Entiendo que, si se casó conmigo y tuvimos a Mario, por algo sería, ¿no? Aunque ya no sé qué pensar, llegado a este punto.

—Me refería a si había superado el escarnio público al que fue sometida, a si lo había digerido, no a su ruptura con Rubén. Ella te quiere. De eso no me cabe la menor duda.

—No veo a dónde quieres ir a parar.

—Irene dice que el miedo la arrastró a la situación en la que la descubriste. No supo qué hacer al encontrarse aquel cuerpo. Entiendo que el recuerdo de lo que sufrió en el otro caso pudo influirle.

—Ya te he dicho que yo no me creo una palabra. Confié en ella en su día y mira cómo estoy ahora.

—No es eso lo que te he preguntado.

Diego hizo un gesto de impaciencia.

—El proceso judicial la afectó, sí, pero de ahí a…

—Solo quiero saber cómo lo gestionó, nada más —lo interrumpí.

—Vale, lo capto. Estuvo muy deprimida y en tratamiento psicológico durante bastante tiempo. Pero ahora compréndeme a mí: todo esto resulta muy confuso. Irene ha estado involucrada en dos asesinatos, con motivos para matar en ambos y sin coartada. Sé que es mi mujer, pero precisamente por eso no puedo permitir que todo esto me salpique. Ni a mí, ni a Mario ni al negocio.

Resultaba llamativo que esgrimiera la preservación de la buena imagen de su empresa como una razón de peso para desconfiar de Irene.

—Nos han contado que Rubén pasó su última noche en tu hotel —intervino Tomás.

Diego se encogió de hombros, haciendo ver que se trataba de una mera casualidad.

—No veo qué importa eso ahora. Irene lo echó de su casa cuando se enteró de lo suyo con esa alumna. ¡Menudo desgraciado! Se presentó en la recepción con una maleta enorme. No dijo cuánto tiempo se alojaría y tampoco le insistimos sobre ello, obviamente. Todos sabíamos por qué estaba allí. Durmió en la habitación que le asignamos y estuvo metido en ella hasta la tarde siguiente.

—¿Lo viste marchar?

—No, pero las cámaras lo grabaron y sí las pude revisar. Salió de la habitación, bajó al sótano y se subió a su coche.

—¿Llevaba consigo alguna pertenencia? —quiso saber Tomás.

Diego entornó los ojos.

—Un maletín de trabajo, pero no debió de meter gran cosa. Al día siguiente, varios agentes de la Ertzaintza registraron la habitación y la encontraron plagada de objetos personales. Estaba todo revuelto, con ropa y libros esparcidos por el suelo.

—¿Como si se hubiera producido un robo? —inquirí.

Diego dio un respingo, como si le repugnara la idea de que pudiera cometerse un robo en su hotel.

—Más bien como si un loco hubiese estado arrojando sus pertenencias sin orden ni concierto en un ataque de ira. Parecía la habitación de un perturbado.

—¿Seguía allí su maleta?

—Sí. En su interior había bastante ropa y una foto de ambos al pie de la colina del CIESE. Al ver la imagen, sentí lástima por ella. Pensé en todo lo que había vivido en apenas cuarenta y ocho horas. Primero el amor, luego la traición y por último la pérdida definitiva del hombre que la había engañado. ¿Cómo puede soportarse algo así? Yo no habría sabido qué hacer.

Sus palabras, fusionadas con el recuerdo de Irene derrumbada sobre la mesa del cuartel, me conmovieron. Tragué saliva.

—En cuanto concluyó el registro, me acerqué a su casa —prosiguió—. Creía que era mi deber. Al principio no abrió la puerta. Insistí y le grité que era yo, que Rubén había dormido en mi hotel y necesitaba hablar con ella. Creo que decidió abrirme porque yo era prácticamente un desconocido.

—¿Qué te contó? —interrogó Tomás.

Diego rememoró para nosotros las horas que había pasado en compañía de aquella chica maltrecha. Ese día ella le relató cómo había conocido a Rubén y lo inesperado de su amor; la emoción que la extasió cuando él se instaló en Comillas; el idilio que habían compartido y cómo chisporroteaba al calor de la llama de la pasión; y, de repente, aquel final abrupto que la había abrasado, aquella deslealtad brutal e insospechada a la que había seguido la noticia inasumible del asesinato. Estaba desorientada, desconcertada, debatiéndose entre llorar la muerte del que había sido el amor de su vida o festejar el final que había encontrado. La contradicción irresoluble entre el sentimiento de pérdida y la pulsión vengativa de

celebrar aquella muerte la consumía. Diego trató de consolarla, pero apenas logró aplacar las sacudidas que sufría aquel cuerpo menudo y enfriar el fuego que despedía su corazón.

—Entonces, en ningún momento te asaltó una duda sobre su inocencia —recapitulé.

—No. Fui de los pocos. Me pareció imposible que aquella chica deshecha lo hubiese asesinado por celos.

—Imagino que seguisteis viéndoos y que, poco a poco, fue prendiendo el amor… —elucubró Tomás.

—Sí, pero fue algo que surgió con el paso del tiempo. Irene no estaba para romances. Nos hicimos amigos y le ofrecí el apoyo que necesitaba cuando todos los demás le dieron la espalda.

Hizo una pausa para recuperar el aliento. Durante un instante, el salón quedó atrapado en un silencio pesado que solo rasgaba el rumor de la lluvia azotando el alféizar de la ventana.

—Hubo una época en la que no acertaba a entender por qué la gente no la creía —murmuró mientras se humedecía los labios con la lengua—; al fin y al cabo, no había pruebas sólidas en su contra. Pero ahora me inclino a pensar como ellos: las casualidades no existen. La implicación de Irene es la única forma de explicar todo esto. Un periodista empieza a hacer preguntas sobre Rubén y acaba degollado en nuestra casa. E Irene allí, encima de su cadáver y con el cuchillo en la mano. ¡No hay por dónde cogerlo, Clara! ¡Hasta aquí llega mi capacidad para confiar en los demás!

De pronto, se encendió una hilera de farolas en la calle y las sombras que habían ido reptando por la sala con el avance de la tarde se resquebrajaron en mil pedazos. Un haz de luz fantasmagórico ascendió hasta el cuarto piso y se coló por el tamiz de la cortina, perfilando el rostro descompuesto de aquel hombre de alma mellada. No parecía un asesino representando el papel de inocente. La estampa, reforzada por el desconsuelo que desprendía Diego, se asemejaba a un velatorio. Nos faltaba el difunto, que en ese momento se encontraba en la morgue con la nuez seccionada.

—¿La sospecha colectiva remitió con el transcurso de las semanas? —quise saber.

Diego miró una vez más a través de la ventana, aparentemente fascinado con la luz que expelía una farola ubicada junto a los barcos que se mecían en el puerto al vaivén de las corrientes.

—Bueno, se diluyó como la sal en el agua del mar. No la ves, pero, si la pruebas, ahí está —musitó.

—¿Y no valorasteis mudaros? Me pongo en su lugar y se me figura duro seguir aquí.

—Sí, lo pensamos, pero ella tenía su trabajo en el CIESE y quería conservarlo. No encontró nada parecido en otro sitio. Le propuse que dejara su empleo, ya que con mi sueldo y el reparto de beneficios de la sociedad nos alcanzaba para vivir de manera holgada, pero no cedió; decía que su profesión era su vida.

Esa era mi amiga, obstinada y dispuesta a luchar contra el mundo aun a riesgo de que esa resistencia la devastara. Se me escapó una sonrisa que Diego no pudo advertir, pues continuaba ocupado en el barrido de la calle.

—¿Recuerdas si hubo alguna otra persona a la que se investigara en el caso Rubén de la Vega? —Cambió de tercio Tomás.

Diego se estrujó el labio inferior con los dedos, pensativo.

—No estoy seguro. Sé que la Ertzaintza y el juzgado interrogaron a varias personas, entre ellas el hermano y los padres de Rubén, pero me parece que no llegaron a tomarse en serio su implicación. Y también hablaron con su ex.

—¿Te comentó Irene si sospechaba de alguien?

La respuesta se contrajo a un monosílabo negativo.

—Una última pregunta —anuncié—: ¿qué hicisteis con las pertenencias de Rubén?

Diego arrastró la mirada por la estancia y, finalmente, posó los ojos en mí con desgana.

—Algunas se las llevó la Guardia Civil. Otras se las enviamos a sus padres, junto con la maleta.

—¿Hubo algo que te llamara la atención? —quiso concretar Tomás.

—No —contestó Diego. De repente, torció el gesto—. Por cierto, Clara, ayer los guardias se interesaron mucho por la hora a la que abandoné la oficina. También me preguntaron si tengo testigos. Quizá debería buscarme un abogado…

No supe qué contestar. Desde luego, yo no podría asistirle.

—Menos mal que tengo cámaras de seguridad en la oficina —prosiguió, malhumorado—. Si no, encima sería sospechoso.

—¿No estuviste acompañado?

—Los empleados se marchan a las seis, y yo estuve solo mucho más tiempo, así que no tendría coartada.

—Bueno, por lo que dices, no tienes nada de qué preocuparte.

Diego chasqueó la lengua y se levantó, dando a entender que habíamos consumido todo el tiempo que estaba dispuesto a ofrecernos.

También nosotros nos incorporamos, y me incliné hacia él para besarle en las mejillas.

—Te agradezco mucho tu colaboración. Siento de veras haberte molestado, pero era necesario.

Reaccionó con una mueca de displicencia, como si pensara que nuestra reunión fuera un hecho inexorable, y le estrechó la mano a Tomás.

—Cuida mucho de Mario —dije, forzando una sonrisa—. Irene os echa de menos a los dos. Ella te sigue queriendo, Diego.

Cabeceó con indolencia y nos hizo un gesto para que lo precediéramos hasta la puerta. Recorrimos el pasillo sin articular palabra. No había ni una luz encendida en toda la casa, pero, al girar el cuello hacia atrás, pude distinguir a los dos ancianos vigilándonos a través del espejo de la habitación del fondo.

12

Nada más salir del portal, una sucesión de fogonazos nos cegó.

—¿Qué les ha contado Diego Hermosilla? —gritó una voz masculina.

—¿Va a colaborar? —Intentó superponerse otra.

—¿Cómo cónyuge, va a acogerse al derecho a no declarar? —Pugnaba por hacerse oír una mujer.

En cuanto pusimos un pie en la acera, un enjambre de periodistas se abalanzó sobre nosotros, como si esperaran que fuéramos a escupir miel sobre los micrófonos que nos tendían. Afortunadamente, había dejado de llover. Tratamos de abrirnos paso anticipándoles que no íbamos a realizar ningún tipo de declaración. Algunos lo entendieron y se retiraron unos metros, pero otros vieron reforzada su determinación y redoblaron su embestida, como aves rapaces a la caza de su presa compartida. Me di cuenta de que uno de los periodistas era el que nos había abordado una hora antes al entrar en el edificio. Perdiendo la paciencia, seguí el ejemplo de Tomás: extendí los brazos y abrí brecha a base de empujones. No me cabía duda de que al día siguiente nuestra imagen coparía las portadas junto a algún titular sensacionalista del tipo: «Los abogados de Irene Arias se reúnen en secreto con su marido».

—Vamos a hacernos famosos —bromeó Tomás cuando los dejamos atrás.

Una vez que alcanzamos la plaza de Pombo, me armé de valor y decidí echar una ojeada al WhatsApp. Al igual que había hecho con el correo electrónico, había postergado su consulta todo lo posible, consciente de la cantidad inabarcable de mensajes que esperaría

lectura y correlativa contestación. Un primer vistazo me bastó para constatar que mi predicción se había quedado corta. Había cientos. No obstante, me sorprendió descubrir que en el grupo de amigas apenas se contaban cinco, todos de la misma persona, Alicia, que preguntaba por Irene. Su destinataria era la propia detenida, quien, como era lógico, no había respondido. Quizá Alicia pensara que yo hablaría en nombre de ella.

No había ni rastro del resto del grupo. No se habían dignado ni siquiera a dedicarle unas palabras de aliento, a insuflarle ánimos ni a disipar cualquier duda sobre su apoyo. Poco habían tardado las aguas de aquellos afectos aparentes en verse enturbiadas por la inmundicia de la sospecha y la ponzoña del qué dirán.

Iracunda por la pasividad, la deslealtad y el desarraigo que revelaban aquellos silencios, abrí una conversación privada con Alicia. Consideraba que merecía una explicación, aunque fuera mínima y con pleno respeto del secreto profesional. Conocía a Irene desde mucho antes que yo, y, si la amistad genera algún derecho, incluido el derecho a saber, ella era la más legitimada para su ejercicio. Había sostenido a Irene hacía seis años, y ahora volvía a hacerlo. Además, quizá hubiera vivido en primera persona lo acaecido en el caso Rubén de la Vega. Tal vez me pudiera hacer partícipe de detalles que otras personas ajenas a la intimidad de Irene no conocieran.

Alicia aparecía en línea en la aplicación. La tranquilicé sobre el estado de nuestra amiga sin concretar demasiado y le propuse desayunar al día siguiente a las ocho y media en el Café de Pombo, un bar pegado al despacho. WhatsApp constituía un canal demasiado limitado para transmitir una información fidedigna y libre de equívocos. Aceptó al instante.

Le comuniqué a Tomás mis planes para el día siguiente mientras cruzábamos los arcos de piedra del edificio en el que se alojaba el despacho. Acordamos que, cuando terminara mi desayuno con Alicia, visitaríamos la sede de *El Norte*. Había alcanzado la convicción de que resultaba preferible no anticipar al periódico nuestra llegada y sorprender en el acto a quien tuviéramos que hacerlo. Tenía el pálpito absurdo de que en aquel lugar lograríamos encauzar el curso de la investigación.

Al entrar en el bufete, Virginia nos informó de que Fernando

había ido a hacer un recado y ya no regresaría, y de que Antonio se hallaba reunido en la sede de una empresa y tampoco se le esperaba. María estaba al llegar.

—Tienes unas cuantas llamadas, Clara. Y cuando digo unas cuantas me refiero a por lo menos quince.

—Qué alegría me das.

—No se merecen. ¡A currar!

Cuando llegué a mi despacho, dejé caer todo el peso de mi cuerpo sobre el respaldo de la silla. Aspiré hondo, exhausta, e hice girar el asiento lentamente. Arriba, el techo daba vueltas, como mi mente. Estuve a punto de abandonarme a la contemplación, pero enseguida conseguí sobreponerme, consciente de la carga de trabajo que reclamaba mi atención. No podía orillar el resto de los asuntos, por muy entumecidos que sintiera el cuerpo y las ideas.

Sobre las ocho y media, Tomás me avisó de que se marchaba. Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo revuelto. Valoré positivamente su esfuerzo en un día tan caótico y exigente como aquel. Según me dijo, Eva lo esperaba en casa.

No quedaba nadie. La luz prendida del flexo era el único signo de presencia humana en el despacho. Abrí la ventana y me asomé a la calle. Me recibió un soplo de viento gélido que me recomendaba retomar el trabajo al calor del radiador. No había un alma en la calle. La mayoría de la gente estaría preparando la cena en familia. Irene no formaba parte de ese mundo. Ya no. Le habían arrancado aquella vida cotidiana y tranquila. ¿O se la había arrancado ella misma? Era difícil saberlo.

Cerré la ventana y regresé frente al ordenador, cuya pantalla se había ennegrecido. Permanecí en soledad escudriñando la nada y auscultando el silencio, arrebujada en el asiento. Flexioné las rodillas, me las rodeé con los brazos y apoyé el mentón sobre ellas. Evoqué, abstraída, lo que había vivido a lo largo del día.

Irene, la dulce Irene…

Si me hubiesen avanzado algo así esa misma mañana, cuando me preparaba para mi carrera matutina, me habría echado a reír de buena gana. ¿De verdad estaba justificado que no me hubiera hablado nunca del caso Rubén de la Vega?

Recogí mis cosas. Era hora de irse.

Aunque no llovía, el frío no había remitido. Caminé encogida

hasta el aparcamiento y conduje en dirección al barrio de Valdenoja, una zona residencial repleta de pisos coquetos, grandes jardines y calles estrechas que había ido creciendo a lo largo de la colina que se alzaba junto al mar Cantábrico y que en los últimos tiempos había elevado notablemente su cotización. Vivía allí de alquiler. Los precios del mercado inmobiliario estaban muy por encima de mis posibilidades. Tras meditarlo largamente, a mi regreso a Santander había preferido ser arrendataria y disfrutar de la proximidad de la playa del Sardinero que convertirme en propietaria de un hogar más amplio en las afueras. Cuando firmé el contrato, ni siquiera conocía a Ricardo, y no tenía previsto rodearme de hijos, por lo que no precisaba grandes espacios. Poco después, empezamos a salir y decidió mudarse a mi pequeño piso, que era suficiente para los dos. Tras la ruptura, podía volver a disfrutarlo para mí sola.

Bajé del coche y solté un suspiro. Había olvidado comprar la cena. A unos cinco minutos a pie había un supermercado que cerraba a las nueve y media de la noche. Consulté el reloj: las nueve y veinte minutos. Apreté el paso.

Al entrar, el primer empleado con el que me topé me lanzó una mirada hostil, pero no hizo nada por detenerme. Dejé que sus ojos resbalaran sobre mí y comencé a seleccionar los productos a toda prisa. Al cabo de diez minutos, recorría el camino a casa cargada con dos bolsas llenas de comida.

Hice la mayor parte del trayecto sola. Llegado determinado momento, atravesé un cruce y enfilé la calle abriéndome paso entre la oscuridad. Tres de las farolas se habían fundido, y nadie había acudido a repararlas. Solo se oía el eco de mis pasos y el rumor de mi respiración. No había ni un alma. Miré hacia las ventanas de los edificios colindantes, todos residenciales. Ningún rostro asomado.

Continué andando mientras maldecía el peso que cargaba y, de repente, en la quietud de la noche, algo se movió a mi espalda. Extrañada, eché la vista atrás, giré ligeramente mi cuerpo y ahogué un grito. A unos cinco metros de distancia, una figura encapuchada y resguardada de la claridad me observaba apoyada en un muro paralelo a la acera. La penumbra y la distancia me impedían distinguir sus facciones y las formas de su cuerpo. Era imposible saber si se trataba de un hombre o de una mujer. Lo único que se

apreciaba con nitidez era la brasa de un cigarrillo que flotaba en las tinieblas. Me estremecí. Parecía estar vigilándome, y el asesino de Pedro Ortega, según mi amiga, seguía suelto…

Con el corazón aporreándome el pecho, me di la vuelta y reanudé la marcha atropelladamente. Cambié de rumbo por instinto y me desvié hacia una calle perpendicular que se alejaba de la ruta establecida y que solía estar más concurrida. Pero no había nadie. ¿Dónde se había metido la gente? Al menos, en ese tramo las farolas estaban encendidas. Aceleré el ritmo de mis zancadas, sin correr, pero alcanzando la velocidad necesaria para incrementar la distancia. No me atrevía a mirar atrás, aunque oía pasos a lo lejos.

Cuando me aproximaba al final de la calle, reuní el coraje suficiente para volverme. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y escaló hasta mi nuca cuando lo vi. Caminaba lejos de los chorros de luz que arrojaban las farolas y se cubría la cabeza con una capucha negra que caía sobre parte de su rostro. Vestía ropas oscuras, holgadas e impersonales. Aun así, me hubiera atrevido a decir que se trataba de un hombre y que era alto y corpulento. Aunque no podía descartar que fuera una mujer. Llevaba el cigarro en la mano derecha y miraba al frente, hacia mí.

Cuando se dio cuenta de que me había dado la vuelta para observarlo, se detuvo, arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó más tiempo del necesario, recreándose en su mensaje. Me tragué un gemido y eché a correr. Aquel gesto demostraba que no era simplemente un vecino que se limitara a pasear y compartiera mi itinerario por causalidad.

Las bolsas crujían mientras me precipitaba calle abajo y torcía a la izquierda. Ignoraba si me perseguía; mi propio estrépito me impedía oír algo más.

En la calle en la que desemboqué con la respiración entrecortada, tampoco me topé con nadie. Me invadieron unas ganas incontrolables de llorar.

Me paré con los talones doloridos y las manos agarrotadas de sostener las bolsas. No tenía sentido seguir huyendo. En cualquier momento caería sobre mí. Entonces, aterrorizada, miré a mi alrededor, pero solo hallé soledad y silencio. Se había esfumado. No había ni rastro de la figura encapuchada.

De pronto, una puerta crujió a mi izquierda y de mis pulmones

se escapó un chillido de pavor.

—¡Ay! —gritó un anciano que acababa de salir a pasear a su perro—. Pero ¿qué hace? ¿Se encuentra bien?

El hombre, que sobrepasaba la edad de jubilación y caminaba encorvado, me estudiaba con una mezcla de acritud y desconfianza.

—Perdone. Estoy un poco nerviosa y me ha asustado al salir de repente —respondí, temblando de los pies a la cabeza.

—¡Usted sí que me ha asustado! ¡Me ha puesto los pelos de punta! Mire —dijo el señor, al tiempo que se levantaba la manga de la chaqueta.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado.

—¿Vive por aquí?

—Sí, ahí al lado.

—Tranquilícese, mujer. No pasa nada. La acompaño a casa.

Acepté de inmediato y compartimos el paseo hasta mi portal. Mientras avanzábamos, miré hacia todos lados, pero no detecté nada. El individuo se había evaporado. Aunque el anciano se debió de percatar de mi actitud vigilante, omitió cualquier comentario. No obstante, se ofreció a subir conmigo hasta el mismo rellano e incluso a llamar a la policía si lo veía necesario.

—No se preocupe. Soy una miedica. En cuanto esté dentro, me sentiré segura.

El hombre se encogió de hombros y me facilitó su número de teléfono por si cambiaba de opinión. A continuación, dio media vuelta y siguió con el paseo de su perro, que agitaba el rabo con brío, ajeno a los peligros que me acechaban.

Me metí en el portal sin poder sacudirme el estado de alerta y tomé el ascensor. ¿Debía interpretar lo que había sucedido como una amenaza tácita? ¿Qué pretendía aquel tipo? Las puertas del ascensor se abrieron y a la derecha tomó forma la entrada de mi piso. ¿Y si me estaba esperando al otro lado? La cerradura estaba intacta, no había sido forzada, y no había ningún otro indicio de allanamiento.

Contuve la respiración, giré la llave y pasé al interior. Nadie se arrojó sobre mí ni me golpeó con ningún objeto. Todo estaba en su sitio. Me dejé caer en el sillón del salón como si fuera un cuerpo inerte, y una oleada de alivio me recorrió el cuerpo. Había sobrevivido.

Permanecí allí recostada durante más de media hora, recuperando poco a poco el calor y el sosiego. Tal vez aquel individuo no fuera más que un transeúnte ordinario, alguien que iba de camino a su casa y que había elegido aquellos instantes para detenerse a apagar su cigarro. Quizá todo era producto de mi imaginación, quizá nadie me había perseguido ni intimidado. Quizá sí que era una miedica o estaba un poco paranoica.

Me preparé la cena absorta en mis pensamientos. Nada de lo que había interpretado era real; no podía serlo. Cuando terminé, conseguí echar mano de las últimas fuerzas que me quedaban para ponerme delante del ordenador y rastrear internet en pos de publicaciones antiguas sobre el caso Rubén de la Vega, algo que me permitiera progresar. Pero no le dediqué demasiado tiempo. Al cuarto de hora, vencida por el sueño, caí fulminada sobre el teclado.

13

14 de noviembre de 2019, jueves

El estruendo del despertador me expulsó del mundo de los sueños. Amanecí derrumbada sobre el escritorio, con el teclado incrustado en una de las mejillas y la espalda dolorida por la postura de contorsionista que había adoptado al quedarme dormida. Me levanté de la silla mascullando improperios. ¿Para qué tenía una cama?

Antes de comenzar la jornada ya podía sentir en mis carnes el estrés que rezumaba mi agenda: en poco más de siete horas tenía que ir a correr, desayunar con Alicia, recoger a Tomás, entrevistarnos con los periodistas de *El Norte*, atender los correos electrónicos y llamadas urgentes, y, si fuera posible, redactar varios escritos para el juzgado. Además, había quedado con mis padres para comer. Respiré hondo, exhausta sin haber comenzado el día. Fui hasta la cocina y puse la radio. El locutor amenizaba la mañana analizando la última hora política. Me preparé una tostada mientras dejaba que su voz aterciopelada inundara la estancia y me envolviera con su timbre. Al cabo de unos minutos, dio paso a la crónica de la actualidad. Agucé el oído, pero no se mencionó nada digno de interés sobre el caso Pedro Ortega. Encendí mi iPad y escribí en el buscador la dirección de *El Norte*, figurándome cuál sería la primera noticia que aparecería en la web. Mi predicción fue correcta:

La profesora Irene Arias, detenida como clara sospechosa

del asesinato de nuestro compañero Pedro Ortega.

Ese era el primer titular. Venía acompañado de un montaje que combinaba una fotografía de Irene sentada con gesto adusto en su despacho del CIESE con otra de Pedro Ortega sonriente en la sede del diario.

Descendí por la página. Allí estábamos Tomás y yo, reflejados en una instantánea tomada la tarde anterior que nos retrataba saliendo apresuradamente del portal número 33 de la calle Castelar. La noticia especulaba sobre nuestra intención de persuadir a Diego Hermosilla de que no declarara ante la jueza. Al ser cónyuge de la sospechosa, se explicaba en el rotativo, podía acogerse al derecho a guardar silencio, lo que beneficiaría a Irene. De ese modo, la coyuntura en la que había sido descubierta quedaría huérfana de prueba. En el texto se exhortaba a Diego a que cumpliera con su deber y contribuyera a que se hiciera justicia. Pedro Ortega lo merecía.

No estaba de humor para recoger la taza y limpiar las migas, así que, cuando terminé el desayuno, me vestí con ropa de deporte y salí de casa en dirección al parque de Las Llamas.

Cuando cerré la puerta, tuve la precaución de mirar a mi alrededor. No había nadie. Suspiré y me alejé sin dejar de observar de vez en cuando por encima del hombro.

Mientras seguía el compás de mi zancada, aproveché para reflexionar sobre el episodio de intimidación del que supuestamente había sido víctima. ¿Debía contárselo a los demás? Pensé que tal vez fuera mejor dejarlo correr, pues no quería alarmarlos. No obstante, no podía ignorar que aquella figura espectral, de ser real, podría atreverse a hacer lo mismo con mis compañeros e incluso intensificarlo. Quizá debiera prevenirlos, aunque el peligro emanara de quimeras. Quizá fuera preferible hacer el ridículo y trasladarles mis inquietudes que sustraerles la posibilidad de anticiparse al peligro. En fin, estaba hecha un lío.

Una vez concluida mi rutina deportiva, regresé a casa, me di una ducha y me enfundé la ropa de trabajo.

Llegué puntual al Café de Pombo, en cuya terraza ya me esperaba Alicia, que fumaba de pie con rostro somnoliento. Era pálida y muy alta, en torno al metro ochenta. Llevaba la larga

melena negra recogida en un moño e iba ataviada con una falda oscura y una americana de ejecutiva que se apreciaba debajo de un abrigo de paño. Por su atuendo, deduje que después de nuestro desayuno tendría prevista alguna reunión. Trabajaba como economista en una empresa de asesoría contable y de administración concursal, y su vida también era ajetreada. Apagó el cigarro y se levantó para saludarme con dos besos.

—¿Qué tal vas, Clara? —me preguntó, mirándome con sus penetrantes ojos negros.

—Pues hago lo que puedo. ¡Quién se hubiese imaginado esto!

Alicia asintió repetidamente, dejando claro su estupor. Pasamos al interior de la cafetería y nos sentamos en una mesa esquinada, alejada del bullicio y de oídos afinados. Cuando se aproximó el camarero, le pedí un zumo de naranja para Alicia y un café con leche para mí.

—Qué desgracia lo de Irene… —murmuró mi amiga, frunciendo los labios—. Aunque no es la primera vez que sucede.

Agradecí su predisposición a saltarse los preámbulos.

—Tú estabas al tanto de lo de Rubén de la Vega, ¿verdad? Yo no me enteré hasta ayer —aclaré, remarcando mi indignación.

—Sí —reconoció con pesadumbre—. Ya éramos amigas por entonces.

—La apoyaste cuando la opinión pública se volcó contra ella… Tiene mérito.

—Bueno, si tus amigos no te apoyan en una situación así, a ver quién lo hace. Fueron meras habladurías, pero la hicieron pedazos.

—Hablando de amigos… No he visto un solo comentario sobre esto en el chat del grupo, salvo el tuyo.

Alicia desvió la mirada.

—Estoy decepcionada.

—No eres la única —mascullé—. ¿Qué ocurrió con Rubén de la Vega? Parece que los dos casos están relacionados. ¿Sabes algo de eso?

—En realidad, yo no me enteré de la infidelidad de Rubén hasta que lo mataron.

Aquella revelación me sorprendió, puesto que Irene y Alicia siempre habían sido íntimas.

—¿No te llamó en cuanto descubrió que la había engañado?

—¡Qué va! Estuvo en casa llorando. Se encerró en sí misma. No habló ni con amigos ni con familiares, a pesar de que en Comillas todos lo sabían. Irene siempre ha sido así. Prefiere ocultar su dolor, vivirlo en solitario. Cuando encontraron el cadáver, no tuvo más remedio que explicármelo todo.

—¿Irene tenía alguna amiga en Comillas?

—Sí, tres compañeras que ya no trabajan allí. Fueron a su casa tan pronto como se enteraron de la bronca que había tenido con Rubén, pero se negó a abrirles la puerta.

—En cualquier caso, la verían a la mañana siguiente, cuando fue a dar clase…

—Claro, nunca faltó al trabajo. Ahí sí hablaron con ella, aunque, según Irene, tampoco estaba para dar muchas explicaciones. Por la tarde, como el teléfono no daba señal, volvieron a su casa para hacerle compañía, pero no contestó ni les abrió la puerta.

Apoyé la barbilla en el mentón.

—¿No te parece extraña esa conducta? —pregunté.

Alicia ladeó el cuello y me miró con dureza.

—¿Estás sugiriendo que tal vez no estaba en casa y que por eso no dio señales de vida? ¿Qué pudo matar a Rubén?

—No sugiero nada, solo hago preguntas y analizo vulnerabilidades —repliqué, ruborizándome.

—Es normal que no quisiera ver a nadie, Clara. ¿Cómo habrías reaccionado tú en el caso de sufrir algo así? —me interpeló mientras fijaba la vista en el vaso rebosante de zumo. Hasta entonces no le había dado ni un solo sorbo—. Lo pasó muy mal, ¿sabes? Ponte por un momento en su lugar, en todo lo que le sucedió en cuarenta y ocho horas. Primero, una alumna te desvela que tu pareja te ha sido infiel y, encima, con una chiquilla. Furiosa, lo insultas y lo amenazas, hasta el punto de perder los papeles, y lo echas a patadas de tu casa. Todos saben que te ha puesto los cuernos, así que tienes que soportar ser el chiste del vecindario. Pero eso no es todo. Horas después, la Ertzaintza te informa de que su cuerpo ha aparecido a cientos de kilómetros, en su pueblo natal. Tienes tan mala suerte que careces de coartada. Los padres de Rubén, que siguen allí, aseguran que no estuvieron con él, y lo mismo sostiene su hermano, que también vive por la zona. Aunque ¿qué van a decir? Rápidamente, todas las sospechas recaen sobre ti.

No te detienen, pero te citan a declarar, primero la policía y luego el juzgado. La noticia se filtra y, de pronto, tus conocidos y tus amigos te tratan como si fueras un monstruo. Muchos ya han emitido el veredicto, aunque no lo reconozcan abiertamente: lo mataste. Un tiempo después el juzgado decide que no existen indicios suficientes para llevarte a juicio, y tampoco aparece nadie a quien atribuir el crimen. Así que quedas manchada para siempre con la duda de si lo hiciste. Por salud mental, tomas la decisión de intentar dejarlo todo atrás, y jamás vuelves a comentar el asunto. Ni siquiera con tus nuevas amigas.

Guardé silencio con el rostro desencajado. Resultaba evidente que no era la primera vez que le exponía a alguien la situación de Irene.

Sus palabras me hicieron comprender que nunca seríamos capaces de ponernos en la piel de Irene, y que no podíamos reprocharle que hubiera decidido arrinconar el pasado.

—Ayer alguien me siguió —le confesé de repente.

Alicia me miró alarmada.

—¿Cómo que alguien te siguió?

Le conté lo que había pasado la noche anterior.

—Clara, ten mucho cuidado, por favor —me suplicó, afectada por la noticia—. Quizá el asesino no quiere que empieces a levantar alfombras. Puede ser un aviso…

Asentí.

—Te prometo que seré precavida. Y tú ándate también con ojo. Nunca se sabe. Alicia se quedó escrutando la mesa.

—No creo que Irene haya asesinado a ese periodista, Clara. Ha sido otra persona, alguien que está claro que se siente amenazado por tus avances.

—Pues, sinceramente, pocos han sido mis avances. Lo que he hecho hasta ahora, más bien, ha sido enterarme de la película y de quién demonios era Rubén. De hecho, diría que hasta ayer cualquier persona de Comillas sabía más que yo. ¿Recuerdas algo que en su día te llamara la atención?

Alicia cogió la cajetilla de tabaco, extrajo un cigarrillo y jugueteó con él moviéndolo entre los dedos.

—Recuerdo que encontraron el coche de Rubén en un aparcamiento subterráneo en el centro de Bergara, muy lejos del

sitio donde se descubrió el cadáver.

—Quizá lo trasladaron en otro vehículo, vivo o muerto… —aventuré.

—Es posible. En el monte donde apareció el cadáver solo hay una ermita y naturaleza en estado puro. No tiene sentido que dejara el coche a tantos kilómetros de distancia y fuera hasta allí a pie. Además, ni siquiera era creyente. ¿Para qué iba a ir a ese lugar?

—¿Quizá para ver al párroco? ¿Y si sintió la necesidad de confesarse?

—Vale. Y, de ser así, ¿por qué fue hasta allí a confesarse e hizo la mayor parte del recorrido a pie? ¿No hay iglesias en Comillas? Además, recuerdo que la Ertzaintza comprobó que ese día el párroco no estuvo en la localidad.

—Ah, pues no sé… Por cierto, he oído que los padres y el hermano negaron haber visto a Rubén.

—Así es. Hay quien piensa que los visitó para contarles lo ocurrido y que, en el curso de la conversación, algo se torció. Pero no se pudo demostrar nada.

Asimilé durante unos segundos aquella teoría.

—¿Eso es lo que te dijo Irene? ¿Es lo que ella cree? ¿Que la familia tuvo algo que ver?

—No expresamente, aunque siempre había comentado que la relación familiar no era la mejor.

—¿Qué significa que no era la mejor?

—Rubén no se hablaba ni con sus padres ni con su hermano.

—¿Conoces el motivo?

—Ni idea. Solo sé que no se llevaban bien.

—¿Recuerdas si tenían coartada?

Alicia levantó la vista al techo del local.

—Creo que los padres no, e Iker, el hermano, sí. De todos modos, no te fíes de mí. Es mejor que lo compruebes.

—Entiendo. Gracias de todos modos.

—¿Has hablado con el abogado que le llevó el caso?

Hasta entonces no me había planteado reunirme con el letrado que había defendido a Irene, pero Alicia tenía razón: podía resultar productivo y ahorrarme un sinfín de entrevistas. Además, me podría facilitar una copia de las diligencias judiciales, un expediente que, a cada hora que pasaba, se hacía más necesario consultar. Y es que,

cuanto más progresaba en mis indagaciones, más me convencía de que para salvar a Irene no tendría que esclarecer un asesinato, sino dos.

Según me dijo Alicia, el abogado respondía al nombre de Juan Manuel Sánchez. No me costaría demasiado dar con su dirección y número de teléfono tras una breve búsqueda en internet. Lo llamaría más adelante, cuando hubiera tenido la oportunidad de darme una vuelta por las instalaciones de *El Norte*. Le agradecí a mi amiga la idea y le sonreí.

—¿Sospechas de Diego? —inquirió entonces Alicia.

Me formuló la pregunta repentinamente, como si quisiera cogerme desprevenida para provocar una reacción genuina. Me reconfortó constatar que no era la única que dudaba de él.

—No lo sé. Dice que permaneció en la oficina, en Santander, hasta las nueve y pico de la noche, lo que descartaría su implicación en los hechos. Supongo que la Guardia Civil estará revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad y, si no, pediré al juzgado que nos las consiga. Así saldremos de dudas. De todos modos, ayer estuve con él y lo vi muy afectado por la detención. Si fue él quien asesinó a Pedro Ortega, estamos ante un auténtico maestro de la interpretación.

—Pues ya me irás contando cómo se desarrollan los acontecimientos…

—Sí, te tendré al día, descuida.

Apuramos las bebidas, que se habían mantenido intactas, y nos despedimos afectuosamente. Acto seguido, enfilé hacia el despacho con la sensación renovada de estar siguiendo la senda correcta, la que podría conducirme a la verdad.

14

En el bufete el ajetreo resultaba desalentador: abogados que iban y venían de la impresora, una cola de clientes que firmaban documentos, los teléfonos que sonaban sin cesar… Era la viva imagen del frenesí. En las series de televisión la vida del abogado se presenta como algo estimulante y complaciente, pero nunca se desciende a la realidad agotadora, a la vorágine de acontecimientos que lo absorbe y lo sacude todo. Tampoco se retrata esa presión que se te aloja en los hombros y se aferra a tu cuello; esa presión por satisfacer al cliente, esa presión por ganar a toda costa, esa presión por controlar el inexorable transcurso de los plazos procesales, esa presión por hilvanar soluciones ingeniosas a casos complejos. Esa presión que me agarrotaba los músculos y me taladraba el cerebro.

Tras cerrar la puerta, saludé a Virginia y me escurrí hasta mi despacho. No ignoraba que, si me detenía a charlar con mis compañeros, dilapidaría por lo menos media hora de trabajo. Cada cosa a su tiempo, aun a riesgo de parecer maleducada.

No me habían dejado ningún recado de llamadas. La jornada comenzaba con buenas noticias. Animada, abrí la bandeja de mi correo electrónico, deseando que la tendencia se confirmara. Sonreí con alivio. Para la hora que era, haber recibido siete correos no estaba nada mal. Contesté tres que exigían respuesta inmediata y posteriormente, con todo bajo control, fui a ver a Fernando. Por el camino le guiñé un ojo desde el umbral de la puerta a Tomás, que tecleaba en su ordenador.

Encontré a los dos jefes reunidos. Hablaban en voz baja, como si tramaran algo. Cuando me asomé, se callaron e intercambiaron un asentimiento.

—Clara, ¿qué tal? —me saludó Fernando.

Antonio hizo una inclinación de cabeza, pero no modificó su postura. Había perdido el pelo en su juventud y en su calva rebotaban los rayos de sol que penetraban por la ventana. No había ni rastro del bigote que antaño custodiaba sus labios; ahora lucía un rostro completamente rasurado que se esmeraba en cuidar. Vestía un traje de color gris y camisa blanca. La nota de color la ponía una corbata verde que dibujaba una curva a la altura de la prominente barriga de su portador.

—Muy bien, empezando con fuerza.

—Toma asiento, Clara —me invitó Antonio con tono metálico. A diferencia de Fernando, no se caracterizaba por su calidez, pero tampoco era habitual que utilizara un lenguaje tan formalista.

—Cuéntanos cómo marcha el asunto que tienes entre manos —me dijo Fernando, y me señaló una de las sillas.

Obedecí. Presentía que el cauce por el que iba a discurrir aquella conversación había sido previamente acordado por ambos. Algo no marchaba como debía.

—Creo que vamos en buena dirección —respondí con cautela.

—O sea, ¿que tu cliente es inocente? —preguntó Antonio, alzando las cejas. No se esforzaba en disimular su escepticismo.

Atónita por el comentario, desvié la vista hacia Fernando, que horas antes me había transmitido su apoyo. Al advertir mi mirada adusta, movió de forma casi imperceptible el hombro derecho y apuntó hacia Antonio con elocuencia. Habían tenido una discusión sobre el modo en que estaba gestionando el caso, resultaba evidente. De momento, no me convenía inmiscuirme en sus pugnas ni tomar partido abiertamente por ninguno. No obstante, debía defender mi posición.

—Si Irene es inocente o no, lo tendrá que sentenciar un juez —repliqué—. Ella dice que no ha tenido nada que ver, y yo la creo. La investigación está bien encaminada.

Invertí quince minutos en resumirles nuestros progresos. Antonio carraspeó en un par de ocasiones, pero no me detuvo. Cuando finalicé la exposición, se colocó un cigarrillo en los labios y lo prendió con el mechero plateado que lo acompañaba a todas partes. Por su parte, Fernando fue hasta el cajón del escritorio y, meditabundo, sacó un caramelo de menta y se lo metió en la boca.

—Algo se le escapó a la Ertzaintza en aquel asunto, pero no sabemos el qué —observó Fernando, liberando un hálito de frescor herbáceo.

—Yo creo que perdemos el tiempo —murmuró Antonio, que, acto seguido, dio una larga calada.

Una nube de humo se batió sobre nuestras cabezas.

Odiaba que Antonio fumara delante de nosotros. Así se lo había trasladado en más de una ocasión, pero a él le traía sin cuidado. Eso, o sufría episodios de amnesia. Estuve a punto de pedirle que apagara el cigarro, que me devolvía el recuerdo de la figura encapuchada que me había acechado. Sin embargo, a última hora cambié de parecer; se lo veía nervioso y huraño, y no quería darle motivos para que se enfureciera. Sin duda, el caso Pedro Ortega estaba directamente relacionado con su humor de perros.

—¿Tú has leído algún libro de ese escritor, de Rubén de la Vega? —le pregunté a Fernando.

—Sí, todos. Empecé a leer su obra cuando lo asesinaron. Sentí curiosidad. Aunque tampoco es que tenga mucho publicado; unas cinco o seis novelas. La serie *La vendimia* es maravillosa. Se le daba muy bien caracterizar a los personajes. Los demás son más flojitos.

—Yo no tengo ni idea de quién es ese tío —dijo Antonio con tono despectivo.

—Quizá lea algo de él en el futuro —contesté, pasando por alto el último comentario—. Por cierto, cuando viviste en Bergara, ¿llegaste a conocer a los padres?

Fernando sacudió la cabeza.

—Qué va. No tuve mucho trato con la gente del pueblo, la verdad. Llegué a principios del año 2012 y, nada más tomar posesión de la plaza, me pillé una fuerte neumonía. Me tuvieron ingresado varias semanas en el hospital de San Sebastián. Vamos, que fue llegar y besar el santo. Después, cuando me dieron el alta, volví al chalé que había alquilado en el centro y empecé a escribir *El espía de Bruselas*. Parece que la enfermedad empujó a las musas. A partir de entonces, dediqué los días a trabajar y a escribir. Hablaba con los funcionarios de justicia y poco más. Supe de la existencia de los padres de Rubén cuando se descubrió el cadáver. Los vi alguna vez por los pasillos, cuando acudieron al juzgado a declarar. Gente arisca, aunque en semejantes circunstancias…

—Nunca he estado en Bergara. ¿Es grande?

—Unos catorce mil habitantes. No está mal, pero es fría y gris. Me resultó un poco triste. Los que hemos nacido junto al mar no llevamos bien lo de vivir en sitios gélidos y montañosos, ¿no creéis?

Los tres coincidimos, e incluso Antonio se permitió esbozar una sonrisa.

—¿Cuál va a ser tu siguiente paso? —quiso saber Fernando.

—Pues ahora mismo Tomás y yo nos marchamos a la redacción de *El Norte*. Quizá allí podamos averiguar algo relevante sobre la vida de Pedro Ortega.

Antonio depositó el cigarro a medio consumir en el cenicero y arrugó la frente:

—Entonces, ¿piensas que el asesino del periodista y el asesino de Rubén de la Vega son la misma persona, como dicen los medios?

—Es difícil saberlo. Todavía nos falta mucha información. Por eso vamos al periódico. No podemos descartar que surjan nuevas líneas de investigación.

—Hablas como si te creyeras detective —dijo Antonio, molesto.

Fernando me dirigió rápidamente una mirada apaciguadora con la que me instaba a que rehuyera cualquier atisbo de enfrentamiento.

—También voy a llamar al anterior abogado de Irene… —proseguí, evitando los ojos provocadores de Antonio.

—Juan Manuel era el abogado de oficio que le designó el Colegio —intervino Fernando—. En mi etapa en Bergara celebré unos cuantos juicios con él. No va mal en lo que se refiere a solvencia técnica. Un poco pesado, de estos que se van por las ramas y que a veces aburren a las ovejas, pero es hábil y conoce los recovecos del derecho penal.

—El típico perro viejo, vaya.

—Exactamente. Se las apaña para salir airoso. Yo no estuve presente en las declaraciones, pero Estela, la jueza que instruyó el caso, me comentó que se desenvolvió con soltura, y prueba de ello es que el procedimiento se archivó. Supo jugar sus bazas. Él podrá informarte mucho mejor que yo de lo que sucedió y se investigó.

Asentí.

—Por cierto, ¿conocéis al director de *El Norte*?

—Sí, es Ramón Velarde —respondió Fernando mientras estiraba

las piernas—. Hemos salido a cenar alguna vez con nuestras mujeres. A Marina le encantan esas veladas.

—En realidad, es un payaso —masculló Antonio, que recuperó el pitillo y le dio una nueva calada.

—Bueno, entonces dejaré caer tu nombre, Fernando, para agilizar los trámites —apunté, al tiempo que comenzaba a levantarme de la silla.

Al advertir mi intención, Antonio agitó la mano con la que sostenía el cigarrillo y me conminó a recuperar mi posición; no habíamos terminado. Sus movimientos, enérgicos, dejaron tras de sí una voluta de humo que se esparció por toda la estancia y se coló por mi nariz. No me quedó otra opción que volver a sentarme.

—Sales en la portada de varios medios —repuso Antonio con fingida tranquilidad.

No necesité más palabras para adivinar lo que se avecinaba.

Juntó las yemas de los dedos y me traspasó con la mirada. A su lado, Fernando luchaba por disimular su disgusto.

—El despacho no suele llevar este tipo de asuntos penales, Clara. Sabes que nos limitamos al derecho penal económico.

Aquello confirmaba mi presentimiento: quería que abandonara el caso.

—Las circunstancias son especiales —objeté, y apreté los dientes —. Es una excepción, un tema personal.

—Y, precisamente por ello, debemos tener cuidado y tomar las decisiones adecuadas. Si lees cualquier periódico, te darás cuenta de que se presenta a tu clienta como la responsable, y a ti como la abogada que pretende enmarañarlo todo para evitar que se haga justicia. No nos gusta la imagen que se está dando de este despacho —añadió Antonio, que enfatizó el uso del plural. Fernando forzó un asentimiento.

—¿Me estás sugiriendo que renuncie, Antonio? ¿Ahora nos guiamos por los calificativos que nos puedan dedicar los medios de comunicación?

El socio se ruborizó ligeramente, pero no se amilanó y dirigió la vista a Fernando, reclamando su ratificación.

—Algunos de nuestros clientes más selectos no verán con buenos ojos que Robledo Abogados defienda a una posible asesina, Clara —terció Fernando—. Todo el mundo sabe que nos dedicamos a otra

clase de derecho, un derecho más… limpio, por así decirlo.

—Este no es un caso cualquiera, y lo sabéis. Es mi amiga. Da igual lo que digan los periódicos. Tengo que ayudarla.

—Clara, sabes que te respetamos y que no dudamos de tu valía —dijo Antonio—, pero no hace falta que te insista en las repercusiones que el asunto va a tener en el negocio, sobre todo si sale mal. Estás más que capacitada para discernir lo que beneficia y lo que perjudica al despacho. Hay demasiado ruido en todo esto. Piénsalo: la víctima era periodista. Los medios de comunicación se nos están echando encima sin piedad. Las críticas van a ser feroces y no solo destrozarán a Irene; también nos van a afectar a nosotros. Es un riesgo que, desde el punto de vista estratégico, no podemos asumir.

—Entonces, ¿la decisión ya está tomada? —pregunté. Las entrañas me ardían.

—No, no está tomada —respondió Antonio, haciendo un gesto apaciguador con la mano—. Este despacho te debe mucho. Desde que llegaste, te has dejado la piel y te has ganado el derecho a que la decisión sea cosa tuya. Ahora bien, queremos asegurarnos de que eres consciente de lo que está en juego. Y me gustaría quedarme tranquilo sabiendo que tendrás el valor de dar un paso a un lado cuando llegue el momento. A mi juicio, el momento ya ha llegado. Si no nos quitamos de en medio ahora, esto nos salpicará. Pero Fernando es más indulgente en este punto. Dice que podemos esperar un poco más, ver si la defensa de tu cliente tiene visos de prosperar o si vamos directos al precipicio. Solo te pido que, si observas que el asunto se tuerce, cortes por lo sano. No dudo que compartirás nuestra posición. Eres una persona inteligente y razonable.

Su discurso me produjo náuseas. ¿Cómo podía permitirse realizar una lectura tan frívola, cruda y mercantilista de la realidad? Estaba claro que Irene no le inspiraba un ápice de empatía. Quizá solo lo hiciera quien le garantizara una fuente de ingresos abundantes. No podía aceptar lo que me proponía, no podía asumir que nuestra intervención dependiera de la buena reputación del cliente o de la pulcritud de la materia. Esa visión distaba mucho de mi concepción del oficio. ¿Dónde quedaban entonces las causas perdidas, los desheredados de la sociedad, las almas en pena, la

gente de escasa catadura moral? No podía dejarme intimidar, por muy jefe que fuera. No podía abdicar de mis convicciones más firmes, de aquellos principios que me habían empujado a jurar la profesión. Y mucho menos podía abandonar a mi amiga a su suerte. Además, aunque Fernando se esforzara en ocultarlo, lo tenía de mi parte y, llegado el caso, intuía que encontraría en él a un aliado. Lo miré de soslayo y advertí la súplica de su rictus. Acompañaba la expresión con un discreto gesto de la mano que me aconsejaba, una vez más, esquivar el choque con Antonio. El mensaje estaba claro: si quería ganar tiempo, no me quedaba otra que aceptar. Al fin y al cabo, si lograba encauzar el caso pronto, Antonio no insistiría en que me desprendiera de él. Manifestar mi desacuerdo y desencadenar una batalla encarnizada no traería nada bueno, ni para el despacho ni para mí.

Respiré profundamente, me armé de paciencia y me preparé para fingir que pisoteaba mis creencias más hondas.

—Entiendo lo que dices, Antonio, y estoy de acuerdo.

Mis palabras surtieron el efecto deseado. Antonio incluso abrió los ojos más de la cuenta, incapaz de ocultar su sorpresa por el hecho de que me hubiera plegado a su voluntad de forma inmediata. Me conocía bien y no ignoraba la bravura de mi temperamento. Es probable que hubiera anticipado una reacción desmedida y contraria a sus intereses.

Transcurridos unos segundos, en su rostro se dibujó una sonrisa satisfecha.

—Gracias, Clara. Valoro mucho tu comprensión.

Asentí mecánicamente.

—Por cierto, Fernando me ha comentado que estás desarrollando ciertas actividades que nada tienen que ver con la profesión de abogado —agregó, y recuperó la frialdad—. ¿Cómo es eso?

Me esforcé una vez más por mantener la calma. El tono paternalista y altanero que empleaba hacía que me hirviera la sangre. Conteniendo la rabia, les resumí los ruegos de Irene y mi aceptación, que Antonio recibió con un balanceo de cabeza.

—No creo que enfangarse sea lo más recomendable en estas circunstancias, Clara, pero en fin… Eso sí, en cuanto abandones el caso, terminas también con las labores detectivescas, ¿de acuerdo?

Asentí otra vez.

—Ah, y no olvides que este asunto no puede hacerte descuidar otros menesteres. Si el resto de los clientes se queja de falta de dedicación, nos veremos obligados a intervenir. ¿He sido suficientemente claro?

Incliné la cabeza y desvié la mirada. Si se asomaba a mis ojos, descubriría que no tenía ninguna intención de dejar tirada a mi amiga. En cuanto al compromiso de no orillar a los demás clientes, haría todo lo posible por cumplirlo. Las pesquisas que Irene me había encomendado desbordaban mis atribuciones laborales, y, si iba a llevarlas a cabo, era por propia iniciativa y como algo ajeno a mi trabajo, que debía continuar desempeñando con mi solvencia habitual. Así que multiplicaría las horas de cada jornada. No me quedaba otra. Probablemente aquella no sería la última mañana que amanecería con el teclado del ordenador tatuado en la mejilla.

—Entonces ya sabemos en qué posición está cada uno —celebró Antonio—. Y, por favor, ten presente que, si las circunstancias del caso amenazan con perjudicarnos de forma irreversible, contamos con que serás capaz de renunciar a la defensa de tu amiga. Tenemos fe en ti. No hagas que la perdamos.

Estuve a punto de protestar; se estaba repitiendo y sus maneras eran intimidatorias. Sin embargo, en el último segundo conseguí reprimir el impulso. No podía perder de vista mi posición de empleada, y confiaba en que aquel escenario no se materializara nunca.

—Mucho ánimo, Clara. Ah, y mantén a Fernando informado de las novedades.

—Así lo haré. ¿Algo más?

—Nada más.

—Entonces, me marcho.

Ambos asintieron y me desearon buena suerte. Sin duda, en cuanto me ausentara comentarían la reunión que acabábamos de mantener y valorarían la credibilidad de mis respuestas. Estaba vigilada, sometida a escrutinio. Había perdido la independencia de la que solía disfrutar.

Tras cerrar la puerta, me dirigí con paso firme al despacho de Tomás.

—Nos vamos.

15

El recepcionista que nos atendió en la sede del periódico se alteró sobremanera cuando nos identificamos. Casi se diría que éramos portadores de alguna clase de enfermedad contagiosa.

—Nos gustaría ver al señor Velarde, por favor —dije.

—Mmm, sí, por supuesto. Si me disculpan —se excusó con torpeza el chico, que rozaría los veinticinco años.

Me resultó extraño que no avisara al director por teléfono y que, en su lugar, prefiriera ir a buscarlo y dejar la recepción huérfana, pero no añadí nada.

Había un ejemplar del periódico desplegado sobre el mostrador. Lo ojeé mientras hacíamos tiempo.

—No nos deja en muy buen lugar —observó Tomás—. Y a Irene tampoco.

Cabeceé, sin manifestar nada. En el trayecto en coche había evitado compartir con Tomás los pormenores de mi conversación con los socios, y simplemente le había resumido lo que Fernando me había contado sobre el caso Rubén de la Vega. Tampoco le había hablado del acoso o la vigilancia —no tenía claro cómo calificarlo— de la noche anterior. En realidad, a medida que avanzaba la mañana iba convenciéndome de que no había sido para tanto. Además, no me cabía ninguna duda de que, si el incidente llegaba a oídos de Antonio, me obligaría a desentenderme del caso de inmediato, y no terminaba de confiar en la discreción de Tomás, que al fin y al cabo era su sobrino.

Unos minutos después, el recepcionista regresó y nos comunicó con marcada sequedad que, lamentablemente, el señor director no se encontraba disponible. No se molestó en ofrecer mayores

explicaciones ni en adornarlo con un motivo inventado. Recordando las palabras de mi jefe, hice un último intento:

—Transmítale a Ramón que venimos de parte de Fernando Álvarez y que necesitamos reunirnos con él con urgencia.

El chico frunció el ceño.

—El señor Velarde no puede recibirles. Ya se lo he dicho.

—Hágame el favor de trasladarle mi mensaje —le espeté, irritada. No había conducido hasta allí para darme de bruces con la negativa de aquel mocoso.

El recepcionista hizo ademán de negarse, pero mi mirada encendida le hizo titubear y, finalmente, se retiró sin decir nada más. A su retorno, su semblante denotaba que había perdido la batalla. Dirigí a Tomás un disimulado gesto de celebración.

—Los acompaño —rezongó, y se hizo a un lado para que pasáramos a un pasillo que se abría tras una puerta que quedaba a su espalda.

Ramón Velarde era un hombre alto y enjuto, de piel bronceada y con el cabello peinado a raya. Vestía una camisa Oxford de color azul un tanto arrugada y llevaba unas gafas ovaladas de montura dorada que se le habían escurrido hasta la punta de la nariz. Lo encontramos inclinado sobre un montón de papeles que abarrotaba el escritorio de su despacho.

—Buenos días, señor Velarde —dijo el recepcionista desde el umbral de la puerta—. Aquí están las personas de las que le había hablado.

—Muchas gracias, Ignacio. Puede dejarnos solos —contestó el director, levantando la vista de los documentos. Tenía la voz rasgada, como si alguna sustancia le hubiera secado la garganta—. Siéntense, por favor —añadió, y comenzó a rascarse la nuca—. Les pido disculpas, pero está siendo un día un poco complicado, como pueden suponer.

—No se preocupe. Nos hacemos una idea —respondí.

—Así que vienen de parte de Fernando. Es un buen amigo.

—Somos compañeros.

—Sí, y también sé que son los abogados de Irene Arias —gruñó, al tiempo que apoyaba los codos sobre la mesa—. Lamento que dediquen sus esfuerzos a defenderla. Me temo que están perdiendo el tiempo.

Su expresión de aflicción revelaba que no había proferido aquellas palabras con ánimo de soliviantarnos, sino tan solo de sincerarse.

—Sentimos mucho la pérdida, señor Velarde. Solo queríamos formularle unas preguntas…

—¿Para poner a esa asesina en la calle? —Hizo un aspaviento—. No, no tengo intención de prestarme a ello. Mis colegas me lapidarían, y Pedro, que en paz descanse, no se merece algo así.

—¿Por qué está tan seguro de que fue Irene quien lo mató? —le cortó Tomás, entornando los ojos.

—¡Hombre, usted dirá! Blanco y en botella.

—Pero la víctima perdió la vida horas antes de que Irene fuera detenida. Ustedes mismos lo hacen constar en la edición de esta mañana.

El director soltó una carcajada.

—¿Y? ¿Esa es su defensa? Pues apañada está su clienta.

Las aletas de la nariz de Tomás se dilataron.

—Las circunstancias no están claras, señor Velarde, y por eso necesitamos hablar con usted. Estamos seguros de que compartirá el lamentable error que constituiría condenar a un inocente y privarle de la posibilidad de defenderse adecuadamente.

—Creía que eran abogados, y no detectives.

Exhalé un suspiro de impaciencia.

—Mire, además de su abogada, soy su amiga, y la creo. Necesita mi ayuda. Déjeme proporcionársela, por favor. Si es culpable, la Guardia Civil lo demostrará, no se preocupe.

El hombre me estudió con patente curiosidad.

—¿De verdad piensa que es inocente? —preguntó con incredulidad—. ¿No se le ha pasado por la cabeza que pueda estar engañándola, por muy amigas que sean?

—No, la conozco. No se puede juzgar a la gente a la ligera, señor Velarde. Serán solo unas preguntas, se lo prometo —imploré.

El hombre se mordió los labios mientras parecía reflexionar.

—De acuerdo, pero rápido. Quiero que les quede claro que esto no significa que pretenda ayudar a esa mujer, ¿eh? Se trata simplemente de hacer justicia.

Vi de soslayo que a Tomás se le escapaba una sonrisa de satisfacción, de paladeo de nuestro pequeño triunfo.

—Hemos averiguado que Pedro Ortega estaba trabajando en un reportaje sobre la vida del escritor Rubén de la Vega. Se iba a publicar en diciembre, coincidiendo con el sexto aniversario de su fallecimiento. ¿Es correcto? —inquirí.

Ramón Velarde asintió.

—¿Sabe si Pedro Ortega pretendía tratar el misterio de su muerte?

—No, el objeto del reportaje no era ese. Se trataba de una crónica sobre sus vivencias y su obra literaria, con una breve reseña final sobre su muerte. Pero no era el tema central, si es a lo que se refiere.

—¿Qué método de investigación seguía? —me interesé.

—Pues las típicas tareas de documentación. Repaso de hemeroteca, entrevistas con familiares y amigos para analizar su trayectoria… Pero surgió algo con lo que no contábamos…

—¿A qué se refiere?

El director retuvo unos instantes su respuesta.

—Descubrió la identidad del asesino —confesó al fin.

Tomás profirió una exclamación y ambos nos inclinamos hacia adelante, como si nos hubieran azotado con un látigo. Aquello confirmaba nuestra hipótesis: el asesino había segado la vida de aquel periodista porque le pisaba los talones.

—Entonces, ¿usted sabe quién mató a Rubén de la Vega? —se apresuró a preguntar Tomás.

Para nuestra desilusión, Ramón Velarde negó con la cabeza.

—No llegó a decírmelo.

—¿Cómo puede ser? —repliqué.

El hombre se quitó las gafas y las balanceó distraídamente.

—Aquel mediodía, unas horas antes de ser asesinado, me llamó al móvil —murmuró con voz ajada—. En ese momento yo estaba en un foro de empresarios cántabros, así que no cogí el teléfono. Sería alrededor de la una y media. Como no consiguió contactar conmigo, me envió un audio a través de WhatsApp.

Tomás y yo nos agitamos todavía más.

—¿Conserva ese audio? —dije, frenética.

—Por supuesto.

—¿Podría reproducírnoslo, por favor? —le pedí, alterada por la revelación.

El director retorció de forma inconsciente las patillas de las gafas, dubitativo.

—Mire —me lancé a persuadirlo—, como abogados de la investigada, tenemos acceso directo al material incriminatorio que la Guardia Civil o el juzgado vayan recabando. Si no lo escuchamos ahora, lo haremos más adelante, de modo que no está incurriendo en ninguna negligencia o imprudencia.

Ramón Velarde me examinó durante unos segundos, sin dejar de ejercer presión sobre las patillas de las gafas. La derecha terminó cediendo y se partió con estrépito. Entonces, el director soltó un improperio y dio un manotazo sobre la mesa. Ni Tomás ni yo nos atrevimos a articular palabra. Finalmente, abrió el cajón del escritorio de un golpe, arrojó las gafas al interior y sacó otras nuevas de diseño idéntico.

—Esto no nos va a traer nada bueno —refunfuñó mientras acercaba el ordenador portátil.

Interpreté aquel gesto como una concesión.

En realidad, mi argumento adolecía de cierta imprecisión deliberada: si la jueza decidía declarar secretas las actuaciones judiciales en algún momento, Irene acudiría a declarar sin tener la más remota idea del contenido de esa grabación. Pero el director no parecía estar familiarizado con los cauces del proceso penal, gracias a Dios.

Se concentró en la pantalla de su ordenador, clicó en cuatro ocasiones y, acto seguido, de los altavoces brotó una voz grave y masculina. Una voz que no volvería a ser escuchada en directo. Se había quebrado para siempre. Lo que reverberaba en ese momento no eran más que los ecos de un fantasma perdido en la negrura de un jardín inhóspito.

> Hola, Ramón. Te he llamado, pero no he conseguido localizarte. ¡Tengo que hablar contigo ya! Avísame en cuanto puedas. El reportaje va a ser la leche. No te lo vas a creer: ¡he descubierto quién lo mató! ¡Madre mía, la que se va a liar! ¡Es increíble! Acabo de hablar con Carmen Aramburu. Voy a comer por la zona y luego iré a Comillas. He quedado con el director del CIESE y con el profesor Roberto Crespo. Después voy a hablar con Irene Arias, para cerrar el círculo y

asegurarme de que no estoy metiendo la pata. ¡Prepárate, porque la historia va a ser todo un bombazo! Ah, y no le comentes nada a nadie. Como me pisen la exclusiva, me pego un tiro. Llámame cuando puedas. Un abrazo.

Vi que Tomás me sonreía de oreja a oreja y le dirigí una mueca de incomprensión.

Seguíamos sin saber quién había matado al escritor, así que ¿se me había escapado algo? ¿Por qué exudaba mi compañero tanto positivismo? Cavilé a toda velocidad. ¿Cómo habría dado aquel periodista con el nombre del asesino? ¿Cuándo se había producido aquel hallazgo? En su audio mencionaba a varias personas. En concreto, indicaba que había estado conversando con una tal Carmen Aramburu. Su nombre me sonaba familiar. ¿Sería ella la que habría matado a Rubén? ¿Habría cometido algún desliz durante su entrevista con Pedro Ortega?

—Irene no es la asesina —musitó mi compañero.

El director enarcó una ceja y miró a Tomás con un disgusto que no se esforzó en disimular.

—¿Qué está diciendo? No sé de dónde extrae semejante conclusión, joven.

Tomás cruzó los brazos y recompuso su postura en la silla, como si se preparara para emitir un veredicto.

—Si Pedro Ortega hubiese creído que Irene era la asesina, ¿para qué se habría querido reunir con ella? ¿Para comentárselo? Está claro que no fue ella. Además, dice que necesita hablar con Irene para que le confirme que no está metiendo la pata. Es obvio que no la considera sospechosa.

A juzgar por la carcajada condescendiente que profirió, a Ramón Velarde la idea debió de parecerle ridícula.

—No sea ingenuo, chico. Nosotros, como periodistas, llegamos hasta el final, verificamos la información. Eso es lo que lo ha matado: su buen ejercicio del periodismo —enfatizó, henchido de orgullo.

Resultaba evidente que todo intento de persuadir a Ramón Velarde de la inocencia de Irene constituía una absoluta pérdida de tiempo. Él ya tenía formada su opinión, y de ahí no se movería. En todo caso, lo relevante era convencer a la jueza, y no al director de

un periódico, por mucha tirada local de la que gozara. No merecía la pena insistir en ello.

—¿Cuándo escuchó usted el audio? —le pregunté.

—A las ocho de la tarde. Lo llamé de inmediato, pero no respondió a mis llamadas. Supongo que para entonces ya… —Su voz se entrecortó y se tornó líquida—. Llevaba diez años con nosotros.

Tomás me observó fijamente. No se me escapaba el significado de aquella mirada.

—Señor Velarde —me aventuré—, le estaríamos muy agradecidos si nos enviara ese audio.

El director se mostró escandalizado ante mi ocurrencia.

—¿Está usted de broma?

—No veo dónde estaría la gracia, señor Velarde.

—Miren, bastante he hecho reproduciéndolo. Acepté responder a sus preguntas, pero no estoy dispuesto a facilitarles material de ningún tipo.

—¿La Guardia Civil se lo pidió? —indagué. En ese caso, el audio constaría en el atestado y, tarde o temprano, en los autos judiciales.

—Claro.

—De acuerdo. Entonces, ¿ha podido comprobar si ayer Pedro Ortega visitó a esa tal Carmen? —dije, cambiando de tercio.

—Sí, por supuesto.

—¿Y quién es?

—La exmujer de Rubén de la Vega.

Crucé un gesto de entendimiento con Tomás. Era cierto, Irene ya nos la había mencionado.

—¿Dónde vive actualmente?

—En San Sebastián. Pedro fue a visitarla por la mañana a su casa. Ya lo han oído.

—O sea, que cuando le envió ese audio probablemente se encontrara en San Sebastián… —Colegí.

—Probablemente no, seguro. Había terminado la entrevista con ella y después se dirigiría a Comillas, al CIESE. ¿Es que no han puesto atención?

—Sí, solo me aseguraba de haberlo entendido bien, perdone. ¿Sabe a qué hora había concertado la cita con esa mujer?

—Sí, repasé la agenda de Pedro ayer con la Guardia Civil.

Habían quedado a las doce.

—¿Sabe cuándo se vio con la familia de Rubén? —indagó Tomás.

—Antes de reunirse con Carmen, había estado en Eibar con Iker, el hermano de Rubén. Y el día anterior se había entrevistado con sus padres, en Bergara. Iker no había podido acudir por no sé qué compromiso.

—¿Y con la alumna? ¿Estuvo Pedro Ortega con ella? —quise saber.

El rostro del director se contrajo en una mueca de contrariedad.

—No, era uno de los cabos sueltos. Pedro se volvió loco buscándola, pero no consiguió dar con ella. La joven dejó la carrera, eliminó sus perfiles en redes sociales y se fue a Madrid. Es como si nadie de aquí la hubiera vuelto a ver.

—¿No hay en Comillas ninguna chica con la que mantenga el contacto? —se sorprendió Tomás.

—Supongo que alguna habrá, pero la gente no suele mostrarse proclive a colaborar con periodistas, ¿sabe? Sobre todo, cuando el propósito es reabrir viejas heridas… La única que reconoció tener noticias de ella fue una tal Lucía Lastra. Es doctoranda en el CIESE.

—¿Y Pedro no le pidió el número de teléfono? —pregunté.

—Sí, por supuesto, pero ella se negó a dárselo. Dijo que apenas tenían trato y que no quería inmiscuirse en asuntos ajenos. No hubo manera de persuadirla.

—Bueno, quizá nosotros tengamos más suerte… —cavilé en voz alta—. En cualquier caso, parece que Pedro le mantenía a usted al tanto de los detalles de su investigación. ¿Está seguro de que no le dejó caer ninguna sospecha?

El director soltó un bufido.

—Igual no me he explicado bien: el reportaje no tenía como fin averiguar quién mató a Rubén de la Vega; simplemente queríamos realizar una reseña biográfica del autor. No sospechaba de nadie porque ni siquiera se planteó desentrañar el crimen. ¿Para qué iba a hablarme de eso? Yo no les pido a mis periodistas que hagan de detectives. No es su profesión, y ustedes tampoco deberían hacerlo.

—De manera que podríamos afirmar que fue pura causalidad… —repuse, obviando el consejo ácido con el que nos había obsequiado. ¿Por qué alguna gente que se creía con derecho a

decirme lo que debía hacer en mi trabajo o en mi vida?

—Exactamente.

—Y el material que iba recabando, ¿lo tenía guardado en algún lugar? —se interesó Tomás.

—Algunos papeles los tenía bajo llave en el cajón de su mesa. Había recortes de periódicos, artículos impresos de internet, notas de las entrevistas en revistas literarias… La Guardia Civil se lo llevó todo ayer, incluido el ordenador. No queda nada. A veces también guardaba documentación en una mochila que utilizaba para trabajar.

—¿Y estaba esa mochila en su puesto de trabajo? —lo interrogó mi compañero.

—No, no estaba. Y, por lo que me ha comentado la Guardia Civil, tampoco ha aparecido en su domicilio ni junto al cadáver.

El profesor Crespo no había mencionado que Pedro llevara una mochila, aunque tampoco le habíamos preguntado por ello. Cabía la posibilidad de que el asesino se la hubiera llevado.

Con cierto desasosiego, advertí que se nos empezaban a amontonar demasiadas piezas inconexas. Suspiré. Después de todo, quizá el director del periódico y Antonio tuvieran razón: ¿quién me había creído jugando a los detectives?

—¿Sabe si Pedro había empezado a redactar el reportaje? —inquirió Tomás.

—No, aún estaba inmerso en la labor de documentación.

—¿Tenía algún enemigo? Alguien que se la tuviera jurada.

En lugar de contestar, el director levantó las palmas de las manos. Su semblante transmitía sinceridad.

—¿No se le ocurre ninguna persona que se hubiese mostrado especialmente beligerante con sus publicaciones? —insistió mi compañero, escudriñándolo—. Algún político o famoso, alguien a quien hubiera dejado en mal lugar…

—No. Nunca había surgido ningún problema, la verdad.

—De acuerdo. Muchísimas gracias por su tiempo, señor Velarde. Solo una cosa más —dije mientras me incorporaba—. ¿Podría enseñarnos la mesa de trabajo de Pedro?

Tal vez hubieran quedado algunos enseres en los que la Guardia Civil no hubiera reparado y que merecían nuestra atención.

El escritorio del fallecido lo ocupaban un monitor rodeado de un

montón de cables sueltos, una impresora sin folios y dos fotografías enmarcadas. Las observé con detenimiento. En una se veía a un hombre de tez pálida, nariz afilada y pelo rapado sentado sobre la hierba. Rondaría los cuarenta años. Lo abrazaba una mujer radiante, muy delgada, de pelo negro y con los ojos de color verde esmeralda, llamativamente grandes y arrebatadores. La estampa desprendía felicidad y placidez. En la otra fotografía, a la izquierda de la pantalla, una niña de unos seis años reía con regocijo montada en un columpio, mientras el mismo hombre la empujaba embelesado.

—Una pena que una familia se quiebre así, de repente… —murmuró Ramón Velarde a mi espalda.

—¿Tenía más hijos?

—No, solo Daniela. Por lo que me ha dicho Elsa, la pequeña todavía no comprende la situación.

—¿Elsa es la viuda?

Ramón asintió.

—Supongo que eran felices, sin problemas —dije, afligida.

—Sí. A la niña le encantaba venir al periódico. Nos visitaba siempre que su padre la dejaba.

—¿Cree que Elsa aceptaría recibirnos?

Ramón no titubeó a la hora de responderme:

—Les puedo asegurar que no se sentará a hablar con ustedes. De hecho, ya ha contratado a un abogado para personarse en la causa.

Le agradecimos la atención que nos había prestado y le entregamos nuestra tarjeta profesional, por si en algún momento recordaba algo que hubiera pasado por alto.

—En realidad, no tengo mucho más que decirles. Y tampoco les voy a desear buena suerte.

16

En los aledaños de *El Norte* divisamos un bar con un número aceptable de clientes en el interior.

—¿Tomamos algo? —le sugerí a Tomás con un tono que más bien era de súplica—. Necesito ordenar mis ideas.

—Ya somos dos.

En la barra pedí un café con leche para mí y un café solo para Tomás. A continuación, buscamos una mesa donde pudiéramos hablar con discreción.

—No estoy segura de que ese audio vaya a resultar suficiente para exculpar a Irene —dije mientras vertía el azúcar y removía el líquido con la cucharilla—. ¿Y si lo que averiguó Pedro Ortega la incriminaba? ¿Y si quería tantearla o hasta chantajearla?

Tomás aspiró una bocanada de aire con escepticismo.

—Clara, creo que lo estás enredando mucho. Es absurdo quedar con el asesino, ¿no te parece? ¿Tú le habrías plantado cara a alguien con las manos manchadas de sangre?

Negué con la cabeza.

—Pues eso —concluyó—. No deberías volver en nuestra contra algo que nos resulta favorable.

—Es precisamente lo que hará la acusación particular. Y también el fiscal. Tenemos que estar preparados.

—Bueno, pueden hacer lo que consideren oportuno, pero esa interpretación no tiene ni pies ni cabeza. La grabación demuestra que Irene ha dicho la verdad.

—Ojalá sea así, Tomás.

Debatimos nuestros siguientes movimientos taza en mano. Finalmente, decidimos que Tomás se desplazaría a Comillas en

busca de posibles testigos del crimen. Si le sobraba tiempo, intentaría dar con el rastro perdido de Isabel Velasco, de quien apenas sabíamos nada. Entretanto, yo organizaría una reunión con el abogado Juan Manuel Sánchez y le haría una visita a Irene.

—El plazo máximo para retenerla en el calabozo expira mañana —calculé—. Supongo que la mantendrán detenida hasta el último momento y luego pasará a disposición judicial. Quiero hablar con ella e ir preparando las respuestas al interrogatorio de la jueza.

—No crees que la vayan a soltar sin más, ¿verdad?

—Vistos el interés mediático del crimen y, sobre todo, los indicios que hay en su contra, me temo que la Guardia Civil no querrá meterse en jardines y le pasará la patata caliente a la jueza. Si yo fuese la teniente Arranz, haría lo mismo. A fin de cuentas, nuestra clienta sigue siendo la principal sospechosa, con nota de voz de la víctima o sin ella. Es más, diría que es la única.

Tomás murmuró un asentimiento y apuramos los cafés. A continuación, nos montamos en el coche y regresamos al aparcamiento de la plaza de Pombo.

—Buena suerte —le deseé a mi compañero mientras se bajaba de mi coche y se montaba en su Opel Astra.

Tras sonreírme, me guiñó un ojo y arrancó el motor. Ojalá regresara con buenas noticias y sin sufrir ningún daño. Me había debatido durante unos instantes entre confesarle mis temores o permanecer en silencio, como hasta ahora, pero, al final, recordando las advertencias de Antonio, me había reafirmado en mi decisión de no mencionar el episodio de la noche anterior. Ni siquiera albergaba la seguridad de que lo acontecido tuviera el significado que yo le había otorgado en aquel momento, atenazada por el miedo.

Lo seguí con la vista hasta que se perdió al doblar una esquina. Después cogí el móvil del bolso y comprobé que tenía cobertura. Era el momento de llamar al abogado. Allí gozaba de una privacidad que el despacho no me brindaba. Inserté su nombre en el buscador y a los pocos segundos Google me informó del número de teléfono de su bufete. Pulsé el icono de la llamada y aguardé. Tras un par de tonos, descolgó una voz femenina. Por su cadencia gutural y su entonación de aburrimiento, parecía tratarse de una mujer próxima a la edad de jubilación.

—Despacho de Juan Manuel Sánchez. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Soy Clara Caballero, compañera de Santander. ¿Podría hablar con Juan Manuel Sánchez, por favor? Es por un asunto urgente.

En realidad, no existía una necesidad imperiosa de que conversáramos en ese preciso instante, pero los abogados solemos discriminar en exceso entre aquello que urge y aquello que no, y cabía la posibilidad de que, si no exageraba, me dedicara a perseguirlo el resto de la mañana.

—Espere un momento.

Aquella respuesta evidenciaba que el hombre sí estaba disponible y que la secretaria le estaba preguntando si deseaba hablar conmigo o si debía inventarse alguna excusa para que lo dejara en paz.

—Le paso —me anunció, para mi alivio.

Sonaron cuatro tonos antes de que el abogado descolgara.

—Buenos días. ¡Juan Manuel al habla! —me saludó jovialmente. Su voz sonaba cascada, como de fumador empedernido.

—Buenos días, Juan Manuel. Perdone que le moleste. Soy Clara Caballero…

—Sí, ya sé quién es —me interrumpió con entusiasmo—. La he visto en los periódicos. Veo que ha heredado a mi cliente. ¡Y al muerto! —rio de buena gana.

—Ah, sí… En ese caso, ya se figurará el motivo de mi llamada.

—Lo puedo intuir, sí.

—No me gustaría parecer demasiado atrevida, pero ¿le sería posible recibirme esta tarde en su despacho, para repasar con usted brevemente el caso Rubén de la Vega? Verá, mañana vence el plazo para la puesta a disposición judicial y…

—¡Sin problema, mujer!

Durante unos segundos no se oyó nada al otro lado de la línea.

—¿Hola?

—Sí, estaba consultando las reuniones que tengo programadas. Acérquese esta tarde a las seis. ¿Le viene bien?

—Me encaja perfectamente. Muchas gracias. Iré acompañada de Tomás Herrero, un compañero.

—Descuide, también lo he visto en la prensa. Un saludo. —Y colgó.

Veinte minutos después franqueaba la puerta de entrada a la comandancia, ubicada en el barrio de Peñacastillo. Nada más llegar, le pedí a un agente joven, de aspecto arisco y pelo corto que me permitiera entrevistarme con mi clienta.

—Por cierto, no estará disponible, por un casual, la teniente Arranz, ¿verdad? —Probé suerte.

El agente se encogió de hombros y se ausentó un momento. A su vuelta, me comunicó que la teniente Arranz disponía de cinco minutos para atenderme. Ni uno más.

—La acompaño —añadió, más a título informativo que como ofrecimiento.

El hombre me condujo hasta el despacho de la teniente, a quien encontramos al teléfono. Al verme, alzó la cabeza a modo de saludo y, con un ademán de la mano, me indicó que me sentara en una silla colocada al otro lado de la mesa. El agente murmuró una excusa y se retiró.

Hacía casi un año que no me cruzaba con la teniente. Su belleza resultaba abrumadora: rubia, alta, de piel muy pálida y tersa, ojos azules, grandes e insondables, y porte grácil. Sus cabellos eran largos y los llevaba recogidos en una cola de caballo que le caía por la espalda. Su apariencia delicada contrastaba con un carácter férreo, implacable. Su determinación y disciplina me inspiraban —al contrario que a mucha gente, que la aborrecía— un sentimiento de orgullo y reconocimiento, propio de aquel que se sabe frente a un igual. Eso sí, envidiaba su soltura para haberse labrado una reputación profesional tan brillante y, a la vez, haber construido una familia, junto a su marido y su hija. En mi caso, el trabajo marchaba viento en popa, pero, por desgracia, no se podía decir lo mismo de mis relaciones sentimentales. Me acordé de Ricardo y me pregunté qué sería de él. Al haberse desprendido de mí, ya no centraría su vida en criticar mi obsesión por el trabajo y mis extensos horarios. Supongo que sería más libre, como lo era yo.

—Buenos días, letrada —me saludó la teniente cuando colgó—. Estoy muy ocupada, así que sea rápida. Ya imagino qué la trae por esta casa.

—Buenos días, teniente. No pretendo entretenerla. En realidad, vengo a hablar con Irene Arias y a comunicarle nuestros avances.

La teniente Arranz me lanzó una mirada que pretendía parecer

divertida.

—¿Avances?

Había logrado captar su atención; la conversación empezaba con buen pie.

—Hemos averiguado que la víctima mintió a Roberto Crespo: no había concertado ninguna reunión con Irene. Lo intentó, pero fue en vano, porque ella se negó. Por eso Pedro Ortega quiso forzar un encuentro. Sin embargo, cuando llegó a su despacho, Irene ya se había ido.

La teniente esbozó una sonrisa de desdén y autosuficiencia.

—Claro, eso es lo que su clienta le cuenta. ¿Qué le va a decir? O eso es lo que usted me cuenta a mí, que tampoco tiene por qué coincidir con la realidad. No veo que haya nada que sustente esa conclusión.

—Tampoco dispone usted de prueba de lo contrario —objeté.

—Sí, la testifical del profesor Crespo.

—Es un testigo de referencia; simplemente repite las palabras del periodista —argumenté, enojada.

—Lo que usted quiera, letrada.

—¿No le parece que no cuadra que mi clienta estuviera empuñando el cuchillo al menos una hora después de que la víctima hubiese fallecido? ¿Acaso estaba asesinando a un muerto?

—Mire, letrada, no voy a seguir con esto. Coménteselo a la jueza, que seguro que la escuchará —zanjó con ironía—. ¿Para esto ha venido? No me haga perder el tiempo, por favor.

—O sea, que la van a poner a disposición judicial…

—¿Acaso lo dudaba? La tenía a usted por una abogada astuta. Esté pendiente del móvil mañana. La llamarán del juzgado —añadió, al tiempo que cogía de nuevo el teléfono y tecleaba.

Agradecí a la teniente la primicia y me levanté. Ella, como esperaba, ni se inmutó. Ciertamente, estaba conduciendo la investigación de manera impecable, ajustándose a la legislación y a lo que dictaba el protocolo policial. No había razones para que se extendiera en discusiones conmigo, y no podía reprochárselo. Había hecho uso del último cartucho que me quedaba para intentar lograr la puesta en libertad de mi cliente por la Guardia Civil y había fracasado.

Mi amiga había sido trasladada a una sala triste y desangelada.

Irene ocupaba una de las sillas; la otra estaba reservada para su desilusionada abogada.

Al verme abrir la puerta, me sonrió con tibieza. Sus ojos estaban inyectados en sangre y escamados, producto de las horas de llanto. Unas ojeras pronunciadas revelaban que apenas había logrado conciliar el sueño desde su detención, desvelada por la conjura que se cernía sobre ella, de la que ya no podría salir indemne.

Reflexioné sobre los efectos que tendría su liberación por falta de pruebas. En parte, no serían menos nocivos que los de su encarcelación. ¿Cómo recompondría las piezas de su vida? ¿Cómo recuperaría el pulso de su rutina? ¿Cómo haría para volver a mirar a los ojos a su marido, aquel que la había acusado de asesinato y había aireado sus inmundicias? ¿Sería capaz de perdonar a Diego? No lo creía. Al menos, yo jamás lo haría. ¿La sentenciarían para siempre sus vecinos de Comillas? ¿Y sus amigas, que ni siquiera habían dado muestras de interés? Nada más que la condena del auténtico culpable pondría fin al tormento, pero el orden de su vida jamás sería restablecido. Todo iba a cambiar, todo había cambiado. Ella lo sabía, y por eso me había implorado que deshiciera la madeja, que esclareciera los crímenes y desenmascarara a su responsable. Eso, al menos, atenuaría el dolor. Pero ya nada sería suficiente. Llegábamos demasiado tarde. La herida podría supurar, cerrarse, curarse, pero la cicatriz permanecería para siempre grabada en su piel, hasta que la muerte se la llevara.

—¿Hay alguna novedad? —me preguntó con expresión anhelante.

Tenía derecho a conocer la verdad; no podía exigirle transparencia absoluta y, al mismo tiempo, negarle la contraprestación que le correspondía. Le relaté lo que habíamos vivido en las últimas horas sin omitir detalle alguno. Irene me escuchaba boquiabierta. Cuando aludí a la nota de voz que había recibido Ramón Velarde, quiso interrumpirme, seguramente ávida por conocer el nombre del malnacido que había destruido su vida. La detuve con un gesto de la mano antes de deshacer sus esperanzas al confesarle que el periodista no revelaba su identidad en el audio y que tenía previsto hacerlo en una conversación que nunca llegó a producirse. En cuanto oyó aquello, se dejó caer sobre el respaldo de la silla, abatida. Para animarla, compartí con ella la interpretación

que Tomás defendía, pero solo logré arrancarle un mohín de desencanto. Fue entonces cuando se interesó por su situación procesal. Carraspeé antes de confirmarle sus temores.

—La teniente Arranz me ha adelantado que mañana serás puesta a disposición judicial. Tendrás que declarar y después se decidirá si quedas en libertad o ingresas en prisión provisionalmente, a la espera de que se resuelva el caso.

Irene rompió a llorar en un paroxismo de espanto que convulsionó su cuerpo.

—Dios mío, Clara. ¡No puedo ir a la cárcel! ¡No he matado a nadie!

Como si todo el peso de la realidad se acostara sobre ella, perdió el equilibrio, se precipitó al suelo y se hizo un ovillo. Sus lamentos eran desgarradores. Justo cuando me agachaba para consolarla e intentar incorporarla, el guardia que me había acompañado abrió la puerta.

—¿Se encuentran bien?

—Sí, sí, no se preocupe —lo tranquilicé—. Déjenos solas, por favor.

El guardia, a pesar de su gesto dubitativo, obedeció y se marchó. Irene sollozaba entre alaridos y tenía la cara hundida en las manos. La agarré de los brazos para levantarla, pero el peso muerto en que se había convertido su cuerpo no se alzó ni un centímetro.

—Clara, tienes que encontrar al asesino —balbuceó, con el rostro todavía tapado—. Por favor…

Le acaricié el pelo y le prometí que no cejaría en mi empeño, que nada me detendría, pero debía reponerse y ayudarme a preparar su declaración. De lo contrario, la prisión provisional estaba asegurada. Teníamos que luchar; no todo estaba perdido. Irene asintió al cabo de un par de minutos, se sorbió los mocos y trepó hasta la silla. El mentón le vibraba con violencia, amenazando con desencajarse.

—Dime —murmuró, y se frotó los ojos.

Dedicamos más de una hora a repasar todos los datos que habíamos acumulado y a trazar las respuestas que podría ofrecer al interrogatorio al que sería sometida al día siguiente. Teniendo en cuenta lo acaecido y la inexistencia de otros sospechosos, estaba convencida —y así se lo hice ver a mi amiga— de que lo más

inteligente sería exhibir locuacidad y espíritu de cooperación; demostrar, en suma, que no escondía nada. Además, explotaríamos la vertiente emotiva, destacando el daño que aquella detención estaba ocasionando. Atacaríamos, en resumen, por los dos flancos: el fáctico y el sentimental. Los aspectos jurídicos los abordaría yo en la vista de medidas cautelares, que se celebraría después de su declaración como investigada.

Antes de abandonar la comandancia, me atreví a pronosticarle que todo saldría bien, lo que recibió con una sonrisa forzada. Le estampé dos besos optimistas, la rodeé con los brazos y me di la vuelta.

Cuando iba a cerrar la puerta, le dirigí una última mirada de soslayo. Su sonrisa había desaparecido, sepultada por una impavidez cadavérica.

17

En cuanto salí de la comandancia, mi teléfono comenzó a sonar. Era Tomás. Había localizado a Lucía Lastra, la antigua amiga de Isabel Velasco, en una cafetería al pie de la colina sobre la que se alzaba el CIESE. Aunque inicialmente se había topado con cierta resistencia a rememorar el pasado, al final se las había ingeniado para aplacar las reticencias de aquella muchacha. Lo felicité con entusiasmo antes de conocer el resultado de sus peripecias.

Lucía había resultado ser toda una mina de información. Efectivamente, había formado parte de aquel grupo de amigas quebrado por la reacción de Teresa Bedia, que había ejecutado sus actos sin dar muestras de lo que se traía entre manos, sin ofrecer el menor indicio del incendio que se proponía provocar. Aquel día ninguna podía figurarse la tragedia que se avecinaba. Todo había ido como la seda hasta entonces: Isabel Velasco se acostaba con el profesor más apuesto y el resto reía y disfrutaba con los detalles morbosos que proporcionaba la protagonista. Pero en el momento en que Rubén hizo públicas las notas del primer examen, todo cambió. Sin anticiparles nada, Teresa, dominada por la envidia y la frustración, decidió poner fin a aquella injusticia.

Lucía no fue testigo de las amenazas ni tampoco presenció las bofetadas que Irene le propinó a Rubén, pero hubo quien afirmó que el escritor llegó a asustarse ante la violencia que emanaba aquella mujer enferma de rabia. Teresa se evaporó de Comillas poco después, cuando comprendió que sus amigas jamás la perdonarían. Se refugió en Suances, en casa de sus padres, y emprendió una nueva etapa. Perdieron todo contacto, aunque todavía conservaba su teléfono móvil.

Lucía se lo había facilitado a Tomás. No había sido una tarea sencilla, pero, finalmente, había cedido a sus ruegos. Al escucharlo, le di la enhorabuena una vez más. Jamás hubiera imaginado que su aventura en Comillas fuera a resultar tan fructífera.

Mi asombro alcanzó cotas insospechadas cuando me comunicó, sin atribuirse ningún mérito, que había llamado a la soplona y había conseguido concertar una reunión con ella en el despacho para el día siguiente, a las nueve de la mañana. Estaría a nuestra disposición para contestar a las preguntas que tuviéramos a bien formularle.

No daba crédito a mis oídos: ¿aquella muchacha, que había desaparecido de Comillas para no tener que soportar miradas de odio y sermones, se prestaba a revivirlo todo con nosotros? Mi compañero se encargó de facilitarme una explicación: Teresa consideraba que ayudarnos le permitiría expiar sus pecados, aligerando el peso que decía arrastrar desde entonces. Era una oportunidad de redimirse que no quería dejar pasar. Aunque hacía seis años no había sentido ningún asomo de culpa, la muerte de Rubén y el paso del tiempo habían hecho mella en sus convicciones.

Me quedé atónita cuando Tomás me contó que también había contactado con Isabel Velasco, cuyo número de teléfono le había proporcionado Lucía. Aunque había demostrado iniciativa y desenvoltura desde que había llegado al despacho, resultaba impensable que con tan poca experiencia tuviera las agallas de tomar tantas decisiones sin consultarme. En el fondo, admiraba su conducta porque me había beneficiado; en otro caso, habría criticado su soberbia e insensatez.

—Isabel no va a cooperar tanto —me adelantó Tomás.

A través de la línea oí el rumor de las gaviotas que debían de planear alrededor de mi compañero.

—¿A qué te refieres? —pregunté mientras conducía por el centro de Santander.

—Dice que no va a venir hasta aquí a hablar con nosotros para beneficiar a una asesina. De todos modos, la conversación que hemos tenido ha sido suficiente.

La acusación de aquella chica me inquietó.

—¿Ella cree que Irene los mató?

—Sí, firmemente.

—Y habrá negado cualquier relación con el caso, claro.

—Admite que fue un error acostarse con el profesor, pero no se culpa de lo que vino después, incluida la muerte de Rubén. Ahora vive en Madrid.

Otra que se había escabullido para soslayar el pasado. Qué poco valor.

Según Tomás, Isabel Velasco había dejado los estudios tras el hallazgo del cadáver y había comenzado una nueva carrera en la capital, donde se había echado novio. Sus padres habían mantenido la residencia en Santander, y en ocasiones regresaba a Cantabria para visitarlos. La noche en que Pedro Ortega había fallecido se encontraba en Madrid, estudiando sola. Su pareja se había desplazado a Londres por motivos de trabajo. Por lo tanto, nadie podía refrendar su ubicación.

—Asegura que acabó las clases a la una del mediodía. Se fue a casa y no salió a la calle en toda la tarde —dijo Tomás—. Supuestamente, se quedó encerrada para preparar los exámenes.

—De Madrid a Comillas hay cuatro horas en coche. Tuvo tiempo de desplazarse hasta allí y asesinar a Pedro Ortega —calculé, deteniéndome ante un semáforo en rojo—. ¿Tiene coartada en el caso Rubén de la Vega?

—Estuvo todo el tiempo con Lucía y Marina, la otra amiga del grupo, y durmió en el piso que Lucía tenía alquilado en Comillas. La historia del romance se había extendido rápidamente y, según parece, se sentía avergonzada. No quería regresar a Santander con sus padres y ser el blanco de todas las miradas en el autobús. Tenía intención de dejar pasar unos días. Lucía se ofreció a acogerla temporalmente y Marina se quedó con ellas.

—Pues entonces lo tenemos complicado, salvo que Lucía mienta. Por cierto, tenemos cita a las seis con el abogado en San Sebastián. Te recojo en tu casa a primera hora de la tarde, ¿vale?

—Estupendo. Voy a terminar de hablar con los vecinos de Irene. De momento, nada.

En cuanto colgué el teléfono, en la pantalla apareció un mensaje de una llamada perdida; era de mi madre. Se me escapó de los labios una maldición: había olvidado que ese mismo mediodía había quedado con mis padres para comer. Tendría que excusarme, pues no podía dilapidar dos horas charlando con ellos sobre temas

intrascendentes; mi tiempo estaría mejor empleado si me tomaba un pincho de tortilla de patata mientras tecleaba en el ordenador. Aquel mantra de la conciliación familiar y laboral no había sido ideado para gente como yo.

Subí las escaleras del aparcamiento, marqué el teléfono de mi madre en plena calle y comencé a hablar mientras describía círculos por la plaza. La saludé calurosamente, en un intento por reprimir su previsible enfado. No respondió inmediatamente y, cuando habló, lo hizo con aprensión y disgusto.

—No me gusta en lo que andas metida, Clara. No nos habías dicho nada.

Articulé una serie de justificaciones acerca del deber de secreto profesional, pero no surtió ningún efecto.

—Al menos podrías haber llamado para confirmarnos que estabas bien. Lo hemos visto en la televisión. Dos asesinatos, Clara… —protestó.

—Mamá, ya sabes que forma parte de mi trabajo.

Mi madre murmuró algo sobre lo buena profesora que podría haber sido y me emplazó a discutir sobre ello al cabo de unos minutos, en su casa. No recibió con satisfacción el anuncio de que no acudiría a verlos.

—Siempre tienes mucho trabajo —refunfuñó—. Normal que ese chico te dejara…

Acusé aquel último comentario como una patada en la boca del estómago. Durante un momento, me fue imposible contraatacar.

—Mamá, me dejó porque era un egoísta —logré replicar segundos después—. No lo seas tú también.

No contestó.

—Creo que la semana que viene podré pasar a veros —agregué, con idea de contentarla y apaciguar los ánimos, aunque sin albergar la seguridad de estar siendo del todo sincera.

Como esperaba, aquello propició que la intensidad del intercambio verbal remitiera.

—Siento haberte dicho eso, hija. Estoy un poco nerviosa. Ten cuidado, por favor.

El tono de su voz demostraba que su desasosiego era real.

—Te prometo que me andaré con ojo.

Me despedí todavía afectada por la acusación. ¿Estaba de veras

tan volcada en mí misma y en mi trabajo que descuidaba mis relaciones personales? Mis amigas jamás me lo habían recriminado. Ricardo sí, por supuesto.

Miré mi reloj. No debía perder más tiempo.

Mientras atravesaba la plaza de Pombo, aproveché para consultar las ediciones digitales de los periódicos. Algunos continuaban atizando el fuego de la animadversión hacia nuestra cliente. El audio de WhatsApp enviado por Pedro Ortega a Ramón Velarde no había trascendido y no se mencionaba ni siquiera en las publicaciones de *El Norte*, probablemente por requerimiento policial o judicial.

En el despacho me encontré a la incombustible Virginia, a Antonio —que me devolvió una mirada de reprobación desde el mostrador— y a Fernando, que tecleaba a un ritmo frenético delante de su ordenador, con numerosos expedientes esparcidos sobre su mesa.

—No paras —le dije a Fernando al tiempo que me sentaba frente a su escritorio.

—Tú tampoco. ¿Cómo marcha el asunto? —me interrogó, deteniendo su trabajo y cogiendo un caramelo. En el cenicero de la mesa había envoltorios de al menos seis más.

En ese momento, Antonio se acercó y se acomodó a mi lado. Me pidió que los pusiera al corriente de las novedades, y así lo hice. Acto seguido, me levanté y me retiré. No estaba de humor para escuchar las bondadosas recomendaciones de Antonio.

A las tres y media, partí con Tomás hacia San Sebastián. Subió al coche radiante, saboreando todavía el éxito que había cosechado en Comillas. No había conseguido localizar a ningún testigo, pero se lo veía satisfecho por sus avances en relación con Isabel Velasco y su entorno. Le reiteré mi felicitación al instante y lo comparé con un eficiente miembro de la policía judicial. Él agradeció el cumplido y me confesó que apenas había tenido tiempo para comer, como yo.

—¿Qué tal tu novia? Estará alucinando —comenté, y puse la primera marcha.

—Ha leído el periódico y ha visto que te encargas de la defensa de Irene Arias, así que ha atado cabos. Ya le he adelantado que durante unos días andaré bastante ocupado. Está un poco enfadada por la falta de atención, ya sabes…

—Haces bien en avisarla, para que se haga a la idea —murmuré, acordándome de las palabras de mi madre.

De repente, las imágenes de la figura que me había acechado por la noche me asaltaron. Miré de soslayo a Tomás, cuyo rostro se había iluminado al aludir a Eva, con ese brillo que solo irradian los enamorados. Me maravilló el embelesamiento que transmitían sus gestos. Y entonces, mientras lo envidiaba y confirmaba una vez más que Ricardo jamás me había producido esas sensaciones embriagadoras, me estremecí de miedo: por capricho y de forma unilateral le había ocultado el riesgo que podía estar cerniéndose sobre él. No podría soportar que le sucediera algo por no haberlo prevenido.

—Tomás, no quiero asustarte, pero hay algo que debo contarte.

—¿Qué ocurre? —Se sobresaltó, y se volvió hacia mí en el asiento.

—No lo sé con exactitud…

Le resumí los hechos y le hice partícipe de mis temores.

—No estoy segura de lo que significa… —concluí.

Tomás frunció el entrecejo.

—Yo no tengo dudas: te estaba vigilando, y quería que lo supieras.

La seguridad con la que hablaba mi compañero me provocó un escalofrío que me recorrió la columna vertebral y me erizó la piel.

—¿Crees que…?

Tomás me interrumpió con un susurro:

—Sí, es el asesino. Resulta evidente. Quería asustarte. Es una advertencia.

—Sí, tienes razón… —Cabeceé—. De momento no menciones nada en el despacho, por favor.

Mi compañero me sostuvo la mirada de forma inquisitiva, pero no dijo nada, lo que aproveché para hacerme la distraída y no dar más explicaciones.

Encontramos sitio para aparcar cerca del despacho del abogado guipuzcoano, ubicado en pleno centro de aquella ciudad pequeña pero señorial. A pesar de que ya anochecía, se podía percibir la belleza de sus edificios imponentes y el trazado elegante de sus calles. En el aire flotaba un perfume marino que viajaba desde la bahía y que invitaba a adentrarse de un salto en la playa de La

Concha.

Aspiré profundamente mientras caminábamos con paso decidido. Esperaba que aquel encuentro sirviera para encender una chispa de esperanza en el abismo al que la mala fortuna había arrojado a mi amiga.

18

La secretaria de Juan Manuel Sánchez era tal y como había supuesto: de edad provecta y mal encarada. Tras evaluarnos por encima de la montura de sus anticuadas gafas negras, nos hizo pasar con ademanes desdeñosos a la sala de espera que había al final del pasillo. Cinco minutos después apareció un hombre rechoncho de unos cincuenta años que lucía un bigote cuyos extremos apuntaban al cielo, al estilo Salvador Dalí, y que distraían la atención de su calvicie, la cual trataba de ocultar con cuatro pelos peinados hacia delante. Vestía un traje gris que suspiraba por una visita a la tintorería, una camisa blanca con las ballenas un poco contraídas y unos zapatos que no habían recibido una dosis de betún en una buena temporada. La imagen no parecía su fuerte ni su mayor reclamo comercial.

—¡A ustedes les estaba esperando yo! Síganme, síganme.

Nos guio con paso impetuoso hasta su despacho, una estancia atestada de repertorios de jurisprudencia y manuales de derecho. Había también algunas fotografías personales. En una, Juan Manuel, envuelto en una toga negra, posaba radiante en lo que reconocí como una de las salas de vistas del Tribunal Supremo. Mostré interés por el episodio, sabiendo que aquello le llenaría de orgullo. Mi intuición no falló: le arranqué un suspiro de placer que precedió a una sucinta referencia a sus meritorias actuaciones en el alto tribunal. Mientras desgranaba sus logros, se acomodó tras un escritorio que parecía de anticuario y nos señaló dos sillas tapizadas en color marrón. A continuación, Juan Manuel se agachó, tomó algo de un cajón con gesto ceremonioso y lo depositó con estrépito delante de nosotros, sobre la mesa. Olía a folio nuevo.

—Aquí tienen: el caso Rubén de la Vega. Recién fotocopiado —celebró.

Miró el voluminoso expediente con solemnidad, invitándome a ojearlo. No perdí un segundo e hice lo que me proponía. Tomás, a mi lado, me imitó.

Las diligencias practicadas se extendían a lo largo de innumerables páginas. El mamotreto comenzaba con el auto de incoación del sumario y se cerraba con la ratificación por la Audiencia Provincial de Guipúzcoa del sobreseimiento provisional acordado. A pesar de la cantidad de papeles, mi experiencia me permitió abrirme paso a través de aquel bosque de datos con relativa rapidez, hasta que encontré lo que buscaba: la declaración de Irene como investigada. No revelaba nada nuevo, pero el hecho de ver escrito lo que llevábamos escuchando día y medio me reconfortó. También me topé con las declaraciones en calidad de testigos de los padres de Rubén, su hermano y otras personas. Estuve a punto de comenzar a leerlas con detenimiento, pero el carraspeo del abogado detuvo mi impulso. En verdad, podía dedicar las últimas horas de la tarde y toda la noche a analizar con calma aquellos folios. No debía desaprovechar la oportunidad de obtener un testimonio directo sobre lo que había sido aquella investigación.

—Espero que tengan preguntas… —dijo el abogado, y juntó las yemas de los dedos a la altura del rostro—. Le he visto en la prensa, chico —añadió, dirigiéndose a Tomás—. Es usted joven. Ha escogido un oficio digno, aunque no exento de dureza. Es un buen caso para tomarle el pulso a la profesión.

—En ello estamos —respondió Tomás con cierta timidez.

—Bueno, dígame, señor Sánchez: ¿qué opinión le merece Irene? —le pregunté sin tapujos.

El abogado no dio muestras de sorprenderse por mi brusquedad.

—Lo primero, llámeme Juan Manuel, por favor, que somos colegas. En segundo lugar, le confesaré que Irene siempre me causó la misma impresión: la de una chica abnegada, transparente y aterrada. Alguien inocente, en resumidas cuentas.

Me invadió entonces una oleada de alivio y relajé los músculos, que había contraído de forma inconsciente.

—Me alegro de que coincidamos, Juan Manuel. No se le escapará que nuestra posición procesal es delicada y un poco

precaria…

El abogado se atusó el bigote.

—No, las circunstancias no los acompañan, es cierto. Aunque tampoco me acompañaron a mí, recuerden. Y no salió mal.

Le hice notar la doble ración de circunstancias extrañas con las que, por acumulación, nos había tocado lidiar.

—Sí, llueve sobre mojado, no se lo voy a negar —concedió—. Por eso me gustaría echarles una mano en lo que pueda.

—No es muy común que los abogados hagamos esfuerzos por antiguos clientes, y menos gratis. Es usted un letrado peculiar.

Juan Manuel soltó una fuerte carcajada.

—Bueno, transmítale a Irene que no rechazaré el cobro de los honorarios que juzgue oportunos por mi contribución a la causa. En cualquier caso, vamos a ver si puedo serles de ayuda, y luego ya hablaremos de dinero. Me imagino que querrán saberlo todo sobre el caso Rubén de la Vega.

Asentí con avidez. Le conté que habíamos leído los diarios y rastreado la red con el fin de reconstruir lo acaecido, pero que, aun así, persistían ciertas lagunas que ninguna de las personas con las que nos habíamos entrevistado había conseguido colmar. Le resumí en un par de minutos lo que habíamos ido averiguando sobre la ruptura de Irene y Rubén, y el inexplicable hallazgo del cadáver en Bergara. Juan Manuel lo ratificó todo punto por punto y, a continuación, exteriorizó sus reservas acerca de la tesis dominante sobre la autoría y el móvil del asesinato de Pedro Ortega.

—Es la hipótesis más plausible que manejamos —objeté.

—Cuando dice más plausible, ¿quiere decir la única?

—Bueno, somos todo oídos a nuevas aportaciones, Juan Manuel.

—Perdonen, no pretendía cuestionarlos.

Le revelamos la existencia del mensaje de voz que la víctima había enviado a su jefe horas antes de morir. Tras escucharnos, Juan Manuel opinó que nuestra esperanza de otorgar cierto peso absolutorio a aquel audio estaba poco fundada y le auguró escaso recorrido judicial. Nos sugirió interrogar a la viuda de Rubén de la Vega. Siempre había sospechado que ella había tenido algo que ver con su asesinato. Le confirmé que, en realidad, era algo que ya tenía en mente, y le pregunté por la localización de Irene el día del asesinato del escritor, retomando el objeto de nuestra entrevista. Su

respuesta me satisfizo, pues concordaba con la versión de mi amiga:

—Estuvo encerrada en su domicilio, llorando, o eso mantuvo ella siempre.

—¿Recuerda si la Ertzaintza trianguló la posición de su teléfono móvil?

El abogado señaló el tomo con el dedo índice de la mano derecha.

—Lo tiene ahí. El registro de posicionamiento que remitió la empresa de telefonía demostró que el móvil no salió de la casa de nuestra querida clienta. Lo que no quiere decir que no lo hiciera la persona.

—No creo que Irene sepa que el teléfono móvil puede delatar los pasos de un asesino.

—Vaya, tiene a su amiga en una gran consideración —se burló.

—Me refería a que ella, que vive en el mundo de la literatura, no estará familiarizada con las técnicas de investigación de las fuerzas y cuerpos de seguridad —me apresuré a matizar, un tanto sonrojada.

—Se sorprendería usted al comprobar lo que la gente va aprendiendo gracias a las novelas policíacas y las series de televisión. Un día sabrán más que nosotros, y entonces, ¿qué haremos?

—Sea como fuere, esto, *a priori*, descarta que viajara a Bergara.

—Precisamente eso fue lo que aduje cuando solicité el sobreseimiento. Nadie, absolutamente nadie, podía ubicarla en el lugar en el que apareció el cadáver de Rubén, y, para matar a alguien de un golpe, al menos en el estado de la ciencia actual, hace falta gozar de cierto contacto físico, ¿no?

—¿Hallaron sangre de Rubén en el coche de Irene? —quiso saber Tomás.

—¡No, hombre! ¿Cree que habrían archivado el caso si hubiesen detectado restos de sangre en el vehículo de la principal sospechosa?

Tomás agachó la cabeza, un poco abochornado. La verdad era que la pregunta no era tan estúpida como Juan Manuel había hecho ver. Con ánimo de cambiar de tema, le pregunté por el arma del crimen. Se acarició el bigote unos segundos con aire meditabundo y, acto seguido, reconoció que no había aparecido, por lo que el

forense se había visto obligado a deducir su morfología y a concluir que se trataba de un objeto macizo y con una superficie amplia, algo así como una roca o una maceta.

A continuación, incidió de nuevo en los movimientos de Irene, recordando que, con el fin de demostrar que nuestra clienta no había puesto un pie en el País Vasco, había pedido a la jueza que se consultaran algunas cámaras de gasolineras y de tráfico, y radares de las autopistas por las que habría tenido que transitar. No se halló rastro de su coche. Todo apuntaba a que no había salido de Comillas. Lo que sí habían captado las cámaras era el vehículo de Rubén circulando con el escritor al volante, pero su estela se perdía en Bergara.

—Veo que tenía usted el caso bien atado —lo halagué.

—Claro. ¿Con quién se cree que habla? ¿Con un aficionado? —rio una vez más, regocijado.

Tras ello, nos informó de que apenas se encontró sangre en el lugar donde había aparecido el cadáver, lo que, a su juicio, reforzaba la idea del traslado *post mortem*. Debían de haberlo llevado en un maletero. Tampoco se habían aprehendido restos de ADN de terceros. Todo apuntaba a que había sido asesinado de un golpe seco, sin lucha, sin forcejeos, un trabajo limpio. No había vestigios de piel ajena en las uñas ni cabellos desprendidos. Nada. El impacto había sido intenso, de acuerdo con el informe de la autopsia, lo que inducía a pensar en la figura de un hombre o de una mujer vigorosa. No se había emitido pronunciamiento sobre la extremidad dominante del atacante, fundamentalmente debido a la falta de identificación del objeto empleado.

—¿Hubo algún otro sospechoso? —preguntó Tomás.

Juan Manuel sonrió.

—Eso depende de su concepto de sospechoso.

19

El abogado se peinó el bigote con delicadeza e inclinó el cuello hacia adelante.

—Al principio se sospechó de Irene, como ustedes saben. Sin embargo, cuando se comprobó que no había forma de situarla aquella noche en Bergara, se comenzó a abrir el abanico. Investigaron a Teresa Bedia, la chica que destapó la aventura. ¿Habría sido capaz de matar al profesor en un arrebato de celos? No parecía probable, pero, aun así, la interrogaron. Declaró que estuvo toda la tarde y toda la noche en Suances, con sus padres. Ellos ratificaron su versión, así que se la descartó como posible autora del crimen.

Apunté los datos en mi cuaderno, en una hoja que había reservado para las coartadas de los implicados.

—¿E Isabel Velasco, la amante? ¿A ella también se le tomó declaración?

—Sí, claro. Ah, la buena de Isabel… Menuda pájara. Así yo también habría conseguido un buen expediente.

Le dirigí una mirada glacial.

—Prosiga, por favor.

Si Juan Manuel se sintió cohibido por mi reacción, no lo demostró. Se limitó a centrarse en la declaración de la alumna, que alegó haber pasado la tarde en compañía de sus amigas Marina Galván y Lucía Lastra, y haber dormido en casa de la segunda. Aquello coincidía con lo que Lucía le había contado a Tomás. No se apreciaban incoherencias ni se adivinaban fisuras.

Según nos confesó, a Juan Manuel también le había rondado la idea de la posible confabulación de las amigas a la hora de construir

aquella coartada, pero no existía modo de demostrarlo. Además, no se intuía ningún motivo que pudiera haber empujado a Lucía y a Marina a tramar ese tipo de embuste, ni tampoco se había descubierto indicio alguno contra Isabel, con independencia de que hubiese protagonizado aquellos escarceos sexuales.

—¿Qué nos puede decir de Diego Hermosilla? —intervino Tomás.

El hombre se encogió de hombros.

—En su día no se le investigó. Apenas conocía a Irene y a Rubén. Nadie creyó que estuviera implicado. Ni siquiera yo. Era el dueño del hotel donde durmió Rubén por última vez, nada más.

—Pero… —empezó a replicar Tomás.

—Está incurriendo usted en un vicio denominado sesgo retrospectivo, jovencito. Ahora Diego Hermosilla le parece sospechoso porque sabe que tiempo después se casó con Irene y que tuvieron un hijo. Yo mismo he alucinado cuando lo he leído en el periódico. Pero retrotráigase en la historia: su único nexo con el crimen era haber hospedado en Comillas a la víctima, nada más.

—Tiene usted razón —concedió mi compañero, diplomático—. Además, no parece que pudiera matar a Pedro Ortega. En teoría, estuvo trabajando en Santander hasta la noche. Si no participó en un asesinato, no es probable que sea el autor del otro…

—¿Han leído *Muerte en el Nilo*, de Agatha Christie? —lo interrumpió Juan Manuel, sonriendo de medio lado. Daba la impresión de que le divertía plantearnos ópticas novedosas y un tanto extravagantes.

Me detuve durante unos segundos a sopesar sus palabras. Hasta entonces no había contemplado el escenario que Juan Manuel insinuaba. Los dos habíamos leído *Muerte en el Nilo*; la particularidad del caso estribaba en que dos personas se repartían los papeles en la ejecución de un plan preconcebido y coordinado que culminaba en la comisión de un crimen casi perfecto. ¿Podría haberse confabulado Diego con un tercero? ¿Podría haber sido autor de una muerte y cómplice de la otra? Aparté de mi mente aquellas cábalas de un manotazo: nos estábamos dejando arrastrar por divagaciones novelescas.

—¿Qué alegaron los padres? —interrogué, pasando por alto su pregunta.

El abogado se pasó la lengua por los labios.

—Aseguraron que estuvieron trabajando en la huerta de su casa, con la ayuda de su hijo Iker, y que después cenaron los tres en la cocina. Repitieron hasta la saciedad que Rubén no se puso en contacto con ellos.

Concluyó la frase con una mueca de incredulidad y se repantigó en su asiento mientras retomaba el jugueteo con las puntas del bigote.

—¿Cree que mintieron?

Juan Manuel me escudriñó.

—¿Está usted al tanto de la relación que tenían con su hijo?

—Algo nos han comentado. Bastante difícil, o más bien inexistente, ¿no?

El hombre asintió.

—Suponga, por un momento, que carece de vínculo con sus padres y que, sin embargo, de repente sufre un episodio dramático. ¿A quién acudiría usted cuando su vida se desmorona, cuando siente que ha descarrilado?

—A mis padres —contesté de inmediato—. Me olvidaría del orgullo.

—¡Ajá! —exclamó, levantando el puño—. Regresaría al punto de partida, ¿verdad? ¿Y dónde vivían y viven los padres de Rubén? En Bergara. ¿Y dónde apareció el coche? En Bergara. Es obvio, ¿no? Y, casualmente, estos señores carecen de coartada. Bueno, mejor dicho, disponen de ella, pero la coartada de uno es la del otro. Llamativo, ¿verdad?

Tomás esgrimió la aparente carencia de móvil como enmienda a la teoría de Juan Manuel, pero el abogado ya tenía preparada la respuesta a una réplica semejante. Durante unos minutos se extendió en la evocación de la adolescencia de Rubén de la Vega, cuando el amor paternofilial había comenzado a apagarse.

Rubén era un soñador, un literato en ciernes. En el colegio no obtenía calificaciones meritorias, salvo en Lengua y Literatura. Solo le interesaba la lectura. No obstante, su inteligencia le había permitido ir avanzando cursos, hasta que llegó el momento de decantarse por unos estudios universitarios. No albergaba duda al respecto: se matricularía en Filología Hispánica. No podía ser de otro modo.

Sin embargo, sus padres no recibieron la elección como esperaba: se opusieron de manera obstinada y le vaticinaron que se moriría de hambre, que solo le aguardaba un triste porvenir como docente, algo insuficiente para la categoría de su hijo. Debía seguir la estela de su hermano mayor, Iker, que había estudiado Administración y Dirección de Empresas, y había conseguido un buen empleo en la banca. Él sí era un ejemplo para la familia, pues acudía todos los días a la oficina hecho un pincel, con su traje impecable, sus camisas recién planchadas y sus zapatos lustrosos.

La autoridad inflexible de sus padres se impuso y Rubén se vio obligado a matricularse en la misma carrera que su hermano. Fracasó con estrépito y lo suspendió todo; nada sorprendente, pues pasaba las horas escribiendo borradores de novelas o devorando libros que ninguna relación guardaban con la economía. La combinación de aquella insatisfacción que lo corroía y la ira descargada por sus padres tras la expedición de cada boletín de calificaciones agrió su carácter y lo tornó taciturno, reservado y rencoroso.

Después de la enésima discusión, se rebeló y dejó la carrera. Sus padres, chapados a la antigua, se sintieron ultrajados y se enzarzaron en una discusión que culminó en el abandono por el muchacho del domicilio familiar, lo que lo abocó a sobrevivir en pensiones y pisos desvencijados y a ganarse la vida trabajando de mensajero o camarero en San Sebastián. Hasta que una noche terminó su primera novela, *Los haces del alba,* el primer volumen de la serie *La vendimia.* El talento de aquel joven era innegable, y al cabo de poco tiempo una editorial prestigiosa le publicó aquella historia que cortaba el aliento. Cosechó un éxito inusitado, impropio de un debut. Después vinieron otros títulos de la misma serie y se hizo un hueco entre los escritores con mayor proyección. Pero el triunfo literario no propició la reconciliación familiar. La fama lo embargó y atizó sus ánimos de revancha. Un día se presentó en Bergara destilando petulancia, atribuyéndose la condición de puntal de una familia que lo había abandonado, que había intentado castrarlo. La disputa adquirió una intensidad desmesurada y Rubén fue invitado a desaparecer de allí para siempre. Fue la última orden que obedeció.

Juan Manuel nos confesó lo chocante que le había resultado ver

llorar desconsoladamente a la madre durante la declaración testifical. Parecía que lo quería, a pesar de todo. El padre mantuvo la compostura, pero no pudo ocultar la aflicción que lo invadía.

—Siempre pensé que escondían algo, pero fue imposible de demostrar —suspiró Juan Manuel—. ¿Van a hablar con ellos?

—Esa es la intención —le confirmé—, pero nos hace falta su número de teléfono. ¿Lo tiene usted?

—Figurará en los autos —respondió, señalando el tomo que sostenía en mis manos.

Después, Juan Manuel nos habló de Iker, o don Perfecto, como nos dijo que lo había apodado en su momento. Los hermanos no se soportaban desde la infancia. El sentimiento era recíproco y se había mantenido hasta el final. La actitud de Iker en su declaración testifical había contrastado sobremanera con la de sus padres: ni siquiera tuvo el decoro de disimular el desinterés que le suscitaba el asesinato de su hermano. Las muecas de desdén y desprecio habían sido continuas, pero aquello no lo convertía en culpable. Don Perfecto era el favorito, el primogénito, el que todo lo hacía bien. Después de la expulsión del domicilio familiar, Rubén y él no habían vuelto a cruzar palabra. La tarde del crimen no lo había visto; eso era lo que afirmó. Su coartada se sustentaba en la de sus padres: había permanecido en su compañía hasta después de la cena. Ningún testigo lo situaba en otro lugar.

—Y, por último, su exmujer. ¿Qué opina de ella? —inquirí.

Manejábamos poca información sobre Carmen Aramburu. Juan Manuel titubeó durante unos instantes.

—Es una mujer desconcertante —respondió al fin.

—¿En qué sentido?

Juan Manuel respiró hondo.

—Jamás había visto a un sospechoso reconocer abiertamente ante la policía que se alegra de la muerte de la víctima.

—¿Cómo? —se escandalizó Tomás.

—Le dijo a la Ertzaintza que a todo malnacido le termina llegando su hora. ¿Se lo pueden creer? Apostilló su declaración pidiendo que se hiciera constar en acta que admiraba a la persona que hubiese tenido los arrestos de matar a aquel mujeriego. Ella lo habría hecho de buen grado, pero era más cobarde.

Una loca despechada, pensé.

Carmen Aramburu no disponía de coartada, continuó Juan Manuel: había salido de trabajar a las ocho de la tarde y después había estado sola, leyendo y cenando. Teniendo en cuenta la hora de la muerte, es decir, las nueve y media de la noche, no se podía descartar que hubiera viajado hasta Bergara para consumar su venganza, aunque parecía poco probable. No resultaba lógico que, de repente, casi dos años después de la ruptura, se decidiese a asesinarlo.

—Tal vez Rubén la llamara —sugirió Tomás.

El abogado negó con la cabeza.

—La Ertzaintza revisó el historial de llamadas y mensajes del móvil de Rubén, y no se encontró evidencia de que se hubieran puesto en contacto, aunque existen los teléfonos de prepago y otros medios, por supuesto.

—Normal que la jueza archivara la causa —masculló mi compañero, exasperado—. ¿Se investigó la posición del teléfono de la víctima?

—Sí, se trianguló la señal y se comprobó que había estado en Bergara. Sin embargo, tenía desactivado el GPS, de modo que no se pudo hacer una reconstrucción concreta del lugar al que se dirigió tras aparcar el coche. Si es que fue él quien aparcó el coche, claro.

Tomás relajó la tensión de los hombros, decepcionado. Le di una palmada con actitud maternal; ya sabíamos que desentrañar aquellos dos crímenes iba a constituir una tarea ardua, todo un reto para dos profanos como nosotros.

—En resumen, las únicas personas sin coartada o con coartada débil eran Irene, Carmen Aramburu, Iker de la Vega y los padres de Rubén —recapitulé—. Algo hemos progresado…

El abogado asintió, aprobando mi resumen.

—Le estamos muy agradecidos, Juan Manuel —le sonreí—. Nos ha orientado mucho. Por cierto, ¿me puedo llevar esto? —añadí, y blandí el volumen que me había entregado.

—Claro, es para ustedes. Me he permitido fotocopiarles todo antes de que llegaran. Lo necesitarán.

20

Ya era de noche cuando regresamos a las calles de San Sebastián. Me acerqué al haz de luz que despedía una farola y abrí el mamotreto. Bajo la mirada inquisitiva de Tomás, volteé unas cuantas páginas hasta que di con lo que buscaba: la declaración de la exmujer de Rubén de la Vega. En el encabezamiento figuraban sus datos, incluido el teléfono móvil. No perdíamos nada por probar suerte. Marqué los números y aguardé con el corazón palpitante.

Después de tres tonos, descolgó una voz apagada e inquieta. Me apresuré a presentarme, pero, en cuanto mencioné mi nombre, Carmen Aramburu me interrumpió: ya sabía quién era. Le hablé de mi presencia en la capital guipuzcoana y le propuse reunirnos para charlar sobre el pasado. Le prometí no robarle más de quince minutos. Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Al cabo de unos segundos, accedió a la petición y exhaló un suspiro prolongado que no supe interpretar.

Carmen Aramburu seguía viviendo en el mismo domicilio. Para llegar a él tuvimos que desplazarnos durante unos minutos en coche y atravesar las principales arterias de la ciudad. Mientras yo conducía, Tomás leía en voz alta su declaración, que coincidía con lo que Juan Manuel había comentado. Probablemente hubiera dado un repaso a los autos antes de reunirse con nosotros, puesto que la precisión de sus recuerdos rayaba en la perfección.

Escuchaba a mi compañero con desasosiego, con la mente en ebullición, ¿íbamos a tener a la asesina cara a cara? No terminaba de creer que una infidelidad acaecida casi dos años atrás pudiera haber constituido un motivo suficiente para matar. Se me antojaba inverosímil una maduración tan prolongada de la venganza, pero, a

la vez, no podía descartar que la noticia de la aventura de Rubén con aquella alumna hubiese desatado el impulso homicida. Sin embargo, ¿cómo se habría enterado de forma tan rápida? ¿Quizá tenía algún conocido en Comillas? Y, además, ¿qué le importaba que su exmarido engañara a la profesora de Filología que se lo había arrebatado? Más que el móvil de un crimen, se me figuraba una causa de celebración, un motivo de brindis amargo: por las desgracias ajenas y los ajustes de cuentas.

Tras estacionar el coche en un aparcamiento cercano, nos aproximamos al portal del edificio. Presionamos el botón del interfono y alguien nos abrió sin mediar palabra. Tomamos el ascensor y, cuando salimos al rellano, observamos que la puerta estaba entornada.

—Pasen —nos invitó una voz femenina que se escapaba del interior.

Obedecimos y nos adentramos en un recibidor coqueto, compuesto por una cómoda de un blanco inmaculado y una alfombra beis rectangular de tonos degradados. Más allá se abría un pasillo de parqué que destellaba bajo el foco de unas lámparas halógenas plateadas incrustadas en el techo. A la izquierda se divisaba la cocina y, un poco más adelante, a mitad del corredor, se recortaba la puerta de la que brotaba la voz, que debía de corresponder al salón.

—Aquí.

Tomás me lanzó una mirada de desconcierto.

Cuando llegamos a la altura de la puerta, descubrimos a una mujer recostada en un sofá de cuero blanco, arrebujada hasta el cuello con una manta. Una película de sudor le perlaba la frente, y unas ojeras cárdenas se ovillaban bajo las córneas. Era rubia, como Irene, y bajo la manta se adivinaba una silueta escuálida. Sus ojos, negros e insondables, parecían sumidos en un pozo de tristeza, y la punta de su nariz se veía enrojecida, como si hubiese sido frotada recientemente. Tenía la televisión apagada y un libro en el regazo, cerrado y casi finalizado, según revelaba la posición del marcapáginas.

—¿Está usted bien, Carmen? —me interesé mientras entraba en el salón con cautela.

—Llevo enferma desde ayer —respondió, tosiendo con

estridencia—. No se acerquen demasiado. Y llámenme Mentxi, por favor. Todo el mundo lo hace.

Tomás y yo permanecimos de pie a una distancia prudencial. La mujer se incorporó con cierto esfuerzo y consiguió sentarse de forma recta. Respiraba con frenesí, como si le faltara el aliento, y a través de la tela de sus pantuflas se podía seguir el movimiento incesante de los dedos de los pies.

Al cambiar de postura, el libro que sostenía se escurrió entre sus piernas y cayó al suelo. *Crimen y castigo*, de Dostoievski.

La observé detenidamente. Quizá la enfermedad la había convertido en alguien distinto a la mujer visceral que Juan Manuel nos había descrito.

—Yo no maté a Rubén —anunció, sin ofrecernos acomodo ni levantarse del sofá. Una mesa de centro nos separaba de ella. La televisión y la pared quedaban a nuestra espalda.

Hablaba con tono monocorde y rehuía nuestros ojos. No había rastro de la actitud vengativa y desafiante de la que había hecho gala ante la Ertzaintza. Debía intentar enfurecerla, calibrar su temperamento.

—Pero le habría gustado hacerlo, ¿verdad? —deslicé.

Carmen Aramburu inclinó la cabeza, hierática.

—No lamenté su muerte, si es a lo que se refiere.

—Me refiero a lo que declaró, lisa y llanamente.

—¿Usted no se habría alegrado? —me reconvino, y me taladró con los ojos. La auténtica Carmen Aramburu comenzaba a asomarse.

—No lo sé. Supongo que depende del tipo de relación que tuvieran —respondí, encogiéndome de hombros.

La mujer respiró hondo.

—Me lo debía todo.

—¿Qué quiere decir?

Se echó hacia delante y se llevó las yemas de los dedos a los labios. Titubeaba.

—¿Conocen la historia familiar de Rubén?

Asentimos.

—Lo conocí cuando éramos jóvenes —dijo con tono lóbrego, desviando la mirada al suelo—. Trabajaba de camarero en un bar de mala muerte y, de madrugada, jugaba a escribir novelas. —Hizo

una pausa solemne y tomó aire—. Yo también amaba la literatura, ¿saben?, pero como lectora. Supongo que eso ayudó a que conectáramos. Empezamos a salir y, tras unos meses de noviazgo, me ofreció compartir piso. Acepté, naturalmente. Vivimos unos años maravillosos.

—¿Qué fue lo que salió mal? —La espoleó Tomás.

Carmen Aramburu extendió la palma de la mano y levantó un dedo, rogándole paciencia. De repente, sufrió un violento acceso de tos que le impidió continuar durante unos segundos.

—En mis ratos libres —prosiguió tras recuperar el resuello—, empecé a comentar con él las tramas que se le iban ocurriendo y a sugerirle ideas, y también me ofrecí a corregirle sus escritos. Aunque sus historias me gustaban, pecaban de cierta dispersión, y abusaba de la subordinación. Creía que podía echarle una mano, y así fue. Pero no piensen que fue una tarea sencilla. Rubén era un poco caótico. Le gustaba trabajar en varias historias a la vez y redactaba borradores que de pronto abandonaba y más adelante retomaba, por lo que, en ocasiones, ambos perdíamos el hilo. Pero hice un buen trabajo. Él mismo lo reconocía: formábamos un gran equipo. Si no hubiera echado todo a perder, habríamos llegado aún más alto. Rubén tenía una imaginación prodigiosa. Se le ocurrían argumentos en cualquier momento y, por suerte, tenía la costumbre de apuntarlos para comentármelos. Los desarrollaba después, cuando sacaba tiempo.

—O sea, que usted era una especie de asesora, o coautora —concluí.

—No, no, nada de coautora. Yo simplemente lo ayudaba a pensar y asumía el papel de lectora cero. El artista era él. No soy más que una enfermera fanática de la literatura. Me gusta pasar el tiempo trabajando en el hospital y, cuando termino, perderme entre novelas. Pero me dejó por esa fulana, Irene Arias. Se ve que yo no era suficiente. Aunque lo cierto es que ella terminó probando la misma medicina. No lo celebro; me produce lástima, porque me recuerda a mí.

La mujer destilaba un dolor arraigado, anclado al corazón. A pesar del tiempo transcurrido, no parecía haber asumido la pérdida de quien a todas luces había sido el amor de su vida. Bajó los ojos al libro que había caído al suelo y comenzó a llorar

desconsoladamente. Al ver que se derrumbaba, me apresuré a abrir mi bolso y le ofrecí un paquete de pañuelos, que aceptó.

—Rubén prosperó gracias a mí, ¿saben? —dijo mientras intentaba secarse el rostro—. ¡Sin mí no habría sido nada! —chilló, al tiempo que le daba una patada a *Crimen y castigo*, que cayó a mis pies—. Y, cuando estaba en la cima del éxito, me traicionó. Yo no lo maté, pero eso no me impide odiarlo con toda mi alma. ¡Era un desgraciado y un desagradecido! ¡Está bien donde se encuentra ahora! Se lo tenía merecido.

A medida que su discurso se iba encendiendo, las lágrimas que caían sobre sus mejillas se multiplicaban. Había perdido el control. Respiraba con esfuerzo y apretaba los puños con fiereza.

—¿Llegó usted a conocer a sus padres o a su hermano? —interrogó Tomás, sin perder la calma.

—No —dijo con tristeza mientras empapaba el pañuelo—. Intenté persuadirle de que me los presentara, pero no se dirigían la palabra. Evitaba hablar de ellos, ¿saben? Era como si no existieran. Se pelearon cuando Rubén era un adolescente. Creo que eran como él: unos prepotentes y unos caprichosos.

—¿Cree que, aparte de sus padres y de su hermano, alguien podía tenérsela jurada? —inquirí.

Nuestra interlocutora se encogió de hombros y clavó la mirada febril en las palmas de las manos. Quizá buscara en ellas restos de sangre.

Tomás cruzó conmigo una mirada elocuente, de desconcierto por el dolor que escondía aquella mujer. Rubén la había abandonado hacía siete años, pero el resquemor que mostraba parecía propio de los primeros días, nacido de una herida recién infligida.

—¿Está segura? ¿No se le ocurre nadie que pudiera tener motivos para matarlo? —insistí.

Asintió de forma mecánica y con gesto ausente. El llanto iba remitiendo poco a poco.

—Entonces, ¿Pedro Ortega no le comentó su descubrimiento? —La tanteé.

Al escuchar mi pregunta, la mujer pareció salir del trance y fijó toda su atención en mí. El color encendido de sus mejillas se esfumó de golpe.

—¿Qué descubrimiento?

Era el momento de afrontar la situación con franqueza, de ser implacable.

—Estamos al corriente de que el periodista Pedro Ortega estuvo con usted el día en que fue asesinado.

Carmen Aramburu no contestó. Mientras guardaba silencio, las piernas empezaron a temblarle bajo la manta y los movimientos de los dedos de sus pies bajo las pantuflas se aceleraron. Por algún motivo, su estallido de cólera había sido sustituido por un patente estado de nerviosismo. Nos ocultaba algo. No cabía duda.

—Como ya sabrá, estaba inmerso en la elaboración de un reportaje sobre Rubén. Resulta que, cuando terminó de hablar con usted, le envió un mensaje de voz a su jefe. En ese mensaje le revelaba que había averiguado quién había matado a Rubén de la Vega —anuncié.

La mujer palideció todavía más, asemejándose a un cadáver que llevara días inerte, y emitió una especie de graznido. Me la quedé mirando, en un intento por discernir lo que se escondía tras su rostro macilento.

—¿Quién lo hizo? —La presioné—. ¿Fue usted?

Carmen Aramburu se estremeció y apretó los dientes. Comenzaron a caerle gotas por la cara, pero no eran lágrimas, sino sudor. De pronto, parecía muy enferma.

—No sé de qué me habla.

—¿No se lo confió? ¿No le dijo nada?

Meneó la cabeza. Parecía asustada.

—No la creo —repliqué, escudriñándola.

La mujer sacó otro pañuelo del paquete que le había entregado y se lo pasó por la frente. A continuación, respiró hondo y se humedeció los labios con la lengua.

—Les juro por Dios que ese señor no mencionó nada sobre ningún asesino.

A pesar de sus intentos por sosegarse, pronunció la frase escrutando el suelo y temblando de los pies a la cabeza. Saltaba a la vista que escondía un secreto.

—¿No hablaron de nada? —me sorprendí.

—Sí, claro que hablamos.

—Pues ilumínenos.

—No sé. Se interesó por la vida de Rubén, por nuestro matrimonio… ¡Cosas así! Charlamos sobre sus libros, sobre cómo lo ayudaba a imaginar personajes creíbles y diferentes los unos de los otros, sobre cómo debatíamos las tramas que se le iban ocurriendo…

—¿Y sobre el adulterio? ¿Charlaron sobre eso? —intervino Tomás.

Ella le lanzó una mirada airada.

—Sí, también tocamos ese tema, pero no veo adonde quiere ir a parar.

Cansada de tantos rodeos y respuestas evasivas, decidí hablarle con claridad.

—Mire, nos gustaría saber dónde estuvo anteayer por la tarde.

Carmen Aramburu no se puso nerviosa ni dudó al responderme.

—No les va a resultar interesante. Le cambié el turno a una compañera y entré a trabajar a las ocho de la tarde. Pueden comprobarlo.

Ignoraba si conocía o no la hora aproximada a la que Pedro Ortega parecía haber muerto, pero, si decía la verdad, no podía haberlo asesinado.

21

Carmen Aramburu nos despidió sin demasiados circunloquios. Nos dedicó una última mirada atormentada y desapareció cerrando de un portazo.

Ninguno de los dos acertamos a atribuirle un significado concreto al comportamiento perturbado de aquella mujer. Sus comentarios y su lenguaje corporal podían llevar a pensar en un crimen pasional, en una venganza cocinada a fuego lento. Sin embargo, su coartada en el caso Pedro Ortega, que podría confirmarse sin dificultad, la excluía de la lista de sospechosos. Estábamos perdidos una vez más, sin nadie a quien cargar los muertos.

Mi reloj anunciaba que pronto serían las ocho de la tarde. Me habría gustado regalarme un paseo nocturno por la playa de La Concha y aspirar su perfume de salitre, pero las palabras amenazadoras de Antonio retumbaban en mi mente y me obligaban a no deponer el ritmo ni ceder al cansancio. No solo debía dar con el asesino; debía hacerlo rápido y de forma inocua, sin levantar una polvareda que pudiera cubrir de mugre al despacho o a mi amiga.

Consulté con Tomás la idea de telefonear a Iker de la Vega. Su número también figuraba en el volumen que nos había impreso Juan Manuel, y abrigaba la esperanza de poder vernos con los padres y el hermano de Rubén esa misma tarde.

Tomás mostró su conformidad a pesar de la hora que era.

En cuanto regresamos al coche, localicé la declaración testifical de Iker, busqué sus datos en el encabezamiento del folio y lo llamé, activando el sistema de manos libres para que mi compañero pudiera seguir el diálogo.

—Buenas tardes. ¿Quién es? —respondió una voz de barítono.

Procedí a presentarme, omitiendo la mención de mi condición de abogada.

—Vale, ya sé quién es —dijo con tono cortante—. ¿Qué cree que hace llamándome?

Solté un resoplido por lo bajo. Menudo impertinente.

—Verá, el miércoles por la noche falleció un hombre en la localidad cántabra de Comillas, un periodista.

—Ya le he dicho que ya sé quién es usted y en lo que está metida. No sé por qué me está llamando. Tengo muchas cosas que hacer.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de su reunión con Pedro Ortega. En persona.

—¿Está usted de broma? ¿Acaso se piensa que es policía?

—No, soy abogada.

—Sé de sobra lo que es y lo que pretende, así que haga el favor de dejarme paz, ¿de acuerdo? Es la abogada de esa desgraciada y tiene la insolencia de llamarme. No me lo puedo creer. ¿Cómo se atreve?

—Mire, solo queríamos hablar con usted.

—No, si ya lo imagino, y después intentará meterme en la cárcel. Pues se va a quedar con las ganas. Por cierto, que no se le ocurra llamar a mis padres, ¿entendido? Bastante mal lo han pasado. ¿Me ha oído? ¿Me ha oído?

—Le he oído perfectamente —dije, haciendo verdaderos esfuerzos por reprimir el impulso de insultarle.

Tomás posó una mano sobre mi hombro. Era preferible concluir la conversación de un modo tranquilo.

—Ha sido un placer, señor de la Vega. Ya tendrá noticias nuestras —no pude evitar añadir, imprimiendo a mis palabras un deliberado cariz amenazador.

—¿Qué quiere decir con eso, eh? —rugió. Me lo imaginé blandiendo los puños.

Colgué de inmediato. No iba a soportar a aquel descerebrado ni un instante más. Tomás exhaló un suspiro y agitó la mano elocuentemente.

—¡Qué carácter!

Su comentario sarcástico produjo el efecto esperado: me provocó

un amago de sonrisa y aminoró el ritmo de mis pulsaciones. Ya más calmada, arranqué el motor y coloqué las manos sobre el volante con resignación. La oportunidad de interrogar a los familiares de Rubén se había evaporado, y no parecía probable que pudiéramos hacerlo en el marco de la investigación judicial del caso Pedro Ortega. Aunque los medios de comunicación se habían esforzado en enlazar ambos crímenes, tejiendo hilos conductores, lo cierto era que no había pruebas sólidas de la pretendida vinculación, y dudaba que la jueza fuera a admitir la práctica de esas declaraciones si no le aportábamos ningún indicio prometedor. Mi compañero de fatigas me hizo notar que quizá esa posibilidad que yo reputaba perdida jamás había existido. ¿De veras habíamos esperado que los familiares del escritor nos recibieran con los brazos abiertos?

Aquella negativa abrupta ponía fin a otra jornada extenuante. Podíamos regresar a casa.

Llevábamos quince minutos de trayecto cuando mi teléfono empezó a sonar. El número, aunque no estaba registrado en la agenda, me resultó familiar. Un segundo después, caí en la cuenta: era Iker de la Vega. Acepté con perplejidad la llamada entrante.

—¿Hola?

—Buenas tardes. Soy Iker. Hemos hablado hace unos minutos —dijo arrastrando las palabras, como si le doliera pronunciarlas.

Resultaba evidente que no llamaba arrepentido, y tampoco pretendía que lo pareciera.

—Sí, creo que lo recuerdo.

—Ya, obviamente —escupió—. La llamo porque he hablado con mis padres. Ellos insisten en reunirse con usted.

Intercambié con Tomás una mirada de sorpresa y eliminé todo resto de sarcasmo en mi tono.

—Por supuesto. Cuando ustedes deseen.

—Ahora mismo se encuentran en Hendaya de vacaciones y regresarán el domingo a primera hora. Me han sugerido ese día por la tarde, sobre las cinco.

Me volví de nuevo hacia mi compañero, que asintió enseguida, sin tomarse tiempo para meditarlo.

—Sí, sí, allí estaremos —me comprometí.

—De acuerdo. También yo —me advirtió Iker, sin precisar si

tenía previsto colaborar o su presencia era solo para controlarnos.

Y, sin añadir nada más, cortó la comunicación.

22

Tras dos horas de viaje, dejé a Tomás en su casa, en la avenida de los Castros, y conduje hacia la mía. Había insistido en acompañarme, pero eso lo habría obligado a coger su coche y a seguirme hasta el barrio de Valdenoja, de modo que al final había rechazado su ofrecimiento. Sin embargo, cuando torcí hacia mi calle, comencé a arrepentirme de mi decisión. Era noche cerrada y no me atraía la idea de deambular entre las sombras y bajo la posible vigilancia del encapuchado. Su recuerdo seguía sobrevolando mi mente. Me costaba admitirlo, pero era consciente de que sentía algo parecido al miedo.

Di varias vueltas hasta que conseguí localizar un hueco muy próximo a mi piso. Después tomé el ascensor y pulsé el número tres. Me examiné en el espejo: ojeras pronunciadas, el pelo enredado y el cuerpo exudando cansancio por los cuatro costados. Durante unos segundos, anhelé la presencia de Ricardo. Evoqué su habitual recibimiento al otro lado de la puerta, con la mesa dispuesta para una cena de ensueño y una botella de vino blanco descorchada. No lo había amado jamás, pero me brindaba unos placeres y una sensación de seguridad y placidez que en ocasiones añoraba. Aunque no podía olvidar que esos momentos de asueto solían terminar en reproches sobre mi actitud taciturna y mi obsesión con el trabajo. Entonces, todo se quebraba y la magia, si alguna vez había existido, desaparecía.

La vocecilla procedente del diminuto altavoz me informó de la llegada a la tercera planta y me sacudió el ensimismamiento. ¿Qué estaba haciendo? No debía sucumbir a la melancolía. Salí al rellano y giré a la derecha, hacia mi piso.

Justo entonces, lo vi.

El corazón me dio un vuelco y me quedé paralizada, sin poder apartar los ojos de aquel trozo de papel. Di tres pasos y me agaché para cogerlo con manos temblorosas. El sobre que habían depositado sobre mi felpudo carecía de sello y remitente. Alguien se había tomado la molestia de desplazarse hasta mi domicilio para dejarlo allí.

Lo abrí conteniendo la respiración. Tenía cierto peso; no era una mera carta. Volqué el contenido, sin atreverme a tocarlo. Tres fotografías cayeron al suelo. Dos quedaron de cara y una boca abajo. Me coloqué en cuclillas para verlas mejor y se me escapó un grito de pavor: las que estaban boca arriba me retrataban en dos momentos diferentes de ese mismo día. Una había sido tomada justo cuando salía de mi casa a primera hora de la mañana para desayunar con Alicia; en la otra se nos apreciaba a Tomás y a mí subiendo a mi coche en el aparcamiento de la plaza de Pombo. Di la vuelta a la que quedaba. Se me distinguía en la penumbra, alejándome por una de las calles aledañas a mi casa con el cuello girado hacia el fotógrafo. Llevaba una bolsa de supermercado en cada mano. Sin duda, era de la noche anterior.

Aquello confirmaba que la presencia de esa figura espectral había sido real. El individuo debía de haberme inmortalizado con un teléfono móvil o algún artilugio discreto mientras yo me afanaba en poner tierra de por medio. Y no se había limitado a un episodio aislado. Me retorcí de miedo. Había hecho noche al pie del edificio, apostado en las inmediaciones, vigilando mi sueño.

Me froté el rostro con nerviosismo. ¿Qué debía hacer? Tomé el sobre y miré en su interior. Había un trozo de papel que no se había desprendido. Lo cogí en un arrebato de pánico, descuidando cualquier precaución, y lo desplegué. Era un folio desgarrado con una frase en el centro escrita a ordenador.

PARA YA

Era la segunda advertencia.

Tragué saliva. Aquello había alcanzado una gravedad suficiente para avisar a la policía. Estaba aterrada, pero no iba a caer en su juego. No iba a amilanarme ni a callarme. Además, dar noticia de aquella intimidación me permitiría defender con cierta solvencia

ante la jueza que el asesino andaba suelto, libre para ejecutar su siguiente crimen. Merecía la pena correr el riesgo de que Antonio interviniera; llegado el caso, podría argumentarle que, evidentemente, nuestra clienta no era culpable, pues ella estaba encerrada y alguien se estaba esforzando en asustarme.

Telefoneé a la Policía Nacional. La mujer que descolgó me ordenó que no me moviera del rellano y me informó de que al cabo de tres minutos se presentarían dos efectivos. Obedecí. Comprendí que la policía temía que el mensajero se hallara dentro de mi domicilio, al acecho.

Poco después salieron del ascensor dos agentes: un hombre de mediana edad y una chica más joven, ambos vestidos de uniforme. Hicieron un reconocimiento de la vivienda para verificar que nadie me aguardaba en su interior (ante lo cual solté un suspiro), registraron mis datos personales en sendas libretas, apuntaron los hechos que les referí (incluidos los del día anterior) e introdujeron las fotografías, el sobre y el anónimo en una bolsa, que sellaron para su posterior análisis.

Una vez finalizadas sus labores, recogieron sus enseres, me prometieron mantenerme al tanto de sus averiguaciones y dieron media vuelta.

—¿Se marchan? —pregunté con ojos suplicantes.

—Sí —contestó el hombre—. Debemos llevar esto a la comisaría.

—¿No se podría quedar uno de ustedes montando guardia esta noche, por favor? —Me atreví a implorarles.

Debí de despertar la compasión del policía, puesto que, tras efectuar una llamada, me comunicó que su compañera permanecería allí, en el coche patrulla, hasta las ocho de la mañana. No podían concederme nada más. Si la necesitaba, no tenía más que asomarme a la ventana y hacerle una señal. También me dieron su número de teléfono. Le ofrecí a la mujer la comodidad de mi sofá, pero declinó la invitación. Después, me desearon buenas noches y se retiraron.

En cuanto me quedé sola, me puse en contacto con Tomás para contarle todo y prevenirlo del peligro. Respiré aliviada: él no había recibido ningún sobre ni había observado nada fuera de lugar. No obstante, se mostró muy preocupado y me insistió en que tuviera cuidado.

Concluida la conversación, me preparé una cena ligera y, mientras daba cuenta de ella, abrí la prensa digital. No había novedades. Cuando terminé, puse en marcha el lavavajillas maquinalmente, sin dejar de pensar en aquella nota. ¿Debía temer por mi vida? Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Aunque el asesino no había indicado expresamente su intención, el mensaje no ofrecía dudas. Pero aquello no iba a detenerme, de ningún modo. No podía abandonar a mi amiga. Ahora su inocencia era más obvia que nunca.

El miedo había evaporado la sensación de desfallecimiento que me había invadido al aparcar el coche. Sabía que no iba a ser capaz de conciliar el sueño en un corto espacio de tiempo, de modo que, después de echar una ojeada a la calle para comprobar que el vehículo policial permanecía aparcado a un lado de la calzada y de constatar que no había rastro del asesino, emprendí la lectura del expediente que nos había fotocopiado Juan Manuel. Al igual que había ocurrido con el testimonio de Carmen Aramburu, el resto de los papeles contaba, más o menos, la misma historia que el abogado nos había relatado. Sin embargo, al pasar de página, me topé con algo que todos habíamos pasado por alto: la herencia de Rubén de la Vega. Allí, en unos cuantos folios, se recogía el inventario y su valoración aproximada. ¿Podía tener el crimen un motivo económico? Estudié la composición del caudal hereditario que se describía en esos papeles: había una cuenta corriente con un saldo nada despreciable, el Audi A4 con cuatro años de antigüedad que había sido hallado en Bergara y los derechos de autor de sus novelas.

La página siguiente era una copia del testamento. La recorrí en unos segundos y el corazón se me aceleró al leer el nombre de la persona a quien Rubén había instituido heredera, sin perjuicio de la legítima que correspondía a sus progenitores: Irene Arias. Existía un testamento previo en el que figuraba Carmen Aramburu, pero había sido revocado casi dos años antes del asesinato.

Me mordí el dedo pulgar, agitada: aquello dotaba al caso de una nueva perspectiva. Rubén no había tenido tiempo para modificar sus últimas voluntades tras la ruptura con mi amiga, dado que había muerto apenas un día después. Eso la convertía en su heredera, lo que significaba que Irene, la dulce Irene, se había

enriquecido gracias a aquel crimen. ¿Lo habría cometido con la esperanza de que nunca la descubrieran? Solo una sentencia condenatoria por asesinato la habría privado de la herencia, y esa sentencia no había llegado, al haberse archivado el caso. Mi fe en ella volvía a tambalearse. Pero, si ella era la asesina, ¿para qué me enviaba alguien un anónimo amenazador? Nada tenía sentido. ¿Y por qué Juan Manuel no lo había mencionado?

Pasé páginas frenéticamente, hasta que, al fin, encontré la respuesta a mis preguntas: Irene había repudiado la herencia tan pronto como había tenido noticia de su condición de heredera, lo que descartaba la existencia de un móvil crematístico. Apreté el puño con triunfalismo. Mis temores quedaban disipados. El rechazo dela sucesión había comportado que el llamamiento recayera en su totalidad en los padres, quienes, a pesar de las tempestuosas relaciones con Rubén, sí habían aceptado la herencia. Resultaba curioso que hubieran renegado en vida de su hijo díscolo y que, sin embargo, se hubieran apartado de ese criterio, una vez fallecido, para hacer suya esa riqueza.

Más serena, proseguí con la lectura hasta que, al filo de las tres de la madrugada, me levanté de la mesa y me alejé del teclado. No necesitaba más tatuajes en la cara. Me acurruqué en la cama y el sueño me venció.

23

15 de noviembre de 2019, viernes

Al día siguiente me enredé entre las sábanas hasta las ocho y cuarto de la mañana. Levantarme antes me fue física y mentalmente imposible. Aparté el edredón y me asomé a la ventana, desde donde se divisaba la calle principal. Con inquietud, comprobé que el coche patrulla ya no estaba allí.

Todavía legañosa, me dirigí al salón y comencé a prepararme el desayuno. Estaba extendiendo la mermelada sobre la tostada cuando distinguí la melodía del teléfono móvil en la habitación. Corrí hasta allí y descolgué. Era la teniente Arranz.

Le había facilitado mi número hacía unos años por una cuestión urgente relacionada con un detenido, aunque nunca me había llamado.

—Buenos días, Clara. ¿Estás bien?

Era extraño que se dirigiera a mí por mi nombre de pila y que me tuteara. Aunque nos conocíamos y nos profesábamos respeto mutuo, jamás habíamos abandonado el tono profesional.

—Un compañero de la Policía me ha informado del desagradable suceso de anoche —aclaró.

—Ah, sí, estoy bien, gracias —respondí. Escogí las palabras con cuidado para evitar decidir si debía devolverle el tuteo.

—Supongo que ya habrás caído en ello: quien te dejó ese sobre podría ser el asesino.

—Sí, lo he pensado.

—La jueza ya está al tanto de lo ocurrido. He creído que era mi

deber trasladárselo. No te importa, ¿verdad?

—No. Al contrario, lo agradezco.

—Eso sí, hemos rogado confidencialidad a todo el mundo. Es mejor que el asesino no sepa que has denunciado los hechos.

—Entonces, ¿la Guardia Civil está de acuerdo en que Irene no es quien degolló al periodista?

—Resulta precipitado sacar conclusiones, Clara —se limitó a contestar.

—Pero ¡si es evidente!

—Nosotros vamos a poner a la detenida a disposición judicial. El asunto le corresponde a la jueza Mónica Medina. Ella resolverá lo que proceda.

Resoplé sin disimular mi malestar.

—Se le va a tomar declaración a tu clienta a las once de la mañana. Los del juzgado te lo comunicarán en unos minutos.

El protocolo establecía que a quien competía notificar las actuaciones procesales era al juzgado, y no a la Guardia Civil. Ambas lo sabíamos. Su llamada iba más allá de la cortesía; obedecía a una genuina preocupación por mi bienestar, aunque la teniente no fuera a reconocerlo abiertamente. A pesar de sus modales bruscos, era buena persona. Le di las gracias por la información y le prometí cuidar mis pasos.

Apuré la taza de café y la tostada mientras leía en diagonal la prensa digital, que repetía un día más lo que ya era público y notorio. Cuando me estaba colocando la gabardina sobre los hombros, mi teléfono volvió a sonar: era la llamada del juzgado. Sí, me daba tiempo a estar allí a las once, le contesté a la funcionaría.

Al salir a la calle, noté que el pulso se me aceleraba. Escruté en todas direcciones, buscando señales de peligro. Sin embargo, por más que lo intenté, no detecté a nadie que pareciera estar pendiente de mis movimientos o que fuera vestido de negro. Aun así, apreté el paso y me apresuré a meterme en el coche.

Durante el trayecto eché varias ojeadas al retrovisor interior, como una paranoica. No conseguía desprenderme de la sensación de que alguien me espiaba en todo momento.

Llegué al bufete catorce minutos antes de la hora convenida con Teresa Bedia. Tomás y Virginia ya se encontraban trabajando.

Entré en el despacho de mi compañero, cerré la puerta y,

hablando en voz baja para que la secretaria no nos oyera, le insistí en que no comentara el asunto del anónimo con nadie. Le fui sincera: no quería exponerme a que Antonio o Fernando nos obligaran a retirarnos del caso con el pretexto de garantizar nuestra seguridad.

—¿Crees que tu seguridad es un pretexto? —dijo Tomás, sin ocultar su desconcierto.

—Me he expresado mal. Me refiero a que, si yo asumo los riesgos y sus posibles consecuencias, ellos también deben hacerlo. Y no me fío de que vayan a respetar mi criterio. ¿Lo entiendes? Debo hacerlo por Irene. Ahora su inocencia está más clara que nunca. Compréndeme.

Tomás asintió, aunque era obvio que no compartía mi análisis. Por una vez, me alegré de que, aunque no lo fuera, me siguiera percibiendo como su jefa.

Cinco minutos después, hicieron su aparición Antonio, cigarro en mano, y Fernando, esta vez sin ningún caramelo en la boca. Nos demandaron novedades y nos escucharon con atención. Agradecí en mi fuero interno que Antonio se abstuviera de hacer valoraciones sobre el tiempo consumido y los recursos dedicados, pues no estaba dispuesta a aguantar con estoicidad otro de sus sermones. Quizá la presencia de Tomás, que lo adoraba, lo frenó.

—Entonces, ¿vais a trabajar también el domingo? —Simuló escandalizarse Fernando.

—Sí, los padres de Rubén de la Vega están de viaje y vuelven ese día por la mañana —respondí.

—Tomás, no nos denuncies a la Inspección de Trabajo por hacer horas extras, ¿eh?

—Ahora voy a pasarme por allí —ironizó mi compañero.

Todavía disponíamos de unos minutos antes de comenzar la reunión. Me dediqué a elaborar el guión del interrogatorio que le realizaría a Irene en el juzgado y un borrador del discurso con el que pretendía persuadir a la jueza de que no metiera a mi amiga entre rejas, hasta que Virginia propinó un par de golpes con los nudillos a mi puerta y me informó de que Teresa Bedia nos aguardaba en la sala de juntas. Asentí, fui en busca de Tomás y pasamos al interior.

—Buenos días —saludé a la chica—. Le agradecemos que haya

venido hasta aquí.

Al percatarse de nuestra presencia, la joven interrumpió la tarea en la que se encontraba inmersa: estaba doblando milimétricamente unos guantes de piel.

—Buenos días —contestó con un ligero apocamiento.

Nos sentamos al otro lado de la alargada mesa de cristal. Desde allí, la examiné con curiosidad. Era alta, un poco corpulenta, de tez muy morena y tenía los ojos negros como la noche. Llevaba el pelo a la altura de los hombros y vestía una cazadora de cuero y un jersey blanco.

—¿Reside usted aquí? —le pregunté.

—No. Vivo en Suances, con mis padres, aunque estudio el Grado de Economía aquí, en la Universidad de Cantabria.

—O sea, que dejó el CIESE después de lo que sucedió.

La joven hizo una inclinación de cabeza, desdobló los guantes y los volvió a plegar. Encajaba con el perfil de chica retraída que había trazado en mi mente. Decidí intensificar el ritmo de la conversación.

—Supongo que, tras lo que pasó, el ambiente se volvió un poco… ¿Cómo decirlo? Complicado.

Teresa Bedia se mordió el labio y asintió, cabizbaja.

—Sí, todo se complicó bastante. Jamás me imaginé un desenlace así.

—¿Qué la llevó a contarle a Irene que su pareja le era infiel con Isabel?

Se tomó unos segundos antes de responder.

—En aquel momento pensé que era preferible destapar un fraude que encubrir a una chica que trampeaba acostándose con el profesor. Creí que así se restablecería el equilibrio, que se haría justicia. Sabía que se armaría revuelo, pero, desde luego, le aseguro que no esperaba nada de lo que ocurrió.

—¿Y qué esperaba? ¿Un final feliz?

—Pues que se criticara a Isabel y a Rubén por lo que habían hecho y que se respetara y se apoyara a Irene —farfulló.

—No le salió muy bien, ¿no?

Sacudió la cabeza.

—No, nada bien. Irene se convirtió en el hazmerreír del alumnado, en la cornuda. Con Isabel la reacción fue dispar. Hubo

quien la abucheó y hubo quien la elevó a los altares. Para algunas era la heroína que había conseguido llevarse a la cama al profesor de literatura.

—En cualquier caso, Isabel desapareció del mapa rápidamente.

—Sí. Como le decía, hubo algunas alumnas que la envidiaron, pero otros estudiantes y, en especial, el profesorado y los vecinos de Comillas que estaban enterados del cotilleo la criticaron con dureza. Me figuro que se le haría difícil soportarlas miradas de censura. A mí me pasó lo mismo.

—¿Qué sucedió con usted?

—Ah, conmigo sí hubo unanimidad. Nadie me alabó por poner fin a aquello, nadie me lo agradeció. Siempre escuchaba lo mismo: ¿cómo había podido hacerle eso a una amiga? La gente cuchicheaba a mis espaldas. Lucía y Marina me retiraron la palabra. Me quedé sola. Así que, tras unos días de sufrimiento, no volví a las clases nunca más.

—¿Habló con Irene en alguna otra ocasión?

—No. No quiso verme, y no la culpo. Si pudiera regresar al pasado… De aquello no salió nada bueno, ni para Irene, ni para Isabel ni para mí.

—¿Cree que fue Irene quien lo mató?

—No lo sé, pero, si lo asesinó, yo cargo con una parte de la culpa —musitó, apesadumbrada.

No hizo falta que le suplicáramos que reconstruyera los hechos: apoyó los codos en la mesa, agarró sus recuerdos y los esparció por el aire, permitiéndonos aspirarlos. Olían a podredumbre.

Todo había comenzado una tarde de octubre en la que Isabel había conseguido quedarse a solas con el profesor en su despacho. Algo de una aclaración sobre un comentario de texto que debía redactar. La pasión prendió allí mismo y se derramó por la mesa. Pero aquello no se redujo a un episodio aislado: a partir de ese día, simularon tropiezos por los pasillos y programaron escapadas furtivas. Se veían a escondidas, en hoteles tan lejanos de Comillas como fuera posible. El romance se prolongó durante un par de meses y, como cabía suponer, proyectó su influjo sobre las calificaciones de Isabel, lo que enervó a su amiga y desembocó en el final funesto por todos conocido.

—No explorarían su amor en el Hotel Hermosilla en alguna

ocasión, ¿verdad? —especuló Tomás.

Teresa lo ignoraba.

En diciembre se celebró el primer examen. Para entonces, los encuentros habían multiplicado su frecuencia y a Isabel se la veía entusiasmada, incluso enamorada. Se había encaprichado de aquel hombre. Él, para no complicarse la existencia, la engatusaba asegurándole que un día huirían juntos. Según Teresa, era evidente que Rubén le estaba tomando el pelo, pero Isabel se dejaba llevar y Lucía y Marina la animaban a seguir con algo que para ellas no era más que un juego. La situación les resultaba divertida y lo vivían como si ellas fueran las protagonistas. No se les podía reprochar nada, pues Isabel no escatimaba en detalles y convertía cada resumen de su fin de semana en una historia picante que desataba la curiosidad de sus entregadas oyentes. Esas ocupaciones amatorias la distrajeron y le impidieron estudiar para el examen. Teresa, en cambio, se esforzó como nunca, sabedora de la elevada exigencia académica del profesor. Pese a ello, se bloqueó ese día y obtuvo un cuatro. Isabel, a quien apenas le resultaba familiar la portada del libro de texto, recibió la calificación de un nueve.

Cuando Teresa vio las notas colgadas en el tablón y reparó en el alborozo de su amiga, la envidia estalló en su pecho. Sin poder controlarse, enfiló el pasillo apuñalando el suelo con sus tacones y, de repente, se descubrió frente al despacho de Irene. Abrió la puerta sin detenerse a llamar. La mujer, a quien Teresa no conocía, estaba inclinada sobre un montón de folios manuscritos con tinta azul. Entonces, sin paños calientes, le soltó aquella información devastadora.

La reacción inicial de Irene fue taladrarla con ojos llameantes, negando la realidad. Sin embargo, en cuanto Teresa enumeró fechas y horas, y se prodigó en datos sobre la fisonomía más íntima de Rubén de la Vega, la profesora se dejó caer sobre el respaldo, consciente de que todo era verdad. No tardó en abandonarse al llanto. Unos minutos después, se levantó con el rostro demudado y salió de allí a toda velocidad. Teresa la siguió a una distancia prudencial; sabía adonde se dirigía.

Irene abrió la puerta de la clase en la que se encontraba su pareja de un golpe sordo. La madera se estampó contra la pared con violencia y se desencajó del marco. Los alumnos, que hasta entonces

escuchaban con tedio a su profesor, contuvieron el aliento. Rubén se volvió hacia Irene con los ojos como platos, pero no le dio tiempo a preguntar qué sucedía. Para entonces ella ya había llegado a su altura y le propinó dos bofetones que retumbaron por toda la estancia. Acto seguido, lo zarandeó con los ojos bañados en lágrimas y le ordenó que recogiera sus cosas y se largara de su casa inmediatamente.

—¿Lo amenazó de muerte? —inquirí, recordando lo que nos había contado el profesor Crespo.

Teresa asintió.

—Le gritó que, si al volver a casa continuaba allí, lo mataría.

—Pero Rubén cumplió y se fue —le recordó Tomás.

—Dicen que esa noche la pasó en el Hotel Hermosilla —respondió, encogiéndose de hombros—. Yo lo único que sé es que a la mañana siguiente no vino a dar su clase. Dos días después nos enteramos de que había sido asesinado. Fue entonces cuando tomé la decisión de abandonar la carrera.

—¿Habló usted con Isabel o con sus amigas después de todo aquello? —quiso saber mi compañero.

—Ya se lo he dicho: dejé de existir para ellas.

—¿Qué hizo la tarde en que murió Rubén?

Encajó la pregunta con naturalidad, sin indignarse por sus posibles connotaciones.

—Estuve en casa con mis padres, sin poder hacer nada. No era capaz de quitarme de la cabeza el asunto de Isabel y Rubén, y el daño que había causado.

—¿Qué opina de Isabel? ¿Podría haber asesinado a Rubén? —La interrogó Tomás.

Teresa entornó los ojos.

—Que yo sepa, estuvo con Lucía y Marina, aunque, obviamente, no se lo puedo corroborar.

—No es lo que le he preguntado.

Se quedó callada unos segundos.

—No creo que Lucía y Marina se prestaran a encubrirla. Son buenas personas. Un poco alocadas, pero buenas personas. Una cosa es animar a una amiga a que se enrolle con un profesor con pareja y otra es proteger a una asesina. Además, ¿por qué iba a querer matarlo?

—Muy sencillo —intervine—: por resentimiento. Después de que usted destapase el engaño, pudo haberle pedido a Rubén que oficializara su relación. Irene dejaba de ser un estorbo; no había motivos para negar la evidencia. Usted misma lo ha dicho: se había encaprichado de aquel hombre y lo admiraba profundamente. ¿Y si él se negó a seguir con ella? ¿Y si Isabel cayó en la cuenta de que no pasaba de ser un mero entretenimiento, un pasatiempo sexual? A veces los desengaños amorosos desembocan en crímenes. Al verse tirada como una colilla, fue tras él y lo asesinó.

Teresa torció los labios.

—Olvida usted dos puntos. Uno: Isabel no conducía; y dos: no tenía coche.

Anoté el dato en mi libreta y miré a Tomás, que fruncía el ceño.

—¿Ha tenido noticias de ella, de Isabel? —se interesó mi compañero.

—No, ninguna. ¿Sospechan que asesinó a ese periodista?

—No sabría decirle. ¿Estuvo usted en Suances?

—Depende del momento al que se refieran —respondió sin inmutarse—. De cinco a siete de la tarde tuve clases particulares de economía en una academia de Santander. A las siete cogí el coche y fui sola al cine, también en Santander. La película se proyectaba a las ocho. A las diez y media terminó y regresé a casa. Aquí tienen la entrada, para más detalles —agregó, rebuscando en el bolso y tendiéndonosla.

Me chocó que acudiera a nuestro despacho con la prueba de su coartada lista para ser exhibida. No obstante, si lo analizaba con detenimiento, la iniciativa tampoco resultaba tan extravagante. A fin de cuentas, éramos los abogados de Irene y podía intuirse que estábamos desesperados por culpar a alguien de los crímenes. Sea como fuere, la entrada, si de verdad era suya, la exculpaba. Aunque no era nominativa, debíamos darla por buena provisionalmente. Sin embargo, no dejaba de parecer extraño que hubiera acudido al cine sola.

—Ha sido un placer conocerla. Le reitero nuestra gratitud por haberse desplazado hasta aquí sin tener por qué hacerlo —le dije, estrechándole la mano.

—No hay de qué. Siento mucho el dolor que le ocasioné a Irene. Si esto sirve para ayudarla, sea o no la asesina, me habré

redimido…

Mientras se levantaba, no pude evitar pensar que, seis años después, aquella chica volvía a actuar movida por su exclusivo interés, con el único ánimo de reconciliarse consigo misma. No había duda: la suerte de Irene le traía sin cuidado.

24

En cuanto Teresa Bedia abandonó el despacho, me deslicé hasta el ordenador e imprimí los borradores que había preparado para mi intervención en el juzgado. Aunque confiaba en mis dotes para la improvisación, siempre había preferido trabajar con el auxilio de una guía a la que recurrir en caso de necesidad.

Al regresar de la esquina que ocupaba la impresora, observé que Fernando y Antonio se encontraban al teléfono, de modo que, sin perder un segundo, me enfundé la gabardina, fui en busca de Tomás y pusimos rumbo a San Vicente de la Barquera, otra de las joyas de la costa cántabra. A pesar de la distancia entre ambas poblaciones, el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de San Vicente de la Barquera era el competente para la investigación de los delitos cometidos en la villa de Comillas.

Dejamos el coche en un aparcamiento subterráneo y, tras cruzar una calle y atravesar un puente, subimos una cuesta repleta de tiendas de recuerdos hasta llegar al edificio del juzgado. Era cuadrado, de líneas rectas y de color crema, y se había erigido prácticamente en la cresta de una colina. A su alrededor, la ría se fundía con el mar y las montañas, creando una estampa digna de postal, de esas que cortan el aliento.

Pero no tuvimos la oportunidad de detenernos a deleitarnos con el paisaje. Un enjambre de periodistas pertrechados con micrófonos y cámaras nos esperaba a las puertas del juzgado. Detrás de ellos se había congregado una muchedumbre que llevaba pancartas y entonaba proclamas contra la presunta asesina.

Cuando nos aproximamos, se desató el caos: una riada de personas se lanzó hacia nosotros en estampida. Unos perseguían

nuestros análisis y pronósticos; otros, descargar la cólera que se acumulaba en su interior. Fingí no escuchar las preguntas y gritos que nos dirigían y traté de sortear a quienes se interponían en nuestro camino. No fue sencillo zafarnos de los micrófonos que nos golpeaban los hombros y de las manos que luchaban por retenernos.

Sin perder tiempo, subimos las escaleras que conducían a la oficina judicial y, en concreto, a la secretaría penal, donde una funcionaría nos confirmó que su señoría no había declarado secreta la investigación, lo que le permitía exhibirnos las actuaciones judiciales. Así se lo solicitamos y, tras rebuscar en un estante, me entregó un tomo de dimensiones considerables encuadernado con cartulina de color amarillo. Con el permiso de la mujer, salimos al pasillo y nos apartamos unos metros para estudiar el expediente.

Pasé las primeras páginas a un ritmo frenético; necesitaba llegar al informe preliminar de la autopsia. El médico forense no databa la muerte de Pedro Ortega a una hora exacta, sino que proporcionaba una horquilla que se movía, más o menos, dentro de lo que habíamos barajado desde el principio: entre las 18:30 y las 19:30 horas del martes. Eso suponía que podía haber sido asesinado cuando Irene se encontraba en la guardería recogiendo a su hijo o después, cuando ya había regresado a casa.

El fallecimiento se calificaba como muerte violenta, ocasionada por el corte infligido a la altura de la yugular. Las características del arma empleada coincidían, *a priori*, con las del cuchillo recogido en la escena del crimen, pero faltaba la confirmación pericial, que no debía emitirla el médico forense. Tal y como la Guardia Civil había sostenido desde el inicio, todo apuntaba a que al periodista lo habían atacado por la espalda en el jardín de la vivienda. Posteriormente, el asesino debía de haber arrastrado el cuerpo hasta un arbusto próximo para ocultarlo, maniobra que justificaba que el cuerpo presentase restos de hierba y barro. No había signos de lucha o resistencia; parecía una muerte limpia, instantánea. El asesinato había sido obra de un diestro, según se desprendía de la trayectoria de la incisión. Respecto al contenido del informe de toxicología, no se apreciaba nada fuera de lo normal: la víctima no había ingerido alcohol ni consumido drogas.

Pasé más páginas. El juzgado también había recibido el resultado del análisis pericial del cuchillo. Se confirmaba que era el

arma del crimen. No se habían detectado huellas dactilares distintas de las de Irene ni ningún resto de ADN, lo que nos conducía a dos posibles conclusiones: que la asesina era la propia Irene o que lo era otra persona que había utilizado guantes o que se había tomado la molestia de limpiar el mango del cuchillo antes de depositarlo junto al cadáver.

Me detuve en los interrogatorios que había realizado la Guardia Civil. Leí en primer lugar la declaración de Diego Hermosilla y la del profesor Crespo, que coincidían con lo que nos habían relatado. A continuación, ojeé el testimonio del director del CIESE, el de la propietaria de la guardería Arcoíris y el de algunos vecinos de Irene: todo carecía de interés; nadie había visto ni oído nada. No pude dejar de notar que la Guardia Civil todavía no había llevado a cabo ninguna pesquisa en relación con Isabel Velasco ni con el resto de las personas vinculadas al caso Rubén de la Vega. No obstante, la jueza sí había solicitado al Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 2 de Bergara que remitiese una copia del procedimiento penal tramitado para examinar la posible relación entre ambos crímenes, lo que constituía una noticia magnífica para nuestros intereses: quizá hubiera más posibilidades de interrogar a los familiares de Rubén en sede judicial de lo que había supuesto.

Seguí examinando el expediente. El atestado reflejaba que la Guardia Civil había revisado los vídeos de las cámaras de seguridad del Hotel Hermosilla correspondientes a la tarde del asesinato. Desvié la mirada hacia Tomás, que contemplaba el folio con estupor.

Diego Hermosilla nos había mentido.

O, mejor dicho, no podía acreditar que hubiera contado toda la verdad: las cámaras que deberían haberlo grabado en su oficina hasta las nueve y veinte de la noche habían sufrido algún tipo de fallo electrónico y no habían almacenado ninguna de las imágenes de los últimos quince días. Nadie se había percatado. Por tanto, Diego no podía demostrar que su coartada fuera cierta. No constaba que la Guardia Civil hubiera tenido ocasión de preguntarle aún sobre este lamentable error, aunque cabía esperar que la jueza Medina no tardase en hacerlo. Sonreí: aquello reavivaba nuestras sospechas y, además, nos proporcionaba un argumento adicional para insistir en la puesta en libertad de Irene.

Pasé a la declaración de Ramón Velarde, el director de *El Norte*, al término de la cual se recogía la transcripción del audio de WhatsApp que Pedro Ortega le había enviado antes de morir. En el atestado no se le otorgaba ninguna interpretación concreta, ni favorable ni perjudicial para nuestros intereses.

Posteriormente, revisé los registros de posicionamiento del teléfono de la víctima y de Irene. Según se desprendía de los informes, a la hora del crimen mi amiga se había encontrado en la misma franja geográfica que la víctima, dato lógico, pues ambos debían hallarse en aquel momento en Comillas y recibían señal de la misma torre. También se confirmaba que por la mañana y hasta el mediodía el periodista había permanecido en San Sebastián.

Por último, leí con atención la declaración de Elsa Varona, la viuda de Pedro Ortega. Negaba que su marido la hubiese llamado aquel día para informarle de sus progresos en el reportaje; de hecho, ni siquiera conocía con precisión cuál era su objeto, dado que solía trabajar con gran discreción. La noche anterior le había anunciado que pasaría todo el día fuera, primero en Eibar y después en San Sebastián, en ambos casos por motivos laborales y sin mayores concreciones. En cuanto a posibles enemigos, no sabía qué contestar: Pedro era una buena persona; no se imaginaba quién podría albergar deseos de matarlo.

La viuda disponía de coartada: había estado cuidando de su hija en el parque y después en casa, acompañada en todo momento de su madre. Por otro lado, no se vislumbraba ningún móvil, ni siquiera económico. El patrimonio de su marido era bastante corriente y su muerte no la beneficiaba de un modo particular.

Me froté los ojos.

—Lo conseguiremos, Clara —me consoló Tomás.

—Dios te oiga. Vamos a ver a Irene.

Cuando concluimos la lectura, la funcionaría nos guio hasta una pequeña sala en la planta baja donde nos aguardaba Irene, cuya entrada custodiaban dos agentes.

—¿Desean hablar con el fiscal? —nos preguntó la mujer, entornando los ojos—. Como es un caso mediático, va a tomar parte en las declaraciones.

—No hay nada que hablar, gracias —respondí.

La funcionaría no insistió y nos abrió la puerta. La sala, de

dimensiones muy reducidas, tenía las paredes pintadas de verde y disponía de tres sillas. Ni siquiera había una mesa.

Nada más entrar, Irene se arrojó a mis brazos despavorida y con las lágrimas surcándole el rostro. Tardé varios minutos en lograr que se calmara. Cuando dejó de proferir gemidos, cerré la puerta, la obligué a mirarme y le tomé las manos. Tomás se colocó a mi lado, con el ceño fruncido. No teníamos demasiado tiempo.

—¿Voy a ir a la cárcel? —Sollozó mientras se sonaba los mocos ruidosamente.

—Para eso estoy aquí, Irene, para evitarlo. Necesito que me prestes toda la atención del mundo.

Se enjugó el mar de lágrimas que la cubría, exhaló un suspiro y asintió con determinación.

Con ayuda de Tomás, le resumí lo que habíamos ido averiguando a través de nuestras conversaciones con Carmen Aramburu, Juan Manuel, Isabel Velasco, Lucía Lastra y Teresa Bedia. Al sintetizar nuestras peripecias, me di cuenta de que habíamos trabajado mucho y descubierto poco. Como colofón a nuestra decepcionante labor, le confesé que no teníamos la menor idea de quién podía haber degollado a Pedro Ortega. No obstante, maticé, estábamos más cerca de poder demostrar que ella no había tenido nada que ver con el crimen. Al menos, era un consuelo, o eso pensé.

Acto seguido, le conté que alguien me acechaba. Palideció al escucharme. Sin embargo, cuando le hice notar que la carta intimidatoria podía interpretarse como una evidencia de que el asesino seguía suelto, rebajó la tensión de sus músculos, aliviada.

—En cierto modo, es una noticia estupenda —exageré.

—Sí, pero te he puesto en peligro, Clara… —objetó Irene.

—Descuida. No me va a pasar nada. Y, si así te ayudo a salir de aquí, habrá merecido la pena.

—Yo cuido de ella —bromeó Tomás apretándome el brazo.

Invertimos la siguiente media hora en preparar la declaración. En particular, nos interesaba que insistiera en que jamás se había reunido con el periodista y que no lo conocía; era imprescindible que desmontáramos lo testificado por Crespo ante la Guardia Civil.

—Bastará con que le repitas a la jueza todo lo que nos has dicho a nosotros a lo largo de estos días: la verdad —le indiqué—. Sé

cercana, dulce y, sobre todo, cuando te sientas arrinconada, no te enfurezcas, no balbucees, no busques contraatacar ni herir a quien te esté interrogando. ¿Me has entendido? Es probable que tanto el abogado de la acusación particular como el fiscal intenten confundirte o sacarte de tus casillas. Pero tú conserva la calma. No hay motivos para dejarse llevar por el miedo, ¿de acuerdo?

—¿Y si me preguntan, como hizo aquel sargento, por qué demonios regué ese día el jardín?

—Pues contestarás con la cabeza bien alta que es algo que te relaja y que te daba igual el pronóstico del tiempo. Punto. ¡A ver si ahora van a meter a la gente en la cárcel por regar las plantas la víspera de una tarde de lluvia!

A Irene le temblaban las manos.

—¿Qué ocurrirá si la jueza decide mandarme a prisión, Clara? ¿No podré salir hasta que se celebre el juicio?

—No pienses en eso —traté de sosegarla, al tiempo que le daba una palmada ligera en el brazo derecho—. Va a tomarte declaración y tendrá interés en escuchar lo que tengas que decir. Debes estar concentrada. Luego ya celebraremos la vista para decidir sobre tu puesta en libertad. Y eso es tarea mía. Confía en mí.

—Pero ¿qué sucederá después, cuando se haya hecho todo eso?

—Depende. La jueza llevará a cabo una investigación. Si entiende que ha recabado indicios suficientes contra alguien, ordenará proseguir las actuaciones y se celebrará un juicio con jurado. En caso contrario, archivará el procedimiento, como pasó en el caso de Rubén. Nuestro objetivo es el que ya conoces: que haya un juicio, pero que la acusada no seas tú, sino el auténtico culpable. Debemos ir paso a paso.

—Si no lo lográis, no sé qué va a ser de mí, Clara —se lamentó, y se tapó la cara con las manos.

Justo en ese instante, llamaron a la puerta.

—Vayan saliendo. Su señoría ya está casi lista —anunció la funcionaría.

Abracé a Irene y la apreté con fuerza contra mi pecho.

25

Cuando regresamos a la segunda planta, no pude evitar que se me escapara un suspiro de desencanto al distinguir al abogado Rafael Merino junto a la puerta del despacho de la jueza. Era un hombre de unos sesenta años, extremadamente delgado y de cabello canoso, que llevaba peinado hacia atrás con gomina. Lo que más lo caracterizaba eran su sonrisa sardónica y la mueca de autosuficiencia que lo acompañaba a todas partes. Elsa Varona debía de haberlo contratado. Me había enfrentado a él en numerosas ocasiones, con resultado dispar. Gozaba de cierta fama, y lo cierto era que la reputación no le había caído del cielo. No podía negar su talento, aunque la arrogancia desmerecía su valía.

A unos metros de distancia, el fiscal Francisco Rubio revisaba distraído unos papeles, haciendo tiempo hasta que la jueza nos ordenara pasar. También era un viejo conocido. Rozaría los cuarenta y cinco años, pero su entusiasmo por el deporte contribuía a que mantuviera un físico envidiable, lo cual, sumado a unos rasgos atractivos, lo convertía en objeto de deseo de algunas de las mujeres que frecuentaban los juzgados. Yo no era la excepción, aunque procuraba mantener la distancia y el trato frío que la profesión aconsejaba. En sala era educado y respetuoso, aunque también implacable.

—Buenos días, Clara —me saludó Rafael con gesto burlón—. Vaya caso que nos ha tocado, ¿eh? ¿Vais a reconocer los hechos?

Lo que me proponía de forma implícita era renunciar a pelear y, a cambio, pactar una pena de prisión inferior a la que podría imponerse si íbamos a juicio.

—No, no vamos a reconocer nada porque mi clienta es inocente

—zanjé.

—Estupendo, lo que tú digas —celebró Merino, poniendo los ojos en blanco—. Que sepas que, cuando llegue el momento, pediré la pena máxima.

—Haz lo que tengas que hacer.

El fiscal continuaba absorto en la lectura de sus folios. Mientras tanto, Tomás, a mi lado, guardaba un prudente silencio. Se lo veía tenso, aunque no fuera a intervenir directamente.

Revisé mi teléfono. Tanto Alicia como mi madre me habían enviado un mensaje en el que me deseaban suerte. Les contesté a ambas con un escueto «gracias» y me giré al oír pasos a mi espalda. Eran dos guardias civiles, que traían a Irene esposada. Desfilaba por el pasillo cabizbaja, con los ojos perdidos en el suelo. No pareció percatarse de mis gestos de ánimo.

—Adelante —nos indicó la funcionaría, que acababa de salir del despacho de la jueza.

Entramos y allí, sentada frente al escritorio, nos encontramos a Mónica Medina. Era insultantemente joven; tendría unos veintiocho años. No debía de haber transcurrido demasiado tiempo desde el fin de la oposición. A pesar de su postura, se la intuía alta y muy delgada. Era morena, tanto de tez como de cabello, y tenía una nariz afilada que le confería un aspecto inquisidor muy apropiado para sus funciones. No atemorizaba, pero sus facciones sí presagiaban que sería inmisericorde con quien lo mereciese.

—Buenos días. Siéntense, por favor. —Su voz era grave y terminante.

Acatamos la orden en el acto: yo, como abogada de la defensa, me senté frente al escritorio de la jueza y al lado de Irene, que tiritaba como si estuviera en el Ártico; detrás tomaron asiento el fiscal, Merino y Tomás, en calidad de aprendiz. Como se trataba de una declaración en fase de instrucción, la comparecencia no se celebraba en la sala de vistas, sino en el despacho de la jueza. Junto a ella se acomodó la funcionaría que ya conocíamos, que se encargaría de transcribir la declaración en el ordenador.

—Es usted Irene Arias, ¿verdad? —Quiso cerciorarse Mónica Medina, a modo de introducción.

—Sí —contestó Irene con voz débil, como de ultratumba. Su rostro se había teñido de un color próximo al amarillo. Por un

momento, temí que abriera la boca y vomitara sobre la mesa.

La jueza le informó de la retahíla de derechos que la amparaban en su condición de investigada, a lo que Irene asintió mecánicamente.

—¿Va usted a declarar?

Irene inclinó la cabeza de nuevo.

—Ya sabe que puede contestar a todas las preguntas que se le formulen, a algunas o a ninguna, y que puede negarse a responder a las que le realicen el fiscal y la acusación particular, si asilo desea. ¿Me ha entendido?

Irene volvió a asentir. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Dígame: ¿mató usted a Pedro Ortega?

Mi amiga agitó la cabeza hacia los lados con desesperación.

—Diga «sí» o «no», por favor —le mandó la jueza.

—No…

—¿Qué hizo usted aquella tarde?

Después de unos instantes de titubeo que empleó en retorcerse las puntas del pelo, Irene comenzó a relatar lo que nos sabíamos de memoria. La jueza la interrumpió de vez en cuando para clarificar algún aspecto, pero no hizo valoraciones. Si la narración despertó sus recelos, no lo demostró; simplemente la escuchó impasible y dirigió en algunos momentos indicaciones a la tramitadora para que reflejara adecuadamente su contenido.

—Entones, ¿usted no conocía a la víctima?

—No, jamás lo había visto.

—¿Por qué declinó concederle la entrevista?

—Porque no quería revivirlo todo…

—Se refiere usted a lo que le sucedió a Rubén de la Vega, ¿verdad?

—Sí.

—Mire, de momento no he recibido los documentos relativos a ese asunto, pero, aun así, me gustaría que me diera su versión de los hechos.

Contra su voluntad, Irene se sumergió en el pasado y nosotros lo hicimos con ella. A mi espalda, Rafael Merino y Francisco Rubio tomaban notas a toda velocidad, tal vez inquietos por la coherencia demostrada por la detenida. Tendrían que emplearse a fondo para desmontar su historia.

Cuando Irene terminó de hablar, la jueza le dio las últimas instrucciones a la funcionaría y, acto seguido, comunicó que no iba a hacer más preguntas, por lo que se abría el turno del fiscal. Tras dar un trago de agua de una botella que había sacado de su maletín, Francisco Rubio le pidió a Irene algunas precisiones intrascendentes y cerró su intervención. A continuación, tomó la palabra Rafael Merino, que no había perdido la sonrisa lobuna ni la pose de ave rapaz.

—Buenos días, señora Arias. Con la venia de su señoría, ¿cómo explica que el cadáver de un periodista al que no conocía y con el que no tenía nada que ver, según ha declarado, apareciera en el jardín de su casa?

Salté como un resorte de mi asiento. La jueza se apresuró a apaciguarme con un gesto de la mano y lanzó a Merino una mirada furiosa.

—Letrado, a quienes compete buscar explicaciones a lo acontecido es a la Guardia Civil y a mí misma, y no a la investigada. Pregúntele por hechos concretos. Para eso está aquí.

—Perdone, señoría. Lo formularé de otra manera: ¿quién cree que podría tener interés en matar al señor Ortega en su vivienda?

—Señor letrado —le interrumpió la jueza, perdiendo la paciencia—, quizá no me ha entendido bien: lo que la investigada crea, piense u opine no es relevante. ¿Le queda claro? Realice preguntas útiles y pertinentes, por favor. Tengo muchas cosas que hacer.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Merino, levantando las palmas de las manos en son de paz—. Cuando regresó a casa después de pasear con su hijo, ¿le llamó algo la atención? ¿Vio sangre o algo inusual?

La jueza guardó silencio, admitiendo tácitamente la pregunta.

—Hum… No, no me fijé en nada en concreto. No sabría decirle si el cuerpo ya estaba allí escondido sobre las siete, que fue cuando llegamos a casa.

—¿Cuántos minutos transcurrieron entre el descubrimiento del cadáver y la llegada de su marido?

—Quizá uno, a lo sumo.

—¿Quiere decir que casualmente vio el cuerpo cuando apareció el señor Hermosilla?

—¡Letrado! —lo amonestó la jueza—. No conteste, señora Arias.

—¿Arrojó usted el cuchillo cuando su marido la sorprendió? —prosiguió Merino, imperturbable.

—Lo primero, no me sorprendió —replicó Irene con aplomo, contagiada de la animosidad de la jueza—. Y lo segundo, lo lancé lejos porque estaba aterrorizada. No quería ser acusada injustamente de otro crimen. Solo se me ocurrió eso…

Rafael abrió la boca con evidente intención de emitir un comentario mordaz, pero, tras encajar una mirada admonitoria de la jueza, optó por callarse.

—Una última pregunta: ¿por qué decidió usted regar las plantas esa noche si las predicciones meteorológicas señalaban que llovería al día siguiente?

—Pues mire, no consulté las predicciones meteorológicas. Salí a regar porque me relaja.

No aplaudí porque me habría ganado una buena reprimenda, pero me costó detener el impulso que me invadió; Irene había estado fantástica.

—Nada más, señoría —concluyó Merino, admitiendo la derrota.

—¿Letrada?

—No tengo preguntas, señoría —respondí al considerar que el resultado del interrogatorio había sido satisfactorio.

—Muy bien, pues, si les parece bien, procedemos a celebrar la vista sobre medidas cautelares.

Comenzó con sus alegaciones el fiscal, que habló con lentitud y ceremonia:

—Señoría, solicitamos que se imponga a la señora Arias la medida cautelar de prisión provisional, a la vista del resultado de las diligencias practicadas hasta la fecha. Concurre un riesgo manifiesto de reincidencia delictiva. Las investigaciones realizadas llevan a pensar que este crimen tiene por objeto el encubrimiento de otro anterior de idéntica naturaleza. Si se permite que la investigada permanezca en libertad, cabe la posibilidad de que muera más gente. Además, hay un riesgo evidente de destrucción de pruebas. Recuérdese que, la noche en que fue detenida, la señora Arias intentó hacer desaparecer el cuchillo que causó la muerte a la víctima. Ninguna duda cabe de que tratará de hacer lo propio con cualquier material incriminatorio que hayamos podido pasar por

alto. Estamos en una fase inicial del procedimiento y resulta vital que se preserven todos aquellos vestigios del crimen que puedan conducir a la condena del autor del delito. En virtud de todo ello, señoría, reiteramos nuestra petición.

Seguidamente, articuló sus argumentos Rafael Merino, que parafraseó al fiscal, y, después, me tocó el turno. Di un repaso fugaz al guión que había escrito en el despacho e inicié mi alegato mientras sentía los ojos de Irene clavados en mí.

—Con la venia de su señoría, esta parte solicita que se acuerde la puesta en libertad de la detenida. En primer lugar, comenzaré destacando que no figura en las actuaciones ni una sola prueba en contra de mi defendida; existen, en el más voluntarista de los escenarios, datos circunstanciales, inconexos y de todo punto irrelevantes. Nos encontramos ante una inocente que carga por segunda vez con las sospechas infundadas de haber cometido un crimen por el mero hecho de hallarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. El auténtico asesino campa a sus anchas, tratando de atemorizar a esta letrada. Pero, prescindiendo de las cuestiones de fondo, que serán valoradas en su debido momento, y ciñéndonos a los aspectos procesales, procede destacar, en primer lugar, que no existe el riesgo de reincidencia apuntado por el Ministerio Fiscal. Que se hayan producido dos asesinatos no puede llevarnos a deducir que habrá un tercer o un cuarto cadáver, ni que ello se evitará ordenando la entrada en prisión de una persona que ni siquiera conocía a la víctima y que a todas luces es inocente. Debemos esclarecer, efectivamente, quién mató a Pedro Ortega y por qué lo hizo, pero estas no son formas. Tampoco se aprecia riesgo de destrucción de pruebas. Mi clienta no intentó eliminar pruebas, al contrario de lo que asegura el Ministerio Fiscal. Tan solo lanzó el cuchillo adonde pudo, presa del pánico para que no la relacionaran con el crimen. Su actitud es absolutamente comprensible, sobre todo si nos hacemos cargo de la situación padecida en el pasado, y no prejuzga ni su inocencia ni su compromiso con la justicia. Además, por las circunstancias del delito y lo averiguado hasta ahora, tampoco se alcanza a comprender qué pruebas podría sustraer o convertir en inservibles mi clienta. No bastan ni merecen acogida las alegaciones genéricas vertidas por el Ministerio Fiscal y por el compañero, señoría. Por lo

expuesto, solicito la puesta en libertad de mi defendida.

La jueza dio por concluida la vista y nos invitó a retirarnos para poder redactar a solas el auto en el que plasmaría su decisión. Mientras salíamos, mi amiga me lanzó una sonrisa rebosante de esperanza. Yo se la devolví, confiando en que mis palabras hubieran surtido el efecto deseado, y contemplé cómo los agentes se la llevaban de vuelta al cuartel.

La espera se prolongó durante más de media hora. Finalmente, la funcionaría nos entregó una copia del auto a cada abogado. El fiscal ya se había marchado. La cogí con los dedos palpitantes. Constaba de unos seis folios. Volteé el último de ellos y, al leer la parte dispositiva, un estallido de júbilo me sacudió el cuerpo. Abracé a Tomás con tanta fuerza que su integridad física llegó a correr peligro. Nunca había celebrado con tanto ímpetu una decisión favorable, y menos una referente a una medida cautelar, pero, al tratarse de Irene, cada hito liberaba en mí una emoción exacerbada.

Irene era provisionalmente libre. Nuestro primer objetivo se había cumplido.

26

Nos disponíamos a abandonar el edificio con una sonrisa radiante cuando la funcionaría salió a nuestro encuentro para comunicarnos que el lunes, a las once, su señoría interrogaría a la viuda, como perjudicada por el delito, y al profesor Crespo y a Diego Hermosilla, en calidad de testigos. Asentí y le anticipé nuestra presencia. La citación de Diego como testigo suponía que la jueza, de momento, no lo consideraba sospechoso, a pesar de que no existieran las grabaciones de las cámaras de seguridad en las que se había escudado.

La nube de periodistas no se había disipado. En cuanto pusimos un pie en la acera, se arremolinaron en torno a nosotros, muchos con el rostro crispado y los ademanes endurecidos. Los compañeros de profesión de Pedro Ortega ya estaban enterados de la noticia y algunos no la habían encajado bien. Seguramente se la habría filtrado Rafael Merino, que se había marchado de allí hecho una furia, sin siquiera despedirse. Una vez más, nos los quitamos de encima y fuimos hasta el coche. Tomás se puso al volante y yo llamé al cuartel de San Vicente de la Barquera para anunciar que pasaríamos a recoger a Irene.

Aproveché el cortísimo trayecto para leer en diagonal los argumentos de la jueza.

—Lo has clavado, Clara —me felicitó Tomás con alborozo.

—Ha salido fenomenal, sí. Menos mal. Habría sido un golpe definitivo para Irene. Pobrecilla. El único problema es que el proceso continúa y no tenemos ni la más remota idea de quién asesinó a esos dos hombres.

—Seguro que el domingo los familiares de Rubén nos aclararán

algo. ¡Disfruta del éxito!

Irene nos esperaba en el cuartel, ya sin esposas. Cuando me bajé del coche y llegué a su altura, se arrojó a mis brazos llorando de alivio.

—Os debo tanto…

—No te mereces lo que te ha sucedido, Irene. —Le sonreí al tiempo que le rodeaba el cuello—. Ahora olvídalo todo. ¿Te llevamos a casa? ¡Ya puedes salir de aquí!

—Sí, sí, claro —respondió, jovial. De pronto, su mirada se enturbió—. ¿Estará allí Mario? Me gustaría verlo…

Me separé un poco de ella y le cogí la mano.

—Irene, no creo que sea buena idea que veas a Diego.

—A quien quiero ver es a mi hijo.

—Lo sé, pero tu hijo se encuentra con sus abuelos paternos, y Diego ni siquiera sabe que la jueza te ha soltado. Déjanos llevarte a casa y yo me encargo de llamarlo por teléfono para ver cómo reacciona. ¿Te parece bien?

Irene asintió a regañadientes. Salimos del edificio a toda velocidad, apartando a los periodistas que se agolparon a nuestro alrededor en cuestión de segundos.

Mientras mi amiga recibía la enhorabuena de Tomás, envié un mensaje de WhatsApp a Alicia y a mi madre con las novedades. Segundos después, Irene recibió la efusiva llamada de nuestra amiga común, que escuché con deleite.

Pero el viaje hasta Comillas no fue alegre ni festivo. A pesar de su recién estrenada libertad, Irene se sumió en un denso silencio. De repente, debía enfrentarse a la realidad. ¿Cómo retomar la cotidianidad? Tomás me dirigía miradas de soslayo, incómodo con el ambiente de funeral que se había generado. Yo no era experta en derecho de familia ni pretendía serlo, puesto que aborrecía todo lo que rodeaba a los conflictos de pareja —bastante había tenido con soportar a Ricardo, o aguantar que él me soportara a mí—, pero no ignoraba que, si se producía una separación de hecho entre Diego e Irene, la frecuencia con la que mi amiga disfrutaría de su hijo se vería reducida.

En Comillas, una muchedumbre de personas que rugía exigiendo justicia nos esperaba en las inmediaciones del chalé familiar, al borde de la carretera. Irene comenzó a sollozar a mi espalda. Entre

la turba, reconocí al sargento Hermida y al cabo Ruiz, que estaban ayudando a sus compañeros y se afanaban inútilmente en acallar la algarabía. Al vernos, el cabo Ruiz se acercó al coche y nos pidió que diéramos media vuelta. Resultaba más seguro que aparcáramos junto al cuartel y subiéramos andando hasta la casa por el camino pavimentado. No podía garantizarnos que algún descerebrado no la emprendiera con el vehículo si lo dejábamos allí, al lado de la vivienda, añadió. Tomás asintió y comenzó a girar el volante.

—¿Todos esos son vecinos tuyos? —me atreví a preguntarle a mi amiga cuando bajamos la ventanilla.

—Sí, algunos sí —contestó con desconsuelo.

—¿Quieres quedarte en mi casa? No tienes por qué aguantar esto.

—No puedo huir, Clara. Parecerá que soy culpable.

—No parecerá nada. No te van a dejar en paz.

—Pues tendré que aprender a vivir con ello. Otra vez.

—Por esto me suplicaste que buscáramos al responsable… —murmuré al advertir que Tomás conducía con la mirada perdida.

Irene asintió. Conmovida, me acerqué a ella, le cogí las manos y renové mi juramento de encontrar a aquel malnacido.

Justo cuando descendíamos del coche, apareció el sargento Hermida acompañado de su fiel cabo. Nos dijo que habían disuelto aquella manifestación improvisada y habían regresado al cuartel a través del camino pavimentado. Se ofrecieron a escoltarnos hasta el domicilio, eludiendo posar los ojos sobre el semblante gélido de Irene. Por razones de seguridad, acepté. Durante el trayecto no intercambiamos palabra. Al alcanzar la placilla, les agradecimos su compañía y se retiraron.

No había rastro de la cinta que había impedido días atrás la entrada al jardín. Tampoco restos de sangre ni ninguna otra huella del crimen. Daba la impresión de que allí no había sucedido nada, pero el silencio que reinaba no dejaba lugar a dudas. Irene se detuvo delante de un arbusto, rígida, casi exánime.

—Es mejor que entremos —le sugerí tomándole la mano, que estaba fría.

Mi amiga comprimió los labios y se palpó los bolsillos, de donde extrajo las llaves. Todo estaba a oscuras, con las persianas bajadas. Me adelanté y presioné el primer interruptor que encontré. El

vestíbulo daba a un largo pasillo. Una alfombra de tono ocre cubría el suelo de tarima flotante. A los lados, colgaban varios cuadros con motivos florales. Atravesamos el corredor, guiados por Irene, y nos adentramos en el salón, una estancia amplia decorada al estilo rústico, con muebles de color apagado y corte clásico, y una chimenea en la que se adivinaban cenizas.

Nada más sentarnos, Irene me pidió que contactara con Diego. No podía negarme, pero resultaba preferible que no me escuchara, de modo que fui a la cocina y cerré la puerta.

Diego me saludó con voz pastosa después de un par de tonos. Lo imaginé hundido en el mismo sillón, envuelto en sombras.

—Hola, Diego. No sé si te habrás enterado: la jueza ha dejado en libertad a Irene.

Se hizo un silencio espeso, que no quebró hasta unos segundos después.

—No esperaba menos —masculló sin atisbo alguno de alegría, como si lo lamentara—. Hace seis años también lo consiguió. Me engañó hasta a mí, así que figúrate.

—Irene es inocente.

—¿Y qué vas a decir tú?

No estaba dispuesta a enzarzarme en una discusión sobre lealtades y bondades.

—Piensa lo que quieras —zanjé.

—No voy a volver a Comillas.

—Ya lo suponía, pero Irene tendrá que ver al niño.

—No me atrae la idea de que mi hijo se relacione con una asesina.

—¿Y con un asesino? —exploté.

—¿Cómo?

—Parece que las cámaras de tu oficina estaban estropeadas. Eso no nos lo contaste.

Diego simuló una carcajada irónica.

—Algo me han comentado mis empleados. Pero de ahí a que yo matara a aquel hombre… Tienes mucha imaginación, Clara. Y también agallas.

—Para eso me pagan.

—Creía que eras abogada, no novelista.

—Soy lo que haga falta. ¿Cuándo le vas a entregar al niño?

—Nunca.

—Diego, sé razonable. No conviertas esto en un problema.

—Tengo que hablar con mi abogado.

Suspiré.

—Pues hazlo rápido. Mi compañero Antonio asistirá a Irene. Te llamará en los próximos días para negociar un convenio. Si no lo firmas, nos veremos obligados a demandarte. Irene tiene derecho, al menos, a la custodia compartida de su hijo. Tu abogado podrá confirmártelo.

—Y yo al divorcio —contraatacó Diego.

—Eso es cosa tuya. Por cierto, estás citado para declarar el lunes.

—Lo sé. No voy a preparar mi declaración contigo, si es lo que tienes en mente. —Entonces, ¿vas a declarar contra Irene?

—No voy a declarar contra nadie. Declararé contra la mentira.

27

Irene recibió con abatimiento el resumen edulcorado de mi conversación con Diego y mi consejo de esperar unos días para abrazar a su pequeño. No obstante, respetó mi criterio. Antes debíamos pactar una estrategia con Antonio; él sabría cómo proceder. Quiero pensar que mis palabras posteriores, con las que quise hacerle ver que había evitado la cárcel —al menos temporalmente— y que podía recuperar sus rutinas, la reconfortaron, aunque su semblante no lo evidenció. En cuestión de minutos había pasado de la euforia al hundimiento más profundo. Se la percibía devastada, privada de la anhelada compañía de su hijo y con el fantasma de un matrimonio roto arrastrándose por aquella casa vacía.

Me ofrecí a hacerle la compra y a preparar la comida, pero lo rechazó de forma contundente y nos pidió que la dejásemos a solas con sus pensamientos. Insistió en que lo único que necesitaba era reencontrarse consigo misma, para respirar su soledad. Además, no podía volverse de espaldas a la realidad, razonó; debía asumir que a su paso arreciarían las miradas recelosas de los conocidos y las preguntas de los periodistas. Ya se había sobrepuesto a aquel infierno en una ocasión; podría hacerlo una segunda vez. Le recomendé que visitara a un médico para que le prescribiera una baja por depresión, con el fin de posponer su reincorporación al CIESE, pero, de nuevo, declinó mi sugerencia: no pensaba regalarle a nadie el gusto de especular con su retraimiento, con la evasión social. No era culpable y no iba a actuar como tal.

Su coraje y su entereza me resultaron admirables.

Antes de irnos, le informé de que el domingo nos reuniríamos

con los padres y el hermano de Rubén. Irene arrugó la nariz.

—Qué raro que estén dispuestos a charlar con vosotros…

—Bueno, al principio Iker se negó en rotundo. Parece que son los padres quienes tienen interés en vernos. Nos hemos dado cuenta de que el hijo es un poco… «especial» —comentó Tomás, enfatizando el eufemismo al que había recurrido.

Aquel calificativo consiguió sacarle a Irene una sonrisa tímida, la primera en mucho tiempo.

—Sí, Rubén apenas hablaba de Iker, pero, cuando lo hacía, no salía nada bueno de su boca. Es triste que las familias terminen así. Y la mía va por ese camino…

—No digas eso, Irene —protesté.

—Clara, cargo a mis espaldas con un novio infiel asesinado y un marido que me entregó a la Guardia Civil acusándome de haber matado a un periodista. Un bagaje estupendo.

—Pronto se arreglará todo, ya lo verás.

—Eso espero… Aunque no estoy segura de que esos tres os vayan a ayudar mucho.

—La verdad es que Iker se puso como un loco. Nos mandó a la mierda en cuanto nos cogió el teléfono —le contó Tomás—. Sin embargo, solo unos minutos después llamó a Clara y dio marcha atrás.

Irene frunció el ceño.

—¿Y a qué se debió ese cambio de criterio?

—Buena pregunta. Se supone que los padres le pidieron que reculase cuando les comentó que habíamos contactado con él.

—¿Sus padres? —repitió Irene, estupefacta.

—Sí. ¿Pasa algo? Ya sé que no tenían relación, pero…

—Clara, ¡ni siquiera asistieron al entierro de su hijo! E Iker tampoco.

La miré con incredulidad. Nadie nos había mencionado que la familia de Rubén le hubiera dado la espalda hasta en su propio velatorio. ¿Qué tipo de rencilla justifica que un padre no entierre a su hijo, o que un hermano no se despida?

—¿Tú fuiste? —interrogó mi compañero.

—No me vi capaz de soportar los murmullos de la gente, y nadie me esperaba. Además, después de lo que me había hecho, Rubén no se lo merecía.

—Sí, es lógico —la apoyé—. Entonces no seremos bien recibidos el domingo.

—No lo creo. ¿Estará Iker?

—Sí. Tal vez pretenda ejercer el papel de moderador —especuló Tomás.

—Rubén siempre decía que Iker controlaba a sus padres, que estaban bajo el influjo de su hijo predilecto. ¿Puedo ir con vosotros? —preguntó de súbito Irene—. Quiero ayudar.

Aunque comprendía su ansia por desenmascarar al asesino, la prudencia aconsejaba rechazar el ofrecimiento: Irene estaba repleta de furia y dolor, y podía estallar por cualquier nimiedad. Se la veía fuera de sí, desbocada, muy diferente de la plácida profesora que recordaba. Lo que le convenía, pese a que se empecinara en lo contrario, era pasear, comer con amigas y aislarse de las lenguas viperinas y las manos negras.

—No me parece una buena idea —respondí.

—¿Por qué?

—Lo sabes bien. No es lo que necesitas ahora y, además, nos entorpecerías. Debes relajarte. Déjanoslo a nosotros.

Irene cabeceó, dándose por vencida.

—De acuerdo, pero antes de iros exponedme las coartadas de todos, por favor. Así tendré algo en lo que pensar…

Tomás me dirigió una mirada interrogativa. Asentí y nos inclinamos sobre la mesa del salón.

—¿Tienes papel y boli? —le pidió mi compañero.

Mi amiga abrió el cajón de un mueble próximo y cogió un paquete sin estrenar. Le retiró el embalaje y lo depositó sobre la mesa.

—Con dos hojas habría sido suficiente. No tenemos tantos sospechosos —dijo Tomás mientras se lanzaba a escribir febrilmente, como si el esquema que iba a elaborar ya estuviera impreso en su mente y la tarea se redujera a hacer una fotocopia.

Al cabo de unos minutos, nos tendió un par de folios por las dos caras con el siguiente cuadro:

Lista de implicados:

Irene Arias:

a) Caso Pedro Ortega:

De 18:30 a 19:00 horas con Mario, paseando por la costa de Comillas. En adelante, en casa. Descubrió el cadáver cuando salió a regar, a las 22:00 horas. Ignoraba el pronóstico de lluvia para el día siguiente.

Posible móvil: evitar que el periodista la acusara del asesinato de Rubén de la Vega.

b) Caso Rubén de la Vega:

Toda la tarde encerrada en casa, llorando. El día anterior se había producido la ruptura con Rubén y lo había amenazado de muerte. El teléfono la sitúa en Comillas. Su coche no fue grabado en ninguna de las carreteras que condujera a Bergara. Tampoco consta alquiler de ningún vehículo.

Posible móvil: sed de venganza.

Coartada: no.

Teresa Bedía:

a) Caso Pedro Ortega:

Desde las 17:00 hasta las 19:00 horas en una academia de Santander. A las 19:00, cogió el coche y fue al cine sola a la sesión de las 20:00 horas. La película duró hasta las 22:30, aproximadamente. Después regresó a Suances con sus padres. Nos mostró la entrada del cine.

Posible móvil: evitar que el periodista probara que mató a Rubén de la Vega.

Coartada: sí. Faltaría verificar que realmente estuvo en el cine.

b) Caso Rubén de la Vega:

El día anterior destapó la aventura entre Isabel y Rubén. A la mañana siguiente fue a clase. Por la tarde volvió a casa de sus padres, en Suances. Ellos confirmaron la versión. No se revisó el posicionamiento de su teléfono.

Posible móvil: envidia por la fijación del profesor con su amiga.

Coartada: sí. Aunque los padres podrían haber mentido para encubrirla.

Isabel Velasco:

a) Caso Pedro Ortega:

Estuvo sola en su piso de Madrid. Su novio se había ido de viaje y sus padres viven en Santander. Pudo desplazarse hasta Comillas y regresar a Madrid en el mismo día.

Posible móvil: evitar que el periodista la acusara del asesinato de Rubén de la Vega.

b) Caso Rubén de la Vega:

Estuvo toda la tarde con Marina Galván y Lucía Lastra, en el piso de la última, en Comillas, recibiendo apoyo moral, porque estaba muy asustada.

Posible móvil: podría haberle pedido a Rubén que oficializasen una relación y, al verse rechazada, haber decidido matarlo por despecho.

Coartada: sí, aunque sus amigas podrían haber mentido para encubrirla.

Carmen Aramburu (Mentxi):

a) Caso Pedro Ortega:

En el hospital desde las 20:00 horas. Le cambió el turno de noche a una compañera. Falta comprobarlo, pero parece improbable que mienta.

Posible móvil: evitar que el periodista la acusara del asesinato de Rubén de la Vega. Se reunió con él horas antes de su muerte.

Coartada: sí, y es fácilmente contrastable.

b) Caso Rubén de la Vega:

En casa, cenando sola. Le costó superar la ruptura.

Posible móvil: venganza.

Coartada: no.

Diego Hermosilla:

a) Caso Pedro Ortega:

Estuvo en la oficina hasta las 21:20 horas y llegó a Comillas a las 22:00 horas. Las cámaras no grabaron ese día ni los anteriores.

Posible móvil: evitar que el periodista lo acusara del asesinato de Rubén de la Vega.

Coartada: no.

b) Caso Rubén de la Vega:

No ha sido analizado. Solo sabemos que en aquella época no tenía relación con Irene ni con Rubén de la Vega. Este último se alojó en su hotel cuando Irene lo echó de casa.

Posible móvil: enamoramiento de Irene y asesinato de Rubén para evitar la reconciliación.

Coartada: ¿?

Iker de la Vega:

a) Caso Pedro Ortega:

Pendiente de investigar. El domingo dispondremos de más información.

Posible móvil: evitar que el periodista lo acusara del asesinato de su hermano. Se reunió con Pedro Ortega unas horas antes de la muerte.

Coartada: ¿?

b) Caso Rubén de la Vega:

Pasó la tarde trabajando con sus padres en la huerta y cenando con ellos.

Posible móvil: pendiente de explorar. ¿Rencillas familiares? Había una pésima relación familiar.

Coartada: sí, aunque los padres podrían estar encubriéndolo, o incluso estar los tres involucrados.

Padres de Rubén de la Vega:

a) Caso Pedro Ortega:

Pendiente de investigar. El domingo podremos avanzar.

Posible móvil: evitar que el periodista los acusara a ellos o a Iker del asesinato de Rubén de la Vega.

Coartada: ¿?

b) Caso Rubén de la Vega:

Trabajando con su hijo Iker en la huerta y cenando con él.

Posible móvil: pendiente de explorar. ¿Rencillas familiares? ¿Herencia?

Coartada: sí, aunque Iker podría estar encubriéndolos, o incluso estar los tres involucrados en el crimen.

Elsa Varona (viuda de Pedro Ortega):

a) Caso Pedro Ortega:

En casa, con su hija y su madre. Consta en el atestado de la Guardia Civil. Ratificado por hija y madre.

Posible móvil: ¿herencia? ¿Ocultar algo relacionado con el caso Rubén de la Vega?

Coartada: sí.

b) Caso Rubén de la Vega:

Sin analizar. En principio no está relacionada con este caso.

—¿Por qué salgo ahí? —Gruñó Irene.

Mi compañero se ruborizó, como si no hubiera reparado en el efecto que podía producir la inclusión de Irene en la lista preliminar de sospechosos.

—Bueno, es un esquema con los implicados en los hechos, y tú estás implicada —se defendió, acalorado—. Un cuadro completo ayuda a visualizar mejor todo el puzle.

—Yo no los maté.

—Lo sabemos, Irene —intercedí, acariciándole el brazo.

—Alguien miente… —se lamentó mi amiga.

—También barajamos la posibilidad de que estemos ante dos

asesinos concertados —murmuró Tomás mientras recorría sus anotaciones con la mirada—. El problema es que esa hipótesis nos conduce a un terreno desconocido, con muchas combinaciones posibles. Hay algo que se nos está escapando, algo que daría sentido a todo este rompecabezas.

Dejamos la lista sobre la mesa y me reafirmé ante Irene en mi propósito de esclarecer los crímenes, como si la repetición de la promesa fuese de ayuda. Tal vez no fuera así, pero su reiteración me insuflaba ánimos, tantos que salí de allí con paso ligero, con el presentimiento renovado de estar cerca de dar con el asesino.

28

Descendimos el sendero que desembocaba en el paseo marítimo acompañados de decenas de ojos que nos espiaban desde las ventanas de las viviendas colindantes. La amable y cálida villa de Comillas se había tornado en un lugar inhóspito y opresivo. Hasta el tiempo se había vuelto desapacible. En las alturas, las nubes habían comenzado a arremolinarse y a ensombrecerse, y la temperatura había caído de modo alarmante. Apreté el paso y apremié a Tomás con un ademán, pero, en cuanto alcanzamos el pie de la colina, la lluvia arreció sobre nuestras cabezas.

Durante la carrera hasta el coche nos calamos hasta los huesos. Cuando nos montamos, mi pelo chorreaba agua y la gabardina azul de Tomás parecía haberse teñido de negro. Entre maldiciones, arranqué el motor.

Aprovechamos el viaje para analizar el comportamiento del asesino. Nos esforzamos por enésima vez en otorgarle algún sentido a sus últimas acciones, como la de dejarme un anónimo intimidatorio, pero nuestros intentos resultaron inútiles.

—La persecución no deja pruebas y sirve para asustarte, por lo que no parece tan absurda —había aducido Tomás—. Ahora bien, no entiendo lo del sobre. Te ha puesto en bandeja acreditar que hay alguien preocupado por que la verdad no salga a la luz. Eso favorece la defensa de Irene…

Por más vueltas que le dimos, no acertamos a adivinar qué ventaja obtenía ese individuo al revelar al mundo su existencia. Exhaustos de tanto razonar, nos abandonamos a asuntos más triviales hasta que, al filo de las tres de la tarde, atravesamos el aparcamiento de la plaza de Pombo. Tomás se subió a su coche y se

marchó; había quedado con Eva para comer en casa. Yo no tenía plan y presentía que el trabajo se me estaría amontonando, así que hice una parada breve en un bar que frecuentaba cuando la profesión me ahogaba y me negaba el tiempo preciso para una comida pausada. El camarero, con quien había fraguado cierta amistad, me sirvió un pincho de tortilla en la barra sin preguntarme qué me apetecía y lo acompañó de una Coca Cola Zero. Había un ejemplar de *El Norte* en una mesa cercana, pero, tras los acontecimientos de esa mañana, estaría desfasado.

—Estos días sales más en el periódico que el presidente del Gobierno —rio el camarero al seguir mi mirada.

—Estaría encantada de cambiarle el puesto —dije malhumorada mientras sacaba el móvil del bolso con intención de consultar la prensa digital. De soslayo, vi que fuera empezaba a llover.

Tenía una llamada perdida de Alicia y varias conversaciones pendientes de leer en WhatsApp. Me centré en las tres que me parecieron más importantes: una de Alicia, otra de mi madre y otra del grupo del despacho. Abrí la primera mientras me llevaba un trozo de tortilla a la boca. Alicia me proponía organizar una comida de celebración para el día siguiente. Las comensales seríamos ella y yo, pues Irene había rechazado la invitación y las demás amigas de la pandilla no habían sido convidadas por motivos obvios. Aunque la idea me atraía, no podía aceptar. El domingo por la tarde y el lunes por la mañana estaría enfrascada en el caso Pedro Ortega, de modo que no me quedaba otra opción que dedicar la tarde del viernes y el sábado entero a ponerme al día con otros asuntos del despacho.

Mi madre me preguntaba con evidente sorna si el fin de semana tendría la amabilidad de comer con ellos. Una negativa por escrito la habría enfurecido con toda seguridad, así que terminé llamándola y bajé la voz para que las personas que se encontraban a mi alrededor no oyesen los escasísimos detalles del caso que le confié para excusarme, como el viaje previsto para el domingo a San Sebastián o las declaraciones del lunes. Al final, cedió a regañadientes, pero me obligó a prometerle que el sábado siguiente no faltaría a la cita.

Por último, abrí el grupo de WhatsApp del despacho, repleta de felicitaciones. Haber eludido la prisión no significaba no ser

procesado en el futuro, pero no podía negarse que constituía una pequeña victoria, y así me lo reconocían los socios, incluido Antonio. Ya no parecía tan descabellado creer en la absolución de mi amiga. Tomás había contestado con palabras de agradecimiento, a las que me sumé con deleite. Después, abrí un chat con Antonio y le resumí la situación de Irene respecto al cuidado de su hijo. Le rogué que estudiara el caso y se pusiera en contacto con ella y con el abogado de Diego para alcanzar un acuerdo razonable.

A continuación, ojeé las noticias en internet. Los principales periódicos se hacían eco de la puesta en libertad de Irene, algunos de forma neutral y otros manifestando sin ambages su indignación. Ninguno daba muestras de haber tenido acceso directo a la resolución judicial, puesto que no se referían al anónimo, a pesar de que la jueza sí lo mencionaba. Mejor. Así Antonio seguiría sin saber nada del encapuchado.

Cuando llegué al bufete, iban a dar las cuatro de la tarde. Afortunadamente, había dejado de llover cinco minutos antes y me había salvado del chaparrón que había caído mientras comía.

En teoría, los viernes trabajábamos solo por la mañana, con la excepción de Virginia, que algunas semanas regresaba después de comer y permanecía en su puesto hasta las seis para atender llamadas y recoger documentos y correspondencia. No obstante, y como era natural, a los abogados no nos estaba vedada la posibilidad de alargar la jornada. De hecho, no recordaba la última tarde de viernes que no la hubiera pasado allí, delante del ordenador.

Virginia me guiñó un ojo en cuanto entré y me repitió su enhorabuena. Estuvimos cinco minutos charlando hasta que, justo cuando me encaminaba a mi despacho, la secretaria recordó que había recogido algo. Se agachó y tomó del cajón de su escritorio un sobre pequeño.

—Es un poco extraño. Estaba en el buzón, pero no tiene sello y lleva tu nombre escrito a ordenador.

Al oírla, me estremecí.

—¿Ocurre algo, Clara?

Tenía que serenarme; si le confesaba la verdad, Virginia no tardaría en informar a Antonio y a Fernando, por mucho que le suplicara discreción.

—Me lo habrá dejado un cliente que tengo. Un tipo un poco raro —acerté a articular.

—¿Y te trae las cosas así, sin remite ni nada? Habrá venido personalmente a dejarlo. ¿Cómo se llama el cliente? —dijo, empuñando el ratón para abrir la base de datos.

—Mmm, no importa. El hombre está jubilado y supongo que tiene mucho tiempo libre. Habrá venido dando un paseo. ¿Me das el sobre?

Virginia entornó los ojos, pero no opuso resistencia ni me pidió explicaciones; me lo entregó y retomó sus tareas.

En cuanto entré en mi despacho, cerré la puerta y me quedé a solas con aquel mensaje misterioso. ¿Debía abrirlo? Por supuesto que debía abrirlo. Necesitaba saber qué había en su interior. Lo deposité en el escritorio y, cogiendo un pañuelo para no dejar huellas, lo despegué y extraje el trozo de papel que contenía.

NO APRENDES

Lo releí dos o tres veces. Resultaba evidente que mi éxito en el juzgado había disgustado al asesino.

Durante unos minutos sufrí otro ataque de pánico que me avergonzó. Cuando cesó, apreté los dientes, frustrada. Era abogada penalista. No podía permitirme reacciones así, por más que hasta entonces solo me hubiera dedicado a los delitos de cuello blanco. Tenía que mantener la compostura, sin inmutarme ni dejarme avasallar por aquellas tácticas. No era la primera abogada a la que trataban de acobardar, y no sería la última. Debía actuar en consecuencia. Me coloqué de nuevo la gabardina, guardé el sobre en el bolso y crucé el pasillo.

—Vuelvo dentro de un rato —informé a Virginia, que me observó con curiosidad.

—Pero ¡si acabas de llegar!

—Se me había olvidado hacer un recado.

La secretaria meneó la cabeza, como si no terminara de creerse mis palabras.

—De acuerdo —dijo al tiempo que se encogía de hombros—. Yo aquí estaré. A ver si sale el sol y te da un poco en la cara, hija, porque estás muy pálida.

—Será la fatiga. Por cierto, ¿a qué hora has recogido el sobre?

—A las cuatro, cuando he llegado y he abierto el buzón. ¿Por?

—¿Lo revisaste al marcharte a las dos?

—Sí.

—¿Y había algo?

—No, no había nada.

—Entonces lo han debido de dejar aquí entre las dos y las cuatro, ¿no?

—Supongo. ¿Por qué? Me estás preocupando, Clara.

—Por nada, por nada —mentí con torpeza, más ocupada en pensar que aquello confirmaba mi hipótesis de que el asesino había decidido actuar después de conocer la noticia de la puesta en libertad de Irene.

Sin ofrecer más explicaciones, cerré la puerta y bajé las escaleras a toda velocidad.

En la comisaría de la Policía Nacional más próxima, situada en la calle José Ramón López Dóriga, junto a la plaza de Cañadío, me atendió un hombre uniformado de unos treinta años que me escuchó con atención, redactó la denuncia e incorporó el anónimo como anexo. Mientras escribía en el ordenador, le expliqué que, a ambos lados del portal del despacho, en el mismo edificio, había dos comercios que seguramente disponían de cámaras de seguridad, lo que facilitaría la labor de identificación de la persona que había depositado el sobre. El agente, que había oído hablar del caso Pedro Ortega, comprendió enseguida el vínculo que podía existir entre ambos sucesos y lo anotó en la denuncia. Además, no dudó en tomar en consideración mi sugerencia de participar en el visionado de las grabaciones una vez que las obtuvieran y, tras hacer un par de llamadas, me informó de que al día siguiente se pondría en contacto conmigo para confirmarme la hora a la que debía presentarme en la comisaría situada en la avenida del Deporte, en el barrio de La Albericia, para colaborar en la diligencia. Terminados los trámites, firmé la denuncia, guardé una copia en el bolso y salí a la calle.

Mientras regresaba al despacho, telefoneé a Tomás, que descolgó enseguida. No se apreciaban muestras de somnolencia en su voz; al menos, no le había estropeado la siesta.

—Hay otro anónimo —le anuncié sin preámbulos.

Tomás soltó una maldición. De fondo oí un: «¿Qué pasa?» de

una voz femenina. Eva, a estas alturas de la película, no debía de tenerme demasiado cariño.

—¿Qué pone?

—«No aprendes».

—Puf, ese tío está loco.

—¡Claro que está loco! ¡Ha matado dos veces! He ido a comisaría a denunciarlo y me han citado mañana para revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de los comercios contiguos. Con un poco de suerte, el encapuchado aparecerá en alguna imagen y lo cogeremos.

—¡Tienes razón! No se me había ocurrido. ¿Puedo acompañarte?

—No, no es necesario, y tampoco sé si te lo permitiría la policía. Descansa. Te necesito fresco para el domingo.

—De todos modos, dentro de una hora pretendía ir al despacho a terminar un par de escritos.

—Dime qué tienes entre manos y yo me encargo.

—No, no, ya los hago yo.

—Tomás, no es un ofrecimiento.

—Bueno, si es una orden la acataré, pero…

—Dime qué escritos son y en qué carpeta del servidor los tienes guardados.

En realidad, no me movía la abnegación, sino el sentimiento de culpa: no deseaba ser la responsable de que Eva terminase dejando a Tomás por sus ausencias, por dar prevalencia al trabajo. No quería que Tomás repitiera mis errores.

Pasé lo que restaba de tarde y la mañana del sábado absorta en la elaboración de escritos procesales, la contestación de los correos electrónicos acumulados y la lectura de un montón de papeles que fui desplegando sobre mi mesa, hasta que a la una y veinte del mediodía recibí la llamada del agente de policía.

29

16 de noviembre de 2019, sábado

Me presenté en la comisaría a las cinco y media de la tarde, la hora acordada. En la recepción le expliqué a un policía el motivo de mi visita. Asintió, como si ya supiera a lo que me refería, y llamó por teléfono a un compañero, que apareció al cabo de un par de minutos. Era alto y corpulento, y rozaría la cuarentena. Tenía los cabellos un poco largos, los ojos marrones y la nariz respingona.

—Buenas tardes, señorita Caballero. Soy el agente Bolado —se presentó—. Acompáñeme, por favor.

Lo seguí hasta el ascensor. Salimos en la tercera planta, donde el policía me señaló una sala que se encontraba a mano derecha. La puerta estaba entornada. En el interior nos esperaba un hombre canoso de unos cincuenta años, de estatura escasa y con una barriga incipiente. Llevaba la barba recortada y por encima de ella unas pupilas miraban con intensidad. El pelo lo tenía cortado a cepillo, con un estilo muy similar al de Fernando.

—Soy el inspector Silva. Lamento los incidentes que está sufriendo —dijo mientras me tendía la mano, que estreché con firmeza.

—Gracias. Me imagino que ya le habrán comentado que es posible que la persona que me acosa sea el asesino del periodista Pedro Ortega.

—Sí. Siéntese, por favor.

La sala era rectangular y estaba ocupada casi en su totalidad por una mesa alargada de grandes dimensiones que parecía destinada a

reuniones multitudinarias. Había doce sillas dispuestas a su alrededor. El inspector se acomodó en una ubicada en la parte central y nos indicó al otro agente y a mí que lo imitáramos. Después, alargó el brazo y abrió un maletín negro que reposaba en el centro de la mesa. De él extrajo un ordenador portátil de color gris que encendió.

—Hemos visto las imágenes. Le anticipo que no hemos detectado nada sospechoso, pero tal vez usted reconozca a alguien. Vamos a comenzar con el Café de Pombo, si le parece bien.

Inició el programa de reproducción al tiempo que le mostraba mi conformidad y aceleró ligeramente el ritmo de visionado. El Café de Pombo estaba situado a la derecha del portal que daba acceso al despacho, en un local que formaba parte del mismo edificio. La cámara de seguridad se hallaba colocada en la entrada del negocio y enfocaba justo enfrente, hacia la calle. En la imagen se distinguían tres de las jambas que sostenían los arcos de medio punto del soportal y, más allá, una porción de la plaza de Pombo. El vídeo marcaba las 00:01 horas del viernes. El hombre agarró el ratón y desplazó el cursor hasta las 13:58 horas. Expectante, me incliné hacia adelante para asegurarme de que no se me escapara nada, casi engullendo el monitor. A mi lado, el inspector Silva y el agente alternaban el repaso del vídeo con vistazos fugaces a mi rostro.

A las dos en punto se veía a Virginia desfilar por delante de la cafetería en dirección a su casa, pertrechada con una voluminosa bufanda negra, un abrigo de color rojo y un paraguas verde. Cinco minutos después, aparecía Fernando alejándose con una cartera abombada, a punto de explotar, señal inequívoca de que se llevaba varios expedientes para trabajar el fin de semana en casa. María y Antonio no habían quedado registrados en la grabación, seguramente porque habían tomado la dirección opuesta. Transcurrieron los minutos sin que aconteciese nada reseñable; tan solo desconocidos que caminaban entre los arcos, algunos tapados por los paraguas que sostenían, pues había comenzado a llover. En determinado momento el inspector Silva levantó la barbilla en mi dirección de forma elocuente, a lo que respondí meneando la cabeza: todavía no había resultados, pero debíamos ser pacientes. Sintiendo que mi frustración iba en aumento, me afané en la búsqueda de rostros familiares, hasta el punto de que, dejándome

llevar por mi imaginación y mi empeño, habría jurado que Ricardo, parapetado tras unas gafas de sol de tamaño notable, cruzaba por delante. Lo recordaba demasiado a menudo. «¡Céntrate!», me reprendí.

A las cuatro de la tarde entraba en escena Virginia, de nuevo con su bufanda negra, su abrigo rojo y su paraguas verde, sin que hasta entonces hubiese sido capaz de identificar a ningún individuo sospechoso. Caminaba distraída, con el móvil en la mano. Poco después se me distinguía pasando por delante.

El inspector Silva y su subordinado habían guardado silencio durante todo el visionado y mantenían la misma expresión. Debían de estar bien entrenados, pues, a pesar de que el asunto me interesaba, la espera se me hacía interminable y me picaban los ojos.

—Al otro lado del portal hay una tienda de ropa infantil que no cierra al mediodía, pero no dispone de cámara de seguridad —dijo el inspector—. Aunque parece que la hay, es de pega. La siguiente puerta es la de la librería Gil, que sí tiene cámaras operativas. Una, en concreto, graba la puerta de acceso y una parte del exterior. Vamos a ello.

Asentí. Si el asesino había llegado por la ruta opuesta a la cafetería, la cámara de la librería lo habría captado andando en dirección a la tienda de ropa infantil, junto a la cual se encontraba el portal del despacho.

—La única posibilidad de que quien traía el anónimo no haya sido grabado es que viniera de la plaza y se dirigiera a su despacho en línea recta —aclaró el inspector Silva—. Lo hemos comprobado: si siguió esa trayectoria, ni las cámaras de la librería ni las del Café de Pombo pudieron haberlo captado.

—La gente siempre viene de un lado o de otro, aunque sea en diagonal. No en línea recta —repliqué—. Créame, se lo digo por experiencia.

—Cuando uno tiene entre manos la ejecución de un acto delictivo, es más precavido —apuntó el inspector.

—Sí, eso es cierto.

Abrió la grabación y retomé aquella tarea tediosa con una mezcla de resignación y esperanza. Durante los primeros minutos no aprecié nada fuera de lo normal. Desalentada, y de modo casi

inconsciente, me arrellané un poco más en la silla y solté un bufido. Poco a poco, empecé a sentirme adormecida.

—Perdone, inspector, ¿tienen café? —me atreví a preguntar.

Al inspector se le escapó una risita y miró de forma cómplice a su compañero.

—Ya me parecía que estaba teniendo mucho aguante. Nosotros llevamos unos cuantos cafés encima, ¿sabe? Bolado, ¿puedes traerle café a la señorita, por favor?

—Claro, jefe —aceptó de buen grado el otro.

Justo en ese momento, vi a María y Antonio en la grabación. Según señalaba el reloj del vídeo, eran las dos y veinticinco. Acababan de abandonar la oficina.

—Son mis compañeros —le aclaré al inspector.

Los minutos avanzaron sin que hubiera novedades, y el agente Bolado regresó con tres vasitos de plástico humeantes.

Tomamos el café con la vista clavada en el ordenador, hasta que, a las tres y cinco minutos, nuestros esfuerzos dieron su fruto.

—¡Es él! ¡Es él! —bramé exaltada cuando un hombre de porte atlético, cabellos peinados impecablemente y ojos grises se paseó por la pantalla.

Al principio, no lo había reconocido, pues su rostro quedaba oculto bajo el paraguas que llevaba abierto para resguardarse de la lluvia. Sin embargo, al penetrar en el soportal, lo había plegado y, justo antes de que saliera del perímetro de la imagen, se adivinaba su rostro de perfil.

—¿Quién es? —me interrogó el inspector Silva, excitado—. Rebobine la imagen, Bolado.

—¡Es Diego Hermosilla, el esposo de Irene Arias! —exclamé estupefacta, derramando sobre la mesa los restos de café.

—¿El empresario?

—Sí, ese mismo.

—¿Y por qué le envía anónimos el marido de su clienta?

—Quizá porque él mató a Pedro Ortega y quiso echarle la culpa a su mujer. Lo que no entiendo…

Dejé la frase suspendida. Aunque físicamente podría haber cometido el crimen y carecía de coartada, el supuesto móvil era endeble, improbable. Si aún no había intimado con Irene, ¿para qué habría asesinado a Rubén de la Vega? Y, si no había asesinado a

Rubén de la Vega, ¿por qué habría de eliminar al periodista? ¿Por qué se estaba tomando tantas molestias en amedrentarme? El inspector continuaba hablándome, pero yo ya no lo escuchaba; mi cabeza daba vueltas en un remolino de especulaciones y contradicciones.

—¿Me puede proporcionar una copia de esa grabación? —lo interrumpí.

—Ya sabe que no estoy autorizado para darle eso. Y haga el favor de atenderme.

—Lo siento. Estaba intentando atar cabos. ¿Qué me decía?

—Le estaba sugiriendo continuar con el resto de la grabación. Debemos ser rigurosos.

Aunque el corazón me empujaba a marcharme de inmediato e irrumpir en casa de los padres de Diego, el sentido común aconsejaba mantener la cautela y actuar de forma metódica y reposada, tal y como sugería el inspector. Me deshice en mil disculpas, hasta que el ceño del inspector fue desdibujándose. Finalmente, reanudó la reproducción del vídeo. Un rato después, la grabación rebasó el período que nos interesaba y el inspector lo detuvo.

—Bueno, ya ha encontrado lo que buscaba, ¿no?

—Les estoy muy agradecida. Esto puede suponer un giro en la investigación.

—Tenga presente que puede ser una mera casualidad. No se precipite.

—Pero compartirá conmigo que se trata de una coincidencia muy conveniente, ¿no le parece? ¿Van a interrogarlo?

El inspector cruzó los brazos. Con su lenguaje corporal me anticipaba el sentido de la respuesta.

—Vamos a elaborar el atestado y se lo enviaremos al juzgado de instrucción. Por ahora, no podemos hacer nada más, ni debemos entrometernos en otros asuntos que ya están judicializados y cuya investigación está desarrollando otro cuerpo policial.

Aquello confirmaba lo que me había supuesto: seguirían los cauces protocolarios y, con toda seguridad, el juez que conociera del caso lo acabaría archivando sin ni siquiera tomar declaración a Diego, pues no constaba ningún indicio sólido en su contra. Mi sospecha de su vinculación con los asesinatos no constituía un

argumento suficiente para imputarlo, y lo sabía. El asunto de los anónimos me aterrorizaba, pero podía tratarse de un atajo para atrapar a aquel escurridizo asesino. Me preguntaba si lo había tenido delante de mis ojos todo este tiempo, si tras aquella fachada de avezado hombre de negocios y padre de familia ejemplar se escondía un perturbado.

—Comunicaré a la teniente Arranz el hallazgo —me informó el inspector cuando me levantaba de la silla—. Somos viejos conocidos y soy consciente de que esto podrá resultarle útil. Tenga cuidado, por favor.

Le agradecí la cortesía y el agente Bolado me escoltó hasta la salida.

No interioricé la advertencia del inspector Silva, por supuesto, y ni siquiera tuve la precaución o el detalle de llamar a Tomás. Antes de abandonar la comisaría, ya había decidido mis siguientes pasos: si la Policía Nacional no pensaba interrogarlo, lo haría yo misma. Albergaba la seguridad de que no cometería la imprudencia de matarme. Si lo hacía, tanto la propia Policía como la Guardia Civil no tardarían en encontrar el rastro que los conduciría hasta él. El miedo que me había dominado unas horas antes se había volatilizado, condensado por el ardor de la ira y la embriaguez del aroma de la verdad.

30

Atravesé la ciudad perforando con las luces del coche el manto de lluvia y oscuridad que la envolvía. Eran más de las ocho y la noche ya se había derramado sobre Santander, acompañada de nuevos chubascos. Las venas me aporreaban las sienes al ritmo de las gotas que azotaban el cristal.

Estacioné el coche en el aparcamiento subterráneo de la calle Castelar y, resguardada bajo el paraguas, recorrí la calle hasta el número 33. Ignoraba si Diego se encontraba en casa, pero valía la pena arriesgarse. Prefería desplazarme hasta allí en vano que anunciarle mi visita y concederle tiempo para urdir excusas, si es que pretendía ofrecérmelas.

Pulsé dos veces el timbre del cuarto piso.

—¿Diga?

Reconocí la voz áspera de la madre de Diego.

—Buenas tardes. Soy Clara Caballero, la aboga…

—¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar un momento con Diego —respondí, intentando aparentar normalidad.

—No la esperábamos.

—Es cierto, pero me ha surgido un problema.

La anciana no contestó.

—¿Hola? ¿Está ahí?

—Sí.

—Le comentaba que me había surgido un problema —repetí, armándome de paciencia.

—Ya la he oído. ¿Y?

—Oiga, ¿puede hacerme el favor de avisar a su hijo de que estoy

aquí?

Tras unos segundos, murmuró un gélido: «Voy». Aguardé inmóvil en el portal, como una pánfila, durante al menos tres minutos, los dedos ateridos y la sangre hirviendo, hasta que la voz de Diego me dio las buenas tardes a través del interfono y me indicó que subiera.

Como en la ocasión anterior, me topé con los dos ancianos en cuanto salí del habitáculo del ascensor. Me lanzaron una mirada hostil, como si acudiera a detener a su hijo. ¿Tenían a un asesino en casa y lo ignoraban, o tal vez lo sabían y no les importaba?

Como si representáramos nuestro encuentro previo, los seguí en silencio hasta el salón. La casa estaba sumida en la oscuridad, solo atenuada por la lámpara de lectura colocada junto al sillón que continuaba ocupando Diego, que no parecía haberse movido de allí desde la última vez. Se asemejaba a un fantasma, con aquella luz rasgada que le caía sobre el rostro. Cuando me adentré en la estancia, se volvió hacia mí, sin levantarse. Extendió la palma de la mano hacia delante y señaló el sofá. En sus labios descubrí una sonrisa mordaz y en sus ojos, el destello de la cólera. Las córneas ya no estaban hinchadas ni se advertía el paso de las lágrimas, y se había peinado el pelo con una raya perfecta. Aunque mantenía la misma postura, algo había cambiado: se lo percibía más entero, fortalecido, dueño de la situación.

—¿Qué haces aquí? —Gruñó, mientras con un gesto ordenaba a sus padres que se retiraran a otro lugar.

Me giré para estudiar la reacción de la madre; esta vez obedeció sin hacer ningún gesto.

—Dímelo tú —contesté cuando se cerró la puerta. Me acerqué a él, pero no tomé asiento.

—Ya te dejé claro que no iba a modificar mi declaración ni a mentir para ayudar a Irene —me espetó, y se reclinó en el sillón.

—Jamás te he pedido que faltes a la verdad —repliqué. No iba a permitir que cuestionase mi honradez deontológica con semejante ligereza—. Pero no he venido a hablar de eso.

—¿Y qué quieres entonces? No estoy para jueguecitos.

—Ah, pues yo pensaba que precisamente esto iba de jueguecitos.

—Clara, o me dices qué quieres o te vas de mi casa ahora mismo —exclamó Diego, al tiempo que se levantaba con violencia y perdía

su sonrisa sarcástica.

Se quedó a unos centímetros de mí. Mi plan había funcionado: había logrado encolerizarlo. Aquel estado de excitación reducía su capacidad de hilvanar mentiras, pero, en paralelo, incrementaba las posibilidades de que me atacara.

—Te confesaré qué pretendo: que dejes de enviarme mensajes anónimos y de acecharme por la calle como un cobarde.

Diego soltó una risotada y me contempló con desconcierto. Al reparar en mi expresión de gravedad, puso los ojos en blanco y torció los labios de manera irónica.

—Pero ¿de qué hablas, Clara? ¿Has perdido la cabeza o qué?

Su expresión de asombro parecía sincera; había ensayado bien su papel.

—Hablo de esos sobres amenazantes que me dejas. Hablo de esa sombra que me persigue allá donde voy. No pongas cara de imbécil. Te tenemos cogido. La Policía Nacional y la Guardia Civil ya están al corriente. Estás atrapado. Pónmelo fácil y cuéntame toda la verdad.

Diego contrajo el rostro y pegó la frente a la mía mientras dejaba escapar resoplidos, como un toro embravecido a punto de embestir. Tragué saliva y me estremecí de terror.

—Porque te conozco y te respeto. Si no, te haría pedazos —siseó Diego—. Te repito que no sé de qué demonios me estás acusando.

A continuación, Diego se alejó unos centímetros y me observó con desprecio.

—Ayer, pasadas las dos de la tarde, alguien depositó un sobre en el buzón del despacho con un mensaje anónimo. Decía: «No aprendes». ¿Te he refrescado la memoria? —pregunté con marcada ironía—. Y la noche anterior encontré en el felpudo de mi casa otra notita —proseguí, aguantándole la mirada—: «Para ya», decía. Ah, y hace dos noches un encapuchado estuvo siguiéndome por la calle y solo desapareció cuando se percató de que un vecino salía a pasear al perro. ¿Te reconoces?

Diego me observó con incredulidad. De repente, había recuperado el color habitual y la ira se había convertido en sorna.

—Alucino contigo. ¿Y de dónde sacas la idea de que el responsable soy yo? En serio, esto se te está yendo de las manos, Clara.

Me mordí los labios, midiendo mi siguiente paso. Revelarle la verdad implicaría anticiparle el interrogatorio al que lo sometería el próximo lunes y concederle la oportunidad de inventar una versión verosímil y trabajada. Constituiría un quebranto en mi estrategia procesal, pero un quebranto asumible, pues nada me urgía más que descubrir quién me estaba amenazando y acosando. Conocía a Diego, o eso creía, y podría detectar la mentira con mayor facilidad en un salón, a solas y cara a cara, que en el despacho de la jueza o en una sala de vistas, con otras personas interfiriendo en nuestro combate dialéctico. Además, su condición de testigo me suscitaba serias dudas de que la jueza fuera a admitir preguntas destinadas a demostrar su participación en los hechos.

—Las cámaras de la librería contigua al despacho te grabaron pasando por delante justo en el momento en que se depositó el sobre. Obviamente, quien me lo dejó es alguien relacionado con el caso. Y, de todas las personas vinculadas a él, ¿adivinas quién estuvo allí? ¡Tú! Qué casualidad, ¿no?

Diego me sonrió con sarcasmo, como si estuviera tratando con una ingenua.

—Me sorprende que te dejes llevar por meras coincidencias. Verás, existe una explicación muy sencilla a mi presencia en ese lugar. Tengo la oficina cerca, a un minuto a pie, y decías que la cámara que me ha captado es la de la librería, ¿verdad?

Asentí con timidez. La determinación y el arrojo con los que había acudido a aquella casa se batían en retirada, ahuyentados por el aplomo que exhibía Diego. Sus ademanes no eran los de un criminal arrinconado.

—¿Tan sospechoso te parece que un padre que cuida de su hijo en solitario vaya a la salida del trabajo a una de las pocas tiendas de ropa infantil que no cierran al mediodía? Sabes lo que hay junto a la librería, ¿verdad? Las cámaras me grabaron pasando por delante de la librería porque iba a la tienda de ropa, y no a tu despacho. No eres el centro del universo, ¿sabes? —me espetó, arrastrando las palabras y componiendo muecas de repulsa—. No llegué a tu maldito portal.

Fui a decir algo en mi defensa, pero Diego me detuvo con un gesto autoritario de la mano.

—Escúchame bien: si quieres pruebas, entra hoy en esa tienda y

pregúntale a la encargada si ayer estuve comprando ropa para Mario. Pregúntaselo, corre. Además, tengo los tiques y los justificantes del pago con tarjeta. Nadie te va a creer.

Me sentí ridícula y desorientada, como si me hubieran despertado de un sueño de un sopapo. Pero, a la vez, y aunque pudiera resultar paradójico, no conseguía sacudirme la sensación de sospecha, la convicción de que aquel hombre estaba bordando su actuación, engatusándome con una coartada que no era más que un montaje, porque al salir de la tienda podía haber dejado el sobre en el interior del buzón.

—Sé que lo has hecho, Diego, y pronto podré probarlo —repuse, sin bajar los ojos—. Nos veremos el lunes.

—Me decepcionas, Clara. No sabes cuánto.

—Pues ya somos dos. Ya somos dos.

Los ancianos, escondidos al otro lado de la puerta, dieron un salto hacia atrás cuando la abrí de golpe. Su mirada me confirmó que habían escuchado toda la conversación. Me acompañaron por el pasillo en silencio, concediéndome apenas medio metro de distancia. De soslayo, vi que Diego me seguía con la vista desde el salón, sin despedirse. Cuando llegamos a la altura del recibidor, la madre se adelantó, giró la manecilla de la puerta, me empujó al rellano y cerró de un portazo.

31

17 de noviembre de 2019, domingo

Me desperté cuando despuntaba el alba. Después de la revisión de las grabaciones en la comisaría y del enfrentamiento con Diego, me había derrumbado sobre la cama como si me hubieran abatido de un disparo. La tarde me había producido tal extenuación que había regresado a casa sin ni siquiera contemplar la posibilidad de encontrarme con más amenazas. Por fortuna, esta vez no había ningún sobre. En cierto modo, resultaba coherente, puesto que, sin pretenderlo, había entretenido al principal sospechoso hasta altas horas, o eso creía.

No me había molestado en cenar. Por no hacer, ni me había desvestido. Había llamado a Tomás y luego había caído rendida.

Apacigüé mi estómago, que rugía hambriento, sirviéndome una taza rebosante de café y dos tostadas con aceite. Mientras desayunaba, recordé la conversación que había mantenido con Tomás antes de dormirme. Mi compañero no había recibido con agrado la noticia de mi irrupción en la vivienda de los padres de Diego. Le preocupaba que me hubiera arriesgado demasiado y que lo hubiera puesto sobre aviso de manera indebida. Descansada y con la mente más lúcida, ahora me inclinaba a pensar que probablemente había cometido una estupidez. No obstante, el haber descargado mi frustración sobre Diego me había provocado un efecto liberador: de repente, el cuerpo y el alma me pesaban menos, y, tal vez reconfortada por la luz matutina, me inundaba el optimismo.

La noche anterior, mientras conducía de regreso a casa, había hablado por teléfono con Irene durante unos minutos. Había evitado en todo momento referirme a los anónimos y a mi conversación con Diego; no convenía alterarla con hipótesis ambiguas, por más que mi instinto me empujara contra aquel hombre. Me contó que había hecho la compra y que había pasado el resto del tiempo viendo la televisión. No había sido capaz de ponerse a leer un libro, su entretenimiento favorito; la intranquilidad y la añoranza de Mario desmoronaban toda tentativa de concentración. Aunque al principio lo negó, finalmente me confesó que no había logrado resistir el impulso de llamar a su marido. Según deduje, lo había hecho poco después de que yo abandonara la casa. Esgrimió como justificación que tenía derecho a oír la voz de su hijo después de haber pasado varios días en el calabozo aislada del mundo. Quizá hubiera pecado de inocente al creer que Irene postergaría el contacto con su pequeño.

Diego permitió al niño ponerse al aparato, y después discutieron: Irene le recriminó sus actos y ausencias desde aquella noche infausta y él se defendió acusándola de asesina una vez más. Cuando ella rompió a llorar, Diego cortó la comunicación. En ese instante, me habría gustado estar al lado de mi amiga para rodearla con los brazos y consolarla, pero nos separaban varios kilómetros de distancia y mis fuerzas se habían agotado.

Aquellos pensamientos mancharon el buen humor con el que me había levantado. Para espantarlos, decidí regalarme una ducha caliente. Tras veinte minutos en los que inundé el baño de vapor, me enfundé unos pantalones vaqueros grises, una blusa blanca, una americana negra y un abrigo, me calcé unos botines negros cómodos y salí de casa con paso firme. No me topé con ningún sobre a mis pies ni detecté a nadie que me vigilara.

En el despacho tampoco se apreciaba nada fuera de lugar. Me zambullí en los papeles que había dejado sin recoger la tarde anterior y, cuando me quise dar cuenta, era la una del mediodía de aquel atípico domingo. Volví a casa y me preparé una ensalada y un filete de pavo. Ni rastro del acosador. Mientras comía, consulté la prensa digital, que aquella mañana, distraída por los recuerdos de la noche anterior, había olvidado leer. No se recogía ninguna novedad reseñable. A las dos y media di el último sorbo de café, lavé los

platos, me aseé y partí hacia el domicilio de Tomás, que me aguardaba ya en la calle vestido con un traje gris marengo y un largo abrigo azul. Se lo veía recuperado.

Una hora y media después, nos adentramos en el casco urbano de Bergara. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. La luz del crepúsculo confería un aire fantasmagórico a aquel pueblo gris de raíces industriales que se hundía en el valle del Deva. La temperatura había descendido a medida que nos habíamos ido alejando de la costa y el frío se contoneaba en el aliento de los paseantes.

Atravesamos la calle principal y llegamos al ayuntamiento, un amplio edificio de piedra provisto de un pórtico de arcos de medio punto que destacaba por su belleza y contrastaba con el aspecto melancólico de las afueras. Mientras giraba el volante acatando las órdenes del GPS, paseé la vista por las montañas que descollaban con gallardía en los alrededores de la villa vasca. En alguna de esas laderas había reposado el cuerpo inerte de Rubén de la Vega.

Cruzamos Bergara en diagonal hasta iniciar un suave ascenso por una pendiente salpicada de chalés que se sucedían en paralelo a la carretera comarcal. Dejamos atrás las faldas de la colina y, de repente, la voz del GPS nos anunció que habíamos alcanzado nuestro destino. A nuestra izquierda, tras un portón de barrotes negros, se alzaba una vivienda de tres alturas pintada en tonos añiles y rodeada de un amplio jardín. Se encontraba algo apartada del núcleo urbano, en una zona residencial con grandes extensiones de césped que ocupaban casas individuales ligeramente distanciadas entre sí.

Cuando me disponía a aparcar al otro lado de la carretera, junto a un contenedor de basura, Tomás carraspeó y levantó el mentón. Seguí la dirección que marcaba y lo divisé: un coche de policía, de la Ertzaintza. No había nadie dentro. Se me disparó el ritmo del corazón y miré alrededor en busca de una ambulancia o algún signo de violencia. Mi compañero extendió entonces el dedo índice de la mano derecha y apuntó hacia el interior de la finca. Allí, a unos cuantos metros, sobre un porche de baldosa marrón, se recortaban cinco figuras: dos ancianos encorvados y raquíticos, un *ertzaina* de mediana edad y otro más joven que vestían sendos uniformes reglamentarios y un hombre de piel bronceada que llevaba puestos

unos vaqueros y una chaqueta verde. Segundos después, cruzó la puerta una persona más. Se trataba de un hombre que rondaría los setenta. Había perdido todo el pelo de la cabeza y no conseguía disfrazar la prominente barriga a pesar de las ropas holgadas con que se cubría el cuerpo. Avanzaba con dificultad, apoyado en un palo de madera.

El grupo emprendió el camino hacia la entrada. Me bajé del asiento y Tomás me imitó. Cuando se acercaron a aquellos barrotes negros y uno de los ancianos accionó el mando de apertura automática, se apercibieron de nuestra presencia, con reacción dispar: la pareja más mayor nos saludó con una sonrisa mustia; el señor del bastón se tensó como un muelle; los policías nos examinaron con curiosidad; y el hombre de piel bronceada nos dedicó una mueca hosca. Descorrido el portón, el policía más veterano dio un paso al frente y nos pidió que nos identificáramos. Cuando hice las presentaciones, se volvió hacia los ancianos, perplejo.

—¿Cuándo han avisado a los abogados? Si no han tenido tiempo…

—Vienen por otro asunto —explicó la mujer.

—Ah, discúlpeme.

—¿Ha ocurrido algo? —Me lancé a preguntar.

—Esta madrugada alguien ha entrado en casa a robar —murmuró la anciana. Sus ojos, de un azul vivido, transmitían desasosiego.

—Fue un encapuchado, vestido de negro de los pies a la cabeza —añadió quien debía de ser su marido y, según deduje, el padre de Rubén de la Vega.

Las palabras de aquel hombre me produjeron un estremecimiento. Por la expresión de Tomás, supe que estaba pensando lo mismo que yo.

—¿Por qué están tan seguros de su aspecto? —intervino mi compañero.

—Yo lo vi —dijo entonces el señor del bastón, levantándolo—. Soy Josu. Vivo justo al lado.

Nos contó que a las cinco de la mañana se había despertado sediento. Había bajado a la cocina y, después de beber un vaso de agua, no pudo reprimir el impulso de fumarse un cigarrillo. Se puso

el abrigo y salió a la calle. Hacía frío y aún era de noche. Encendió el pitillo y dio una calada. Blanca y Sebastián, los vecinos, se habían ido de viaje y le habían pedido que ventilara la casa por las mañanas hasta su regreso. Por eso le sorprendió la claridad que brotaba del primer piso. Parecía una linterna o algo similar; quizá el chorro de luz que emitían los teléfonos modernos. Josu, ejerciendo de fiel guardián, tomó las llaves que Sebastián le había prestado y se acercó despacio a la casa, con cuidado de no hacer ruido cada vez que apoyaba el bastón en el suelo. Abrió con delicadeza la puertecilla integrada en el portón de acceso a la parcela. Aun así, el bombín crujió un poco al girar. Contuvo la respiración. No estaba seguro de si habría sido suficiente para alertar a quienquiera que estuviese allanando el chalé. Recorrió con cautela el camino pavimentado que dividía el jardín en dos tramos. Al fin, con el corazón saliéndosele del pecho, llegó hasta los cuatro peldaños que precedían al porche. Unos metros más allá estaba la puerta. La vio entornada. Un leve fulgor se escapaba por el quicio.

Justo entonces, cuando subía los escalones, una sombra emergió del interior y saltó sobre él. Josu cayó hacia atrás y se golpeó en la cabeza, pero logró mantenerse consciente. Fue así como pudo ver que el intruso echaba a correr en dirección al portón, trepaba y lo saltaba sin esfuerzo. Segundos después, se perdió en la oscuridad de la noche. Josu, a su edad, no fue capaz de reponerse del impacto hasta varios minutos después. Para entonces, el ladrón había desaparecido. Se arrastró hasta su casa a duras penas y despertó a su mujer, que llamó a la Ertzaintza de inmediato.

No faltaba nada. Eso aseguraban de forma categórica los padres de Rubén de la Vega.

—Los cajones estaban abiertos y su contenido, tirado por el suelo. Había libros y papeles por todas partes —dijo el policía más joven—. Puede que buscara dinero, billetes escondidos… De todos modos, no tuvo tiempo de registrar toda la casa. No llegó más allá del primer piso.

La anciana asintió y me escrutó.

—Revolvió el salón de la planta baja. También nuestra habitación y la de Rubén, en el primer piso —corroboró—. El cuarto de Iker estaba intacto, y al ático no subió. Josu lo debió de sorprender en ese momento —añadió, y sonrió al vecino con

gratitud.

—De todos modos, no se preocupen. Investigaremos el suceso a fondo —prometió el *ertzaina* con más edad—. Si no se les ofrece nada más, nos retiramos.

—Faltaría más, agente —respondió la mujer.

Josu se unió en la despedida y los tres abandonaron el lugar.

Nos quedamos a solas con los ancianos y el hombre de la piel bronceada, que nos observaba con un gesto hostil inexplicable. Debía de ser Iker.

—Ustedes sabían que mis padres estaban de vacaciones —nos espetó señalándonos con el dedo índice.

Apreté los dientes.

—¿Nos está acusando de algo?

El padre se adelantó un paso e instó a su hijo a que cuidara sus modales. A unos metros, la madre contemplaba la nuca de Iker con desazón. Él dedicó una mirada despectiva a su progenitor, puso cara de aborrecimiento y dio media vuelta en dirección a la casa. Cuando se alejó, el anciano se disculpó y nos invitó a seguirlos al interior. Hice un gesto con la mano para restarle importancia al incidente y fuimos tras él.

Atravesé el camino de cemento mientras fingía observar el jardín, pero mi mente se encontraba absorta en otros menesteres: la insinuación de Iker no resultaba del todo infundada, al menos en cuanto al fondo. El asalto no podía obedecer a una casualidad, a un cruce del destino. Justo cuando volcábamos nuestra atención en aquella familia, un ladrón que encajaba con la descripción de quien me estaba acosando se colaba en la casa. Me costaba creer que aquel encapuchado misterioso hubiera actuado con ánimo de lucro. No, no era un ladrón común. Pero ¿qué buscaba?

Iker de la Vega abrió la puerta y se metió en el chalé sin esperarnos. Su padre, más gentil, se hizo a un lado y nos cedió el paso.

El salón estaba dividido en comedor —con una mesa alargada y cuatro sillas— y sala de estar —con una chimenea encendida, varias estanterías con libros y dos sofás de tela granate colocados en perpendicular—. La estancia la adornaban siete cuadros que capturaban la esencia de los bosques y las playas de Guipúzcoa. Una gran lámpara que terminaba en un círculo de bombillas pendía del

techo. Debían de haberse esmerado en reordenar el caos que nos había descrito el agente, puesto que no se advertían indicios de la invasión.

Los padres de Iker tomaron asiento al lado de su hijo. Nosotros lo hicimos en el otro sofá y nos giramos ligeramente para poder sostenerles la mirada. Y, así, iniciamos una reunión que concluiría de un modo inesperado y que marcaría el devenir de los acontecimientos.

32

Bianca, la madre de Rubén de la Vega, ocupaba el centro del sofá. La naturaleza se había encargado de pulir en su cuerpo el rastro de la senectud. Un sinfín de arrugas le surcaba el rostro, sobre el cual caían con languidez algunos mechones de pelo grisáceo. Su figura, a pesar de estar cubierta por una camisa holgada y unos pantalones negros de corte ancho, se intuía consumida y demacrada, en su recta final. Sin embargo, sus ojos azules retenían un ápice de pujanza y destilaban inteligencia, aunque una capa de pesar flotara sobre ellos. No los apartaba de mí. No era la mujer ruda y adusta que Juan Manuel nos había descrito. Más bien se asemejaba a un enfermo que no añora su pasado. Su marido, a su derecha, se sentaba encogido, con la espalda describiendo una chepa. Sus pupilas eran dos pozos de negrura y sobre su nariz descansaban unas gafas rectangulares de montura plateada. Respondía al nombre de Sebastián y nos estudiaba con precaución. A la izquierda de Blanca se encontraba Iker, que había cruzado los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

La primera en tomar la palabra fue la mujer, cuyas facciones iluminaba el fuego que aleteaba en la chimenea:

—Nos gustaría ayudarlos —musitó, mirando de soslayo a su hijo, que no dio muestras de oírla—. Iker solo pretendía protegernos. Ese es el motivo de que los rechazara cuando lo llamaron. Compréndanos: hemos sufrido mucho.

Sus ojos se humedecieron y se vio obligada a detenerse para no romper a llorar. Asistí a aquella escena desconcertada; según Carmen Aramburu e Irene, el afecto entre Rubén y sus padres había brillado por su ausencia desde hacía décadas.

—Rubén fue muy cruel con nosotros, ¿saben? —prosiguió la anciana—. No le brindamos el apoyo y el cariño que merecía en la adolescencia, se lo reconozco, pero su venganza fue desmedida. No pueden imaginarse cómo nos pisoteó cuando triunfó. Aquellas discusiones no se las desearía a nadie. Aun así, siempre pensé que lo terminaríamos arreglando. Hasta que lo perdimos…

Hizo una nueva pausa y miró al suelo.

—Murió y no supimos cómo actuar. Sucedió de repente, tras años sin dirigirnos la palabra. Para cuando me arrepentí de lo tercos que habíamos sido, Rubén ya había recibido sepultura.

Parecía hacer verdaderos esfuerzos para pronunciar las palabras, como si cada una trajera consigo todo el peso de la tierra que cubría el féretro de Rubén.

—Soportamos aquel proceso judicial como pudimos —murmuró —. Si les soy sincera, todavía no estoy segura de si estaba destrozada, enfadada o todo me resultaba indiferente. La verdad es que nosotros fuimos unos padres nefastos y él, un hijo terrible. Ahora veo con claridad que la ira y el rencor no deben separar a una familia. El orgullo nos cegó y, cuando comprendí que habíamos actuado como unos estúpidos, mi hijo ya no podía escuchar nuestro perdón. Por eso le pedí a Iker que rectificara con ustedes. Soy consciente de que Irene Arias, a la que nunca conocimos, pudo haberlo matado, pero creo que hablar con ustedes es lo mejor que podemos hacer ahora mismo.

Sebastián asintió cabizbajo, reafirmando lo dicho por su esposa. En cambio, Iker mantuvo la postura rígida y la expresión desafiante. Le agradecí a la mujer su predisposición a ayudarnos. A continuación, con un ligero toque en el hombro, animé a Tomás a que tomara las riendas del interrogatorio.

Comenzó preguntándoles por el robo o, mejor dicho, por la tentativa de robo, pues insistieron en que no había desaparecido ningún objeto de valor. No tenían la menor idea de quién podía haberse adentrado en su domicilio en plena noche ni qué buscaba. Mucha gente estaba al corriente de que iban a tomarse unos días de vacaciones, por lo que cualquiera podría haber aprovechado esa circunstancia, aunque ninguno de sus conocidos les parecía capaz de aquello.

Después, nos retrotrajimos casi seis años.

—Hacía mucho tiempo que no hablábamos con Rubén. Aquella tarde tampoco nos llamó. Ni siquiera sabíamos que había venido a Bergara —dijo Blanca, tajante.

—Él vivió en Bergara de niño, ¿verdad? —quiso confirmar mi compañero.

—Sí, nació y vivió aquí, hasta que un día nos abandonó y se fue a la ciudad, a San Sebastián. Le gustaba mucho el monte y hacer senderismo. De pequeño le tenía mucho cariño a toda esta zona. De hecho, iba a menudo con su padre y con su hermano a pasear por el lugar donde apareció su cuerpo.

Aquello me sobresaltó. Si lo que la anciana había dicho era cierto, la ubicación del cadáver podía responder a algo más que una mera casualidad. ¿Y si Rubén había ido hasta allí para reencontrarse consigo mismo? ¿Y si había ido hasta allí por su propio pie? ¿Y si la tesis del traslado del cadáver era equivocada? Pero, en ese caso, ¿por qué había aparcado el coche tan lejos, a varios kilómetros?

—Desde que se pelearon, ¿saben si Rubén regresó alguna vez a ese sitio, en el monte? —inquirió Tomás.

Blanca entrecerró los ojos. A su lado, su hijo se recolocó en el sofá.

—Ahora que lo dice… Hubo una vez. Sí, hubo una vez, hace nueve años —respondió la mujer—. Una tarde, un vecino creyó verlo siguiendo un sendero. Había ido a coger setas y distinguió una silueta. Me dijo que vio a un hombre vestido entero de negro, de espaldas. Le recordó a Rubén.

Me sobrecogí al oír la descripción, que encajaba con la del acosador. ¿Podía ser otra coincidencia? No, imposible; Rubén estaba muerto. Él no podía ser el encapuchado. De soslayo, comprobé que Tomás había abierto mucho los ojos. Imaginé que le asaltaban los mismos pensamientos que a mí.

—De todos modos, ese hombre era mayor y estaba en otros mundos —añadió Blanca—. No le di demasiada importancia.

—Esto no se lo dijo a la Ertzaintza, ¿verdad? —carraspeó Tomás.

—No. Lo había olvidado por completo.

Resulta curioso cómo una pregunta puede agitar la memoria; de repente, teníamos ante nosotros una posible explicación al viaje clandestino del escritor. No era descabellado suponer que Rubén,

tras la ruptura con Irene, hubiese querido perderse en los parajes que frecuentaba en la infancia para buscar el sentido perdido de su vida, para recomponer las piezas mutiladas de su pasado. Pero algo había sucedido, algo inesperado que había truncado su proceso de catarsis.

—¿Nadie lo vio la tarde en que murió? —indagó Tomás.

Blanca y Sebastián negaron con la cabeza. Iker no se movió.

—¿Ustedes siempre han vivido aquí? —pregunté.

—Sí.

—¿Y usted? —agregó mi compañero, dirigiéndose a Iker.

—Yo me trasladé a Eibar hace doce años —gruñó Iker—. Vivo allí con mi mujer y mis dos hijos, y trabajo en la sucursal de un banco. Y no, tampoco estuve con mi hermano el día en que murió.

—Ya. Usted pasó la tarde con sus padres y cenó aquí con ellos, ¿verdad?

—Iker nos echó una mano en la huerta —confirmó su madre, presa de un súbito temblor. De repente, parecía nerviosa.

—Entiendo —repuso Tomás—. Ya nos han comentado que no conocieron a Irene. ¿A Carmen Aramburu tampoco?

—No, lamentablemente —contestó Blanca enseguida.

—Sabemos que el lunes pasado ustedes dos se reunieron con el periodista Pedro Ortega. ¿Hablaron de algo en concreto?

La mujer se estremeció.

—Nos hemos enterado de que fue asesinado al día siguiente. Un suceso terrible. Y, además, en la casa de Irene Arias…

Nos mantuvimos en silencio, reacios a compartir cualquier detalle.

—Miren, charlamos un poco de todo —continuó entonces la anciana—: de la niñez de Rubén, de nuestros problemas familiares, de su fallecimiento… No tengo la impresión de que le contáramos nada diferente de lo que les estamos diciendo hoy a ustedes o de lo que declaramos hace casi seis años. He pensado bastante en ello, créanme.

—La creemos. Por cierto, dígame una cosa: si Pedro Ortega los entrevistó el lunes por la mañana, ¿cuándo emprendieron el viaje a Hendaya? —preguntó Tomás.

—Al día siguiente, a primera hora. Nos recogieron unos amigos en coche. El hombre quería concertar la cita el martes para que

también estuviera Iker y matar dos pájaros de un tiro, pero nos resultaba imposible, así que la adelantamos al lunes.

—¿Y por qué aceptaron conversar con él?

La mujer suspiró y dirigió la vista al suelo.

—Pues por el mismo motivo por el que estamos ahora con ustedes: es lo menos que le debemos a nuestro hijo…

—La comprendo —dijo mi compañero, esbozando una sonrisa amable—. ¿Y cómo se llaman esos amigos que pasaron a buscarlos?

Al oír la pregunta, la anciana clavó las pupilas en las de Tomás.

—Se llaman Arantza Etxebarria y Aitor Fernández —contestó al tiempo que se reclinaba en el sofá—. Estuvimos con ellos toda la tarde. Jugamos a las cartas.

Asentí. Había llegado el momento de enfrentarse a la figura pétrea. Giré levemente el cuello y reté a Iker con la mirada.

—¿Qué hizo usted la tarde en que Pedro Ortega fue asesinado?

El hombre arrugó el rostro y cruzó las piernas.

—Me quedé en casa viendo la televisión. Mi mujer fue con los niños a visitar a mi cuñada, a la que no soporto.

Entorné los ojos. Iker disponía de una coartada endeble en el caso Rubén de la Vega, que se limitaba al mero respaldo de sus padres, y, según se desprendía de sus propias palabras, carecía de defensa en el caso Pedro Ortega. Contaba con la frialdad y los arrestos que caracterizan a todo criminal, de eso no me cabía duda. Además, su madre había dejado entrever cierto nerviosismo cuando habíamos aludido a la presencia de Iker en la huerta familiar el día del fallecimiento de Rubén. ¿Nos estaban mintiendo?

—¿Qué le contó usted al periodista? —pregunté.

Resultaba obvio que Iker no compartía los remordimientos de sus padres. Seguía odiando a su hermano. Con manifiesta desgana, y bajo la atenta mirada de su madre, resumió el contenido de la entrevista. Hablaba sin emoción y sin apartar la vista de las llamas que engullían la leña.

Lo primero que le había revelado a Pedro Ortega era que Rubén se había dejado hechizar desde muy pronto por el embrujo de los libros. Con diez años ya destacaba por su voracidad lectora, no como él, que no sentía ningún apego por la literatura. En aquella casa nunca se había fomentado el culto a la novela, así que todas aquellas horas durante las que Rubén desaparecía del mundo y se

sumergía en la ficción eran juzgadas por sus familiares como una absoluta pérdida de tiempo. Rubén no hizo demasiados amigos en la escuela. Destacaba por su conocimiento y su manejo del lenguaje, lo que lo convirtió en blanco de las envidias de sus compañeros y en objeto de burlas. Las pocas personas con las que llegó a forjar cierta amistad perdieron su rastro cuando, en un arrebato de cólera, se mudó a San Sebastián y rompió con todo cuanto lo rodeaba. Era un muchacho inteligente, brillante, pero también muy temperamental e impulsivo. Desde aquella disputa, solo volvió una vez a Bergara, tras el éxito arrollador de su primer libro. Se presentó de improviso para pavonearse ante sus padres. Dio la casualidad de que Iker presenció aquella escena grotesca, que quedó grabada en su retina y terminó de hundir a aquella familia. Según Iker, la fama había ejercido de gasolina y había prendido la ira.

Respecto al asesinato de Rubén, pocos datos le había aportado al periodista, pues no sabía nada, y habían transcurrido muchos años sin tener más noticias que las publicadas por los medios de comunicación. A su juicio, la entrevista había resultado inofensiva e irrelevante; una auténtica pérdida de tiempo.

—¡Y no tengo nada más que decirles! Estoy harto de revivir ese calvario y de que cualquiera se crea con derecho a meter las narices en nuestra vida. ¡Que alguien asesinara a mi hermano no remedia lo que nos hizo!

Para distender el ambiente, Blanca se ofreció a enseñarnos la antigua habitación de Rubén y sus pertenencias. Intuí que su propuesta era una excusa para permitirse transitar por los caminos de la memoria sin sentirse culpable, un pretexto para realizar aquello que no había hecho nunca: ensalzar a su hijo. Iker chasqueó la lengua con disgusto.

La anciana nos precedió con paso firme. Su marido la seguía sin titubear, como si conformaran un único ser. Unos metros más allá del rellano de la primera planta, a la izquierda, se abría una puerta maciza que daba paso a una habitación de cuyas paredes colgaban innumerables pósteres de la Real Sociedad y de *La guerra de las galaxias*, todos descoloridos y acartonados, y que se intercalaban entre las estanterías atestadas de volúmenes de novela policiaca, histórica y de aventuras. Una alfombra verde que combinaba con el color de las paredes, una cama individual y un escritorio con un

bote de bolígrafos y unos cuantos folios en blanco apilados en un extremo completaban la estampa. No había ninguna fotografía. En esa habitación sí se apreciaban secuelas del intento de robo, como muebles desencajados o la bombilla rota del flexo.

Tras un breve reconocimiento del lugar, nos mostraron el dormitorio de Iker, que revelaba un uso más reciente, con una decoración más propia de un adulto joven que de un adolescente. Se encontraba impoluta e indemne, sin signos de haber sido registrada. A continuación, entramos en la habitación de los padres, que parecía un campo de batalla. La cama no había sufrido daños, pero el armario empotrado tenía una de las puertas astilladas y algunos cajones habían sido arrancados de cuajo. Los ancianos los habían depositado en el suelo, en una esquina, con la esperanza de que un carpintero pudiera repararlos, según dijeron.

—¿Están seguros de que no les han robado nada? —insistí.

—Absolutamente —respondió Blanca—. Podemos llevarlos también al desván. Allí guardamos algunas cosas de Rubén.

Acepté la propuesta y enfilamos las escaleras que conducían a lo más alto de la casa. El lugar era amplio y abuhardillado, con ventanas incrustadas en el tejado. Todo el suelo estaba repleto de cajas y baúles pertenecientes a muy diversas épocas. Bajo la mirada de Iker, que permaneció en la puerta a modo de guardián, recorrimos con los ancianos aquel laberinto de recuerdos y cacharros enterrados en una película de polvo. Examinamos antiguos álbumes de fotos de los niños, ropa vieja con valor sentimental, repuestos de máquinas y una infinidad de enseres más. Entre el cúmulo de objetos, captaron mi atención varias cajas de cartón con el rótulo «Rubén». Serían al menos veinte.

—Son sus cosas, las que dejó en el hotel y en su despacho de la universidad —me explicó Blanca—. Nos lo enviaron de Comillas. La mayoría son ropa, apuntes para sus alumnos y algunos capítulos y esquemas de libros.

Recordé entonces al profesor Crespo refiriéndose apasionadamente a los borradores y notas de novelas del escritor que había encontrado en el despacho del CIESE al tomar posesión de su puesto, y a Diego Hermosilla criticando el desorden de prendas y objetos con el que se toparon cuando la Ertzaintza abrió la puerta de la habitación de Rubén.

—¿Subió aquí con el periodista? —le preguntó Tomás a la anciana mientras se agachaba y se inclinaba sobre una de las cajas.

—Sí. Se tiró un buen rato.

Repasamos su contenido durante varios minutos, sin que los padres y el hermano de Rubén nos quitaran el ojo de encima.

—¿De verdad es necesario todo esto? —refunfuñó Iker cuando extraje unos calzoncillos que daban la impresión de estar usados.

—Pues no estoy segura —contesté, haciendo un gesto de asco y arrojándolos lejos de mí.

Después de pasar revista a la ropa, dirigimos nuestra atención a la ingente cantidad de documentos que se acumulaba en varias cajas. Como nos había anticipado Blanca, encontramos cientos de hojas con apuntes de clase, fotocopias de libros de texto, exámenes y manuscritos y anotaciones de obras terminadas y de otras meramente esbozadas.

Lo primero que cogí fueron unos cincuenta folios unidos por una goma que conformaban la estructura y contenido básicos de una futura novela a la que Rubén había adjudicado el título de *El informante comunitario*. Estaban fechados a octubre de 2009. En la primera página el escritor había sintetizado la trama en apenas cuatro líneas, a modo de sinopsis comercial. La leí con curiosidad: con la crisis económica y las quiebras bancarias como telón de fondo, la historia versaba sobre un agente español que era enviado en otoño de 2008 a la capital belga a investigar los entramados de una conspiración gubernamental en la que participaban diversos países y que había sido denunciada por una persona anónima.

También tuve en las manos otros textos, como uno todavía incompleto titulado *La conjura de las bestias*, que, conforme pude apreciar en su correspondiente sinopsis, contaba la historia de un asesinato acaecido en Nueva York en los años sesenta, y otro finalizado e inédito que parecía relatar la tragedia de un amor no correspondido en el medievo. Superaba las seiscientas hojas y, a su término, rezaba: «Comillas, a 7 de diciembre de 2013». Intercambié una mirada con Tomás, que observaba por encima de mi hombro con auténtica fascinación: Rubén había finalizado la escritura de ese volumen apenas cuatro días antes de morir.

Estábamos inmersos en la lectura cuando, de repente, se oyó cómo alguien llamaba al timbre con insistencia. A través de las

ventanas del desván nos llegó una voz femenina que ascendía hasta las alturas gritando con autoridad: «¡Guardia Civil!». Fruncí el ceño, sin comprender qué podía motivar aquella visita inesperada, teniendo en cuenta que la competencia para investigar la tentativa del robo estaba reservada a la Ertzaintza y que los agentes ya se habían marchado.

Mi mente trabajaba a toda velocidad cuando, sin previo aviso, el rostro de Iker se crispó. Sin concederme tiempo de reacción, saltó sobre mí y me propinó un puñetazo brutal que me reventó la nariz.

33

Me desplomé sobre el suelo con violencia y me golpeé en la nuca. La cabeza comenzó a arderme. Todo me daba vueltas. Luché por alzar la vista, temiendo un nuevo ataque. La visión se me había nublado y apenas conseguía discernir sombras. De repente, distinguí el contorno de una silueta tumbada sobre mí que se disponía a descargarme otro golpe. Intenté levantarme, pero el peso del hombre me tenía atrapada. Me corrían torrentes de sangre caliente por las mejillas. De fondo, en algún lugar, resonaban los gritos de una mujer que suplicaba auxilio.

Cuando ya me había preparado para encajar el impacto definitivo que daría al traste con mi existencia, se produjo el choque. Oí un crujido y una caída a pocos metros de mí. De pronto, dejé de sentir presión sobre mi cuerpo. Desorientada, levanté la cabeza del suelo. La bruma que se había instalado en mis ojos empezó a disiparse, y enfoqué la mirada hacia el lugar del que procedían los chasquidos de huesos, alaridos, jadeos e insultos que proferían dos voces masculinas.

Tomás e Iker rodaban por el suelo, enzarzados en un intercambio de puñetazos, tirones de pelo e intentos de estrangulamiento. No sabría decir quién se estaba imponiendo, puesto que los ataques de ambos se sucedían sin parar. Iker presentaba una brecha en una ceja y sangraba de forma copiosa. Traté de ponerme en pie y defender a mi compañero, pero mis músculos no respondían. Trastabillé y volví a caer. Los dos ancianos permanecían a escasos metros de mí. Sebastián se había quedado petrificado y no apartaba los ojos de Tomás e Iker, incapaz de intervenir. Blanca alternaba plegarias con ruegos de desistimiento

que ninguno de los dos atendía.

En ese instante, los escalones que conectaban el desván con el piso inferior chillaron con estrépito al ser aporreados por unas botas decididas, y la puerta se abrió de golpe, impulsada por una mujer rubia que sostenía una pistola.

La reconocí en el acto: era la teniente Arranz.

Entró a la carrera seguida de dos hombres que empuñaban sendas armas y apuntó directamente a Tomás y a Iker, gritándoles a pleno pulmón que se pusieran de rodillas y alzaran las manos, o dispararía contra sus cabezas. Tomás acató la orden de inmediato y retiró los dedos de la garganta de Iker, pero este último se resistió durante unos segundos y aprovechó la situación para propinarle un puñetazo en la sien. Tomás, al verse golpeado, hizo ademán de atacarlo de nuevo.

—¡Deténganse o disparo! —rugió la teniente.

Iker la fulminó con la mirada y, finalmente, depuso la lucha, levantó las manos y se arrodilló ante los miembros de la Benemérita. Tomás resopló y lo imitó.

—¡Usted, vaya con Clara! —le ordenó la teniente a mi compañero con vehemencia—. ¡Y usted, dese la vuelta muy despacio!

Mi compañero corrió hacia mí y me ayudó a incorporarme. Por suerte, no parecía haberme roto nada y la hemorragia de la nariz iba remitiendo. Tomás tenía el rostro cubierto de sangre, con varios arañazos y marcas de golpes, pero no había sufrido heridas de gravedad.

—¡Qué se dé la vuelta! ¿Está usted sordo? —bramó la teniente al comprobar que Iker no la había obedecido.

El hombre la retó durante unos segundos, insolente. Después, compuso una sonrisa salvaje, propia de un demente, y se giró hasta colocarse de espaldas a los agentes. La teniente, sin bajar la pistola, dio unos pasos hacia él y le colocó unas esposas.

—¿Qué hacen aquí? —Gruñó Iker, todavía arrodillado.

—Lo sabe muy bien —contestó la teniente con voz helada mientras, tirando de él, lo obligaba a ponerse en pie—. Queda usted detenido por los asesinatos de Pedro Ortega y Rubén de la Vega. Y también por inducción al suicidio de Carmen Aramburu.

Crucé un gesto de incredulidad con Tomás. Iker disponía de

coartada en el caso Rubén de la Vega; era imposible que hubiera sido él, salvo que los ancianos nos hubieran mentido. ¿Y a qué se refería la teniente con inducción al suicidio de Carmen Aramburu? ¿Se había quitado la vida? ¿Es que Iker la conocía?

—¿Le ha pasado algo a Carmen Aramburu? —pregunté, atónita.

—Que se lo explique él —me dijo la teniente Arranz, y lo señaló con un gesto de la barbilla.

—No sé de qué me habla —respondió Iker con desprecio—. Tendré derecho a un abogado, ¿no?

La teniente guardó el arma y procedió a declamar los derechos del detenido de forma irónica. Después, les ordenó a sus compañeros que lo introdujeran en el coche y la esperaran allí.

—¡Yo no he hecho nada! —masculló Iker dirigiéndose a sus padres, que asistían lívidos a la escena.

—Sabemos que mantenía una relación secreta con Carmen Aramburu —replicó la teniente mientras los dos agentes lo agarraban y lo empujaban hacia la puerta.

Iker no contestó, pero silo hizo su madre con el semblante desencajado.

—Hijo, ya no puedo más… —gimió.

Su marido la abrazó y asintió para mostrarle apoyo ante la atenta mirada de Iker, cuyo rostro se había encapotado, consciente de que el juego había terminado.

—Mamá, te juro que yo no he matado a esos hombres…, y a Mentxi tampoco.

Estaba realmente alterado. Miré a Tomás con estupefacción. Carmen Aramburu había muerto y, además, aquellos tres conocían el diminutivo con el que la gente más cercana se dirigía a ella. Nada tenía sentido.

—¿Mentxi está muerta de verdad? —Se horrorizó Blanca—. ¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué has hecho? —se lamentó al tiempo que se echaba a llorar.

Iker intentó zafarse de los brazos del agente que lo tenía retenido, pero no lo consiguió.

—Mamá, te juro que soy inocente. ¡Me la encontré muerta! ¡Yo no la maté!

—Espere, López, déjele que hable —le ordenó la teniente Arranz a su subordinado, que dejó de tirar del detenido.

—¿Y por qué no nos habías dicho nada? —intervino Sebastián, sobrecogido.

—Porque estaba asustado. ¡Y aún lo estoy!

—¡Explícate ahora mismo!

Iker se retorció las manos.

—Os lo contaré luego, cuando pueda.

—No, lo harás ahora —insistió su madre entre plañidos.

Iker inspiró hondo. No tenía elección.

—El viernes, sobre las doce de la noche, Mentxi me envió un mensaje. Una abogada la había visitado. —Me dedicó una mirada rabiosa—. Le pregunté si se había metido en algún lío. Me contestó que sí, que hacía mucho tiempo de aquello y que había llegado la hora de rendir cuentas.

—¿Rendir cuentas? ¿De qué estás hablando? —exclamó Blanca.

Me irritó apreciar que los labios de la teniente Arranz se descorrían como una cortina y dibujaban un asomo de sonrisa de autocomplacencia, de disfrute del resultado de su trabajo. Nosotros, que nos habíamos creído capaces de convertirnos en detectives y de manejarnos en las lides de la investigación con mayor destreza que la propia Guardia Civil, lo ignorábamos todo. Habíamos fracasado de forma estrepitosa y nos encontrábamos a la deriva. La misma sensación debía de haber invadido a Tomás, a juzgar por su expresión de desconcierto. Iker nos había engañado: conocía de sobra a Carmen Aramburu, y Sebastián y Blanca también.

—No me lo quiso aclarar —continuó Iker—. Solo añadió que no podía cargar más con aquella culpa y que era hora de acabar con el tormento.

Hizo una pausa. Su madre no cesaba de llorar y los demás lo escuchábamos sin mover un músculo.

—Jamás me imaginé que fuera a suicidarse. En otras circunstancias, habría ido a verla, pero ya estaba en la cama con mi mujer y era viernes por la noche. No podía ausentarme a aquellas horas sin levantar sospechas. Intenté tranquilizarla con un mensaje, pero no me respondió.

Se quedó callado, como si no se atreviera a proseguir con el relato. Sus ojos habían perdido su brillo.

—Por la mañana me inventé que un amigo me necesitaba para una mudanza en San Sebastián. Me presenté en casa de Mentxi a las

diez. Aunque tengo las llaves, pulsé el timbre del portal, como hago siempre. Nadie descolgó el interfono. Estaba nervioso, así que abrí la puerta y cogí el ascensor. Cuando llegué arriba, volví a llamar, pero nada. Decidí utilizar la llave y entré. Di una voz y, como no se oía nada, eché a andar por el pasillo. Supuse que me la encontraría dormida en su habitación. Cuando pasé junto a la puerta del salón, vi de refilón que algo colgaba en medio de la sala. Era ella.

Los ancianos se llevaron las manos a la boca y profirieron un lamento. Yo busqué el rostro de Tomás, que había palidecido, y el de la teniente Arranz, que no se inmutó. Iker se frotó los ojos y se limpió a duras penas un reguero de sangre que le caía de la frente.

—Se había ahorcado atando una soga a un saliente. Fue horrible... —dijo, al borde del llanto—. Me quedé paralizado. No sabía qué hacer. Y, entonces, descubrí el libro y la nota en el suelo, a sus pies.

No tuve dudas de cuál era el libro al que aludía Iker: el mismo que sostenía en su regazo el viernes por la tarde, cuando nos habíamos entrevistado con ella; el mismo que había dejado resbalar y al que había propinado un furioso puntapié.

—*Crimen y castigo* —murmuró la teniente Arranz con tono lóbrego.

—¿Qué decía la nota? —inquirió la anciana, hundida bajo los brazos protectores de su marido, que también parecía deshecho.

La mirada de Iker se ensombreció.

—«Yo maté a Rubén de la Vega y a Pedro Ortega. No soporto más la culpa» —recitó.

Blanca se desembarazó del abrazo de su marido y se arrojó al suelo.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —gimió, golpeando la madera —. ¿Cómo iba a matar a Rubén? —De pronto, se giró hacia Iker y lo señaló con el dedo—. Fuiste tú, ¿verdad? ¡Fuiste tú! ¡Tú lo mataste! —gritó, fuera de sí.

Crucé con Tomás un gesto de desconcierto. No entendía nada. ¿No había estado con ellos trabajando en el huerto? ¿Cómo podía acusarlo del asesinato?

De repente, a pesar de sus achaques, la mujer se levantó a toda velocidad y corrió hacia Iker con el puño en alto. La teniente, que presenciaba la escena preparada para intervenir, dio dos zancadas y

le cortó el paso. Pero Blanca insistió y trató de rebasarla, por lo que Victoria Arranz no tuvo otra opción que derribarla e inmovilizarla en el suelo.

Asistimos en completo mutismo a aquel episodio atroz e incomprensible. Tomás y yo habíamos perdido hacía rato el hilo argumental de la escena. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? La madre de Iker se revolvió durante unos segundos, hasta que se dio por vencida, se hizo un ovillo y se agarró las piernas como un animal herido. Sustituyó su furia por un llanto convulso y descarnado.

—¡Más vale que te expliques! —le gritó Sebastián a su hijo.

Iker dejó caer la cabeza.

—Leí la nota una y otra vez… No podía creerlo. —Se detuvo y nos observó a Tomás y a mí—. Antes les he mentido: la tarde en que murió mi hermano no la pasé con mis padres. En realidad, estuve con Mentxi. Teníamos una aventura desde hacía unos meses.

Arrugué la nariz, confusa. De ser eso cierto, carecía de sentido que Carmen Aramburu se atribuyera la autoría del crimen.

—Vamos a ver —dije, echando una ojeada a la teniente para asegurarme de que permitía mi intervención—. Entonces, aquella tarde, a las nueve, ¿estuvo con Carmen Aramburu?

Iker asintió.

—¿En Eibar?

—No, en su piso, en San Sebastián. No me marché hasta las diez. Lo recuerdo con exactitud porque, cuando Rubén murió, tuve que convencer a mis padres de que me encubrieran.

Entonces lo entendí todo: si, al ser interrogado por la Ertzaintza, Iker hubiese basado su coartada en su relación con Carmen Aramburu, el adulterio se habría destapado y su matrimonio habría quedado reducido a cenizas. Por eso se había visto obligado a pedir ayuda a sus padres.

—Hasta el día en que apareció el cadáver de Rubén, nosotros no tuvimos ni idea de que Iker se acostaba con la exmujer de su hermano, como podrán suponer —murmuró Blanca, todavía tumbada en el suelo—. Fue horrible. Recuerdo que aquella misma mañana Iker se presentó en casa. Pensamos que venía a consolarnos, pero no, venía a suplicarnos que lo protegiésemos. Nos juró que era inocente un millón de veces y nos rogó que no

hundiéramos su matrimonio. Aseguró que estaba arrepentido de lo que había hecho y que, si a la pérdida de su hermano se sumaban el fracaso de su matrimonio y el distanciamiento de sus hijos, no podría recuperarse jamás. —Su marido quiso ayudarla a levantarse, pero ella rechazó el ofrecimiento. Se sentía bien donde estaba, dijo —. Miren, no estoy orgullosa de lo que hicimos y lo he lamentado cada día desde que tomé aquella decisión, pero al final nos apiadamos de Iker. Acabábamos de perder a un hijo y no queríamos destruir la vida del otro, aunque, en el fondo, ya estaba destruida, y el culpable era él.

—Y le contaron a la Ertzaintza lo mismo que nos han contado a nosotros —deduje.

—Sí, pero, después del interrogatorio policial, las sospechas recayeron sobre aquella chica con la que había empezado a salir mi hijo, Irene Arias, y me sentí mal por haber mentido. Aunque no tenía dudas de la inocencia de Iker, quería confesar, quería reconocer que había faltado a la verdad. Aquella mentira me corroía por dentro, pero Iker nos pidió que guardáramos su secreto. Después de todo, su matrimonio había resistido y hasta se lo veía feliz. Lo que nunca imaginé —añadió con ira— fue que siguiera acostándose con Mentxi.

Sus ojos ardían, atizados por el engaño.

—¿Cómo has podido, Iker? —le gritó su padre, poseído por la misma cólera que invadía a su esposa—. ¡Nos juraste que la dejarías!

Las facciones de Iker se contrajeron todavía más y dibujaron un rictus de pura descomposición.

—Lo siento muchísimo… Dejé de verla un tiempo, pero al final recaí. Lo siento…

—¿Cuándo comenzó a acostarse con Carmen Aramburu? —le pregunté, asqueada.

Iker tomó aire.

—Mis padres y yo la conocimos unos años antes de que mi hermano la dejara. Se presentó un día en casa. Estaba planeando una reconciliación familiar. Rubén no sabía nada. Mentxi vino varias veces a vernos para intentar mediar en el conflicto y limar asperezas. Congeniamos enseguida. Era una mujer inteligente y bondadosa. Nosotros nos mostramos dispuestos a cerrar las heridas,

pero, cuando llegó la hora de la verdad y le propuso a Rubén que hiciéramos las paces, la mandó a la mierda. Muy propio de él. Así que la iniciativa no prosperó y perdimos el contacto. —Desvió los ojos hacia una de las ventanas—. Hasta que, una tarde, me llamó por teléfono. Estaba destrozada. Rubén la había engañado y la había abandonado por otra mujer, una profesora de literatura que vivía en Comillas. Quedé con Mentxi para consolarla, pues guardaba un buen recuerdo de ella y me sentía culpable por el hecho de que mi hermano la hubiera tratado de ese modo. Pero no se confundan, ahí solo nos apreciábamos como amigos. Se lo expliqué a mis padres, que la invitaron a comer alguna vez. A partir de entonces, empezamos a vernos bastante. Poco a poco, fui sintiéndome atraído por ella y ella por mí. Yo estaba casado, pero las emociones que se me desataban cuando compartía momentos con Mentxi me hicieron darme cuenta de que, en realidad, no quería a mi esposa. Una noche nos besamos, y así fue como inicié mi relación con ella, que oculté a mis padres. Me daba vergüenza reconocer que no solo era un adúltero, sino que, además, me había enamorado de la exmujer de mi hermano. Así que mantuve lo nuestro en secreto y continué viéndola.

—Hasta que alguien mató a su hermano y tuvo que confesar la aventura a sus padres —completó la teniente.

—Sí. Me hicieron jurar que no volvería a verla. Era la condición para que me encubrieran. Cumplí —enfatizó—. Durante mucho tiempo, ambos fingimos que no existíamos el uno para el otro. Me dolió en el alma tener que actuar así, pero no me quedó otro remedio. Me centré en mi matrimonio y en mi familia. Hasta que, a los seis meses del asesinato de mi hermano, me crucé con ella por la calle. Nos saludamos y decidimos tomar un café. Para recordar viejos tiempos. Fue un error, claro. Y después de eso, ya se imaginan…

—¿Sospechó usted en algún momento que Mentxi hubiese podido asesinar a Rubén? —lo interrogó la teniente, examinándolo desde su posición.

—¿Cómo iba a sospecharlo, si cuando sucedió estaba conmigo? ¡Es imposible!

—¿Está totalmente seguro de que a la hora de la muerte ella se encontraba con usted?

—¡Claro que lo estoy!

—Y entonces, ¿por qué me ha atacado? —intervine.

Iker se pasó las manos por el cabello.

—Si usted no hubiese ido a presionarla anteayer, no se habría quitado la vida. Yo la quería, ¿sabe? ¡Y usted la ha empujado al suicidio! —gritó.

Aquella acusación me dolió tanto como si me hubiera clavado en las costillas el dedo con el que me señaló. La violencia de sus palabras y el sufrimiento con el quelas había pronunciado me impactaron casi como si fueran propios, y recordé a Carmen Aramburu recostada en su salón con aquel libro.

—Solo le hicimos unas preguntas —me defendí—. Además, eso no justifica que usted me atacase.

—Di por hecho que estos señores venían a detenerme. Y antes quería hacer justicia. Usted la ha matado…

—¡Le repito que yo no provoqué nada! ¿Y qué sentido tiene que Carmen Aramburu escribiera una nota de suicidio incriminatoria si era inocente, si no pudo cometer ninguno de los asesinatos?

—¡Y yo qué sé! —exclamó Iker, haciendo medio aspaviento con las manos esposadas—. ¡Yo tampoco lo entiendo! Pero hay algo evidente: eligió suicidarse después de que usted la visitara.

Renuncié a extenderme en más réplicas. No iba a convencerlo. Sabía que no era la culpable de lo sucedido, pero sus reproches consiguieron dejar en mi corazón un poso de turbación, el asomo de la duda sobre si había contribuido, sin ser consciente, a impulsar el salto al vacío de una mujer que se hallaba al borde del precipicio. O quizá el responsable de aquella desgracia fuera el propio Dostoievski y su atribulado personaje, Raskolnikov, que la habían convencido de que no merecía la pena seguir viviendo bajo el yugo de esos crímenes sin recibir un castigo.

Lo revelado por Iker generó aún más caos cuando la teniente Arranz nos informó de que la Ertzaintza había confirmado la veracidad de la coartada de Carmen Aramburu en el caso Pedro Ortega: había comenzado su jornada laboral a las ocho de la tarde, en sustitución de una compañera con la que había pactado el cambio de turno. Era imposible que le hubiera dado tiempo a matarlo en Comillas y a presentarse después en San Sebastián a esa hora. ¿Cómo podía explicarse entonces la confesión plasmada en

esa nota?

—Va a tener que acompañarnos a la comandancia, señor De la Vega —le comunicó la teniente—. Mañana declarará ante la jueza en calidad de investigado. Ella misma ha ordenado su detención.

—Pero ¡si les acabo de decir la verdad! ¡No tengo nada que ver!

—Eso lo valorará su señoría. López, súbalo al coche.

El guardia civil, auxiliado por su compañero, agarró a Iker y lo arrastró hasta el umbral de la puerta. Antes de iniciar el descenso de las escaleras, el detenido volvió el cuello y dedicó una última mirada de arrepentimiento a sus padres, que la esquivaron. No hubo despedida.

—Le pedimos disculpas, Clara —musitó Blanca, que se levantó del suelo con lentitud cuando el sonido de los pasos se extinguió—. No queríamos mentirle, íbamos a aprovechar la reunión con ustedes para contarles toda la verdad, para liberarnos, pero nos dejamos convencer por nuestro hijo de lo contrario, otra vez. En el fondo, y aunque vaya a sufrir, aprenderá que en la vida los actos tienen consecuencias. Le servirá para el futuro. No me arrepiento de cómo han discurrido las cosas. Sin embargo…

—¿Qué? —la apremié.

Cabeceó con disgusto.

—No sé si mi hijo es un asesino…

Hasta entonces, el mayor mal que Iker había cometido había sido engañar a su esposa, pero ahora la situación cambiaba. Después del suicidio de Carmen, todo parecía señalar a Iker.

—La situación se aclarará —fue todo lo que alcancé a decir, a modo de consuelo.

—Señores, les dejamos descansar —se despidió la teniente Arranz—. Cuídense mucho.

34

Ya era de noche cuando abandonamos Bergara. Los padres de Iker nos acompañaron hasta la salida de la casa y, desde allí, apretados el uno contra el otro, contemplaron cómo franqueábamos el portón y nos alejábamos entre susurros, dejando a nuestro paso las cenizas de aquella familia asolada por el rencor y la culpa.

—No deberías haber venido, Clara —me reprendió la teniente, que mantenía el tuteo inaugurado el viernes.

A un par de metros nos aguardaba el agente López, de pie junto al vehículo policial. El otro guardia civil se encontraba en el interior con el detenido.

—Por cierto, encantada de conocerte, Tomás —agregó Victoria Arranz.

Mi compañero inclinó la cabeza y le sonrió.

—La preparación del expediente nos ha traído aquí —me excusé, al tiempo que levantaba las palmas de las manos con gesto inocente.

La teniente puso los ojos en blanco.

—Pues ya has visto que no hacíais falta, Clara. No hay necesidad de que os pongáis en peligro. Para algo estamos nosotros.

Fui a darle las gracias por su providencial intervención, pero me detuvo con un gesto de la mano y me sonrió.

—Va incluido en el sueldo. ¿Pido una ambulancia? No tenéis buen aspecto.

—No, no es necesario. Creo que estamos bien, a pesar de lo que podamos aparentar —contesté mientras miraba de soslayo a Tomás, que asintió.

—Por cierto, el inspector Silva me ha comentado que Diego

Hermosilla se está divirtiendo a tu costa. No se te ocurra ir en su busca porque…

—Sí, resulta extraño, ¿no? —La interrumpí, frenética—. Pensé que estaba involucrado en los asesinatos, pero…

La teniente soltó un bufido severo y no me dejó terminar la frase.

—Clara, no tienes placa, y tampoco pistola. Deja de hacer cábalas y buscarte problemas. Basta ya de jugar a los policías. Un día te va a pasar algo. No tengo claro qué se trae entre manos ese hombre. Limítate a defender a tu clienta.

—Eso hago, Victoria —repliqué—. Irene me pidió que investigara y acepté. Convendrás conmigo en que el derecho muchas veces se reduce a la prueba, y a veces hay que salir a buscarla. No es que mi clienta no confíe en la labor de la Guardia Civil, pero el sargento Hermida…

—El sargento Hermida es un estupendo profesional, y el resto del equipo también —me cortó con sequedad poniendo los brazos en jarras—. Dejad de tentar a la suerte. Prométeme que te mantendrás al margen y nos dejarás hacer nuestro trabajo.

Intercambié una mirada de aprensión con Tomás; lo que Victoria Arranz me pedía se oponía abiertamente a lo que Irene esperaba de nosotros.

—No puedo hacerlo. Debo cumplir mi palabra. Lo siento.

En la frente de la teniente surgieron dos líneas de arrugas.

—Me preocupa lo que pueda ocurrirte, Clara. Debes tener cuidado. Esto no es ningún juego, y no eres más que una abogada.

Asentí de forma automática, le resté importancia a la gravedad de sus palabras, y, aprovechando la necesidad de cambiar de tema, me atreví a formular la pregunta que desde hacía unos minutos me rondaba por la cabeza. Al fin y al cabo, no perdía nada por intentarlo.

—Victoria, ¿cómo se ha logrado relacionar a Iker con Carmen Aramburu?

La teniente meneó la cabeza en señal de desaprobación.

—Clara, eres la letrada de una sospechosa.

—Por eso mismo —contraataqué—: en cuanto el detenido pase a disposición judicial, me enteraré de todo…

—Pues entonces pronto podrás estar al día —me cortó—. Adiós.

Y, tras darse la vuelta, se subió al coche, sin añadir nada más. El vehículo se puso en marcha y, al doblar una esquina, desapareció.

Suspiré. Nuestro trabajo había terminado. Había llegado el momento de regresar a Santander.

Tomás se arrellanó en el asiento del copiloto y bostezó. La sangre se le había secado a lo largo de la cara y, combinada con el elegante traje que vestía, le confería aspecto de mafioso. Me observé en el cristal del retrovisor: también se apreciaban restos carmesíes en mi barbilla y una hinchazón considerable en la nariz. Al menos ahora ya no me dolía como si me estuvieran introduciendo un cuchillo afilado por los orificios nasales.

—Estamos hechos un cuadro —bromeó Tomás.

—Gajes del oficio.

—¿De qué oficio? ¡No será el de abogado!

—¡Oye, a ver si vas a ponerte del lado de la teniente! Antonio me va a matar cuando te vea así.

—No tiene de qué quejarse. Aprendo derecho penal en vivo y en directo, pisando la calle.

Asentí con ironía y me esforcé en poner en orden mis pensamientos mientras enfilábamos la salida del pueblo.

—He estado pensando en aquel libro —dijo poco después Tomás con gravedad—. *Crimen y castigo*… ¿Crees que cuando la visitamos ya tenía previsto suicidarse? Desde luego, la culpa parecía carcomerla, y esa clase de lecturas…

No quise contestar.

—De todos modos —prosiguió—, la nota que escribió no tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo que los mató? En el caso Rubén de la Vega incluso podríamos aceptar que Iker nos está mintiendo y que no es cierto que permaneció todo el tiempo con ella. Pero ¿y en el de Pedro Ortega? ¡Si Carmen estaba en el hospital de San Sebastián, a cientos de kilómetros!

—Nada tiene sentido —coincidí girando el volante.

Mi compañero se rascó la nariz.

—Supongo que la Guardia Civil rastreará el posicionamiento de los teléfonos. De esa forma, podremos verificar si la noche en que Rubén de la Vega murió estuvieron juntos y si se desplazaron hasta Bergara.

—No, Tomás. Las compañías de telefonía conservan los registros

un máximo de dos años. Ya no podemos reclamarlos. Y en su día no se solicitaron.

Al escucharme, respiró hondo, derrotado.

—Entonces lo tenemos difícil.

—Podríamos estar mejor —admití mientras tomaba una curva pronunciada—, pero algo sí hemos avanzado: antes, nuestra clienta era la única sospechosa, y ahora la exmujer de la primera víctima se ha ahorcado y ha confesado su condición de asesina en una nota de despedida. Y, además, también han detenido al hermano de Rubén. Esto ayudará a limpiar el nombre de Irene. Eso sí, aunque pueda parecer paradójico, estoy más perdida que nunca.

Tomás cruzó las piernas y se acarició el mentón. Unos segundos después, tomó aire y compartió una nueva teoría. A su juicio, lo que habíamos presenciado podía encontrar encaje en las conjeturas de Juan Manuel: *Muerte en el Nilo*. Se antojaba rocambolesco, pero no por ello perdía el sentido. Según Tomás, la animadversión que Iker llevaba toda la vida cultivando contra su hermano podía haber explotado al acostarse con Carmen. Debía de haberle resultado duro oír las alusiones continuas a Rubén, las inevitables comparaciones, la verbalización de los recuerdos de aquella traición, la constatación de los jirones en que su hermano había convertido el corazón de aquella mujer. Tal vez se prestó a colaborar con ella para hacer pagar al escritor el daño causado. O quizá actuó en solitario, incapaz de soportar la sensación de no ser más que un parche, una solución temporal para aliviar el dolor infligido por otro. No había forma de estar seguros de nada, pero no podíamos descartar su implicación en el crimen y la participación de Carmen, concluyó mi compañero.

Moví la cabeza, buscando puntos débiles en su razonamiento.

—¿Y por qué matarlo en Bergara?

—Porque el posible asesino y la víctima conocían el terreno, les resultaba familiar —respondió Tomás de inmediato—. Piénsalo. Iker lo cita en ese monte por el que correteaban de niños. Rubén conduce hasta allí. Cuando baja del coche, Iker lo mata, posiblemente con la ayuda de Carmen. Tal vez ella desempeñara el papel de distractora. Después, ambos conducen hasta el aparcamiento, donde abandonan el vehículo. Nadie podría explicar qué demonios hacía allí Rubén de la Vega. Nadie podría demostrar

con quién había estado. Encima, daba la casualidad de que Irene acababa de romper con él. Un escenario perfecto para no llamar la atención.

—Vale, ¿y por qué ha confesado Carmen ahora?

—Muy sencillo: porque la culpa la estaba devorando. No era tan mala persona, solo alguien a quien el ánimo de venganza le nubló el juicio. Pero esa venganza alcanzó por error a terceros: a Irene y ahora a un periodista inocente. Cuando la visitamos, se estaba debatiendo entre la vida y la muerte. Y esa novela no es el mejor libro de autoayuda.

—No sé, Tomás —dije, resoplando—. ¿Cómo vamos a probar algo así?

—Habrá que confiar en los profesionales. —Sonrió en referencia a las palabras de la teniente.

Devolví mi atención a la carretera, que, por fortuna, presentaba poco tráfico. La versión de los hechos que Tomás había trazado resultaba plausible, aunque se advertían irregularidades en algunas piezas que requerían un moldeado más minucioso para que encajaran sin chirriar. Por ejemplo, ignorábamos cómo se habría comunicado Iker con Rubén, puesto que en la causa judicial no constaba ninguna llamada entre ellos.

—Me pregunto cómo habrá relacionado la teniente a Iker con Carmen… —murmuró Tomás mientras se estiraba en el asiento.

—Seguramente habrá tenido acceso al teléfono de ella tras su suicidio. Recuerda que Iker reconoció que estuvieron intercambiando mensajes la noche anterior. La Ertzaintza le habrá enviado los datos.

Tomás asintió y miró las líneas discontinuas que dividían la autovía en dos carriles, meditabundo.

—Sí, puede ser. Por cierto, la teniente tampoco nos ha revelado quién dio la voz de alarma, quién avisó del suicidio. No parece probable que fuera Iker.

—Pues no, no lo parece. Da la impresión de que, en cuanto vio el cadáver, salió de allí a toda prisa.

—La teniente no ha cuestionado la tesis del suicidio. Debe de estar claro…

Adelanté a un camión y suspiré.

—Sí, no ha dado pie a la especulación. De momento,

manejaremos esa hipótesis. Aunque no entiendo qué tiene que ver Diego Hermosilla en esta historia. ¿Por qué me envía anónimos? Solo nos faltaría descubrir que conocía a Iker y a Carmen. Entonces dimito de mi cargo imaginario de policía.

Tomás soltó una carcajada.

—No está siendo el mejor debut como policías ficticios —rio.

—¡Ah, y se nos olvidaba lo del robo! ¿Tendrá algo que ver?

Aquella serie de preguntas quedó suspendida en el aire, entre nuestras cabezas y el techo del coche.

—No tengo ni puñetera idea de cómo plantear los interrogatorios de mañana —reconocí, exasperada.

—Yo dispararía a todo lo que se moviera.

—Sí, eso haré. Creo que lo voy a dejar en manos de la improvisación, o de la frustración.

Aunque lo intenté, a lo largo del viaje no conseguí quitarme de la cabeza el suicidio de aquella mujer. No lo había presenciado, pero en mi mente veía con nitidez su cuerpo yerto balanceándose en el aire, prendido de una soga mugrienta, con la silla derribada a unos centímetros de sus pies pálidos. ¿Por qué había escogido ese preciso momento para poner fin a su existencia? ¿Qué la había impulsado a dejar de vivir? Casi seis años atrás ella misma había hecho gala de su júbilo por la muerte de su exmarido. Ese comportamiento no casaba con una criminal abatida que se arrastrara por el mundo a la espera de reunir el valor suficiente para dejar de recordar.

La noticia me había impactado, aunque no tanto como a Blanca y Sebastián. ¿Conocían a Carmen más de lo que habían terminado admitiendo? Desde luego, la pérdida los había devastado. Me preguntaba si semejante afectación se ajustaba al apego que puede sentirse por una persona con la que se han mantenido, en teoría, unas pocas conversaciones a lo largo de toda una vida. Si los ancianos habían participado en los crímenes, su actuación merecía el calificativo de sublime. En realidad, su desconsuelo no me parecía simulado. Más bien, los consideraba víctimas de la manipulación de Iker, aunque ya no podía dar nada por sentado.

A él lo había visto desbordado por los acontecimientos, y resultaba complicado distinguir la verdad de la mentira en sus palabras y aspavientos. Sus gritos desgarradores y estrangulados, de

animal herido y arrinconado, todavía resonaban en mis oídos, al igual que su ronca confesión de adulterio. Si estaba en mi mano, el lunes le arrancaría la confesión de los asesinatos.

Tras unas dos horas de viaje, dejamos atrás las carreteras que separan el País Vasco de Cantabria y conduje hasta el piso de Tomás. Orillé el vehículo a un lado de la carretera, en la avenida de los Castros. En las alturas, una ventana brillaba.

—Es Eva. Estará preparando la cena —dijo mi compañero con voz apagada al seguir la trayectoria de mi mirada.

Algo no marchaba como debía.

—¿Te encuentras bien?

Tomás desvió la vista a la alfombrilla del coche.

—Últimamente Eva está un poco susceptible… Pero no es grave.

—¿Habéis discutido?

—Bueno, ya sabes: que si trabajo mucho, que si tiene que hacerlo todo.

Suspiré. Reconocía mi pasado en su zozobra y en sus intentos por restarle importancia a la situación. Volví a dirigir los ojos hacia aquella ventana. ¿Acabaría Eva tomando la misma decisión que Ricardo? En este caso, había una diferencia notable, y era que Tomás la amaba. Yo no había querido jamás a Ricardo. ¿Para qué engañarme?

—Cena con ella y mímala. No permitas que nuestra profesión se interponga en tu relación. La vida es lo primero, Tomás. Recuérdalo. Yo a veces lo olvido, y así me va.

Me escrutó perplejo.

—Clara, tu vida es estupenda. Ojalá algún día consiga estar a tu altura.

—Creo que estás hablando de la profesión. En fin, disfruta de la noche. Las declaraciones comienzan a las once. Nos vemos antes en el despacho.

35

Me froté los ojos, arranqué y me reincorporé al carril. El reloj del coche marcaba las nueve y media. Pulsé un botón situado junto al volante y abrí la agenda del teléfono. Busqué el contacto de Irene y la llamé. Descolgó al cuarto tono.

—Hola, Clara.

Se la notaba distante, apesadumbrada. De fondo se adivinaba el rumor de un motor.

—¿No estás en casa?

—No. Acabo de recoger a Mario. He conseguido que Diego me lo deje unos días. Vuelvo a casa con el niño.

La aflicción de su voz desdibujada me hizo suponer que había tenido una discusión con Diego. Solo eso podía haber diluido el alborozo y la emoción de volver a abrazar a su pequeño.

—¿Por qué no te acercas y cenamos juntas? —le propuse—. Llegaré a casa enseguida.

—Te lo agradezco, Clara, pero Mario está agotado, y yo también. Es tarde.

—Venga, que te vendrá bien. Puedes acostarlo en mi habitación y, cuando os tengáis que ir, lo despiertas. Necesitas hablar y desahogarte, y tengo bastantes cosas que contarte.

Aunque no podía verla, supe que mis palabras espolearon su curiosidad.

—Iría, Clara, pero lo último que necesito es que Diego crea que no cuido bien de Mario.

—Te espero en casa. Eres una madre estupenda, así que no te martirices. Además, necesito tu ayuda —mentí.

Al final, Irene se dio por vencida.

Llegué un minuto antes que ella. La vi bajarse del coche y montar a Mario en el carrito cuando me encaminaba al portal. Estaba arrebujada en una cazadora negra y su rostro se apreciaba más blanco que nunca. La melena seguía revuelta y enredada, como en el calabozo.

Crucé la calzada y la abracé con ímpetu, en un intento de contagiarle un calor del que yo tampoco iba sobrada. Me devolvió el abrazo y hundió la cara en mi hombro, sobre el que vertió algunas lágrimas.

—Me ha dicho cosas terribles…

—Pues ese hijo de puta se tendrá que retractar, porque tengo buenas noticias. Hay nuevos sospechosos.

Se soltó y me interrogó con los ojos muy abiertos. De repente, reparó en la hinchazón de mi nariz y en los restos de sangre.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Ahora te lo cuento todo. Vamos.

Abrí la puerta del portal y nos adentramos en el edificio. Mario dormía plácidamente. Al salir del ascensor, comprobé que esta vez no había ningún sobre en el felpudo.

Tras quitarnos los abrigos y dejarlos en salón, le propuse cenar algo, lo que aceptó sin entusiasmo. Sentada a la mesa, me escuchó con atención mientras me afanaba en preparar una ensalada de tomate y aguacate, y servía dos copas de vino blanco.

Irene procesaba la información y callaba. Acompañaba mi narración con asentimientos o muecas de extrañeza, según el caso. Poco a poco, iba recuperando el ánimo y el color. Había evitado preguntarle por su discusión con Diego; me la podía imaginar, y hacerlo no iba a conducirnos sino a más dolor y llanto.

Pasados unos minutos, le expliqué cómo Iker se había abalanzado sobre mí al percatarse de que la Guardia Civil iba tras él. Cuando acabé, soltó el tenedor y se tapó la boca con las manos.

Acto seguido, le relaté la irrupción de la teniente Arranz y la desgraciada muerte de Carmen Aramburu. Al observar su reacción, levanté un dedo para contener las preguntas que se le acumulaban en la garganta y la hice partícipe de la confesión de Iker. Concluí la narración del episodio describiéndole cómo se lo habían llevado detenido en el coche patrulla.

Justo después, salté al caso de los anónimos. Creía que había

llegado el momento de serle franca en ese aspecto: le confié que Diego había sido captado por una cámara de seguridad de un negocio próximo a mi despacho en el intervalo temporal en que alguien me había dejado una carta amenazadora.

—Y eso es todo… —Finalicé.

Irene, estupefacta, mantuvo unos segundos los ojos clavados en los míos. Poco después, profirió un improperio y exclamó:

—Estoy alucinando.

—No esperaba menos.

Sacudió la cabeza.

—No veo a Diego haciendo algo así, Clara. No tiene sentido que matara a Rubén y a ese periodista ni que haya estado amenazándote. Ha debido de ser Iker…

—Por suerte, lo que resulta cada vez más evidente es que tú no los asesinaste. —Le cogí la mano y se la estreché—. Anímate, Irene. Lo peor ya ha pasado.

—Espero que tengas razón. Aunque no sé cómo voy a recomponer mi vida…

Pronunció aquellas palabras con lasitud, como si contemplara los destrozos ocasionados por un huracán o una guerra. A veces se producen daños que, por más empeño que se ponga, no pueden ser reparados.

—Te recuperarás —le aseguré, y me incliné hacia adelante para acercarme a su rostro—. Nos tienes a Alicia y a mí. Y a Mario. La gente que te quiere seguirá ahí, pase lo que pase. No todos te hemos fallado. Venga, ánimo, come un poco más.

Soltó un suspiro y dio un bocado.

—No voy a esperar ni un minuto a divorciarme… Por cierto, ¿sabes qué es lo que más le preocupa a Diego de todo lo que está ocurriendo?

La miré interrogativamente.

—¡Sus malditos hoteles! Porque le están cancelando reservas. Eso me dijo. ¿Te lo puedes creer? No lo reconozco.

No lo manifesté, pero no me sorprendió. A mí también me había dejado entrever algo semejante durante la tarde del miércoles.

—Antonio te ayudará a tramitar el divorcio.

Irene se mostró agradecida y apartó unos centímetros el plato, dando a entender que la cena había terminado. Recogimos los

restos en unos minutos y poco después me despedí de ella.

—Mucha suerte mañana —me deseó, carrito en mano.

—¿Cuándo le tienes que entregar al niño?

El rostro de Irene se crispó.

—El próximo domingo.

—Pues aprovecha cada minuto. Te mantendré informada.

Tras darle un beso en la mejilla, regresé al interior del piso y fui directa a la ventana de la cocina. Al cabo de unos segundos, atisbé a mi amiga saliendo del edificio y dirigiéndose a su coche, que tenía aparcado a unos pasos del mío.

Justo cuando comenzaba a meter a su hijo en el asiento trasero, lo vi. En el fondo de la calle, a unos diez metros, un individuo algo apartado del aliento de las farolas fumaba y observaba a Irene. La distancia me impedía distinguir sus facciones.

Estuve a punto de abrir la ventana y alertar a mi amiga del peligro que se cernía sobre ella, de gritarle que huyera, pero, cuando me disponía a hacerlo, el tipo arrojó el cigarro al suelo, lo aplastó y giró sobre sus talones. Se esfumó sin mirar atrás, como si hubiera perdido el interés.

36

18 de noviembre de 2019, lunes

Cuando la alarma sonó a las siete, le di un golpe al despertador y me envolví entre las sábanas. Esa mañana tampoco iría a correr. No tenía sentido ejercitar el cuerpo si la mente estaba exhausta. Había estado redactando el borrador del interrogatorio hasta bien entrada la madrugada y me dolía todo.

Media hora después, conseguí levantarme y me metí en la ducha mientras me presionaba la frente. Un pinchazo en la sien izquierda preludiaba una inoportuna jaqueca.

Decidí perderme en un desayuno abundante, consciente de la intensa jornada que me aguardaba. Mientras tanto, abrí la prensa digital en mi tableta. Todos los diarios se hacían eco de la inesperada detención de Iker de la Vega. Y no solo eso: alguien había filtrado a los medios el suicidio de Carmen Aramburu. No había trascendido la aventura que habían mantenido, aunque no tardaría en saberse. El terremoto iba a ser digno de recuerdo. El ingrediente de relaciones amorosas prohibidas y vidas fracasadas era lo único que les faltaba a los medios para estallar en vítores. Pocos aludían ya a Irene, como si hubiera caído en el olvido.

Entré en el bufete a las ocho y cuarto de la mañana. Virginia ya estaba allí, tras el mostrador, anotando citas en una agenda. Me saludó jovialmente. Intenté imitarla, pero a esas horas no fui capaz y terminé dedicándole una especie de sonrisa mustia.

—Traes mala cara.

—Ha sido una noche larga.

Cuando me aproximaba a la puerta de mi despacho, me alcanzó la voz de Fernando. Me detuve y rehíce mis pasos. Estaba sentado tras su escritorio, todavía con más expedientes sobre la mesa que la última vez.

—Enhorabuena por lo del viernes, letrada.

Se refería a la puesta en libertad de Irene. Me parecía que había pasado una eternidad.

—Gracias. Creo que está más cerca de librarse de una condena.

Fernando coincidió con mi pronóstico y exclamó:

—He leído que la exmujer de Rubén se ha ahorcado. ¡Madre mía!

Lo puse al día de inmediato. Su gesto de incredulidad fue intensificándose y, cuando le destapé la aventura de Iker de la Vega y Carmen Aramburu, soltó un silbido de espanto.

—¡Dios! ¡Menuda historia!

—Y que lo digas. Espero que las declaraciones salgan bien… —murmuré, inquieta—. Hoy es un día importante.

—Seguro que sí, mujer. ¡Tú mételes caña! En el peor de los casos, el asunto se archivará, tu amiga será libre y se mantendrán las sospechas sobre Iker y la exmujer de Rubén. Por cierto, esos manuscritos que visteis en el desván de los padres ¿no son los que os mencionó ese profesor, los que encontró en el despacho del CIESE?

—Sí, pero en ese ático había muchas cosas más. De todo, Fernando, no te puedes hacer una idea. Por haber, había hasta calzoncillos sucios. Imagínate. Incluso vimos una novela terminada unos días antes de su muerte, ambientada en la Edad Media. Supongo que en el futuro algún editor la publicará.

Fernando pareció perderse en sus pensamientos, quizá al ponerse en la piel de aquel escritor esforzado que había muerto de forma prematura.

—Era un tipo muy creativo. Ya te comenté que la serie *La vendimia* era bastante buena.

—Sí, aunque me pareció que pretendía cambiar de género. Tenía escritas un par de sinopsis comerciales y algunas notas de otras dos historias. Solo pude echarles un ojo a las sinopsis, pero tenían buena pinta. *La conjura de las bestias* y *El informante comunitario*. Los títulos suenan bien, ¿no? De *La conjura de las bestias* incluso había

algún capítulo redactado.

La llegada apresurada de Tomás interrumpió nuestra conversación. Agitado, nos informó de que *El Norte* acababa de anunciar, en primicia, la noticia del día: la relación entre Iker de la Vega y Carmen Aramburu. En cuestión de segundos se habían improvisado varios programas de televisión y radio para analizar ese giro inesperado de los acontecimientos.

—Revelan más datos sobre el suicidio —añadió, de pie en medio del despacho—. Fue su hermano, un tal Gerardo, quien descubrió el cadáver. El sábado por la mañana Carmen no se presentó en el trabajo y no cogía las llamadas, así que el hospital contactó con el hermano, que acudió a su casa. Avisó a la Ertzaintza en cuanto se topó con el cuerpo. Me imagino que, al leer la nota, algún agente habló con la teniente Arranz para comunicarle el descubrimiento.

—Vamos, que se quitó la vida poco después de charlar con nosotros… —bufé.

—Parece que murió la noche del viernes. Seguramente después de mandarle esos mensajes a Iker.

Respiré hondo.

—Bueno, vamos a trabajar un rato…

A eso de las diez de la mañana, Tomás y yo emprendimos el camino al juzgado de San Vicente de la Barquera.

Durante el viaje especulamos con los interrogatorios y la estrategia que habría diseñado el abogado de Iker para defenderlo. Hacía tiempo que una actuación procesal no me perturbaba tanto. En mis inicios, la noche anterior era incapaz de conciliar el sueño y por la mañana amanecía con los nervios desbocados y las sábanas empapadas. Sin embargo, la reiteración y la costumbre habían conseguido asentar mis emociones, e intervenir en sala no me inquietaba. Ese día era distinto: no conseguía desprenderme del miedo a fracasar, a que algo saliera mal y perjudicara a Irene.

Al pisar la sede judicial, todas mis turbaciones e inseguridades se evaporaron al calor de la muchedumbre. Había bastantes curiosos y gente con pancartas en homenaje a la víctima y con mensajes de condena a Iker de la Vega.

Aquel ambiente me envalentonó. Debía dar lo mejor de mí misma, hacer honor a mi reputación.

Los guardias civiles que custodiaban la entrada del edificio se

esforzaron por mantener a raya a aquella multitud y trazaron un pasillo imaginario que recorrimos deprisa, hasta dejar atrás la algarabía.

Por el recibidor paseaba meditabundo Rafael Merino. Al vernos, sus labios se extendieron en su habitual sonrisa perversa, pero esta vez sin el aderezo de la presunción. Pese a que las circunstancias todavía lo favorecían e incluso disponía de otro sospechoso al que atacar, el abogado no podía ignorar que el futuro del proceso se adivinaba incierto. Tampoco se le escapaba que tanto el letrado que hubiera designado Iker como yo presentaríamos batalla.

—Parece que a tu clienta le ha salido un competidor.

—Mi clienta no está compitiendo con nadie, Rafael.

—Bueno, por librarse de unos cuantos años en la cárcel sí, ¿no?

Hice caso omiso a su provocación.

—¿Vas a intentar arrinconar a Iker de la Vega? —quiso saber.

—Te recomiendo que te preocupes de lo que vayas a hacer tú.

Di un paso lateral para esquivarlo y seguí el camino hacia las escaleras.

—¡La jueza recibió el registro de llamadas el sábado! —voceó a mi espalda—. La noticia de *El Norte* es verídica. No sé si esos dos se cargaron a Rubén y a Pedro, pero ¡esto apesta a muerto!

Al oírlo, me giré y le sostuve la mirada.

—Admiro tu delicadeza, Rafael.

—Y yo tu belleza —se carcajeó.

Conversar con él era una pérdida de tiempo. Puse los ojos en blanco y me alejé con paso decidido, seguida por Tomás.

En la oficina judicial nos atendió un funcionario de unos sesenta años. No pudo entregarnos el tomo con el contenido de las actuaciones judiciales, pues, según afirmó, ya se encontraba en poder de su señoría. No obstante, se ofreció a imprimirnos los pantallazos de los mensajes intercambiados por Carmen e Iker, y algún otro documento presentado a primera hora por la Guardia Civil.

Los wasaps confirmaban que el detenido había dicho la verdad, al menos en lo referente a su relación con Carmen Aramburu; faltaba saber si estaba implicado en las muertes de Rubén y del periodista. Conforme nos había anticipado la teniente Arranz, la jueza había decidido tomarle declaración ese mismo lunes, justo

después del interrogatorio al resto de las personas citadas. Sería entonces cuando tendría la oportunidad de ponerlo en aprietos.

—Les he notificado todo telemáticamente, pero por cuestiones informáticas no lo recibirán hasta mañana —se excusó el funcionario.

—¿Y los documentos sobre el suicidio de esa mujer y la nota que escribió? —inquirí.

—Nos llegarán en los próximos días. Los tienen aún los de País Vasco.

Le di las gracias y salí con Tomás al pasillo. El despacho de la jueza tenía la puerta cerrada, así que debíamos esperar.

Cinco minutos después, Merino apareció acompañado de una mujer de tez escarchada y ojos de color esmeralda. La identifiqué en el acto: la había visto en una de las fotografías que Pedro Ortega tenía en su mesa en la redacción de *El Norte*. Era Elsa Varona, la viuda. Me miró de arriba abajo.

Justo entonces, el eco de unas pisadas decididas anunció la llegada del fiscal. Me saludó con una inclinación de cabeza y, supongo que para evitar entablar conversación, extrajo el teléfono móvil del bolsillo y comenzó a teclear.

Al cabo de un rato, la puerta del despacho se abrió y se asomó la funcionaría que habíamos conocido días atrás, que llamó a voces a Elsa Varona para que le enseñara el carné de identidad. Cuando hubo realizado las comprobaciones oportunas, se hizo a un lado y nos indicó que pasáramos.

Mónica Medina apenas apartó la vista del enorme expediente que tenía abierto de par en par. Con gesto distraído, nos ordenó que ocupáramos nuestras posiciones. La viuda se sentó en la silla ubicada delante del escritorio, Merino a su vera, y el fiscal, Tomás y yo, detrás de ellos. Dejé el bolso en el suelo, me coloqué entre las piernas el guión que había preparado y empuñé la estilográfica, lista para tachar o anotar datos.

La tramitadora se sentó frente al ordenador y el acto comenzó. Lo primero que hizo la jueza fue dedicarle a la declarante una mirada de lástima y darle el pésame. Elsa Varona lo recibió cerrando los ojos, como si quisiera retener en la retina la imagen de su marido. Después, la jueza le repitió las preguntas que la Guardia Civil le había hecho en su día. La mujer se ciñó punto por punto a

las explicaciones que había ofrecido en su momento, sin incurrir en contradicciones ni vacilaciones, y recalcó que no había más razones para el asesinato de su marido que las señaladas por los medios de comunicación: Irene Arias o Iker de la Vega, con la colaboración de aquella suicida, le habían quitado la vida para evitar que sacara a la luz su participación en el crimen de Rubén de la Vega. Mónica Medina se limitó a asentir y el fiscal y los abogados renunciamos a interrogarla, pues no parecía poder aportar nada más. Firmada el acta, la jueza le pidió que abandonara el edificio. Elsa Varona, quizá decepcionada por la intrascendencia de su intervención, se levantó de la silla con lentitud, dio las gracias con voz queda y se dirigió, cabizbaja, hacia la puerta.

37

El profesor Roberto Crespo parecía encantado con su papel de actor secundario. Entró en la sala luciendo una sonrisa emocionada, saludando con grandilocuencia y exudando buen humor a raudales, lo que le hizo merecedor de miradas unánimes de reprobación.

Tras pedirle con tono agrio que confirmara sus datos personales, la jueza se interesó por la reunión que había mantenido con Pedro Ortega la tarde de la muerte. Crespo empleó varios minutos en reconstruir la conversación que había tenido con el periodista e insistió en que Irene conocía a aquel hombre, lo que me obligó a intervenir cuando me llegó el turno.

—Con la venia de su señoría, quería preguntarle al testigo por qué está tan seguro de que mi defendida y la víctima se conocían —apunté con tono mordaz.

La jueza no mostró oposición y aguardó la respuesta del profesor, que volvió el rostro hacia mí en actitud desafiante.

—Mire, lo sé porque la víctima, como usted lo llama, me lo dijo —explicó Crespo.

—¿Y qué es lo que le dijo exactamente?

—Que habían quedado para tener una entrevista.

—¿Y eso implica que se conocían?

La jueza entornó los ojos.

—Letrada, el testigo está aquí para declarar sobre lo que vio y oyó, no para emitir juicios de valor —me reprendió.

—Lo entiendo, señoría, y precisamente por eso su testimonio no debe ser tomado en consideración. No vio nada, y lo único que oyó fue lo que la víctima le contó, que además ha resultado ser falso. Se trata de…

—¿Cómo que falso? —me interrumpió el profesor, enojado.

Mónica Medina apretó los labios.

—¡Hable cuando se le pregunte! —lo amonestó.

Crespo hizo ostensibles esfuerzos por tragarse la protesta que irradiaba su expresión.

—Señoría, ¿puedo aclarárselo? —le pedí.

La jueza se encogió de hombros, lo que interpreté como señal de aprobación, de modo que procedí a hacer partícipe al profesor de la versión de los hechos que nuestra clienta defendía. Al escucharme, Crespo fue perdiendo la apariencia risueña que lo había acompañado desde el inicio de la declaración. Al final, rendido a la evidencia, terminó aceptando que cabía la posibilidad de que aquel hombre lo hubiese manipulado; no había forma de saber a ciencia cierta si esa entrevista había sido concertada o no.

—¿Algo más? —inquirió la jueza con aspereza.

—No hay más preguntas, señoría —concluí.

—Yo tampoco tengo, señoría —informó Merino.

Al profesor lo sustituyó de inmediato Diego Hermosilla, que entró en la sala con la solemnidad de quien se adentra en un cementerio. El conjunto de americana y pantalones chinos, los zapatos lustrosos que calzaba y la densa capa de gomina no lo alejaban del tipo desmejorado que me había encontrado la tarde del miércoles en el sillón. El vigor que parecía haber recuperado el sábado lo había perdido de golpe. Su mirada de agotamiento, el modo en que arrastraba los pies y los quiebros de su voz desvelaban el sufrimiento que le corroía el alma. Las noticias sobre la detención de Iker de la Vega y el suicidio de Carmen Aramburu habían dotado al caso de una nueva perspectiva y debilitaban la tesis que hasta entonces había venido sosteniendo. Lo supuse errante, a la deriva. ¿Se habría dado cuenta de su equivocación? ¿Se habría planteado retractarse de sus acusaciones y suplicar el perdón de su mujer? Al acercarse a la silla, evitó deliberadamente cruzarse con mi mirada.

La jueza lo sometió a decenas de preguntas y repreguntas acerca de Irene y el hallazgo del cadáver. Para mi sorpresa, Diego se contuvo y expuso de forma aséptica aquello de lo que había sido testigo, sin acusar a su esposa del asesinato. No añadió nada que a esas alturas no fuera de dominio público, y tampoco hizo referencia a Rubén de la Vega hasta que la jueza le requirió detalles al

respecto. Desgranó cuanto sabía sobre aquel crimen sin esquivar la referencia a la relación amorosa que habían mantenido Irene y el escritor, despojando a sus palabras de carga incriminatoria. Mónica Medina lo escuchaba sin pestañear. De vez en cuando desviaba los ojos hacia el expediente y tomaba alguna nota. En realidad, carecía de competencia territorial para investigar el asesinato de Rubén de la Vega, pero tenía el deber de instruirse sobre lo ocurrido por la aparente conexión entre ambas muertes.

Después de cuarenta minutos, cedió la palabra al fiscal, que rechazó interrogar al testigo. A continuación, Merino trató de sacarle a Diego detalles más específicos sobre la postura en que había sorprendido a Irene, sus gestos, el modo en que había pretendido deshacerse del cuchillo…, pero él se limitó a remitirse a sus explicaciones anteriores. Cuando las cejas de la jueza amenazaron con fundirse en una sola, el abogado desistió de su tarea y se arrellanó en la silla con indignación.

—¿La defensa? —me preguntó la jueza.

—Sí, gracias, señoría —respondí—. Buenos días, don Diego.

El marido de Irene me miró de medio lado con expresión de cansancio. Era evidente que quería acabar con todo aquello cuanto antes.

—¿Es cierto que mi clienta suele regar las plantas cada noche, con independencia del pronóstico del día siguiente?

—Sí, en general sí. Es una actividad que la relaja.

—¿Es cierto que los farolillos que tienen instalados no permiten ver todo con claridad cuando es de noche?

—Sí, así es.

—¿Recuerda si el cadáver se encontraba en una zona bien iluminada?

—No. Estaba escondido tras un arbusto. La luz no le llega bien.

Diego no daba muestras de complicidad, pero resultaba obvio que había dejado atrás su obsesión por la culpabilidad de Irene y estaba dispuesto a cooperar o, cuando menos, a contestar de forma neutral.

—Entonces, ¿el cuerpo podría haberle pasado desapercibido a su mujer al entrar en casa?

La jueza se retrepó en el asiento, dándome a entender que estaba empujando al testigo a especular y que no toleraría otra

intervención con una orientación semejante.

—Sí, podría haber ocurrido así —concedió Diego.

Vacilé durante unos segundos, con la vista fija en el guión que sostenía sobre las rodillas. Al prever que el esposo de mi amiga se mostraría combativo, había preparado varias preguntas con las que pretendía minar su credibilidad. Horas antes, no podía imaginar que su testimonio nos favorecería y, de repente, me veía obligada a improvisar, a tomar una decisión en cuestión de segundos. ¿Debía emprender la campaña de acoso y derribo que había diseñado o era preferible detenerme a tiempo? Dudaba, no estaba segura. Temía que, si lo atacaba, me castigara modificando alguna de sus respuestas o añadiendo matices contrarios a nuestros intereses. Una parte de mí me impulsaba a perseverar, a ejercer presión, y la otra a deponer las armas, a dar por bueno el resultado obtenido.

—Letrada, es para hoy.

—Nada más, señoría —comuniqué.

—Pues entonces puede irse —despidió la jueza a Diego, que se retiró sin demora, murmurando un adiós casi inaudible—. Que entre el detenido.

Acto seguido, dos guardias civiles franquearon la puerta dando ligeros empujones a Iker de la Vega, que caminaba esposado. El detenido apretaba los dientes y abría tanto los ojos que parecía que fueran a escapársele de las órbitas. Su rostro estaba enrojecido y escamado. Los seguía un hombre trajeado, espigado y de edad cercana a la jubilación que a todas luces era el abogado de Iker.

—¡Que ya sé andar! —gritó mientras sacudía los hombros en un intento por desembarazarse de los guardias.

—Le recomiendo que se calme —lo increpó la jueza, al tiempo que le lanzaba una mirada gélida.

—¡Soy inocente! ¡Están cometiendo un error! —chilló Iker, braceando tanto como las esposas se lo permitían. Emitía continuos alaridos, como si en lugar de caminar hacia la silla vacía colocada frente al escritorio de la jueza se dirigiera al patíbulo.

—Ahora le preguntaremos al respecto. No se preocupe.

Los guardias civiles lo obligaron a sentarse. En ese momento, Merino se levantó de la silla que ocupaba para cederle el puesto al abogado recién llegado y se acomodó en otra que trajo un funcionario. El despacho estaba abarrotado de gente.

—Cuéntenos por qué es inocente —le pidió Mónica Medina a Iker tras recordarle sus derechos como investigado.

Iker observó las esposas, como si no entendiera nada.

—¿Va a declarar o no? —Se impacientó la jueza.

Tras unos momentos de reflexión, el detenido, ya más calmado, bajó la cabeza y comenzó el relato remontándose a su infancia.

Llegué a perder la noción del tiempo, absorta en aquella historia de celos y frustraciones. Narrada por la voz rota de su protagonista, la vida de esa familia adquiría unos matices más intensos y aciagos. Tomás tenía razón: el alma de Iker estaba podrida por la envidia y el revanchismo.

No había matado a su hermano. Iker lo repetía como si fuera un mantra, como si la reiteración lo ayudara a mantenerse cuerdo y a sobrevivir en el mundo de las sombras. No había querido jamás a Rubén, pero tampoco era un asesino, y hacía seis años solo había mentido para proteger su matrimonio, para mantener a su familia unida. Con el repentino suicidio de Carmen, todo se había desmoronado, todo había perdido el sentido. Por perder, había perdido hasta a sus padres. No le quedaba nada, añadió, al borde de las lágrimas.

A preguntas de la jueza, juró que era imposible que Carmen Aramburu hubiera asesinado a Rubén; aquella tarde ambos habían estado todo el tiempo en el piso de ella. Por eso él tampoco comprendía la nota que había encontrado en el suelo, a unos centímetros de la silla desde la que Mentxi había saltado al vacío. Siempre había creído que el desconsuelo que en ocasiones la invadía provenía de la añoranza de su hermano, a quien quizá él no era capaz de igualar. Pero ahora comprendía que no, que había algo más, aunque, paradójicamente, ese algo era inverosímil: Mentxi no podía haber estado en dos sitios a la vez.

Iker tampoco podía ayudar a esclarecer las circunstancias en que había fallecido Pedro Ortega. Que él supiera, no había averiguado ningún dato relevante, o, al menos, no lo había demostrado. Iker admitió que no disponía de coartada, pero aclaró que no tenía motivos para matarlo, y que no entendía cómo podía haber sido detenido. La Guardia Civil y el juzgado daban palos de ciego, farfulló.

—¿Contactó o se vio usted con Carmen Aramburu el martes

pasado? —inquirió la jueza.

—No, llevábamos unos días sin hablar.

—¿Está completamente seguro de que no estuvo con ella?

—Ya le he dicho que no.

La jueza agotó todas las preguntas que cualquier mente lúcida habría podido concebir. Con patente frustración, dio paso al fiscal y a Merino, que no se dieron por vencidos e intentaron provocar a Iker para que diera pasos en falso o cometiera algún error, sin éxito. Cuando me llegó el turno, comprobé que el hermano de Rubén ya había contestado a todas las preguntas que había preparado la noche anterior, de modo que, resignada, no tuve otra opción que renunciar a interrogarlo. Poco más podía hacer. Todo eso agrandó la figura del abogado de Iker, que aprovechó la situación para, con un par de cuestiones, resaltar las inconsistencias del relato que se había construido en torno a su defendido.

A continuación, se celebró la vista de medidas cautelares. Tras unos breves alegatos, las acusaciones solicitaron el ingreso en prisión del detenido y su abogado, la liberación. Después, la Guardia Civil se llevó a Iker al calabozo y los letrados esperamos en el pasillo a que la jueza redactase su decisión.

No habían transcurrido ni quince minutos cuando la tramitadora salió del despacho con varias copias del auto. Cuando me entregó una, volteé la última página y leí la parte dispositiva de la resolución. No pude evitar que un suspiro de derrota se abriera paso a través de mi garganta: se acordaba la puesta en libertad de Iker de la Vega por falta de indicios suficientes contra el investigado.

El abogado de Iker, exultante, agitó los folios, apretó el puño con triunfalismo y se marchó a toda prisa. Merino, que lo siguió con la mirada, soltó una maldición que solo nosotros pudimos oír y se despidió de forma abrupta.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Tomás cuando nos quedamos solos, visiblemente desanimado.

Me encogí de hombros sintiendo el peso de la derrota sobre la espalda.

—Pues no lo sé, Tomás. No lo sé.

38

11 de diciembre de 2019, miércoles

Ese día me desperté con ánimos renovados. Habían pasado más de tres semanas desde la puesta en libertad de Iker y se cumplía el sexto aniversario del asesinato de Rubén de la Vega, la fecha para la que el periodista Pedro Ortega había concebido el reportaje que lo había conducido a la tumba. Las efemérides del calendario no invitaban a la exaltación del ánimo. Sin embargo, no podía evitar que entre las sábanas me invadiera cierta sensación de bienestar. Después de aquel mes de noviembre caótico y vertiginoso, las aguas habían vuelto a su cauce y, poco a poco, mi vida había ido recobrando la normalidad. Mi dedicación a la labor detectivesca había sido efímera, y lo agradecía. Por fin había logrado desprenderme de la fatiga y la tensión que me habían agarrotado el cuerpo y el alma durante varias semanas.

Me retorcí y me estiré durante unos minutos mientras dejaba que los tibios rayos del sol me acariciaran el cabello. No tenía intención de ser la primera en llegar al despacho.

Cuando se me desentumecieron los músculos y mis ojos se acostumbraron a la claridad que se filtraba por las cortinas, me levanté e hice café. Después, me duché y salí a la calle a comprar el periódico en un quiosco cercano. Aunque solía leer la prensa en formato digital, aquella era una ocasión especial, y merecía que hiciera una excepción. Sabía que *El Norte* había preparado un reportaje en conmemoración de la muerte de Pedro Ortega en sustitución del original.

Me incliné sobre una torre de ejemplares. Una fotografía del periodista con su hija y su esposa ocupaba casi toda la portada, y las grandes letras del titular reclamaban que se hiciera justicia. Le entregué al quiosquero el importe correspondiente y abrí el periódico allí mismo.

Las primeras páginas estaban dedicadas tanto a ensalzar al fallecido como a despotricar sobre la ineficacia del sistema judicial español. La jueza Medina no salía bien parada, y tampoco los autores del Código Penal y de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Me indignó descubrir que, además, y aunque fuera de refilón, el diario hacía alusión al papel que podría haber desempeñado Irene en aquel entramado criminal. No podía creerlo: había dos personas —una fallecida y otra viva— mucho mejor posicionadas para ser blanco de las suspicacias, y todavía había quien apuntaba a mi amiga.

La causa se había archivado de forma provisional a las dos semanas de la detención de Iker. Tras tomarle declaración y dejarlo en libertad, la jueza había interrogado a los padres como testigos, sin hallar ninguna novedad. También había recibido el informe de la autopsia de Carmen Aramburu —que confirmaba la tesis del suicidio y establecía la fecha del fallecimiento en la noche del viernes, el día que la habíamos visitado—, así como los registros de la compañía telefónica referentes tanto al caso Pedro Ortega como a la muerte de la enfermera.

Respecto al caso Pedro Ortega, quedaba acreditado que Iker no nos había mentido: la tarde del asesinato su móvil había permanecido en Eibar, lo que concordaba con su coartada. Por su parte, el de Carmen Aramburu había estado conectado en todo momento a la torre de San Sebastián que proporcionaba cobertura al área en que se encontraban su casa y el hospital. Por tanto, Carmen no solo no podía haberse visto con Iker, sino que, además, no podía haber degollado al periodista, pues a esas horas los separaban cientos de kilómetros de distancia.

Los datos de la noche del suicidio tampoco ofrecían dudas: el móvil de Iker no había salido de Eibar y en el de Carmen no se había producido ningún movimiento extraño. A petición de la jueza, la compañía telefónica también había remitido el listado de llamadas entrantes y salientes del teléfono de Carmen de los tres

días anteriores al suicidio. Dada la aparente vinculación del suceso con el asesinato de Pedro Ortega, no cabía descartar que en las comunicaciones de aquella mujer se escondiera alguna pista de lo acaecido el martes 12 de noviembre. Sin embargo, el documento no contenía llamadas sospechosas. No hubo ningún contacto entre Iker y Mentxi.

Incapaz de progresar, la jueza se había visto abocada a dictar el auto de sobreseimiento. El fiscal, adoptando una actitud prudente, no había recurrido la resolución. En cambio, Merino sí lo había hecho, pero sobre la base de unas alegaciones genéricas y ambiguas que no me quitaban el sueño.

Aunque al principio me había resistido a admitir que aquel cierre en falso fuera el final, no tuve otra opción que resignarme. La causa quedaba detenida en un punto muerto, sin culpables y sin una exoneración expresa de Irene. No era el objetivo que habíamos perseguido ni era lo que le había prometido a mi amiga, pero no habíamos sido capaces de avanzar ni de descubrir nada nuevo.

Al menos, como consecuencia de los últimos sucesos y averiguaciones, había anidado en la opinión pública la creencia de que Iker, aquel hombre taciturno y apesadumbrado, había ido más lejos de lo que reconocía. Su historia atraía y generaba más morbo que la hipótesis de la novia despechada que se había construido en torno a Irene al inicio de la investigación. Por eso, con la detención del hermano de Rubén, y a pesar de su liberación, había llegado a convencerme de que la gente se olvidaría de ella y la dejaría en paz. Así me lo había parecido durante esos días. Pero no, *El Norte* volvía a la carga y agitaba su fantasma en aquella edición.

Irene había recibido la noticia del sobreseimiento provisional con sentimientos encontrados. Por un lado, el archivo del procedimiento era la confirmación de que, salvo que la Guardia Civil se topara con algo que le hubiera pasado desapercibido, no sería procesada ni condenada. Pero, por otro, comportaba el mantenimiento del consabido estigma, el castigo de arrastrar para siempre la lacra de la duda social. Confiábamos en que la detención de aquel infeliz de Iker y el suicidio de Carmen, nota de confesión mediante, contribuyeran a abrir ojos.

Después de diversos altibajos, mi amiga había logrado sobreponerse a los pensamientos negativos que le empañaban el

ánimo. Me alegraba pensar que, entre Alicia y yo, a base de procurarle atenciones y brindarle encuentros frecuentes, habíamos logrado suturar las heridas de su corazón. No obstante, nada volvería a ser lo mismo. Su matrimonio había quedado hecho trizas. Diego, arrepentido, había amagado con un acercamiento, pero Irene le había parado los pies de inmediato. Ninguna disculpa repararía el daño causado; no existía opción de restablecer la confianza perdida, de merecer ni otorgar perdón. Habían firmado el convenio que regulaba la custodia compartida de Mario, e Irene no tenía intención de dar marcha atrás. Así estaba bien. En cuanto a su trabajo, había conseguido retomar las clases y se esforzaba por soportar los murmullos que seguía levantando a su paso. En resumen, ella sobrellevaba la vida y yo me consolaba creyendo que había cumplido mi promesa en la medida de mis posibilidades. No habíamos disipado todos los recelos ni descubierto al asesino, pero era innegable que la perspectiva había mejorado. Por eso la lectura de aquella publicación me encolerizó.

Cerré el periódico, me lo coloqué debajo del brazo y saqué las llaves del coche para poner rumbo al bufete. Pensé entonces en el individuo encapuchado. Desde la detención de Iker, no me había dejado más mensajes anónimos. Era como si la tierra se lo hubiera tragado, lo cual resultaba extraño, pues nadie había entrado en prisión por el asesinato de aquellos dos hombres. Tal vez aquel juego le había terminado aburriendo.

Estuve dos horas en el despacho y, sobre las once, fui a los juzgados a celebrar una vista. Al salir, me acerqué a casa de mis padres y disfruté con ellos de una copiosa comida en familia. Por fortuna, mi madre tuvo la delicadeza de no mencionar a Ricardo ni criticar mi profesión. Se la veía de mejor humor. Quizá sentía que su hija, por fin, se encontraba a salvo, alejada de aquel caso truculento que se había enquistado.

Por la tarde regresé a la oficina. Antes de entrar en el portal, pensé en pedirme un cortado en el Café de Pombo, para coger fuerzas, pero vi que el local seguía cerrado. La semana anterior habían comenzado unas obras de remodelación que lo estaban cubriendo todo de polvo, y no daba la impresión de que fueran a concluir pronto. Un tanto somnolienta, tomé asiento en mi despacho y, sin pretenderlo, posé la mirada en la carpeta amarilla

del caso Pedro Ortega, que seguía en uno de los extremos del escritorio y me recordaba que el asesino seguía suelto. En realidad, y aunque me esforzaba por decirme lo contrario, no estaba satisfecha con el modo en que había concluido la investigación, por más que mi amiga hubiera eludido la cárcel. Sabía, y había tenido ocasión de comprobarlo esa mañana, que aún había mucha gente que la consideraba culpable y la evitaba.

Eran ya las diez y veinte de la noche cuando Fernando se dejó caer por mi despacho con un caramelo en la boca. El trabajo se había acumulado y ya habíamos encadenado varias jornadas de trabajo nocturno.

—¿Cómo vas, penalista?

Sabía que se refería a un caso que me había pasado la semana anterior.

—Bien. La Guardia Civil registrará mañana el domicilio del detenido. Todo va viento en popa.

—¡Estupendo! —celebró, fingiendo aplaudir mientras se sentaba —. Qué cansado estoy hoy, hay que ver.

—No eres el único, aunque bendito cansancio.

Fernando captó al vuelo mi alusión implícita al caso Pedro Ortega.

—Menos mal que decidiste volver a ser abogada —rio—. En el cuartelillo no hubieras durado ni un mes. ¿Se sabe algo de ese asunto?

—Nada… Hoy en *El Norte* vuelven a mencionarla —suspiré.

—Clara, olvídalo. Tu trabajo ya está hecho. El resto no es cosa tuya. No puedes controlar lo que los medios de comunicación publican. El caso está archivado. No merece la pena dedicarle más atención.

Desvié la mirada a la pantalla del ordenador, cavilando.

—Tienes razón, pero hay tantas cosas que no encajan… La muerte de Rubén en Bergara, el coche aparcado tan lejos del lugar donde apareció el cadáver, el suicidio de Carmen Aramburu, esa nota absurda que dejó a sus pies, el allanamiento de la casa de los padres de Rubén, el enigma de cómo ese periodista consiguió descubrir la identidad del asesino…

Fernando negó con la cabeza y me tomó la mano.

—Clara, no eres policía. Eres abogada, y tu clienta se encuentra

en libertad, sin haber llegado ni siquiera a ser acusada. ¿Qué más quieres?

Cabeceé.

—Supongo que he leído el artículo de *El Norte* y me he desanimado.

—Venga, no pienses más en eso. ¿Queda alguien en el despacho?

—Mmm…, creo que Tomás.

—Os invito a tomar algo dentro de un cuarto de hora. Esto de trabajar todo el día no es bueno para la salud. Entre los juicios y la escritura de mi nueva novela no paro, y todos, incluida tú, nos merecemos un descanso. Dentro de quince minutos os quiero listos, ¿eh?

Asentí y acerté a esbozar una sonrisa.

—¿Qué tal vas con tu libro?

Fernando hizo una mueca.

—Pues estoy con el final, lo más difícil. Hoy me lo voy a tomar libre. No puedo más. ¿Avisas tú a Tomás?

—Sí, sí, ahora mismo.

Encontré a mi compañero recogiendo la mesa.

—¿Te vas?

—Sí, he quedado ahora con Eva para cenar —contestó mientras cerraba un cajón y cogía el abrigo del perchero. En las últimas semanas nos habíamos esforzado al máximo por poner al día los asuntos que, a pesar de lo que le había prometido a Antonio, habíamos descuidado, y se lo veía exhausto. Sabía que la relación con su novia no pasaba por su mejor momento y que estaba haciendo todo lo posible para sacar tiempo y compartir momentos.

—Vaya, venía a decirte que Fernando quería ir a tomar algo.

—Otro día, Clara. Eva me espera para cenar.

No insistí; Tomás tenía que cuidar su noviazgo. No debía acabar como yo.

—Ya he redactado el recurso de casación que estaba pendiente —añadió, y me señaló unos veinte folios que había apilado en el centro de la mesa—. Lo tengo impreso, por si lo quieres leer.

—Vale, ahora le echaré un vistazo. La verdad es que soy incapaz de escribir una línea más…

—Pues entonces nos vemos mañana y lo comentamos, Clara. Buenas noches —se despidió con voz cansada.

Desapareció por el pasillo y, segundos después, oí que cerraba la puerta y bajaba las escaleras.

Faltaban aún varios minutos para que Fernando terminara sus quehaceres, así que ocupé la silla de Tomás y me dispuse a leer el texto del recurso. Antes de hacerlo, me distraje paseando la vista por la estantería de color blanco que se apoyaba en la pared de enfrente. Las grafías doradas de los lomos de numerosos manuales de Derecho y de los repertorios de jurisprudencia brillaban bajo el resplandor oblicuo del flexo. Entre ellos, me llamó la atención un libro que no guardaba ninguna relación con nuestra profesión. Tenía las tapas negras y las letras del lomo eran rojas. Sonreí al rememorar la conversación que Tomás y yo habíamos mantenido la mañana en que se había conocido la detención de Irene. La recordaba con nitidez: habíamos hablado de su primer día en el despacho y del ejemplar de la novela que le había firmado Fernando. Parecía haber transcurrido una eternidad, pero no había pasado ni un mes. Me levanté de la silla, lo cogí y lo acaricié con las yemas de los dedos. *El espía de Bruselas*, por Fernando Álvarez. Lo había leído poco después de incorporarme al bufete. La trama y la calidad de la prosa me habían deslumbrado, como a muchos otros. La verdad era que mi jefe había nacido con talento literario, aunque en sus inicios le hubiera costado varios disgustos hacerse un hueco en el mundo editorial.

Abrí la novela por una de las páginas preliminares y encontré la dedicatoria impresa, que precedía al texto manuscrito con el que Fernando había obsequiado a Tomás en el momento de su incorporación a la plantilla.

«Para M., por inspirarme».

En el reverso de la página anterior figuraba la página de créditos, con el *copyright*, los datos de la editorial y octubre de 2013 como fecha de publicación. Al releerla, fruncí el ceño, extrañada, no por el momento de publicación, que ya conocía, sino por lo que implicaba. Algo no me cuadraba.

Y, entonces, me sobrevino un fogonazo de lucidez.

Pasé las hojas de la novela febrilmente y buceé en mi memoria hasta encontrar lo que buscaba, hasta constatar lo que desde el principio me había pasado inadvertido. El cuerpo entero empezó a temblarme y las piernas me flaquearon. No podía ser, no podía

creerlo… Con paso tambaleante, conseguí regresar a la silla y me dejé caer. Me froté la frente, confusa. De repente, se me había empapado de sudor. Me sentía mareada y, al mismo tiempo, era plenamente consciente de que todo cobraba sentido. Lo había tenido delante de mí desde el principio.

En ese momento, me di cuenta de que no podía permanecer en el bufete ni un segundo más. Corría un grave peligro.

Respiré hondo y traté de serenarme. Con cuidado, me incorporé, me puse el libro bajo el brazo y avancé a hurtadillas hasta mi despacho. Una vez allí, me coloqué el abrigo a toda velocidad, guardé la novela en el bolso y enfilé el pasillo tratando de no hacer ruido. Apenas pude contener el aliento cuando pasé por delante de la puerta cerrada de Fernando. La sangre me martilleaba las sienes.

Justo cuando me disponía a abandonar la oficina y hacía girar el pomo, su voz rasgó el silencio.

—Clara, ¿vamos?

Me quedé muda y paralizada mientras veía cómo la manecilla de la puerta de Fernando se accionaba y su silueta emergía en el umbral. Se sobresaltó al descubrirme lívida al final del pasillo. Su mirada pasó de mi rostro desencajado a mi bolso, que apretaba contra mi costado como si en su interior escondiera una bomba.

Y entonces, sin duda, lo supo.

Los dos pasos que dio en mi dirección, combinados con el grito que profirió, en el que se fundían el miedo y la desesperación, me liberaron de las cadenas de terror que me retenían y me propulsaron escaleras abajo. Salté los escalones de dos en dos sin atreverme a volver la vista atrás. A pesar de mi propio estruendo, oía pisadas que cada vez se acercaban más y chillidos que viajaban con el presagio de la muerte.

Descendí dos pisos a la carrera.

Encaraba el último el tramo cuando mis talones chocaron entre sí, tropecé y rodé hasta caer de bruces sobre el suelo embaldosado del portal. Un dolor intenso me recorrió el brazo derecho, como si un puñal estuviera abriéndose paso entre la carne, y me arrancó un alarido, pero el rumor de pasos apresurados y de una respiración entrecortada procedente del recodo de la escalera me empujó a levantarme como un resorte. En ese instante, apareció Fernando al galope.

No tuve tiempo de reaccionar.

Se abalanzó sobre mí y me golpeó en la cara con el antebrazo. Las paredes del portal se difuminaron ante mis ojos y comenzaron a dar vueltas formando una espiral de destellos animada por los focos que danzaban en el techo. Una fracción de segundo después, reconocí los rasgos de Fernando a escasos centímetros de mí, deformados en un arrebato de ansia animal. La acusación con la que pretendía atacarlo quedó atrapada entre las manos con las que me aprisionó la garganta. Pateé y traté de zafarme, aterrorizada, pero me había inmovilizado con su cuerpo. No tenía escapatoria. El cuello me ardía y no podía respirar. Iba a morir. Nadie acudiría en mi ayuda.

En uno de mis intentos agónicos por huir, volqué el bolso, que había caído a mi izquierda, y el libro se escurrió. Fernando desvió la mirada a aquella novela que lo había arrastrado al infierno y, sin percatarse de ello, rebajó la tensión que ejercía sobre mi cuello. Aproveché su descuido para aspirar una bocanada de aire con avidez e hice presión con los brazos. El empuje me permitió desembarazarme parcialmente de su abrazo mortal. Para cuando se dio cuenta de su error, yo había conseguido liberar la mano derecha y le estaba propinando un puñetazo en pleno rostro. Fernando trató de agarrarme, pero yo ya me había recompuesto. Le asesté un golpe en la cabeza con el codo y rodé hacia un lado. Acto seguido, me levanté de un salto y eché a correr hacia la puerta. La abrí como pude y salí precipitadamente a la oscuridad de la noche.

A unos metros, en la plaza de Pombo, me aterró la brasa de un cigarro que sostenía un individuo vestido de negro y encapuchado. No había nadie más y miraba hacia donde me encontraba. Un sudor frío me cayó por la frente. Parecía estar atrapada en una pesadilla.

Pensé en pedir ayuda en el Café de Pombo, pero entonces recordé que hacía unos días había cerrado por obras. Desesperada, grité al encapuchado suplicándole auxilio.

Justo entonces, mis rodillas se doblaron, arrolladas por un cuerpo que se había lanzado sobre mí por la espalda. Caí sobre la acera y me golpeé en la frente. Un chorro de sangre caliente comenzó a descender a borbotones sobre mis párpados y a impregnar el pavimento. Noté que Fernando se colocaba a horcajadas sobre mi espalda y luchaba por apretarme de nuevo el

cuello para estrangularme.

—¡Fuiste tú! —chillé, braceando para intentar protegerme la garganta.

Fernando estrelló los nudillos contra mi nuca, y mi frente volvió a impactar contra el suelo. El rostro me quemaba, devorado por un fuego interno, y ya no conseguía enlazar pensamientos. Estaba a punto de perder el sentido. No podía más. Boca abajo, abrí los brazos en señal de rendición, preparada para el final. Pero, en lugar de unos dedos que se cerraran en torno a mi cuello, lo que me llegó fue una corriente de aire acompañada de una sucesión de ruidos sordos. Oí varios lamentos y me sentí más liviana. El peso de Fernando sobre mi cuerpo se había desvanecido. Confusa, miré en derredor. A un par de metros, distinguí a mi agresor. Yacía en el suelo y se protegía la cabeza con las manos para evitar el impacto de las patadas que le asestaban unas zapatillas negras que me resultaron familiares.

Alcé la vista y fui descubriendo un pantalón vaquero negro, una cazadora con capucha también negra y un rostro que conocía bien: hasta hacía unos meses, lo había tenido a mi lado cada mañana, al despertar.

39

12 de diciembre de 2019, jueves

—Buenos días, Clara —me susurró la voz de Tomás.

Sus palabras me llegaron desde la lejanía, envueltas en un eco metálico. Sentía mi mente pesada y aletargada, y apenas podía comprender lo que oía. ¿Por qué mi compañero me daba los buenos días? ¿Qué hora era y dónde estaba? Intenté abrir los ojos, pero mis párpados no respondieron, como si se encontraran bajo los efectos de un somnífero. Tenía la extraña impresión de estar tumbada en algún lugar desconocido.

Cuando fui a incorporarme, una punzada de dolor me aguijoneó los hombros y el cuello, y me obligó a retomar la postura inicial. ¿Qué me había sucedido? A tientas, levanté el brazo derecho y me palpé el rostro con cautela. Advertí entonces que tenía varias magulladuras en las mejillas, los labios y la nariz, y que un corte suturado de varios centímetros se extendía por encima de mi ceja izquierda.

Luché por hacer memoria, por zambullirme en mis recuerdos, pero solo hallé negrura. Era como si las últimas horas de mi vida se hubieran esfumado.

—No la altere, por favor —dijo entonces una voz femenina que no reconocí—. Tiene que descansar.

Se hizo un silencio espeso que me agitó. ¿Quién era esa mujer que empleaba ese tono admonitorio?

Poco a poco, fui recuperando la totalidad de la consciencia y conseguí alzar los párpados. La luz natural que inundaba la estancia

me deslumbró durante unos segundos, impidiendo que me ubicara. Finalmente, logré abrirme paso entre aquella claridad excesiva y distinguí a mi compañero sentado al borde de una cama que me descubrí ocupando.

Estábamos en la habitación de un hospital. El gotero que había a mi lado, el tensiómetro y el carrito con frascos y gasas que tenía a unos metros así lo indicaban. Una enfermera nos observaba con gesto de desaprobación.

—Hola, Clara —me saludó de nuevo Tomás.

—Ya le he dicho que la paciente tiene que recuperar fuerzas —lo amonestó otra vez la mujer—. Está muy débil.

—No me… No me distrae —gemí. Noté que empezaba a marearme—. ¿Dónde estoy?

—Estás en el Hospital Universitario Marqués de Valdecilla —me informó mi compañero, y me miró con gravedad—. Has recibido varios golpes muy fuertes y…

No llegué a oír el final de la frase.

Volví a despertar varias horas más tarde, coincidiendo con el ocaso. Tomás seguía ahí, velándome de manera incansable. Se había acomodado en un sofá colocado a mi izquierda, donde leía con atención un documento, y había cambiado de compañía. La enfermera ya no estaba y, en su lugar, a unos centímetros de él, una mujer rubia y de rostro delicado me sonreía con dulzura.

—Buenas tardes, Clara —me dijo Victoria Arranz, al tiempo que se aproximaba a la cama.

Hice ademán de apoyarme sobre los codos para levantarme, pero Tomás, que se había puesto en pie de un salto al percibir el movimiento de la teniente, se acercó y me puso una mano sobre el hombro.

—Debes tener cuidado, Clara.

Asentí con docilidad y me revisé con desagrado. Alguien me había vestido con el típico pijama de hospital, y tenía vendas y gasas por varias partes del cuerpo. Por fortuna, el dolor que me había invadido horas atrás estaba remitiendo y mi mente parecía emerger del sueño pesado en el que me había sumido. Ya casi era de noche, así que debía de haber pasado mucho tiempo dormida.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó la teniente.

—Pues un poco aturdida…

—Es normal, te han puesto bastante medicación. Pero no te preocupes: ya estás a salvo.

Fruncí el ceño e intenté recordar. Lentamente, todo lo ocurrido comenzó a cobrar forma en mi cabeza.

—¡Joder! —mascullé—. ¡Era Ricardo! ¡Él era quien me acosaba!

La teniente inclinó la cabeza y me miró con preocupación.

—¡Él estaba allí, Victoria! ¡Mi ex! Estaba en la plaza, observándolo todo. Él… Él golpeó a Fernando. —Tragué saliva—. ¡Fernando quería matarme!

Cuando pronuncié el nombre de nuestro jefe, me di cuenta de que Tomás bajaba los ojos, afligido. No estaba segura de si la teniente y mi compañero habían descubierto la verdad sobre él, pero lo sucedido debía de haberles proporcionado más de un motivo de sospecha.

—Sí, tu exnovio te ha estado acechando desde que comenzaste a aparecer en los periódicos —me confirmó la teniente con tono lúgubre.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo… Y Fernando…

La teniente torció el gesto.

—Fue Ricardo quien dio la voz de alarma. Anoche llamó directamente a la comandancia y, aunque no tenemos competencia para actuar en Santander, fuimos de inmediato a la plaza Pombo. Cuando ya estabas atendida y en la ambulancia, de camino al hospital, lo interrogué.

—¿Y qué te dijo? —pregunté, temiendo su respuesta.

—Al parecer, tras romper contigo, quiso olvidarte, pero no lo consiguió. Poco después, cuando los medios de comunicación empezaron a hablar de ti, se enteró de que ibas a defender a una mujer que parecía culpable de asesinato. Entonces se le ocurrió una idea para darte una lección, para cambiarte.

Alcé las cejas y la miré con incredulidad.

—Utilizó varias veces ese verbo, Clara —continuó la teniente—: «cambiarte», como si creyera que tenía el deber divino de mejorarte, de librarte de tus imperfecciones. Repetía una y otra vez que nunca le prestaste suficiente atención, que aquella era la oportunidad de hacerte ver que tu trabajo era un riesgo para tu vida y que malgastabas el tiempo ayudando a gente que no merecía la pena. Creía que te darías cuenta y que, cuando cambiaras, podríais

retomar la relación. Él estaba convencido de que Irene era la asesina. Por eso, cuando Iker fue detenido, dejó de enviarte esos anónimos, aunque continuó siguiéndote. Me confesó que no podía dejar de hacerlo, que se había convertido en una especie de adicción. Un demente, Clara. No te vendría mal que le impusieran una orden de alejamiento.

Me mordí los labios, atónita por la deriva que había tomado la vida de mi antiguo novio. Ricardo siempre había demostrado una fijación patológica por mis ocupaciones laborales. No era la primera vez que se quejaba de que ponía más empeño en proteger a un delincuente que en demostrar mi afecto por mi pareja, como si estuviera celoso. Sin embargo, nunca habría imaginado que pudiera desplegar una conducta semejante. Quizá la distancia y el eco de los recuerdos hubiesen alimentado aquellos pensamientos enfermizos, transmutándolos en obsesión. ¿O es que había estado saliendo con un loco desde el principio?

—Por cierto —añadió Victoria Arranz—, hemos repasado con la Policía Nacional las grabaciones del día en que recibiste el anónimo en el despacho. Aparece Ricardo. Llevaba unas gafas de sol, pero se le reconoce. Esa tarde llovía, así que resulta evidente por qué las estaba utilizando.

Al escucharla, me revolví en la cama y maldije mi estupidez. Hacía unas semanas, cuando revisaba los vídeos en la comisaría de La Albericia, yo también había reparado en que aquel tipo que pasaba por delante del Café de Pombo se parecía a mi exnovio, pero lo había atribuido a mi desesperación por encontrar un rostro conocido. En realidad, tras ver aquella imagen en la comisaría, tendría que haberlo deducido todo.

—¿Lo habéis detenido?

—No, aunque hemos elaborado un atestado que remitiremos al juzgado. Ha pedido hablar contigo. Te puedes imaginar mi respuesta.

—En el fondo, ayer me salvó la vida… Si no hubiera sido por él, Fernando me habría matado.

—Sí, Clara, pero no olvides los motivos que lo habían conducido hasta esa plaza. Le he dado las gracias de tu parte. Con eso es suficiente. No lo busques. Solo contribuirías a incrementar su fijación por ti. Puede volverse peligroso.

—O sea, que el acosador y el asesino no son la misma persona… —musité.

—Efectivamente —confirmó Tomás—. Estábamos equivocados.

En ese momento, la teniente flexionó las piernas y se sentó a mi lado, al borde la cama. Segundos después, mi compañero hizo lo propio en el otro extremo, como si lo hubieran ensayado, y ambos me observaron. Fue Victoria quien tomó la palabra.

—Clara, antes has dicho que, de no ser por Ricardo, Fernando te habría matado. ¿Sabes por qué te atacó?

Bajé la vista y contemplé mi cuerpo maltrecho. Con un estremecimiento, recordé a Fernando aferrándose a mi cuello, luchando por arrebatarme el último aliento. Las imágenes se sucedían en mi cabeza como parte de un sueño, caóticas y violentas. ¿De veras había intentado asesinarme? En mi interior, algo se resistía a dar crédito a lo que había vivido, pero no podía dejarme llevar por sentimentalismos, ni disfrazar los hechos con hipótesis absurdas que solo perseguían esconder la terrible verdad.

—No es algo fácil de explicar…

La teniente me tocó el hombro en un gesto de cariño y me dirigió una sonrisa cálida.

—No te preocupes, Clara. Me hago cargo.

—¿Dónde está ahora?

—En la comandancia, esperándote. Lo hemos detenido.

—¿Esperándome? —repetí, dando un respingo.

—Sí. Ha dicho que solo hablará contigo. No ha habido manera de sacarle nada.

—Pero si estuvo a punto de matarme…

—Ya. Nosotros tampoco lo entendemos.

—Entonces he de ir a verlo —dije, e hice ademán de apartar las sábanas.

—Para, Clara, para —me detuvo la teniente—. ¿No ves que antes necesitamos poner en común todo lo que sabemos? No tenemos la menor idea de qué estrategia va a seguir.

Exhalé un suspiro. La teniente tenía razón; no debíamos precipitarnos.

—¿Ha trascendido su detención? —pregunté.

—No, tan solo estamos informados nosotros, la jueza, algunos compañeros de la Policía Judicial y Antonio, tu jefe, que ha estado

aquí hace un rato.

—¿E Irene?

—No, aún no. Queremos tenerlo todo atado antes de hacerlo público. Además, creo que quien debe decírselo eres tú.

—Sí, la verdad es que querría darle la noticia en persona. Por fin podremos demostrar su inocencia, Tomás —dije, y le sonreí.

Mi compañero, sobreponiéndose al sentimiento de consternación que parecía embargarlo, me devolvió la sonrisa y se acercó para estrecharme con cuidado entre los brazos. A pesar de mis heridas, recibí el abrazo con agrado y descargué toda la tensión que había acumulado. Habíamos logrado cumplir nuestra misión, pensé mientras lo apretaba contra mi pecho. Por fin se haría justicia. Por fin la verdad saldría a la luz.

Antes de ir a la comandancia, les confié lo que creía haber descubierto en el despacho hacía casi veinticuatro horas. Mis conclusiones no cogieron por sorpresa a Tomás y a la teniente. La madrugada anterior, al conocer lo ocurrido y ser informado del hallazgo de la novela de Fernando tirada en el portal, Tomás había atado cabos y se lo había contado todo a la teniente. A partir de ese momento, ambos, con el auxilio de la jueza Mónica Medina, habían llevado a cabo varias pesquisas que no solo confirmaban mi tesis, sino que la reforzaban. Los informes y las fotografías que Victoria me enseñó no dejaban lugar a dudas.

Unos minutos después, el médico pasó a revisarme y me dio el alta.

Una vez en la comandancia, Victoria Arranz me condujo a una amplia sala de interrogatorios dotada de unas estanterías metálicas, una mesa, dos sillas y una cámara de vídeo ubicada en una esquina, junto al techo. Tomás y ella no estarían presentes, aunque verían y escucharían todo a través del ordenador instalado en la dependencia contigua. El detenido se encontraría esposado, de modo que no debía temer por mi integridad física. No obstante, al otro lado de la puerta estarían apostados dos guardias preparados para intervenir en cualquier momento, y la propia teniente también se mantendría alerta.

Aguardé la llegada de Fernando alterada, con la pierna derecha temblándome de forma incesante. Me parecía estar viviendo un mal sueño. Después de todo, ¿sería cierto lo que suponía que había

pasado? Sacudí la cabeza. Claro que lo era. Los hechos no podían haber ocurrido de otro modo.

En ese instante, la puerta se abrió con un crujido y Fernando entró en la sala ataviado con el traje gris de la noche anterior, aunque con bastantes más arrugas y sin la corbata. Caminaba arrastrando los pies de forma ostensible y con la cabeza gacha. Lo seguían dos cabos, que se retiraron en cuanto se sentó al otro lado de la mesa y dejó caer las manos con estrépito, como si le fallaran las fuerzas.

Durante unos segundos, no se atrevió a mirarme. Mantuvo la vista fija en las esposas, quizá reviviendo la cadena de acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. Al observarlo, advertí en su rostro cierta hinchazón alrededor de los ojos, como si hubiera llorado.

—Hola, Clara… —dijo al fin, levantando la mirada.

El mero hecho de oír su voz, la voz de ese hombre al que había admirado y que ahora consideraba un fraude, me provocó náuseas. Me asomé a aquellos ojos inyectados en sangre en busca de una explicación alternativa, algo que desbaratase mis hipótesis, pero en sus pupilas solo encontré una negrura insondable. Entonces, tras aspirar una bocanada de aire, me enfrenté a él. En mi interior no quedaba nada del cariño y la devoción que le había profesado. Todo el pasado había quedado arrasado para siempre.

—Me han dicho que querías hablar conmigo —le contesté con frialdad—. Es curioso porque, si por ti fuera, ya estaría muerta.

Fernando tragó saliva y abrió la boca varias veces, pero no emitió ningún sonido, como si no lograra dar con las palabras oportunas.

—Clara, yo no pretendía…

Solté un bufido, indignada. ¿De veras pensaba escudarse en excusas? ¿Ni siquiera iba a tener las agallas de afrontar la realidad, de asumir las consecuencias de sus actos sin atemperar su gravedad ni recurrir a justificaciones vacuas?

—¿Vas a decirme que no pretendías matar a nadie?

—Yo… Yo… Siento haberte decepcionado, Clara… —gimoteó al tiempo que se retorcía las muñecas.

—Esa palabra está muy lejos de expresar lo que siento. Parece mentira que seas escritor.

—Yo nunca quise llegar a esto, Clara.

—Mira, ¿para eso me has hecho venir? ¿Para persuadirme de tu bondad? —mascullé haciendo ademán de levantarme de la silla.

Fernando suspiró y alzó una mano de forma conciliadora.

—Todo fue un malentendido, Clara… Caí en una trampa. Sé que tú lo comprenderás.

Furibunda, apoyé las manos en la mesa, me impulsé hacia delante y me quedé a unos centímetros de su rostro.

—No fue ningún malentendido, Fernando. Lo hiciste para proteger tu reputación.

Espantado, Fernando profirió un gemido y echó el cuerpo hacia atrás.

—No sabes de lo que hablas. No tuve más remedio…

—Por supuesto que sé de lo que hablo —repliqué, cortante, mientras retomaba mi postura inicial.

Me detuve unos segundos, esperando la intervención de Fernando, pero se mantuvo en silencio y me escrutó con semblante de terror.

—Durante semanas, Tomás y yo nos hemos estado haciendo las mismas preguntas: ¿a quién pudo visitar Rubén de la Vega en Bergara hace seis años? ¿Dónde estuvo y por qué no aparcó junto a la casa de sus padres? ¿Cómo se explica que su cuerpo apareciera en el monte? ¿Murió allí o alguien trasladó su cadáver? ¿Tenía algo que ver Carmen Aramburu con el crimen? ¿Qué la llevó a suicidarse atribuyéndose la culpabilidad de esas muertes? No sé cómo no nos dimos cuenta antes. En realidad, todo comienza y termina en Carmen Aramburu, ¿verdad?

Fernando tragó saliva ruidosamente y, después, asintió con pesadumbre.

—El día que Tomás y yo la visitamos en su casa —continué—, Carmen nos habló de su afición por la literatura y de lo mucho que había ayudado a Rubén de la Vega en la planificación y escritura de sus libros. Carmen era la que le sugería cambios en las tramas, la que le daba consejos sobre los perfiles de los personajes y la que le detectaba las incongruencias. Ella estaba al corriente de todos los proyectos que Rubén tenía en mente, tanto de aquellos en los que estaba inmerso como de los que pensaba terminar en el futuro. Cuando se le ocurría una idea, Rubén la anotaba y la comentaba

con Carmen y después, en ocasiones, escribía algún borrador para desarrollarlo más adelante. Esos textos fueron los que el profesor Crespo encontró en los cajones del despacho de Rubén en el CIESE y los que después fueron a parar al desván de sus padres. Yo misma pude examinarlos con Tomás, tal y como te conté a nuestro regreso de Bergara. En su momento, no les concedimos ninguna importancia, pero la tenían, y tú lo sabías.

Fernando se limitó a fruncir los labios con semblante trágico. Por la palidez de su rostro daba la impresión de estar a punto de desvanecerse.

—En ese desván, entre todos aquellos papeles, Tomás y yo encontramos las notas de una futura novela a la que Rubén había adjudicado el título provisional de *El informante comunitario*. Eran unas cincuenta páginas y estaban fechadas en octubre de 2009. Como teníamos prisa, nos conformamos con echar un vistazo al primer folio, en el que figuraba una breve sinopsis. Se anunciaba una historia ambientada en el año 2008, con la crisis económica y las quiebras bancarias como telón de fondo, protagonizada por un agente español destinado a la capital belga para investigar los entramados de una conspiración gubernamental denunciada por una fuente anónima. ¿Te dice algo?

Fernando se enjugó una lágrima que había comenzado a correrle por la mejilla, pero no dijo nada.

—Fue la dedicatoria de tu novela, *El espía de Bruselas*, la que me hizo descubrir la verdad. «Para M., por inspirarme» —recité—. Siempre había creído que, con la sigla «M.», te referías a Marina, tu esposa, pero, en realidad, eso era imposible: el libro había sido publicado en 2013 y a ella no la conociste hasta 2014, en los juzgados de Santander. ¿Quién era, entonces, «M.»? ¿Quién te había inspirado? Ayer, en el despacho de Tomás, me hice esa misma pregunta y, sin previo aviso, la respuesta se me reveló con toda claridad. Hasta el año 2012 habías escrito varios manuscritos, pero nadie los había querido publicar. Frustrado, incluso llegaste a abandonar tu vocación literaria. Sin embargo, en 2012 algo ocurrió. Repentinamente, escribiste *El espía de Bruselas* y triunfaste. ¿A qué se debió ese cambio de parecer y esa súbita iluminación? Según tú mismo nos dijiste, previamente te habían dado el traslado a Bergara y, pocos días después de instalarte, habías sufrido una neumonía y

te habían ingresado en el hospital de San Sebastián, donde llegaste a permanecer varias semanas. Nada más salir de allí, comenzaste tu nueva novela, guiado por las musas. Qué extraño, ¿verdad?

Fernando se humedeció los labios y me contempló con el rostro contraído.

—La conociste entonces, ¿no? Me refiero a Carmen Aramburu. O Mentxi, como ella misma nos dijo que la llamaba todo el mundo —añadí, sin apartar la vista de él.

Fernando miró al infinito durante unos segundos y, al final, suspiró, vencido por la evidencia. Cuando habló, lo hizo con lentitud y aspereza, como si recitara un epitafio, como si a cada palabra le imprimiera el esfuerzo de cavar su tumba.

—Sí, Clara, la conocí allí. Fue una de las enfermeras que me atendió en el hospital de San Sebastián. Pero me engañó por completo. Se aprovechó de mí. Yo jamás pensé que…

—Ya, ahora llegaremos a eso —atajé—. Fue ella quien te proporcionó el argumento de tu novela, ¿verdad? Fue ella quien te catapultó al éxito… Hasta ayer no fui capaz de verlo. Hasta anoche, no reparé en la evidente similitud de las tramas de *El informante comunitario* y *El espía de Bruselas*. Tu libro, tu famoso libro, trata exactamente de lo mismo que la historia que Rubén de la Vega tenía proyectada en esas notas. Aún no me puedo creer que no lo viera antes… Podría haber sido una mera coincidencia, pero no —dije al tiempo que sacaba del bolso los folios escritos con la caligrafía de Rubén y los desparramaba en la mesa con teatralidad, delante de Fernando—. La teniente Arranz ha recogido esta mañana en Bergara las notas de *El informante comunitario* que Tomás y yo tuvimos en las manos hace unas semanas, en aquel desván. El argumento es clavado al tuyo, y hasta la ambientación y la época coinciden; es imposible que sea fruto de la casualidad, y tu novela es posterior a esas páginas de Rubén, de modo que la conclusión es evidente: tú le plagiaste, y quien te dio la idea fue Carmen, o, mejor dicho, Mentxi. De ahí tu agradecimiento a M., por inspirarte. No eres más que un impostor —sentencié, señalándolo—. Esta tarde el hospital de San Sebastián ha remitido al juzgado los registros internos de aquel año y consta que Carmen te atendió durante bastantes turnos. Todo encaja.

Fernando, rojo de ira, se levantó de un salto, se abalanzó sobre

las hojas escritas por Rubén y, con un manotazo, las arrojó fuera de la mesa. Las vio planear una a una y caer al suelo mientras apretaba los dientes y temblaba de los pies a la cabeza.

—¡Yo no lo plagié! —bramó—. ¡Ella me engañó! ¡Yo escribí esa historia sin saber nada!

—Me da exactamente igual si sucedió como dices o si lo planeasteis juntos —repuse al tiempo que lo taladraba con la mirada—. En cualquier caso, podrías haberlo dejado ahí, haber confesado lo ocurrido. Pero no, seguiste adelante.

Fernando volvió a sentarse y comenzó a agarrarse las manos y a arañarse los nudillos con desesperación.

—Mentxi me hizo creer que me estaba ayudando, Clara. ¿Es que no lo entiendes? ¡Yo nunca fui consciente de estar apoderándome de la idea de otro! Todo sucedió una tarde, mientras ella me ponía la medicación y me hablaba del libro que estaba leyendo. En ese momento, me atreví a desvelarle mi faceta oculta de escritor fracasado, y ella se entusiasmó tanto al escucharme que se ofreció a leer todas esas novelas que nadie había querido publicar. Y ¿sabes qué, Clara? Fue transparente conmigo. Tuvo la valentía de decirme lo que los editores callaban: que el estilo era exquisito, pero las historias no enganchaban y se perdían en divagaciones. Como entretenimiento, y para que recuperara la confianza, me propuso crear y desarrollar juntos un argumento atrayente. Aquello me animó mucho. Piénsalo, Clara: años de escritura, de perseverancia, de desvelos y sueños de grandeza, todo tirado por la borda. Todo arruinado por gente que me negaba la gloria sin ni siquiera ofrecerme una explicación. Simplemente, no era lo que buscaban. Eso alegaban. Me había jurado no volver a escribir una línea más. Había renegado de mi vocación y entonces, de la manera más inesperada, tenía una buena historia que contar…

—¿Sabías que ella era la exmujer de Rubén de la Vega?

Fernando sacudió la cabeza.

—No. ¿Cómo iba a saberlo?

—Bueno, en aquella época ya estabas en Bergara y los padres de Rubén eran tus vecinos.

—Sí, pero no tenían relación con su hijo y vivían en las afueras. Ya te dije que yo me había alquilado un chalé en el centro, uno de los pocos que hay por esa zona. Además, cuando me ingresaron en

el hospital acababa de llegar a Bergara y no conocía a nadie.

Le sostuve la mirada.

—¿Y ella no te comentó nada?

Fernando negó repetidamente.

—No, aquello hubiera dado al traste con sus verdaderas intenciones. Allí, en el hospital, fingió ayudarme a imaginar la trama de una nueva novela. Yo creía que llevaba la voz cantante, pero todo era una mentira, una ilusión. Lo cierto es que ella me fue sugiriendo todos los giros, fue forzando mi imaginación hasta llegar a la idea brillante y prometedora que Rubén de la Vega ya había tenido unos años antes y en la que ambos habían trabajado en 2009, antes de que él la abandonara por otra mujer. Fue la forma que Mentxi escogió para vengarse de Rubén por serle infiel y dejarla: robarle el argumento de *El informante comunitario* y entregármelo a mí. Lo improvisó todo cuando supo que yo era escritor. Al leer mis novelas, me vio potencial y, pese al rechazo editorial que había sufrido, apostó por mí.

Fernando pronunció aquellas últimas palabras con un hilo de voz. Por el modo en que se expresaba y se movía, concluí que lo que contaba era cierto, que había sido víctima de un ardid que después había hecho propio y había defendido hasta el final. No me inspiraba la menor lástima; el modo en que había jugado con la inocencia de Irene y con mi confianza me impedía desarrollar cualquier tipo de conmiseración. Lo que bullía en mí, más bien, era un odio profundo, una aversión que tenía que esforzarme por controlar para hilvanar el discurso lógico y fluido que requería la situación.

—Nunca pensé que esa dedicatoria se convertiría en la confesión eterna de un plagio. Cuando descubrí lo que realmente había hecho, ya era tarde, ya no podía borrar esas letras impresas. La inicial de su diminutivo figuraba en todos los ejemplares. Me consolé pensando que no era su nombre de pila y que no resultaría fácil identificarla.

—Pero Rubén sí que se dio cuenta, ¿verdad? —dije, sombría—. Rubén fue a verte. Y lo mataste.

40

De todas las personas que podían estar implicadas en el caso Rubén de la Vega, Fernando era el único que, además de residir en Bergara, compartía algo especial con la víctima: ambos escribían novelas. Hasta la noche anterior, no se me había pasado por la cabeza que mi jefe pudiera estar involucrado, pero lo cierto era que tenía sentido. Por eso Rubén había aparcado en el centro de Bergara y no en las afueras, donde solía hacerlo cuando visitaba a sus padres. A quien había ido a ver era a Fernando, que residía en un chalé en el casco urbano. Esa era la respuesta al misterio de la ubicación de su coche.

—Se presentó en mi casa sin previo aviso —admitió Fernando—. Ni siquiera me dio tiempo a invitarlo a pasar. En cuanto abrí la puerta, sacó mi libro de un maletín de cuero marrón y empezó a acusarme de haberle robado la idea. Me dijo que lo había comprado esa misma mañana y lo había estado leyendo. Supongo que lo habría hecho en aquella habitación del Hotel Hermosilla a la que se había trasladado temporalmente, tras romper con Irene. No dejaba de gritarme que mi novela era un plagio, y yo no entendía nada, claro. Pensaba que estaba loco. Hasta que me preguntó cómo se me había ocurrido el argumento… Entonces le hablé de mis conversaciones con Mentxi en el hospital y él me reveló la verdad. Fue en ese momento cuando supe que era su exmujer y que me había manipulado para vengarse de él. Me quedé hecho polvo… Años luchando por convertirme en escritor y, después de lograrlo, me entero de que mi mérito nace de un vulgar hurto intelectual cometido por una mujer que no acepta una ruptura sentimental.

Fernando sacudió la cabeza con brusquedad, como si todavía no

pudiera creerlo.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté.

—Rubén me exigió hacer público el plagio y colaborar con él en la interposición de una demanda contra Mentxi —dijo con resquemor—. Eso conllevaba no solo retirar la novela y perder todos mis derechos, sino también renunciar al éxito y al prestigio que había adquirido con mi debut literario.

—¿Y? —inquirí, alzando las cejas. Sabía que ese era el detonante de todo cuanto había sucedido.

—No podía aceptarlo, Clara, pero tampoco sabía qué hacer —contestó Fernando con voz trémula—. Así que simulé estar de acuerdo para ganar tiempo. Además, eso ayudó a que se calmara un poco. Lo conduje al salón y le ofrecí un café para hablar más tranquilos. Entonces, justo cuando iba a la cocina a prepararlo, vi que se giraba para mirar por la ventana. Sin pensarlo, cogí una lámpara de base metálica que tenía sobre la cómoda, me acerqué a él y lo golpeé hasta matarlo.

Fernando concluyó la frase con un estremecimiento, como si el hecho de dar voz al crimen que había perpetrado lo hiciera más consciente. Mientras tanto, yo contenía el aliento, sobrecogida por el relato. En el fondo, me había aferrado a la posibilidad de que Carmen Aramburu fuera la asesina y Fernando, un mero títere. Pero no, la declaración de mi jefe confirmaba que esa tarde Carmen había estado en otro lugar, seguramente en San Sebastián, acostándose con Iker de la Vega, tal y como él había declarado. Fernando era un asesino.

—Nada de eso debió suceder, Clara…

—¿Qué hiciste con el cadáver? ¿Lo llevaste tú al monte?

Fernando se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor que comenzaba a impregnarle las cejas. El modo en que vibraban sus dedos daba cuenta de su pulso desbocado.

—Sí, lo arrastré hasta el garaje y lo introduje en el maletero —musitó, lívido—. Después, sobre las cinco de la mañana, lo llevé allí.

No pude contener un respingo de desprecio. Tenía delante de mí al hombre con el que había compartido casi dos años de trabajo y, sin embargo, era incapaz de reconocerlo, de advertir en él un retazo de la persona que tanto me había fascinado. De repente, recordé las

palabras de Blanca sobre la niñez de Rubén.

—¿Cómo sabías que solía hacer senderismo por esa zona cuando era pequeño?

Fernando se encogió de hombros.

—No lo sabía. Lo descubrí cuando tú me lo dijiste. Fue una casualidad. Ni siquiera conocía su afición por la montaña.

—¿Y el maletín que llevaba la víctima? ¿Y el libro? ¿Y la documentación? Lo quemaste todo, supongo.

—Sí, en la chimenea de mi casa.

—¿Y por qué no escondiste el cuerpo?

Fernando arrugó el entrecejo.

—La búsqueda de una persona desaparecida genera más revuelo y provoca registros en todas partes. Creí que dejarlo allí me beneficiaría.

—Y después contactaste con Carmen Aramburu, claro…

—Sí, pero no la llamé. Fui hasta San Sebastián y le pedí explicaciones. Todavía recuerdo su reacción… —murmuró, dejando la mirada suspendida sobre mi cabeza—. Sonrió con auténtico placer. «Gracias por hacerme el trabajo sucio», me dijo. Menuda hija de puta… Yo no podía dar crédito a lo que oía. Hablaba con una frialdad impropia de la mujer que había conocido. Fue como si se despojara de una máscara. Me pidió perdón por haberme utilizado, pero en realidad era una disculpa falsa. Nunca había pretendido que matara a Rubén, aunque tampoco lo lamentaba. Pese a que solo había querido que le robara su novela, aquel final no le disgustaba y no hacía esfuerzos por disimularlo.

El comportamiento de Carmen Aramburu resultaba coherente con la personalidad que Juan Manuel nos había descrito, pero se apartaba de la lógica de la lectura catártica de *Crimen y castigo* y el suicidio posterior.

—Y entonces ¿por qué se quitó la vida? ¿Por qué escribió esa nota inculpatoria?

Fernando me miró sorprendido, como si la respuesta fuera evidente.

—Porque empezó a sentir remordimientos. Y no era la primera vez…

A continuación, Fernando me contó con voz apagada que, tras asesinar a Rubén, se le habían presentado dos opciones: matar a

Mentxi para garantizarse su silencio o confiar en la discreción de aquella mujer que le había brindado las mieles del éxito. Según admitió, no fue capaz de reunir el valor necesario para segar otra vida, así que, en su lugar, le hizo jurar que jamás abriría la boca. Durante casi seis años, apenas cruzaron palabra. Tan solo recordaba dos ocasiones en las que habían hablado.

La primera se había producido cuatro semanas después de que Carmen declarara en el juzgado por el caso Rubén de la Vega. La atención de los medios de comunicación se había volcado sobre la desdichada Irene Arias y todo el mundo comenzaba a creer que era la asesina. Aquella muchacha nunca había despertado la simpatía de Carmen, pues era la responsable de que Rubén la hubiera abandonado.

Sin embargo, el odio que le inspiraba no alcanzaba una intensidad suficiente como para empujarla a celebrar que las sospechas recayeran sobre una inocente. El sentimiento de culpa se agravó cuando descubrió que la muerte de Rubén no le procuraba la liberación que tanto había ansiado. Después de su fallecimiento, se había sentido desorientada y sin un camino que seguir.

—No le quedaba nada, ninguna venganza por consumar —carraspeó Fernando—. Además, Iker se negaba a continuar con sus citas clandestinas. Aunque, en realidad, Mentxi tampoco lo añoraba, o eso me aseguró a mí. Se había estado acostando con Iker, sobre todo, para vengarse de Rubén, para regodearse en su fuero interno con aquella relación inapropiada. Pero empezó a estar sola, sin ningún proyecto de represalia ni ideaciones siniestras que llenaran los minutos. Y la vida proseguía y el dolor no dejaba de crecer, así que en su cabeza empezó a tomar forma la idea de confesar, o de hablar con Irene. Le daba igual que yo acabase en la cárcel. Los demás le importábamos una mierda —escupió.

—¿Qué le dijiste?

Fernando suspiró y, acto seguido, rememoró para mí la fría noche de enero de 2014 en que Mentxi se había presentado en su casa para compartir su turbación. Él la había escuchado en silencio y, finalmente, se había visto abocado a escoger una vez más. La situación lo favorecía; podía reproducir al milímetro la mecánica del asesinato de Rubén, pero él no se consideraba un asesino, por más que ya hubiera matado. Había terminado persuadiéndola de

que confesar no solo no la redimiría, sino que la condenaría eternamente. La paz por la que suspiraba no llegaría tras los muros de una prisión. Debía dejar correr los recuerdos, como hacía él. Hacerlos volar, como si fueran una cometa que hubiera que desenrollar, y después soltarlos para siempre, perderlos en la inmensidad. Eso había sido lo que le había dicho para convencerla de que permaneciera callada.

—¿Y lo conseguiste? —pregunté, estupefacta por todo lo que estaba escuchando.

Fernando asintió sin emoción.

—Sí, con mucho esfuerzo, y no tuve noticias de ella hasta hace cuatro semanas…

Lo miré fijamente.

—El martes al mediodía, ¿verdad?

—Exacto, después de que ese periodista la entrevistara.

—Entonces, ¿ella le confesó la verdad? —me sorprendí—. Yo creía que había resuelto el caso por sí mismo.

Fernando negó con la cabeza.

—No, Mentxi no confesó nada, o al menos no lo hizo de forma consciente. Tampoco estoy seguro de que Pedro Ortega sospechara que ella estaba relacionada con el asunto. Pero, de algún modo, me había descubierto. Por el tono que utilizó y el contenido de sus preguntas, Mentxi estuvo segura de que ese hombre había averiguado que me había apropiado de la idea de Rubén y que estaba detrás del asesinato. En cuanto el periodista se fue, Mentxi me llamó para alertarme. Por lo que me dijo, incluso le mencionó mi nombre y la etapa durante la que había residido en Bergara, y quiso saber si me conocía.

Aquello corroboraba mi teoría: Pedro Ortega debía de haberse dado cuenta del plagio en Bergara, durante su visita a los padres de Rubén. Los dos ancianos nos habían informado de que había subido al desván y había empleado bastante tiempo en estudiar todos los documentos que se apilaban en aquellas cajas, lo que incluía las notas de *El informante comunitario*. La víspera de su muerte, entre las capas de polvo, Pedro Ortega había tenido que ver la relación entre ambas historias y, de ahí, deducir la autoría del crimen.

—Lo que no entiendo es por qué Carmen aceptó que la entrevistara —murmuré. Fernando compuso una mueca de desdén.

—Porque, según me dijo, necesitaba hablar con alguien de Rubén. No sé con exactitud qué fue lo que ella le contó, pero lo cierto es que, en determinado momento, ese periodista se levantó y se despidió de forma apresurada. Quizá, por su expresión o por sus respuestas, Pedro Ortega llegó a adivinarlo todo. Tal vez por eso le envió a su jefe de *El Norte* aquella nota de voz.

Le lancé una mirada torva. La camisa blanca que vestía se le había impregnado de sudor a la altura del pecho y se le transparentaba la piel.

—La tarde en la que Pedro Ortega murió no estuviste en el despacho ni me cogiste el teléfono —dije—. A la mañana siguiente, cuando Virginia te preguntó el motivo, te inventaste que habías tenido una reunión urgente con una clienta, Elena Martínez, en la sede de su empresa. Todos te creímos, pero era mentira. Tomás la ha llamado hoy para verificarlo y Elena lo ha negado todo. No estuviste con ella. Dejaste el teléfono móvil en casa para que, si algún día te convertías en sospechoso, su posición no te delatase, te subiste a tu coche y viajaste a Comillas. La teniente Arranz ha revisado de nuevo las grabaciones del CIESE. Apareces en las imágenes, Fernando, vigilando a Pedro Ortega desde la distancia. En su día, la teniente no advirtió tu presencia porque ni siquiera te conocía, pero ahora todo resulta evidente. Él llegó poco después que tú, procedente de San Sebastián. A plena luz del día habría sido una temeridad matarlo, así que lo esperaste en el exterior del edificio y, después, fuiste tras él. Cuando salió en busca de Irene, ya era de noche. El hecho de que se dirigiera a la casa de ella fue todo un golpe de suerte para ti. Llamó al timbre y nadie respondió. El interfono no hacía ningún ruido, así que el hombre decidió abrir la puerta. Cuando se adentró en el jardín, te acercaste a él y, al resguardo de la oscuridad, lo degollaste por la espalda con un cuchillo que habías cogido de tu cocina. La Guardia Civil ha registrado tu casa esta mañana y ha encontrado otros idénticos. Después, colocaste el cuerpo detrás de un arbusto y huiste.

Fernando confirmó mi narración punto por punto, sin ambages. A pesar de su resistencia inicial, por fin había renunciado a buscar excusas y estaba a la intemperie, sometido a los embates de la tormenta que él mismo había provocado. Aunque Carmen lo hubiera manipulado, él había sido quien había decidido arrojarse al

abismo.

—Hace varias semanas, tras el suicidio de Carmen, su compañía telefónica remitió al juzgado el historial de llamadas entrantes y salientes de los últimos días —proseguí—. En su momento, no nos fijamos porque no era lo que íbamos buscando, pero, como decías, el martes 12 de noviembre ella te llamó. En el registro consta tu número de teléfono. ¿Fue Carmen quien te avisó de que Pedro tenía previsto viajar a Comillas? ¿Por eso te anticipaste a sus movimientos y lo esperaste allí?

Fernando cabeceó en silencio. Recordé entonces a Carmen Aramburu recostada en su sofá, febril y angustiada, con *Crimen y castigo* en el regazo. No existía modo de demostrar que él la hubiera empujado a quitarse la vida, aunque no lo descartaba. Ya nos había dejado claro que estaba dispuesto a eliminar todos los obstáculos que se interpusieran en su camino.

—¿Tuviste algo que ver con su suicidio? —le pregunté a bocajarro.

Fernando aspiró hondo, como si quisiera absorber mis palabras e interiorizarlas antes de contestar. Sin duda, era consciente de que carecíamos de pruebas y de que tan solo su confesión le condenaría.

—No, Clara, no tenía ni idea de lo que iba a hacer —respondió segundos después—. Cuando hablé con ella, estaba muy nerviosa, pero nunca me imaginé que hasta ese extremo.

Traté de buscar fisuras en su expresión, algo que delatara falsedad, pero Fernando no movió ni un músculo. Jamás podríamos despejar aquella incógnita.

—En cualquier caso —dije con brusquedad—, añadiste un cadáver más, un peso adicional sobre su conciencia.

Se limitó a guardar silencio, ocultando sus emociones.

—Fuiste tú quien le sugirió que cambiara el turno a una compañera y entrara a trabajar a las ocho en el hospital, ¿verdad? Así se fabricaba una coartada y quedaba descartada como sospechosa en el caso Pedro Ortega. Tú sabías que acabarías matándolo.

—Sí —respondió Fernando con voz queda—. No quería arriesgarme a que la Guardia Civil la sometiera a cientos de interrogatorios en caso de que me viera obligado a acabar con la vida de aquel hombre. Ya había estado a punto de confesar una vez.

Era mejor mantenerla alejada del punto de mira.

Asentí.

—Y también fuiste tú quien entró a robar en la casa de los padres de Rubén —afirmé, entornando los ojos—. Eran las notas de *El informante comunitario* lo que buscabas, lo que temías que Tomás y yo encontráramos. La Guardia Civil, en colaboración con la Ertzaintza, ha obtenido las grabaciones de seguridad de algunos comercios y ha comprobado que tu coche fue captado entrando en Bergara ese sábado por la noche.

Fernando exhaló un nuevo suspiro.

—En realidad, cuando maté a Pedro Ortega, ignoraba cómo había averiguado la verdad. Sabía que había visitado a los padres de Rubén porque el propio Pedro se lo había dicho a Mentxi, pero no tenía ni idea de que esos ancianos guardaran en el desván unas notas de una trama idéntica a la que yo había plasmado en mi novela. Sin embargo, cuando me resumiste tu reunión con el profesor Crespo y me hablaste de esos documentos que habían quedado en el despacho de Rubén y que, al parecer, la Ertzaintza les había entregado a sus padres, comprendí lo que había sucedido. Poco después, me anunciaste que os ibais a reunir con ellos en Bergara, y sentí miedo. Si realmente existía un borrador o un esquema de una novela semejante a la mía en aquel lugar, no dudaba de que os daríais cuenta de todo. Los dos habíais leído mi libro, así que me vi obligado a actuar. Como me habías dicho que los padres de Rubén estaban de viaje y no regresarían hasta el domingo, la madrugada del sábado forcé la cerradura y me metí en la casa. Estaba registrándola cuando oí ruidos en la calle. Me asomé por una ventana y vi que un vecino se acercaba. Aunque no había encontrado lo que buscaba, no tuve otra opción que huir. No podía dejar que me descubrieran. Eché a correr escaleras abajo, derribé al hombre en el porche para apartarlo de mi camino y salté el portón esperando que, en caso de que Rubén hubiera dejado constancia de su idea en algún manuscrito, la similitud os pasara inadvertida. Y así fue. Respiré aliviado cuando aquel domingo no se presentó ninguna patrulla en mi casa para detenerme.

Desvié la vista al techo de la sala e hice memoria.

—Claro, y el lunes siguiente, cuando te hablé de esos folios con el título de *El informante comunitario*, confirmé tus sospechas —

deduje.

Fernando inclinó la cabeza.

—Sí. Afortunadamente, me dijiste que solo habíais leído una mera sinopsis, y no parecíais haber caído en la cuenta de la semejanza. Eso reducía las probabilidades de que descubrierais la verdad, pero el riesgo estaba ahí, y nunca desaparecería. Y casi un mes después ha sucedido lo que tanto temía… —musitó.

En ese instante comprendí que, para él, mi designación como letrada en el caso Pedro Ortega había sido un providencial golpe de buena suerte que, contra todo pronóstico, se le había terminado volviendo en contra. En realidad, Fernando siempre había disfrutado de un conocimiento privilegiado de los avances que se habían ido produciendo en ambas investigaciones: primero, como compañero de la jueza que había instruido en Bergara el caso Rubén de la Vega, y, más adelante, como jefe de la abogada que asistía a la principal sospechosa del asesinato del periodista. Por eso le había insistido a Antonio en que yo siguiera con el asunto. De ese modo, había podido adelantarse a todos nuestros movimientos. Si no hubiera sido por la valentía de aquel vecino, Josu, Fernando habría quemado aquellas páginas y las llamas se habrían llevado el secreto.

El calor de la ira volvió a inflamarme el pecho al recordar cómo había fingido ayudarme en la defensa de Irene, cómo había simulado preocuparse por su bienestar.

—Te daba igual despedazar la vida de una inocente, ¿verdad? ¡No te importaba que Irene se pasara media vida en prisión y que su hijo tuviera que sentir vergüenza de su madre el resto de su vida! —le grité—. Tú sabías por lo que estaba pasando y aun así…

—Clara, yo… Si pudiera volver atrás…

—¡Si pudieras volver atrás, me asesinarías! —bramé, levantándome y derribando la silla.

La puerta de la sala se abrió de golpe y la teniente Arranz apareció en el umbral con gesto de alarma.

—¡Clara!

—No voy a hacerle nada, Victoria —exclamé. Sentía que me corría veneno por las venas—. Solo quiero decirle una cosa más.

La teniente, dubitativa, tardó unos segundos en reaccionar. Finalmente, me autorizó a retomar la conversación con un

asentimiento, pero no se retiró; permaneció de pie, vigilante, sin quitarme el ojo de encima.

Dirigí de nuevo mi atención a Fernando, que observaba a Victoria Arranz abatido y ni siquiera había hecho ademán de protegerse o defenderse de mí.

—¡Escúchame bien! —le espeté, golpeando la mesa—. Me encargaré de que todo el mundo sepa lo que has hecho. Me encargaré de que todo el mundo sepa lo que eres y de que destruya tu novela. En el futuro, nadie la recordará, te lo aseguro.

El hombre se estremeció y profirió un gemido rasgado.

—Clara, yo no quería…

—¡Cállate! ¿Sabes? Me da asco pensar en los casi dos años que he estado trabajando contigo. Me da asco pensar en lo que has sido para mí. Ojalá nunca hubiera sucedido…

Al oírme, se llevó los dedos al último botón de la camisa y comenzó a manosearlo con nerviosismo.

—Clara, tengo que confesarte algo más… —dijo, y tragó saliva —. Que hayas trabajado conmigo no es fruto de una casualidad.

Fruncí el ceño, sin comprender. ¿A qué demonios se refería?

Fernando compuso una sonrisa triste.

—Eres una abogada sobresaliente, Clara, pero no solo me fijé en ti por eso. Cuando trabajabas en Madrid y coincidimos en aquel juicio penal tan complicado, me hablaste de Irene, ¿recuerdas? Me explicaste que solías venir a Santander a ver a tus padres y a reunirte con tus amigas, y mencionaste, entre otras, a Irene Arias. De hecho, cuando la detuvieron hace unas semanas, tú misma me recordaste que ya me habías hablado de ella.

Consternada, me palpé la herida que Fernando me había abierto en la frente y paseé la vista por la estancia mientras asimilaba sus palabras. Mis ojos se cruzaron con los de la teniente, que me observaban con lástima. Había sido utilizada desde el principio.

—¿Me contrataste porque conocía a Irene? —farfullé sin poder creerlo, al tiempo que las aletas de la nariz se me dilataban.

Fernando asintió con lentitud.

—Aunque el juzgado había archivado el caso Rubén de la Vega, todo el mundo pensaba que Irene era la asesina, y siempre temí que, tarde o temprano, intentara buscar al responsable por su cuenta o que, de algún modo, comenzara a revolver el asunto para

limpiar su imagen. Tenía miedo de que no aceptara su situación. Por eso, desde que las sospechas recayeron sobre ella, no dejé de vigilarla, y así estuve durante varios años. Pero seguir sus pasos desde la distancia no era lo mismo que trabajar con una de sus amigas íntimas, y no pude desaprovechar la oportunidad. Aunque está claro que me equivoqué…

Apreté los puños y luché por no lanzarme sobre él. Lo que estaba escuchando me resultaba inconcebible; siempre había pensado que Fernando había quedado deslumbrado por el modo en que había llevado aquel caso penal en el que habíamos sido adversarios.

—Pues entonces rectifico —dije temblando de furia—, porque gracias a eso mi amiga será completamente libre. Gracias a eso, nadie volverá a dudar de ella. Resignado, Fernando se encogió de hombros y se hundió en la silla.

—¿Firmarás una confesión? —le pregunté con frialdad, sabedora de que aquella declaración carecía de valor probatorio.

Fernando asintió con pesar.

—Sí. No tiene sentido seguir huyendo.

A continuación, dio un suspiro y se quedó mirando la mesa durante unos segundos, como si reflexionara sobre algo.

—¿Sabes, Clara? He llegado a odiar ese libro. Y también mi fama. He llegado a odiarlo todo y, sin embargo, no podía permitir que mi mundo se desmoronara. Pero ahora todo eso se ha acabado. Es el final.

Le dirigí una mirada glacial, la última que hundiría en las pupilas de aquel hombre que había perdido su disfraz.

—Para mi amiga no es el final, sino el principio, Fernando. Es la oportunidad de recuperar la vida que le arrebataste.

Acto seguido, giré sobre mis talones y salí de allí con paso decidido.

41

Al entrar en la sala contigua, encontré a Tomás sentado junto a la pantalla desde la que había presenciado la declaración de Fernando. En su rostro adiviné una mezcla de júbilo y desolación. No me extrañó: habíamos resuelto los crímenes y habíamos demostrado la inocencia de Irene, pero en paralelo se había confirmado que nuestro jefe era un asesino, y no un asesino cualquiera; había matado para preservar su fama, para salvaguardar su éxito, para proteger su vanidad de escritor y aquella gloria que tanto esfuerzo le había costado obtener. No se trataba, en fin, de un homicidio cometido por accidente o en un arrebato pasional. Había mucho y, a la vez, poco que celebrar.

Pensé entonces en mi amiga. Por fin quedaba libre de toda sospecha, libre de toda culpa. Ya no sería objeto de miradas recelosas ni de juicios precipitados. Ya no se vería abocada a vivir como si fuera un monstruo. Todo había terminado, aunque estaba convencida de que muchos no tendrían la decencia de pedirle perdón. Poco importaba: habíamos ganado aquella partida de ajedrez y no iba a permitir que el final que había hallado Fernando ni la incapacidad social para la contrición nos impidieran disfrutar de nuestra victoria.

—Ahora sí, Tomás: ¡Irene es definitivamente libre! —exclamé, sonriendo mientras me aproximaba a él.

Tomás se levantó de la silla y nos fundimos en un prolongado abrazo.

—Aunque lo de Fernando me entristece, nunca había sentido algo así, Clara —me dijo cuando nos separamos. Los ojos le brillaban con intensidad.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a ayudar a alguien a recuperar la vida que le pertenece, a gritar a los cuatro vientos que no mentía. Es una sensación indescriptible —murmuró, abstraído.

—Ese es nuestro oficio, Tomás: duro, pero gratificante. Cuando contribuyes a que se haga justicia, sabes que tu esfuerzo ha merecido la pena. Eso es algo que Ricardo nunca entendió.

La llegada de la teniente nos interrumpió. Se la veía frenética y eufórica por el triunfo que aquella detención suponía. Según nos informó, en la próxima hora procederían a hacer pública la noticia, e Irene no se merecía enterarse a través de los medios de comunicación, así que debíamos darnos prisa.

—La has salvado, Clara —añadió, pasándome una mano por la espalda—. Ve a contárselo. Ah, y por Fernando no te preocupes; yo me encargaré de explicárselo todo a la jueza. Enhorabuena.

Me apretó el hombro con delicadeza en señal de despedida y nos invitó a abandonar la comandancia.

Eran las diez de la noche cuando nos montamos en el Opel Astra de Tomás y pusimos rumbo a Comillas. El ocaso había tenido lugar varias horas antes, pero la ciudad de Santander se resistía a ser tomada por la oscuridad. Había luces de Navidad por todas partes. Destellaban con fuerza y dotaban a las calles de un aire ilusionante. Al verlas, caí en la cuenta de que esas bombillas que se entretejían formando siluetas de camellos, reyes magos, árboles y bolas de colores ya lucían en las inmediaciones del despacho desde hacía días, aunque apenas había reparado en ellas. Tras el archivo provisional del caso Pedro Ortega, me había creído satisfecha y reconfortada, pero no era así: mi ánimo había seguido alicaído y aquello lo demostraba. Solo ahora, una vez esclarecidos los enigmas que me habían robado el sueño desde aquella mañana del 13 de noviembre, era feliz y estaba en paz conmigo misma.

En mitad del trayecto, recibí la llamada de Antonio, que se deshizo en mil y una disculpas en cuanto descolgué el teléfono y activé el altavoz para que Tomás pudiera participaren la conversación.

—Irene merecía que alguien creyera en ella, Antonio —me atreví a reprocharle—. Todos merecemos que crean en nosotros, y que nos defiendan. No es cuestión de dinero, ni de imagen.

Se oyó un carraspeo incómodo al otro lado de la línea.

—No era una cuestión de dinero, Clara, sino de gestionar nuestras prioridades. Pero sí, tienes razón, lo siento.

Aunque no podía verme, asentí con solemnidad.

—Todavía no puedo hacerme a la idea de lo que ha sucedido, Clara. Jamás me hubiera imaginado algo así… Creo que por eso Fernando aceptó mi oferta de incorporarse al despacho en 2014. En el fondo, no deja de ser raro que un juez decida colgar la toga. Sin pretenderlo, le proporcioné una oportunidad de empezar de cero, de poner distancia con Bergara y desvincularse de lo ocurrido.

—¿Has hablado con él?

—No, y tampoco pienso hacerlo. ¿Dónde estáis?

—Vamos a ver a Irene. Queremos contárselo todo en persona.

—Me alegro mucho por esa chica, Clara. No podía haber elegido mejor abogada. ¡Y buen trabajo tú también, muchacho!

A continuación, nos despedimos y fijamos los ojos en la carretera.

—¿Crees que condenarán también a Fernando por el caso Rubén de la Vega? —me preguntó Tomás mientras tomaba la salida de la autovía.

—Sin duda. Va a pasar bastantes años en prisión.

Ya en Comillas, aparcamos en un extremo de la calzada y atravesamos la plaza. Había varias luces encendidas dentro del chalé de Irene, en el primer piso. Nos aproximamos a la puerta del jardín y llamamos al interfono, pero no se oyó ningún sonido. Tomás me lanzó una mirada de complicidad y recordé al sargento Hermida acorralando a Irene en su primer interrogatorio. Parecía haber transcurrido una eternidad.

Arrugué la nariz. Olía a hierba mojada. Mi amiga debía de haber regado, fiel a sus costumbres.

De repente, nos llegó el rumor de unos pasos procedentes del interior y la silueta de Irene se insinuó por el camino de piedra.

—¿Clara? ¿Tomás? —preguntó al distinguirnos—. Qué alegría veros.

Cuando se aproximó, vi que llevaba a Mario en brazos.

—Venimos con buenas noticias —anuncié, radiante.

—Pasad —nos invitó mientras abría la puerta del jardín y se hacía a un lado.

Cuando cruzamos el umbral y un farolillo me iluminó el rostro de soslayo, reparó en mi estado.

—Clara, pero ¿qué te ha pasado?

La observé durante unos instantes y, a continuación, la abracé, envolviendo también a Mario.

—Ya está, Irene —le susurré al oído—. Hemos cogido al asesino.

Al principio no pareció reaccionar, pero, segundos después, sentí las lágrimas de alivio que había comenzado a descargar sobre mi cuello.

Cuando nos separamos, levanté la mirada y me encontré con la de Mario, que me sonreía con gratitud.

Agradecimientos

A la Institució Alfons el Magnánim, a los miembros del jurado del Premio Valencia Nova en la modalidad de narrativa en castellano (Susana Martín Gijón, Pere Cervantes, Purificado Mascarell y Eva Olaya), a Esther Herranz y al resto del equipo de Ediciones Versátil, por confiar en mi trabajo y hacer realidad lo que siempre había sido un sueño.

A mis padres, por la luz que dan a mi mundo, por sus palabras de aliento, por inculcarme desde niño el amor por la literatura y por su impagable esfuerzo en la tarea de revisión del manuscrito.

A mi hermana, Nuria, por el entusiasmo con el que se sumió en la lectura del texto y por el apoyo que me brinda cada día.

A Pilar, por estar a mi lado, por creer en mí y por acompañarme a los diversos escenarios de la historia para constatar que su descripción se ajustaba a la realidad.

A mis amigos Tomás, Diego y Gerardo, por toda la confianza depositada, por sus consejos y por los momentos compartidos.

A mis compañeros de despacho y amigos Enrique, Luis, Charo y Sergio, por sus aportaciones, ánimos e ilusión.

A Isidoro, cabo primero de la Guardia Civil, por recibirme en su casa cuando la trama comenzaba a nacer y, con amabilidad y paciencia, responder a todas y cada una de mis preguntas sobre protocolos policiales. Hago constar que, si en el libro existe alguna equivocación en este sentido, la responsabilidad es íntegramente mía por no haber sabido reflejar de manera adecuada los conocimientos que me transmitió.

Asimismo, mi agradecimiento a todos mis demás familiares y amigos y, en concreto, a mi abuelo Jesús, que se nos fue poco antes

de que se conociera la noticia de la futura publicación.

Y, sobre todo, gracias a ti, lector, por dedicar tu tiempo a esta novela y sumarte a este viaje tan especial para mí.

PABLO ALAÑA (Castelló de la Plana, 1991) es un escritor con raíces vascas y gallegas que reside desde los ocho años en la ciudad de Santander. Licenciado en Derecho por la Universidad de Cantabria, trabaja como abogado y dedica parte de su tiempo libre a su auténtica vocación: la escritura. *La sospecha eterna*, ganadora por unanimidad del Premio València Nova de narrativa en castellano 2022, es su exitoso debut literario.